

de

MARIO MENDOZA

BUDA BLUES



Lectulandia

Este, sin duda, es el libro más explosivo y totalizante de Mario Mendoza. Un desgarrador aullido contra la sociedad y la especie, contra la desigualdad y la brutalidad, contra el capitalismo y sus vergüenzas, contra el *American way of life*, contra las convenciones.

A través de una correspondencia entre dos amigos, el lector de *Buda Blues* ingresa en un submundo desconocido: los anarcoprimitivistas, los escuadrones de anarquistas contemporáneos que se enfrentan al sistema capitalista con bates de béisbol en la mano y que saben que no hay progreso, que no mejoraremos, que no vamos hacia adelante sino hacia la prehistoria.

Lectulandia

Mario Mendoza

Buda Blues

ePub r1.0

Titivillus 14.05.16

Mario Mendoza, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Sí, hay un fondo.
Pero hay también un más allá del fondo.*

ROBERTO JUARROZ

CAPÍTULO I



PROYECTO APOCALIPSIS

Estimado Sebastián:

Recibí tu postal en la que me comunicas tu nueva dirección en Kinshasa. No lo creerás, pero tus palabras me llegaron en el mejor momento, como si fueran un conjuro para rescatarme de los infiernos. Han pasado tantas cosas extrañas desde que te fuiste... A veces pienso que viajaste justo cuando iba a comenzar lo peor para mí. Sabes bien que siempre llevé una vida reposada, sin altibajos sobresalientes, y en la medida de lo posible evité experiencias que me llevaran a encrucijadas de las que después no iba a saber cómo salir. Conozco mis debilidades y eso me ha hecho un hombre prudente. El terreno donde corrí los mayores riesgos fue el académico, en los salones de clase, en el ámbito universitario, donde mis estudiantes, más que subalternos a los cuales debía calificar, fueron amigos que compartieron mis inclinaciones y pasiones. Pero en mi vida privada busqué el reposo y la rutina que me llevaba de mi apartamento a la universidad y viceversa. Y en mi vida sentimental, como bien lo sabes, he elegido mujeres ligadas a ese ambiente, profesoras, investigadoras o estudiantes de últimos semestres o de maestría, que tarde o temprano compartían conmigo las mismas lecturas y los mismos gustos intelectuales.

Los enfrentamientos, las guerras y las confrontaciones que sacudieron mi vida se dieron en las páginas de las revistas universitarias, en los congresos internacionales o en los simposios donde he expuesto, con la mayor honestidad posible, mis hipótesis y mis ideas acerca de la historia de este país, que me ha dolido desde nuestros años de amistad adolescente, cuando nos graduamos del colegio y yo supe enseguida que me presentaría a la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. Pero experiencias inusuales o pruebas fuera de lo común, Sebastián, realmente no he tenido.

Recuerdo que cuando tú me hablabas de uno de tus viajes por el sur mexicano o por el Amazonas peruano, o cuando me relatabas, con lujo de detalles, tus aventuras amorosas con extranjeras trashumantes o con jóvenes hippies que se iban a la cama contigo a los pocos minutos de conocerte, yo no podía sino admirarte, envidiarte, y preguntarme si mi vida sedentaria y plana no sería la consecuencia de mi mediocridad y mi falta de imaginación. Hasta que aprendí a aceptarme tal y como era: calmado, paciente, silencioso. Sin embargo, de ese profesor que solía subir y bajar por la calle 45, bien fuera de ida o de regreso de la Universidad Nacional, ya no queda nada, ni siquiera la mirada o la sonrisa, pues hace poco me miré en un espejo y no me reconocí. Mi antigua identidad se ha venido esfumando poco a poco. Y a diferencia de otros sujetos que no saben cómo ni cuándo se inician estos procesos, yo tengo clarísimo el instante exacto en el que el mundo dejó de ser para mí un espacio propicio para el pensamiento y el debate intelectual, y se transformó en un agujero negro del que no supe de qué manera escapar, un agujero negro que me reveló mi

zona de sombra, mis pesadillas más grotescas y mis remordimientos más autodestructivos. Intentaré contarte todo paso a paso, sin afanarme, y tal vez haciéndolo logre curarme de estas obsesiones que me han ensuciado la vida de mala manera. Al fin y al cabo, tú has sido no sólo mi amigo del alma, sino mi hermano, alguien que me conoce desde niño y que me vio crecer sin ningún asomo de insania o de desvío mental.

Un viernes en las horas de la tarde, cuando me disponía a cerrar la oficina de la universidad para dirigirme a mi apartamento y empezar a disfrutar del fin de semana, me llegó un mensaje urgente de Medicina Legal en el que me comunicaban que un cadáver desconocido que acababa de llegar a esta institución podía ser el de un pariente mío, el tío Rafael, el hermano de mi padre, pero que no estaban seguros de ello y que por eso me pedían encarecidamente que me acercara a esta dependencia para hacer un reconocimiento del cadáver y confirmar mi parentesco o descartarlo.

Leí varias veces el comunicado, escrito en una máquina manual rudimentaria, de esas que aún se utilizan en ciertas oficinas oficiales sin presupuesto, o en la calle, cuando uno necesita que alguien le redacte una petición legal o una queja ante alguna notaría. Lo primero que pensé fue que se trataba de una broma pesada, pero luego, al ver el nombre de mi tío escrito con claridad, descarté esta posibilidad. El tío Rafael (¿lo recuerdas?) había sido durante algunos años el único pariente con quien yo había propiciado cierto acercamiento, y era imposible que uno de mis estudiantes o de mis compañeros de trabajo conocieran ese episodio de mi vida y ese nombre en particular. Luego revisé la letra escrita en máquina manual, borrosa seguramente a causa de una cinta gastada y sucia, los sellos, la firma trazada de afán con un bolígrafo barato, los encabezados con la dirección resaltada, y entonces concluí que era un mensaje auténtico. Pero entonces venían las otras preguntas: ¿cómo sabían ellos que podía tratarse de un tío mío? ¿Cómo sabían que yo era yo, que me llamaba Vicente Estévez, que era profesor de sociología en la Universidad Nacional y que era el único pariente vivo que ese hombre tenía en el mundo? Rarísimo. Si el cadáver de Rafael estaba en Medicina Legal era porque nadie lo había reclamado, porque no sabían dónde estaban sus parientes, porque ese hombre no hablaba con nadie, no guardaba contacto con su familia, y porque además no estaban seguros de si se trataba de Rafael Estévez o no. Entonces, si no sabían nada de nada, ¿cómo diablos habían dado conmigo? La única manera de solucionar ese misterio era presentándome en Medicina Legal y preguntando qué era lo que había pasado. Y aunque te parezca ruin y mezquino, lo primero que se me pasó por la cabeza, como una ráfaga instantánea, fueron los gastos de un sepelio decente: el entierro, la funeraria... Adiós a mis ahorros, que pensaba invertir en un año sabático por fuera del país, tal vez tomando notas para un libro que quería escribir hacía tiempo (la poesía chicana como conciencia histórica) o para ahondar en una investigación, que en mi concepto, había dejado inconclusa (una visión erótica de la Iglesia católica). Después, arrepentido y avergonzado por una idea tan miserable, cerré la oficina y tomé la decisión de dirigirme a Medicina Legal

a ver si ese hombre que estaba allí, entre los refrigeradores junto a otros cuerpos maltrechos y sangrantes, era el de mi tío, la oveja negra de la familia, que desde muy joven se había alejado de los suyos para construir una vida extraña y desconocida de la que nadie, a través de los años, había tenido noticia.

Crucé la ciudad en mi pequeño Volkswagen, metiéndome en el tráfico de la calle 26 y después en las filas interminables de autos que regresaban del trabajo a esa hora por la avenida Caracas hacia el sur. Para empeorar aún más la situación, una lluvia torrencial inundaba las calles, los andenes, y había dañado varios semáforos del centro de la ciudad. Mientras esperaba pacientemente frente al volante, recordé la cara de Rafael, su porte delgado y erguido, con ese aire aristocrático que tenía en la mitad de una pobreza infame, barbado, con sus ojos de lechuza al acecho, atento a cualquier estupidez de sus interlocutores para empezar a sonreír con ese aire de desprecio que tanto lo caracterizaba. Durante mis años de rebeldía adolescente yo lo había admirado de manera irrestricta, me había enfrentado a la familia buscando alinearme con él y me había identificado con su posición de intelectual marginal que no negociaba principios ni cedía terreno ante las presiones de una sociedad mediocre y deshonestas. ¿Recuerdas que alguna vez, cuando estábamos los dos en un taller de escritores, te llevé a una cafetería de Chapinero para entrevistarnos con él y que, con un café humeante al frente, nos dijo que si no habíamos leído *El cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell, jamás entraríamos en la verdadera madurez? A continuación, empezó a explicarnos cómo la pasión corporal y física, la posesión carnal, suele confundirse con el auténtico amor, y que sólo los años le enseñan a uno que el amor es lo más cercano a la amistad y la camaradería, donde no poseemos al otro sino que conquistamos el mundo a su lado. ¿Recuerdas cómo lo escuchábamos con la boca abierta, idiotizados, como si estuviéramos oyendo las palabras de un profeta? Nos despedimos de él y, sin dudarlo, entramos de inmediato a la Librería Buchholz, en la calle 59, y reuniendo dinero entre los dos y sacando todos nuestros ahorros del mes, compramos la vieja edición de bolsillo del *Cuarteto* publicada por Sudamericana. Qué escena tan maravillosa: los dos cachorros intentando robar sabiduría para enfrentarse al mundo. A partir de ese día, y durante los siguientes seis o siete meses, no hablamos de otra cosa que de Justine, de Melissa, de Clea y del viejo Darley, que sólo podría escribir su obra literaria cuando comprendiera que el amor y el sexo están íntimamente ligados a la escritura, al eros como potencia de vida, como infinita generosidad que se despliega en palabras, en chorros de lenguaje que inundan el mundo para modificarlo desde adentro, desde sus estructuras más íntimas y secretas. Cuánto aprendimos en las palabras de Durrell y cómo le agradecemos a Rafael entonces su consejo.

Llegué a Medicina Legal en medio de un aguacero torrencial. Varios indigentes que ahora recorren el parque Tercer Milenio en busca de sus antiguos recuerdos del Cartucho, cuando esa zona de la ciudad era en realidad un pasadizo a un mundo de miseria, vicio y abandono, rondaban el sector con sus ropas mugrientas, sus miradas

de animales salvajes y sus trastos al hombro. Seres nómadas, ancestrales, que nos recuerdan nuestros primeros tiempos, cuando recorriamos el planeta con garrote en mano y dormíamos donde nos cogía la noche, en cuevas o guaridas que nos protegían de las inclemencias del clima y de las otras bestias que deseaban devorarnos. Entré a las oficinas chorreando agua por la chaqueta y un portero despistado me anunció, como si nada hubiera pasado, que la secretaria y los demás funcionarios habían cerrado sus cubículos y se habían marchado. Le expliqué que era un caso urgente, le mostré la nota que acababa de recibir, y el tipo, con la misma actitud displicente, sólo se dignó decirme: «Mire, jefe, como usted hay muchas personas más esperando para identificar a los suyos. Yo no puedo hacer nada. Venga el lunes, en horario de oficina». No logré convencerlo de que me dejara hablar con los médicos o los encargados de las neveras, le aseguré hasta la saciedad que reconocer un cadáver era cuestión de segundos, que yo entraba, miraba el cuerpo y ya, me iba sin ponerle más problemas. Hasta intenté comprarlo y le ofrecí una bonificación si me echaba una mano. Nada, se quedó igual, con los brazos cruzados en el pecho, mirando hacia la nada, y lo único que murmuró fue: «Más bien aproveche el fin de semana antes de las malas noticias del lunes». La frase no podía ser más indignante, pero lo peor fue que el tiempo le dio la razón, porque esas palabras se cumplieron con exactitud. Al fin, echando chispas, di un portazo y me largué maldiciendo.

El sábado saqué los álbumes de familia y los ojeé deteniéndome en aquellas escasas fotografías en las que aparecía Rafael. Se notaba que de joven había sido arrogante, excesivamente seguro de sí mismo, déspota, consciente de que poseía una inteligencia muy superior a la de los demás. Pero en la medida en que las fotos avanzaban en el tiempo, la figura de Rafael decrecía, se hacía más angustiante, más deprimente: su ropa empeoraba, la barba demostraba una dejadez alarmante, nunca aparecía sonriente, las uñas estaban largas y llenas de mugre, y los ojos inflamados e inyectados en sangre evidenciaban largas horas de insomnio. Ya no era la oveja negra de la familia, sino un bárbaro que se iba alejando de toda civilización en busca de algo que los demás desconocían. En las últimas fotos ya ni siquiera miraba a la cámara, sino que su figura, apenas esbozada, cruzaba al fondo, junto a una puerta, en el patio o al lado de unas escaleras. Se notaba que ya no podía hablar, que no soportaba la cercanía de los demás y que se estaba alejando de manera vertiginosa hacia una dimensión nebulosa que sólo él podía habitar.

Me dio escalofrío al cenar los álbumes. Llevaba mucho tiempo sin pensar en él, tal vez ocho o diez años. Como recordarás, cuando mis padres murieron en el accidente aéreo ya él había desaparecido y no tuve manera de comunicarle su defunción para que asistiera al entierro. Mi padre era su único hermano y no fue posible conseguirlo por ninguna parte. Pagué avisos en los periódicos, envié un comunicado a la policía y lo reporté como desaparecido, pero nada, no recibí una sola noticia de su paradero. Como soy hijo único y mi madre tampoco tenía hermanos, me di cuenta de que sólo quedábamos él y yo, y que necesitaba encontrarlo para quizás

con su ayuda mitigar el dolor que entonces me embargaba. Pero no pude hallarlo y con el paso de los meses me dije que tal vez había muerto lejos de nosotros, en otro país u otro continente, y me olvidé de su extraña personalidad y de su figura marginal, hasta que de repente, sin previo aviso, me llegó la notificación de Medicina Legal anunciándome su posible defunción. ¿Te acuerdas, Sebastián, que alguna vez, conversando en la casa de mis padres, nos imaginamos mil destinos para ese tío descarriado y medio loco? Que se había embarcado con rumbo al África, que se había internado en el Amazonas en busca de una tribu salvaje como los nukak makú o que había decidido ganarse la vida como pescador en la Antártida... Fábulas descabelladas que tejíamos para ponerle un poco de sabor a la extraña desaparición de Rafael. Pero la verdad era que mi padre, un hombre razonable, comedido, amoroso y sencillo, estaba harto de ese hermano pedante y engreído que siempre se había sentido superior a él, y justamente por ese hastío la lejanía y la posterior desaparición de Rafael no lo afectaron. Antes bien, las sintió como un alivio, como si le quitaran una pesada carga de encima. Es fácil imaginar, también, que mi tío debió pedirle dinero prestado mil veces a mi padre, para una cosa y para la otra, y que en una situación semejante la ausencia de un vago pedigüeño es una bendición.

El domingo saqué las cartas de mi familia y busqué alguna escrita por Rafael o destinada a él. Sólo encontré una breve nota dirigida a mi padre en media hoja de cuaderno, escueta, con una letra torcida y nerviosa, y cuyo contenido me pareció entonces completamente incomprensible: «Estamos ciegos y es difícil percibir su efecto, pero ahí está, rondándonos, aplastándonos, embruteciéndonos. No pienso continuar bajo su efecto. Tarde o temprano escaparé de su zona de influencia». Eso era todo. Tenía un tono paranoico, delirante, y pensé que tal vez se la había escrito a mi padre en medio de alguna borrachera o bajo el efecto de algún sedante o somnífero que habría ingerido para poder dormir. En las horas de la tarde, como producto de la fuerte presión emocional a la que estuve sometido, empecé a sentir dolores de cabeza que me condujeron a la cama. A las seis de la tarde estaba nadando en Fiebre y las amígdalas inflamadas me impedían comer o beber cualquier clase de líquido. Esa noche tuve pesadillas atroces en las cuales Rafael me culpaba por su muerte, una muerte atroz, sangrienta, entre gritos de desesperación y gestos que demandaban ayuda. Me levanté muchas veces ahogado, con las sábanas empapadas en sudor y murmurando disculpas delirantes.

El lunes, atiborrado de pastillas para la fiebre, el catarro y los dolores de cabeza, me presenté a las ocho de la mañana en Medicina Legal. Dos secretarias revisaron la nota, buscaron en unas carpetas, y después de ir y venir de un lado para otro y de realizar un par de llamadas, me comunicaron entre sonrisas idiotas que lo lamentaban mucho pero cine no se podía llevar a cabo el reconocimiento del cadáver porque, en realidad, no había ningún cadáver para reconocer. Casi estallo de la ira. Una de ellas, la más vieja, intento controlarme con una explicación escueta.

—Sí hay cadáver, señor Estévez, pero está irreconocible. Lo encontraron cuando

ya llevaba varios días en proceso de descomposición.

—¿Entonces qué carajo estoy haciendo aquí?

—Necesitamos que usted nos indique si puede tratarse de su pariente o no.

—Y qué quieren que haga, ¿una sesión de espiritismo?

—Si no se calma, no vamos a poder ayudarle —extrajo un papel de uno de los cajones de su escritorio y me lo mostró—. El cuerpo fue hallado en una pensión cerca del mercado de San Victorino, aquí a pocas cuadras, y la Fiscalía selló la habitación hasta averiguar de quién se trata. Vamos a darle una autorización especial para que entre y revise los objetos personales del occiso.

—¿Y cómo llegaron a mí, cómo saben que puede tratarse de un pariente mío?

—En el pantalón sólo se encontró una tarjeta de una librería, la Librería Merlín, y su dueño, el señor Célico Gómez, nos dijo que por las señas él sabía de quién se trataba, que era el señor Rafael Estévez, cliente asiduo de la librería, y que tenía un sobrino, el señor Vicente Estévez, que trabajaba como profesor en la Universidad Nacional: usted.

—¿Célico? —repetí el nombre como si toda esta historia me pareciera pura ficción, una trama policíaca de mal gusto inventada sólo para mortificarme y hacerme salir de mis casillas.

¿Te acuerdas de Célico, Sebastián, ese personaje medio chiflado al que solíamos comprarle libros muy cerca de la avenida Jiménez, en un pasadizo que comunicaba dos carreras y que estaba permanentemente atiborrado de ensayos y novelas desde el piso hasta el techo? El tipo nos consiguió vanas veces libros por encargo, novelas, obras de teatro, poesía o antologías de cuento que ya estaban discontinuadas hacía rato. El bueno de Célico, que vivía cinco centímetros por encima de la realidad, y al que no volvimos a visitar desde una noche en que nos atracaron a la salida de la librería y nos robaron hasta los zapatos. ¿Recuerdas su delgadez extrema, sus ojos de ratón de biblioteca, su sonrisa espléndida? Pues ahora, muchos años después de haberlo olvidado por completo, su nombre reaparecía en una dependencia oficial ligado a la trágica muerte de mi tío. De todos modos, hice la última pregunta antes de ceder del todo:

—Y si encontraron el cuerpo en una pensión, como dice usted, ¿por qué no le preguntan al dueño, o a la persona que le arrendó la habitación, quién era ese hombre?

—El dueño de la casa murió hace años y no tenía herederos. La casa quedó entonces dividida entre los inquilinos. El único indicio fue la tarjeta de esa librería.

—¿Y cómo saben que llevaba varios días muerto? —dije sin saber que la respuesta que me iban a dar me rondaría en la cabeza durante meses y que sería el origen de muchas de mis pesadillas futuras.

—Por el tamaño de los gusanos —sentenció la mujer con brutalidad.

Me di por vencido y le pregunté a la secretaria la dirección de la pensión donde habían encontrado el cadáver. Ella hizo otra llamada y después me dijo:

—Los agentes del CAI de la Jiménez ya vienen para acá y ellos lo acompañarán hasta el lugar. Como está sellado por la Fiscalía, sólo puede entrar en presencia de la policía.

—Gracias —murmuré entre dolores de garganta y un principio de tos que ya empezaba a castigarme los pulmones.

Me senté en una banca a esperar a la policía. A los pocos minutos, en efecto, llegó una patrulla con dos agentes y me condujeron a pocas cuadras, justo en pleno mercado de San Victorino, entre vendedores de cucharas de palo y payasos que anunciaban almuerzos populares, e ingresamos en una casa polvorienta a punto de derrumbarse. En el primer piso alcancé a vislumbrar a una anciana rodeada de ollas quemadas y frascos sucios que se quedó mirándome desde una habitación oscura y destartalada, en la que había reservado un rincón para enchufar un reverbero de dos fogones. Fue una mirada fugaz pero cargada de dureza, como preguntándome qué estaba haciendo yo en ese lugar, yo, un señorito vestido con ropa limpia, bufanda y zapatos de cuero recién lustrados; yo, que necesitaba entrar con la policía no porque fuera legal hacerlo de esa manera, sino porque quizás de otro modo no me atrevería. Después, en el rellano de una escalera de madera carcomida por el moho y la intemperie, nos tropezamos con un hombre barbado y con una gabardina negra que no quiso responder el saludo que le dirigimos. Caminamos unos pasos por el segundo piso, y al fin llegamos a una puerta sellada con unas cintas y unos papeles adhesivos. Un olor que sólo pude descifrar más tarde (el olor penetrante de la basura descompuesta, el que despiden las canecas, los basureros y los botes públicos donde la gente arroja cáscaras de frutas, pedazos de carne, latas de atún y papel higiénico usado) se extendía a lo largo de la edificación y me hacía difícil respirar con normalidad. Los agentes abrieron la puerta y se quedaron en el corredor. Una punzada de dolor me atravesó el estómago. Lo primero que vi fueron las columnas de libros arrumadas por todas partes: en los rincones de las paredes, sobre una mesita de madera, alrededor de un colchón y de unas cobijas desordenadas, sobre el baldosín del baño, encima del inodoro o haciendo equilibrio entre las llaves del lavamanos. Era el cuarto de Rafael, estaba seguro, no tuve la menor duda. Y apenas comencé a reconocer los títulos y los autores (Nietzsche, Somerset Maugham, Zweig), los ojos se me llenaron de lágrimas. Tú sabes mejor que nadie, Sebastián, que mi familia nunca fue adinerada ni ostentosa. Éramos los típicos representantes de la clase media ilustrada, que más que autos lujosos o propiedades costosas, creían en terminar una carrera universitaria y después buscar como fuera una beca para poder continuar estudiando en el extranjero. Nuestro verdadero patrimonio siempre fue nuestra educación. Pero el caso de Rafael era diferente, pues jamás ejerció ninguna profesión ni trabajó en ninguna parte.

Rafael era un autodidacta radical, un lector de esos que ya no existen, que invierten las horas y los días entre los libros, sin comer, sin dormir, como si el mundo de afuera hubiera desaparecido o perdido su importancia. Él no leía por educación o

cultura; no, leía porque en las páginas de los libros encontraba la energía y los argumentos necesarios para continuar despreciando un mundo que aborrecía, que detestaba con todas sus fuerzas y al que algún día le encantaría aniquilar, bombardear, fumigar. Quien lee así, con rabia, desde una anarquía secreta, convierte los libros en armas, en fusiles, en granadas, en ametralladoras, y permanece la vida entera con el dedo en el gatillo. Por eso la sensación que tuve, apenas empecé a leer los títulos y los autores, fue la de haber entrado al escondite de un terrorista, a la guarida de un rebelde solitario dispuesto a cualquier cosa. Y esa impresión, aunque te parezca extraño, me conmovió: en un mundo tibio y mediocre, pacato, cobarde e hipócrita, donde la gigantesca mayoría cede, negocia y hace concesiones, de repente tropezarse con un radical es una lección de entereza, de convicción profunda, de severidad física y espiritual. Aunque no estemos de acuerdo con ellos, aunque estén equivocados, sus excesos nos recuerdan un principio fundamental: que la vida sólo merece ese nombre en los extremos. Quienes se mueven en el centro tienen derecho a crecer, a reproducirse y a morir, pero sólo aquellos que caminan por bordes peligrosos y eligen los límites como sus territorios cotidianos, sólo ellos sienten el verdadero estremecimiento de estar vivos. Todo esto que te escribo en medio de una infinita tristeza lo pensé en segundos, mientras recorría ese cuartucho miserable donde mi tío había pasado quién sabe cuánto tiempo metido entre las páginas de ciertos libros que seguramente fueron sus únicos amigos y su única familia.

Luego me di cuenta de que debajo de una ventana que unía la habitación (y que estaba cubierta por una sábana percutida y rasgada), sobre un trapo que estaba en el suelo, había un montón de latas de atún y de sardinas abiertas, como si ese hubiera sido el único alimento de Rafael a lo largo de muchos meses. También reconocí un olor a cigarrillo concentrado en la ropa de cama y en una escarcha grasosa que se extendía por las paredes y el techo. Lo más seguro es que mientras leía y releía a sus autores favoritos, Rafael hubiera fumado de día y de noche de manera compulsiva, sin medir las consecuencias que ese vicio tendría para su salud y para su escaso presupuesto de lector desempleado y ocioso, cuyo único oficio era azotar las calles en busca de algunas monedas para comprar latas de atún o de sardinas, y así ir sobreviviendo con lo apenas necesario.

Revisé los libros que estaban sobre la mesita y me encontré un volumen de los *Pequeños poemas en prosa*, de Baudelaire, un antiguo ejemplar que yo le había regalado a Rafael hacía muchos años con ocasión de su cumpleaños. Evoqué en breves segundos la tarde en que lo había comprado en una de las casetas de libros usados de la calle 19, cuando era apenas un estudiante de sociología y mi escaso presupuesto no me permitía andar comprando libros nuevos en ediciones recién impresas y resplandecientes. Abrí el libro y vi las anotaciones de mi tío en francés, con su letra menuda y temblorosa, como si se tratara de la caligrafía de un enfermo de párkinson. Reconocí frases que aludían a la presión de la nueva ciudad industrial sobre una clase de individuo que había surgido entonces y sobre el que no había

antecedentes: el hombre de la multitud (Poe), el solitario que vagabundea entre la masa, el nuevo holgazán errático que no encaja en el conjunto general, que desentona en ese aire de progreso e ingenua esperanza que se extiende por toda la Europa mercantil y capitalista que, en lugar de cumplir con los ideales de la Revolución Francesa, lo que hará será hundirse en el próximo baño de sangre de dos guerras mundiales. Eso era lo que decían las notas de Rafael en los márgenes de los poemas de Baudelaire.

Seguí ojeando el libro y de pronto, en el paso de una página a otra, me tropecé con la foto de un adolescente que sonreía a la cámara con una bondad que le daba a la escena un aire de beatífica transparencia. Empecé a llorar sin poderlo evitar. Era yo, era una foto mía a los catorce o quince años de edad. ¿Por qué Rafael había guardado esa foto y lo había hecho precisamente en ese libro? Quién se la había dado, ¿mi madre o mi padre? ¿La había pedido él especialmente o la había robado de algún álbum en un momento de descuido familiar? Recordé que el día en que me habían tomado esa foto estaba en pijama y con una pierna enyesada. Mi madre me hizo cambiarme la camiseta, me peinó hacia atrás, salimos al patio de la casa para que la luz fuera aun más potente y le dio la orden al fotógrafo de que tomara la foto sólo de los hombros hacia arriba. De algún modo, pensé con la foto entre las manos, esa toma era una metáfora perfecta de mi vida: la parte de arriba sonriente y con una apariencia impecable, y la parte de abajo sucia, sin bañar y enferma, casi parálitica. ¿No me definía a la perfección esa lejana fotografía adolescente? ¿Lo sabía Rafael con su perspicacia habitual y por eso la había guardado?

Después continué revisando los libros y me tropecé con notas en inglés y alemán, idioma este último del que no entiendo sino muy escasas palabras. La erudición de Rafael era apabullante, pero en la medida en que hurgaba entre sus libros una idea se iba delineando poco a poco en mi mente: que hay un tipo de inteligencia descomunal, punzante, salida de lo normal, que en lugar de beneficiarnos lo que hace es hundirnos en un maremágnum de confusión general, hastío y resentimiento. Ese tipo de inteligencia no es un privilegio, sino un castigo. El que la posee no la disfruta: la padece como una infección, como una fiebre que cada cierto tiempo regresa y aniquila las defensas y destruye todo el cuerpo, o como una llaga que de vez en cuando vuelve y se abre para derramar su pus maloliente e infecta. En contraste con ese tipo de inteligencia, la incultura es una bendición.

En el baño encontré una barra de jabón barato, una crema de dientes, un cepillo con las cerdas aplastadas y un sobre de aspirinas. Nada más. Como había un escape de agua imperceptible y las losas del piso estaban húmedas, me resbalé, y antes de irme de bruces alcancé a poner las manos en el vidrio para sostenerme. Recuperé el equilibrio y entonces me fijé en que en la parte trasera de la gaveta donde estaba el espejo, medio suspendida, a punto de caerse sobre el lavamanos, había aparecido una libreta pequeña junto a un ejemplar del periódico amarillista *El Espacio*, como si Rafael la hubiera acuñado al muro con las páginas del diario y el brusco movimiento

del espejo la hubiera hecho desprenderse hacia abajo. La jalé con suavidad y le eché un vistazo. En la primera página, Rafael había escrito a manera de título *La Cosa*, y a partir de la segunda página venía una especie de narración desenfadada y nerviosa que se extendía a lo largo de unas cuarenta o cincuenta hojas. Disimulé, revolví aquí y allá, curioseé, y, sin que los policías se dieran cuenta, me metí la libreta en uno de los bolsillos de la chaqueta. Finalmente me acerqué a la puerta y les dije con la voz apagada:

—Sí, son los libros de mi tío. No me cabe la menor duda. Encontré incluso una foto mía cuando era adolescente.

—Recuerde que no puede llevarse nada hasta que no se clarifique la identidad del occiso.

—Todo quedó donde estaba.

—Lo regresamos entonces a Medicina Legal —ordenó uno de ellos y bajamos de nuevo para entrar a la patrulla.

Lo que vino después fue otra vez una de esas escenas absurdas de las que uno quisiera despertarse para quitárselas de encima. Resulta que el cuerpo de Rafael estaba en tal grado de descomposición que no sólo no se podía reconocer su cadáver, sino que había perdido también las huellas dactilares. Según me explicaron, había muerto dentro de la habitación y en los días siguientes los vecinos creyeron que el olor desagradable que se extendía por la casona se debía a que las tuberías estaban dañadas y dejaban escapes que despedían aguas negras a la superficie. Como ya se habían presentado varias veces esos mismos desperfectos, los vecinos decidieron que se trataba otra vez de los mismos daños y no se pusieron de acuerdo en la cuota que debían reunir para contratar un plomero y arreglar de una vez por todas los tubos que atravesaban cada uno de los dos pisos de la casa. Ninguno se percató de que el olor se debía a que Rafael se estaba pudriendo dentro de su habitación. Sólo cuando uno de ellos vio un puñado de ratas salir por debajo de la puerta del cuarto de mi tío, empezó a sospechar y dio aviso a la policía. Era demasiado tarde. El cuerpo estaba amoratado, putrefacto, carcomido por miles de gusanos blancos, y las ratas también habían hecho su festín y lo habían mordisqueado por todas partes. Y la única pista para saber quién era ese extraño anciano barbado y solitario fue la tarjeta de la librería de Célico.

—Y si las huellas dactilares están irreconocibles, ¿cómo vamos a saber entonces si se trata de mi tío o no? —pregunté sintiendo que la fiebre me entorpecía los sentidos y me hacía ver la realidad de manera difusa y borrosa.

—Nos toca hacer un examen de ADN —aseguró la secretaria más vieja.

—¿Y eso es ágil y sin inconvenientes? —dije yo con la mayor ingenuidad.

—Mañana tomamos una muestra de sangre y en dos o tres meses nos llegan los resultados.

Sentí como si hubiera explotado una granada en la sala.

—¿Tres meses? ¿Me está usted diciendo que mi tío se quedará tres meses congelado en esas neveras y que yo no podré enterrarlo como exigen las más

elementales reglas de la civilización y la decencia? —grité al borde de un colapso.

—Mire, señor, tranquilícese —afirmó con voz calmada la secretaria, como si estuviera acostumbrada a lidiar con tipos como yo, cuya condena había sido ir a parar a ese cuchitril entre kafkiano y dantesco—. Nosotros no tenemos la culpa de nada. Nos atenemos a seguir un procedimiento. No podemos entregarle un cadáver sin saber de quién se trata. Hay que estar seguros. Tenga paciencia. Venga mañana, hacemos el examen de sangre y comenzamos los tramites cuanto antes para que usted pueda darle sagrada sepultura a su tío. Los exámenes van a un laboratorio a Estados Unidos y en tres meses estarán de vuelta. Puedo mandar una notó para que nos agilicen el proceso.

Suspiré y me derrumbé en un asiento. No había nada que hacer. Afirmé con la cabeza y prometí entonces que a la mañana siguiente regresaría temprano para los exámenes y para firmar los documentos que hicieran falta.

Esa noche soñé con Rafael desmembrado dentro de un refrigerador, con varios gusanos enormes saliendo de sus cuencas vacías, buscando sus partes, preguntando por una mano o por un pie. Pesadillas atroces que me dejaron sentado en la cama y chorreando sudor por el cuerpo entero. Miré el reloj: las once de la noche. Sólo había dormido dos horas. Me vestí y decidí que en lugar de pasarme el insomnio contemplando el techo y atormentándome con ideas absurdas, prefería ir a investigar a la pensión de Rafael. Quería ver de cerca el lugar, sin testigos, respirar la atmósfera en la que él había pasado buena parte de su vida, meter el hocico en el hueco donde había agotado sus días y sus noches.

San Victorino era a esas horas un territorio para bestias bien entrenadas. Animales de presa y carroñeros recorrían las calles aledañas con las fauces babeantes y los ojos desorbitados. Entre los borrachos, los vendedores de bazuco y los atracadores de oficio logré pasar inadvertido gracias a mi aspecto enfermo y a mi rostro sin afeitar, ojeroso, y a la tos persistente que me sacudía el pecho en espasmos irregulares. Además, como sabía que me iba a meter en la boca del lobo, me puse la peor ropa que encontré y me calcé unos zapatos sucios y trajinados. Eso me permitió llegar hasta la pensión ileso y, en la puerta, me tropecé al hombre barbado de la gabardina negra que en las horas de la mañana había bajado las escaleras sin responder al saludo de la policía ni al mío. Me reconoció enseguida y me interpeló sin mirarme a los ojos, como si estuviera hablando con otra persona:

—Aquí los sapos no son bien vistos.

Me di cuenta de que le faltaban los dientes delanteros y que dos colmillos largos y amarillentos le acentuaban un perfil perruno o de vampiro terciomundista, mal trajeado, enfermo, sin empleo.

—No trabajo para la policía. Hoy vine porque soy el sobrino de Rafael, el hombre que se murió en el segundo piso.

El tipo giró la cabeza y me miró con curiosidad, sin la agresividad anterior.

—Yo fui el que lo encontró. Era su vecino. Su tío era un hombre legal, bacano,

derecho. Un duro de esos que ya no se ven.

—No sé de qué vivía. Hace años se alejó de la familia y no volvimos a saber nada de él.

—Vendía precolombinos. Era un berraco para eso. Se iba uno o dos meses para el Huila o para Boyacá, regresaba con unas vasijas o con dos esculturas en miniatura, sabía a quién ofrecérselas y con eso vivía cuatro o cinco meses.

—¿Era guaquero?

—Yo creo más bien que estaba contactado con la gente que era, buscaban donde él ordenara y después cada quien se abría con lo suyo. Por eso no me pareció raro que anduviera desaparecido. Él era así, hablaba poco, se iba y después cualquier día lo encontraba uno otra vez por ahí con un libro en la mano.

—¿Es verdad que usted se dio cuenta por las ratas?

—Sí, hermanito, se tragaron casi la mitad del cuerpo. Las vi saliendo por debajo de la puerta. También lo supe porque las palomas no regresaron a su ventana. Él les tiraba arroz o pedazos de pan.

—Era mi único familiar, el último que me quedaba.

—Un man recto, viejito, bien parado. Avíseme cuándo es el entierro porque me gustaría ir y despedirme de él. Fuimos buenos amigos.

—¿Nadie lo visitaba?

—Nadie, hermanito. El hombre aguantaba solo sin quejarse. Ahora, si me excusa, tengo que ir a trabajar —dijo de repente el vecino de mi tío y empezó a caminar pegado a la pared, atento, mirando hacia los lados.

No quise entrar ni interrogar a nadie más. Había escuchado suficiente. Una depresión súbita me quitó los últimos alientos que me quedaban y bajé a la avenida Caracas a tomar un taxi. Lo único que deseaba era entrar a mi apartamento, meterme en mi cama y olvidarme por completo de ese mundo negro y siniestro en el que había vivido Rafael y que estaba tan distante del mío.

Me imagino que a estas alturas de la carta te preguntarás por qué una noticia así me descompuso de tal modo. Y la verdad, Sebastián, es que no sé qué decirte, qué argumentos esgrimir para justificar una posición tan trágica y extremista. Lo cierto es que no pude tomar distancia, ver los acontecimientos desde afuera, fríamente, sin involucrarme en una forma tan pasional. Tal vez el hecho de no tener hermanos, ni abuelos, ni padres, ni hijos, ni sobrinos, me generó de manera inconsciente una obsesión por el concepto de familia, de lazos de sangre. ¿Dónde están los míos? ¿Qué se hicieron aquellos que piensan y sienten y miran como yo? Y entonces, cuando apareció de la nada un pariente que estaba extraviado en el pasado, un tío a quien yo había respetado y admirado, y supe de su vida malograda y triste, me vine abajo y me hundí en una melancolía que me deprimió hasta minarme todas las defensas.

Por esos días estaba empezando a salir con una joven de la Facultad de Sociología y llevábamos tres o cuatro meses viéndonos con cierta frecuencia. Me llamó a preguntarme cómo seguía de salud, si se me ofrecía algo, si podía quedarse en mi

apartamento unos días mientras yo mejoraba, y respondí con evasivas, con frases cortantes que ella no supo cómo interpretar porque hasta ese momento mi comportamiento había sido cordial y cariñoso. No sé de dónde me venía esa ira honda, esa sensación de desprecio, esa necesidad de culpar a los demás y a mí mismo por la marginalidad y la miseria en las que había vivido Rafael. No podía quitarme de la cabeza la suciedad de su habitación, el polvo esparcido sobre los objetos, los malos olores, la pobreza extrema, las latas de atún y de sardinas, un periódico amarillista abierto justo en las páginas en las que se hablaba de un crimen atroz. ¿Eran esas sus lecturas durante el almuerzo, su compañía cuando se sentaba a comer entre vagabundos y vendedores callejeros en restaurantes populares? ¿O precisamente por eso mismo, porque sus vecinos eran gente trajinada entre escenas de sangre y violencia cotidiana, Rafael abandonaba a Nietzsche y a Durrell para leer las páginas rojas de los periódicos de segunda? ¿Había muerto de muerte natural o se había suicidado? ¿De qué había muerto? ¿Se había envenenado o sencillamente se había dejado morir de hambre? ¿Se había muerto de auténtica tristeza? ¿Se había acordado de mí en los últimos segundos, su pariente preferido, el sobrino que tanto lo había querido de niño? ¿Había pensado Rafael alguna vez en un hijo? ¿Ese hijo, tal vez, llevaba mis ojos, mi sonrisa, la expresión de mi cara?

Todas estas preguntas, Sebastián, entre muchas otras, me rondaban la cabeza desde que me levantaba hasta las horas de la noche, cuando entraba en la cama y me daba cuenta de que seguía atrapado en las mismas ideas con las que me había despertado en la mañana. Habría querido parar la cabeza, doparla, sedarla, para que dejara de delirar y yo pudiera recobrar algo de mi antigua lucidez perdida. Pero tenía que seguir dando clase un par de semanas más, hasta que empezara los exámenes finales con mis estudiantes y yo entregara las calificaciones en regla, con los porcentajes correspondientes. Así que hice un esfuerzo, disimulé mi mala ventura, y por dos semanas más llevé una doble vida. Por un lado, la del profeso de sociología abnegado y responsable, y por otro, la del pariente que se hace exámenes de sangre en Medicina Legal para poder reclamar el cadáver de un tío muerto entre vagabundos callejeros, traficantes de poca monta y vendedores de utensilios de cocina.

Una tarde visité la Librería Merlín, la vieja librería de Célico Gómez que solíamos frecuentar cuando éramos estudiantes y que tantas sorpresas nos deparó entre sus estantes torcidos y sus pilas de libros sin clasificar. Me contó que Rafael solía ir a menudo, leer en las salas del segundo piso durante horas enteras, de vez en cuando comprar un ejemplar barato o pedirlo prestado, y sobre todo ojear las ediciones en otros idiomas, tomar notas y estudiar a sus autores preferidos en sus lenguas originales.

—Se convirtió con el tiempo en un elemento más de la librería —me explicó Célico con una sonrisa nostálgica—, como los muebles, los vendedores o yo mismo, el dueño. Recuerdo incluso que muchas veces aconsejaba a los estudiantes de filosofía y letras, les ayudaba a plantear correctamente las ideas de un trabajo o de

una tesis, les sugería tal o cual novela para complementar la bibliografía. Los clientes lo querían mucho. Algo que le va a gustar es saber que su tío leyó todos los artículos que usted publicó en la revista de su facultad —continuó Célico mientras acomodaba unas revistas que le acababan de llegar—. Me dijo, muy orgulloso, que era su tío, y alguna vez lo escuché recomendando esos mismos artículos a estudiantes de humanidades. Por eso les dije a los de la policía que lo buscaran en la universidad y que le avisaran de su fallecimiento.

Te podrás imaginar lo que sentí con ese dato. El viejo tío escondido en una librería del centro de Bogotá, leyendo mis artículos y recomendándolos a los lectores asiduos del lugar. Era demasiado para que yo no me desmoronara por dentro, así que sólo alcancé a balbucear tres o cuatro frases de gratitud y salí a la calle con mareo y sintiendo que mi cuerpo, en lugar de recuperarse, seguía hundiéndose en la enfermedad y la depresión.

Ahora voy a contarte una escena para que puedas medir el nivel de mi confusión y mi locura. La muchacha con la que estaba saliendo por aquel entonces se llamaba Tatiana Valencia. Una noche, sin avisar, ella compró unos vegetales y un pescado fresco en Lanilla, se presentó en mi apartamento con un ramo de flores, y me avisó en la puerta que había venido a cocinarme porque lo que me hacía falta era un poco de comida casera y nutritiva. Preparó una sopa deliciosa y cuando acababa de servir la mesa, antes de empezar a comer, la miré a los ojos y le pregunté:

—¿Alguna vez has tenido que aguantar hambre?

La pregunta la cogió por sorpresa y me miró sin entendía muy bien para dónde iba todo ese rollo.

—Deja de pensar en cosas negativas. Más bien siéntate y disfruta la comida. Compré un pan recién horneado y está caliente.

—Contéstame: ¿sabes lo que es el hambre, has sentido dolores en el estómago porque no tienes un peso para comprar comida?

—No sé a qué viene todo esto. En mi casa no había lujos, lo sabes bien, pero no, nunca tuvimos que aguantar hambre. Vengo de una familia de clase media.

—Y supongo que sueñas con casarte con un profesional exitoso, tener lindos niños, comprar una casa y un carro, y de vez en cuando pasar vacaciones en el extranjero con tu maridito.

—¿Qué te pasa? ¿Qué diablos te he hecho yo? —dijo Tatiana perpleja, parada justo en el umbral entre la sala y la cocina.

—A mí no me pasa nada. Sólo me pregunto algo elemental: tú y yo somos sociólogos, se supone que investigamos sobre este país, y en realidad no tenemos ni puta idea de lo que estamos hablando. Citamos los últimos informes de Naciones Unidas según los cuales tú y yo vivimos en la zona más injusta socialmente del globo, citamos cifras de desplazamiento forzado, denunciemos en nuestros artículos el exterminio indígena, el racismo exacerbado, pero la verdad, la única verdad, es que nos estamos refiriendo a una realidad que desconocemos, de la que no hemos

experimentado nada en absoluto. Y me pregunto cómo puede uno discursar de lo que no sabe nada.

—No entiendo esta andanada sin pies ni cabeza.

—Sólo pregunté si has sentido hambre. Supongo que ninguno de los tuyos tampoco la ha sentido. Vienes de una familia feliz cuya mayor virtud es el ímpetu, las ganas de ascender socialmente, de convertirse en personas de bien, educadas y, en la medida de lo posible, adineradas.

—Deja esa pose hipócrita. Tú tampoco has sentido hambre ni tu familia tampoco.

—Has dado en el clavo, Tatiana. Ahora sé que uno de los míos, uno de mi tribu, sintió hambre y soledad, y se tragó las calles con el estómago vacío, y se alimentó durante semanas o meses con latas de atún y de sardinas, y vivió entre mendigos, drogadictos y enajenados mentales. Sangre de mi sangre.

—¿De qué me estás hablando? —La cara de Tatiana estaba cada vez más trastornada.

—¿Estás sorda? En estos días me he enterado de que esa realidad de la que yo hablaba en mis artículos, esas tasas de desempleo y esa población marginal que no tiene acceso a la salud ni a las calorías necesarias para vivir normalmente, esa realidad era, sin que yo lo supiera, la de mi propia familia. Por eso, la linda niña de clase media cocinando su sopita para su noviecito enfermo me tiene sin cuidado.

Tatiana empezó a llorar, cogió su bolso y buscó la puerta de salida. Alcanzó a farfullar antes de irse:

—Lo siento. Sólo quería que te mejoraras, nacía más.

Alcancé a escuchar sus gemidos mientras bajaba las escaleras del edificio. ¿Te imaginas semejante disparate? Una joven inteligente y maravillosa viene a demostrarme todo su cariño y toda su lealtad, y yo, en lugar de agradecerse, lo que hago es sacar la navaja y empezar a tirar lances a diestra y siniestra. Te cuento esto para que veas lo mal que estaba por aquellos días y la mala onda que empezaba ya a apoderarse de mi cabeza.

Apenas terminé de hacerme el examen de sangre y de llenar los formularios para identificar ese cuerpo que aún permanecía en las neveras de Medicina Legal, una noche, con el resfriado en su punto más crítico, abrí la libreta que había tomado del cuarto de Rafael y releí el título: *La Cosa*. Me pareció un título rarísimo, que no le traía a uno ninguna imagen inicial. Pasé la página y me concentre en los primeros párrafos. Se trataba de una disquisición de unas cuarenta hojas, de un texto cuya exposición apuntaba a un centro muy claro: todo a nuestro alrededor está diseñado para embrutecernos, para mantenernos empantanados en una mediocridad afectiva, moral, política, intelectual, física.

Rafael sentía que la educación tradicional era en realidad una manera de ir cegando a nuestros niños y a nuestros jóvenes, de irlos preparando para que el sistema los machacara más tarde a su antojo. Ninguna materia está diseñada para entusiasmar, para seducir, para fomentar la alegría del conocimiento. Todo lo

contrario: cada maestro deposita en su clase sus propias frustraciones, su tristeza, el estruendoso fracaso de su vida. Y de ahí en adelante el sistema entero se encargará de irnos moldeando para que jamás despertemos de ese marasmo que es la vida de manso empleado eficiente: las propagandas, las telenovelas y los seriados televisivos, los noticieros de radio y televisión que siempre mienten y que observan los hechos desde ángulos sesgados que están bajo la supervisión de ciertos consorcios económicos, el concepto de belleza anoréxico y famélico que condena a millones de personas a sufrir con dietas y a someterse a pésimas alimentaciones, la comida chatarra que condena a los otros a engordarse hasta la enfermedad y la muerte, el consumismo aberrante, el arribismo, la xenofobia creciente, el racismo soterrado o explícito, todo está perfectamente armado para que cada uno de nosotros caiga en la trampa y empiece a comportarse como los otros, a pensar lo mismo, a sentir lo mismo, a soñar lo mismo. A esa gigantesca maquinaria, a ese descomunal tinglado donde todo está preparado para que nuestras vidas sucumban y se hundan, Rafael lo llamó La Cosa. Como si se tratara de una entidad, de un ser vivo cuyos tentáculos están por todas partes listos a capturarnos y triturarnos. Cuando vemos un comercial de champú; cuando compramos una hamburguesa no por su calidad, sino por su publicidad; cuando una mujer nos introduce en una relación sentimental melcochuda y empalagosa; cuando compramos libros de autoayuda; cuando pasamos por una agencia de viajes y creemos que ir a Disneyworld es muy importante; cuando pagamos una boleta para ver una película del peor cine de Hollywood; cuando comenzamos a creer que el éxito social y económico es de verdad la clave de la felicidad; cuando sospechamos que el pan es malo para la salud; en fin, cuando cualquiera de las infinitas ramificaciones de La Cosa nos atrapa, estamos entrando entonces en una región cerebral de máxima estupidez, una región de la que no saldremos fácilmente.

Hasta aquí los elementos más inofensivos de La Cosa. Porque había también un capítulo dedicado a la guerra, a los soldados, a esa cantidad de jóvenes de todas las nacionalidades engañados por gobiernos irresponsables y por políticos deshonestos y corruptos, generaciones enteras de buenos muchachos enterrados en trincheras, masacrando civiles, lanzando bombas contra niños indefensos, torturando a hombres desarmados que aúllan como animales desde el fondo de calabozos y de prisiones clandestinas en los cinco continentes. La Cosa no sólo embrutece, también prepara a los hombres para la muerte, los adiestra, los entrena, los convierte fácilmente en asesinos. Y después, los que logran sobrevivir a esas hecatombes y esos genocidios regresan a casa deshechos, con insomnio, se levantan a altas horas de la noche y recuerdan los rostros de todos aquellos que mataron vilmente, escuchan los ruegos de piedad, los sollozos de las víctimas pidiendo clemencia, y entonces esos antiguos soldados no pueden compartir con los suyos, no pueden hacer una familia, no pueden comer acompañados, y terminan hundidos en vasos de alcohol buscando olvidar los crímenes que cometieron, pinchándose dosis cada vez más altas de heroína o

colgándose en el garaje cuando nadie los ve ni sospecha de ellos. ¿Cuántos jóvenes habrá aniquilado La Cosa —se pregunta Rafael— tanto en el bando de las víctimas como en el de los victimarios? Y a esos pelotones de soldados bien entrenados hay que sumarle los agentes de policía que golpean estudiantes universitarios, sindicalistas, y que en secreto, como una práctica clandestina que muchas veces les exigen para formar parte de la elite policial que busca ascensos y medallas, fusilan extrajudicialmente a vagabundos, prostitutas, travestís y gamines. Y también cuentan los detectives, las agencias de seguridad, los porteros armados y los guardaespaldas, toda una serie de grupos de asesinos que el sistema permite, patrocina y legaliza para presionar a los que no se sometan ni quieran respetar las reglas, absurdas o sensatas, de ese mismo sistema. La estrategia, explica Rafael, es entonces clara: el que no se doblega termina en la clínica psiquiátrica, en la cárcel, en el cementerio o en la calle, durmiendo a la intemperie y sin un plato de sopa para alimentarse. La pregunta clave es: ¿cómo rebelarse a La Cosa sin terminar loco, preso, muerto o viviendo como un pordiosero? ¿Cómo estar por fuera sin que el sistema nos detecte y envíe a sus esbirros a meternos en cintura o a eliminarnos?

Lo extraordinario de la reflexión de Rafael es que, con lujo de detalles, contaba cómo desde sus más tiernos años de infancia él había sentido la atmósfera nociva y el aliento malsano de La Cosa. Ya desde niño sabía que los demás estaban atrapados, que eran carne de cañón, que no saldrían bien librados de ese enfrentamiento con una sociedad que ya los tenía bajo su control y su dominio. Incluso aquellos que creían que estaban en contra, aquellos que se oponían con cierta pose de extremistas marginales, estaban también sometidos, pisoteados, bien vigilados. A lo largo de sus años de juventud, entonces, la pregunta fundamental de Rafael fue cómo escapar, cómo salirse de la red, cómo huir sin aspavientos, sin llamar la atención, sin hacerse notar. No quería marchar ni llevar pancartas por la calle, no quería pertenecer a ningún grupo, no quería matricularse en ningún partido político ni en ninguna sociedad filantrópica; no, quería vigilarse al máximo, quería estar atento, al acecho, y negarse a terminar una profesión, no casarse, no comprar una casa ni un carro, no tener hijos y no enfermar de cáncer ni agonizar en un pabellón de cuidados intensivos.

Para escapar de la fuerza gravitacional de La Cosa era preciso salirse de manera radical, en un movimiento contundente y certero, pero sin discursar, sin creerse el héroe, sin sentir ningún tipo de superioridad. Nada de eso, sólo dar un paso hacia la izquierda o hacia la derecha y abandonar la fila donde el resto de la gente parecía sentirse tan cómodamente instalado. Así fue como empezó a exiliarse interiormente, a rechazar todo tipo de esquema, toda religión, todo partido político, toda militancia posible; el único problema era cómo sobrevivir, cómo sostenerse sin tener que convertirse en un esclavo, en un empleado perfectamente explotado. Descubrió que sus lecturas de historia y antropología lo habían preparado bastante bien para saber dónde podían existir aún restos de asentamientos indígenas, y que, aparte de los datos

necesarios para saber dónde cavar, él tenía además una intuición certera para dar con entierros y tumbas atiborradas de cerámicas precolombinas, oro, esmeraldas, vasijas, adornos y poporos. Luego buscaba el nombre correcto en una larga lista de políticos, historiadores, profesores universitarios y gente interesada en este tipo de arte, y le ofrecía el objeto. Casi siempre se lo compraban enseguida. Tenía buena reputación en el gremio, y si alguno de esos individuos intentaba sacar fraudulentamente del país el objeto que Rafael le había vendido, era su problema y tendría que enfrentar a las autoridades. El negocio de mi tío sólo llegaba hasta el comprador, que muchas veces eran museos y casas de la cultura regionales. Después, con el dinero de esas ventas, se quedaba meses enteros por ahí, leyendo, asistiendo a buenas salas de cine, vagabundeando por las calles sin propósito alguno. Eso sí, siempre atento a que La Cosa no lo rozara ni lo fuera a capturar en algún recodo del camino.

En este punto quiero subrayarte una situación del pasado que no sé si hayas olvidado, Sebastián. ¿Recuerdas que cuando empezamos a leer y a ver buenas películas teníamos una concepción del arte y de la literatura muy parecida a la leona de Rafael? Creíamos que sólo la lectura y el arte nos podían defender de la imbecilidad general. No queríamos crecer, trabajar como borregos, reproducirnos y morir. Es triste pensar que tenemos una sola oportunidad, una sola, y que la vamos a invertir en ir a la oficina, cobrar un sueldo a fin de mes y ver televisión. Y ahora que intento hacer memoria, no sé si alguna vez, en una conversación casual o en un encuentro de esos en los cuales mi tío me recomendaba una novela o un libro de filosofía, él habría esbozado su teoría de paso, sin ahondar mucho en ella para no asustarme, y más adelante yo, apropiándomela, la expuse como mía y de ahí en adelante tú y yo comenzamos a pensar en esa línea. No sé si estoy retorciendo demasiado las cosas, si mi imaginación me hace inventar un pasado inexistente, pero me parece muy raro haber elegido una carrera de humanidades justamente porque quería investigar, leer, pensar, escribir y dictar clase para que otros a su vez continúen defendiéndose de esas tinieblas que Rafael bautizó como La Cosa. No sé si estoy fabulando demasiado, si tal vez desvarío...

En las últimas páginas de la libreta, Rafael explicaba que estaba empezando a sentirse enfermo: fuertes dolores de estómago le impedían dormir y lo obligaban a vomitar varias veces al día. Como es de suponer, no tenía seguro médico y lo angustiaba que justo en el último momento lo internaran en algún hospital de caridad y alguien llegara a visitarlo, a apiadarse de él, a llevarle manzanas, y entonces La Cosa cerrara sus tenazas y lo obligara a morir bajo su influencia. Las últimas líneas son estremecedoras y te las transcribo sin errores porque las memoricé de tanto leerlas y releerlas:

No voy a someterá mis amigos a una vergüenza semejante: tener que visitar a un compañero indigente en una institución de calidad. Ellos no se merecen algo así. Si he tenido el coraje de vivir en permanente

enfrentamiento con La Cosa, es de suponer que tendré la fuerza suficiente como para morir de igual manera. Elegí desde mi juventud ser un renegado y desde un comienzo supe el precio que tendría que pagar por ello. Ahora no voy a reblandecerme, a acobardarme, a pedir ayuda como un viejo chocho y enclenque. Recuerdo un cuento de Jack London en el que un anciano indígena está retrasando a los de su tribu en medio de una travesía invernal. Entonces da la orden de que continúen sin él, se baja del caballo con el cuchillo entre los dientes y espera a que lleguen los lobos. Cuando los ve a lo lejos se pone en guardia, respira profundo y, con los pies bien hundidos en la nieve, espera la primera embestida para morir de pie y con el cuchillo en la mano. Quizás ha llegado el momento de bajarme del caballo y de morir dando cuchilladas en mitad de la tormenta. Tal vez llegó la hora de morir como he vivido: lejos de todo y de todos. No quiero agonizar entre camas de enfermos, entre seres de una especie que no es la mía, con un televisor al frente y visitado por enfermeras hipócritas, médicos incapaces y curas pederastas. No quiero despedirme del mundo vencido y atrapado por La Cosa. Quiero morir aquí, entre mis libros, y así será. Yo decidiré el día y la hora. Lo demás es una trampa.

¿Te imaginas cómo me sentí apenas leí esa libreta? El tío Rafael, el único pariente con el que yo había sentido alguna vez empatía de verdad, una identificación intelectual y vital, había dedicado su vida entera a combatir esa telaraña en la que casi todos caemos atrapados tarde o temprano. Un guerrero secreto y agazapado, un héroe de nuestro tiempo, un soldado librando batallas invisibles. Como si esto fuera poco, en los últimos renglones quedaba claro que se había suicidado para ser dueño de su muerte, para elegir el día y la hora, para mantener a los demás a raya, para evitar que la debilidad física y la flaqueza de la enfermedad lo derrotaran y lo obligaran a caer en brazos de La Cosa. Semejante actitud me despertó una admiración irrestricta.

No sé si me sigues, si entiendes de qué te estoy hablando, si mis palabras son lo suficientemente claras y sinceras como para conducirte al centro de mi ser. En una época en la que nos enviamos mensajitos insulsos y superfluos por internet, ya es inusual sentarse a escribir de este modo durante días enteros, para conducir al otro al centro mismo de nuestro corazón, para llevarlo de la mano hasta lo más profundo de nuestras ideas y nuestros afectos. Y ahora, de pronto, me ha asaltado una duda: ¿sí estoy contándote las cosas con la suficiente destreza como para que te metas dentro de mí y comprendas cada una de mis reacciones, cada uno de mis sentimientos? Desconfío de las palabras, desconfío de la transparencia del lenguaje, y me pregunto justo en este punto si estarás entendiéndome o si, por el contrario, lo que he escrito hasta ahora no habrá producido más bien una muralla, una cerca que te ha dejado por fuera, en un territorio desde el cual me ves como un loco, como un obsesivo compulsivo, como un patético intelectual de pacotilla que tiende a extraviarse en sus

disquisiciones hasta perder cualquier asomo de realidad. Espero que no, Sebastián, porque de lo contrario lo que he hecho con estas páginas no es acercarte a mí ahora, cuando más necesito tu amistad, sino alejarte, empujarte a una zona desde la cual me mirarás con curiosidad y cierta perversa incredulidad.

En las semanas siguientes terminé los exámenes con mis estudiantes, presenté las calificaciones y salí a vacaciones, que era lo que más añoraba. No volví a ver a Tatiana, quien después de la escena de aquella noche que te acabo de contar no quiso saber nada de mí. Me dediqué a estudiar el texto de Rafael, a encontrarle aristas secretas y a establecer nexos entre sus ideas y las de sus autores predilectos. Me presenté en la policía y solicité un permiso especial para entrar en su habitación, aunque sin derecho a tomar ninguna de sus cosas. Solía entonces pasar tardes enteras en su cuarto, recreando lo que había sido su vida, imaginándome cómo era estar por fuera de La Cosa, atrincherado en una calle miserable de Bogotá, lejos de cualquier contacto espiritual con los otros. Cerraba los ojos y lo veía con los bolsillos rotos, pagando las latas de atún con monedas, con los zapatos sucios y estropeados, con las medias raídas: la imagen de quien está más allá, en un viaje que no tiene regreso, extraviado en una ruta pedregosa. ¿En qué pensaba Rafael? ¿Soñaba algunas noches con una caricia, con un beso, con un abrazo nocturno debajo de sus sábanas mugrientas y rotas? Y cuando tenía fiebre o gripe, cuando le dolía el estómago o cuando estaba lloviendo y la tristeza le oprimía el pecho, ¿qué hacía, a quién se encomendaba, cómo aguantaba sin doblarse? O cuando iba al baño y orinaba sangre y escasamente podía sostenerse en pie, ¿qué cara ponía, qué palabras pronunciaba en esos terribles momentos? Y cuando llegaba la noche lo imaginaba quitándose la ropa y metiéndose debajo de sus cobijas remendadas, de medio lado, con los ojos puestos en la oscuridad, la barba contra la almohada, tosiendo mientras daba las últimas caladas a su cigarrillo, intentando precisar una frase de Foucault o una de Cioran, recitando quizás en voz baja, en francés o en alemán, un verso que ponía en evidencia el poder absoluto y destructivo de La Cosa. Y cuando le dolía una muela o un tobillo, ¿iba al dentista o al médico? ¿Cómo pagaba la consulta? ¿Compraba medicinas o las consideraba también objetos engañosos fabricados por La Cosa? Entonces, por momentos, lograba meterme dentro de él, comprenderlo, ser él, y me daba cuenta de algo aterrador: que tal vez lo peor de la soledad no es la falta de un interlocutor, sino esa subdivisión malsana, esa multiplicación de sí mismo por medio de la cual la psique ingresa en una esquizofrenia frenética.

Y es que cuando no hay nadie alrededor, el cerebro empieza a construir una escenografía y una puesta en escena para varios personajes diferentes, cada uno con vida propia. ¿Quiénes eran los personajes creados por Rafael para que lo acompañaran en su batalla secreta? ¿Qué seres eran los que volvían una y otra vez a su memoria, qué decían, cómo se comportaban? Quizá la vida de un hombre no significa nada si no conocemos esas multiplicaciones angustiantes o felices que hicieron de él alguien superior a sí mismo. Desde su cuarto miserable, enfrentando

una guerra cotidiana contra un monstruo poderoso y avasallador, ¿en cuántos soldados se subdividía Rafael para conformar un pelotón firme que lo protegiera de la derrota y la rendición? Y cuando estaba con las defensas abajo, cuando no tenía ganas de seguir en pie, ¿por dónde caminaba, dónde se sentaba a leer, qué calles solía recorrer, a qué cines entraba, dónde compraba sus cajetillas de cigarrillos? ¿Bebía en bares de mala muerte, se acostaba con prostitutas? ¿Qué concepción tenía él del amor, del sexo, de la amistad con mujeres? Porque en *El cuarteto de Alejandría*, en una edición subrayada hasta la saciedad, yo me había encontrado una tarde la siguiente anotación: «Nadie se enamora de otra persona. Mediante un procedimiento narcisista amamos en el otro el reflejo de nosotros mismos. Como el caracol, o como un andrógino cercenado y mutilado que busca su otra mitad, amamos en los otros nuestra propia sombra». Si había escrito eso, ¿cómo era entonces su relación con las mujeres? ¿Nunca se había enamorado? ¿Jamás se había apasionado por una mujer, la había perseguido, le había prometido fidelidad en medio de noches de intensa fogosidad corporal? ¿Quién había sido en realidad ese hombre que de un momento a otro había reaparecido en mi vida, después de tantos años de ausencia, para partirla en dos?

Para rematar esta historia tan descabellada y como si no fuera suficiente locura lo que hasta ahora te he escrito, imagínate que una tarde me volvieron a llamar de Medicina Legal, y yo, ingenuo irredento, con mi voz de chico bueno, pregunté si la llamada era para avisarme que los exámenes de ADN ya estaban listos y podía enterrar a mi tío.

—No, señor —me dijo la secretaria de siempre—. Lamento comunicarle que de los exámenes no sabemos nada todavía y que necesitamos hablar con usted cuanto antes.

—¿Es urgente? ¿La investigación arrojó algunos resultados nuevos?

—Sí, señor, es urgente. Pero prefiero explicárselo personalmente. Lo espero hoy mismo, si es posible.

—A las cuatro de la tarde estoy allá.

El corazón me latía a toda velocidad mientras manejaba por la Caracas hacia el centro de la ciudad. Cualquier nueva información, cualquier noticia sobre Rafael me generaba una ansiedad incontrolable. La vida de ese hombre era el centro de mi vida, la clave, el eje sobre el cual yo giraba desde el día en que había recibido el escueto y extraño mensaje en mi oficina de la universidad. Sin embargo, estaba a punto de ingresar en una realidad insospechada, en uno de esos agujeros negros que se chupan cualquier asomo de cordura. Si hasta este punto la historia te ha parecido rara y un poco salida de lo normal, no te imaginas lo que viene, Sebastián. No se me hubiera ocurrido que lo vivido hasta ese día era sólo una introducción, un umbral, un pasadizo inicial hacia el verdadero meollo del asunto.

Apenas entré en Medicina Legal, la secretaria me hizo sentar y le ordenó a una empleada del aseo que me sirviera un café. Estaba nerviosa, se le notaba que temía

una reacción negativa de mi parte. Ese fue el indicio de que lo que me iban a comunicar no podía ser nada bueno.

—No sé por dónde comenzar. Créame que no es fácil para mí hacerlo venir hasta aquí para transmitirle más noticias negativas —dijo la mujer, mientras se quitaba unos lentes de carey que la envejecían.

—Las cosas no pueden estar peor, señora —anticipé molesto por ese preámbulo que me obligaba a irme contra las cuerdas—. Tener a mi tío en su frigorífico es un hecho que no tiene forma de empeorar.

—Ese es el problema. Que su tío ya no está en nuestras neveras.

—¿Qué? ¿Cómo así que no está aquí? —dije poniéndome de pie.

—Ayer el guardia descubrió que el cuerpo desapareció y no sabemos con certeza cuándo sucedió, qué día hurtaron el cadáver.

—¿De qué me está hablando usted? ¿Se da cuenta de lo que me está diciendo? —Una depresión súbita me obligó a sentarme de nuevo—. Eso significa que me hice los exámenes para nada y que ahora resulta que nunca sabré si era mi tío o no, y que si tener a un ser querido desaparecido es un suplicio que no permite ni descansar en las horas de sueño, tener un cadáver desaparecido es aún peor porque uno no tiene la esperanza de que regrese algún día.

—Lo lamento, no sé qué decirle, cómo explicar una cosa de éstas. Jamás nos había sucedido.

—Pero ¿cómo se pueden robar un cadáver medio descompuesto? ¿A quién se le puede ocurrir semejante despropósito?

—No tenemos ni la menor idea. Ya reportamos el caso a la policía.

—¿Y se robaron varios cuerpos? —pregunté agarrándome la cabeza con ambas manos.

—No, señor, sólo el de su tío. El resto está en su sitio. Eso significa que entraron, abrieron las neveras y extrajeron sólo el de don Rafael.

La expresión «don Rafael» me hizo sonreír. La secretaria se creía que esa expresión de respeto aminoraba la gravedad del robo y de la penosa situación por la que yo venía pasando desde hacía semanas. «Don Rafael», no podía ser más ridículo. Por un momento me dieron ganas de escupirla, de abofetearla y de arrojarla por una ventana. Pero me controlé, respiré profundo y busqué la salida.

—Avíseme cualquier cosa que averigüen, por favor —dije ya de salida, sin mirarla.

—Sí, señor, por supuesto. Ni más faltaba.

Cuando salí a la calle, sentí que la cabeza se me iba a estallar de la ira. En un impulso repentino me dirigí a la estación de policía, les solicité que interrogaran al tipo que cuidaba la morgue en las horas de la noche, que lo presionaran, que lo amenazaran hasta que confesara quién lo había contratado o para qué se había robado él un cadáver medio descompuesto. La única posibilidad era esa, que el celador estuviera implicado en el robo. Me dijeron que ya lo habían hecho todo y que el tipo

aseguraba que no tenía nada que ver, que había cumplido con su deber, que jamás permitiría una cosa parecida. Salí furioso también de la estación de policía, maldiciendo un país en el que se roban hasta nuestros muertos. Sin embargo, cuando estaba a punto de sacar mi carro del parqueadero, se me ocurrió que si el celador no funcionaba bajo presión, quizás sí lo hiciera por dinero, comprándolo, ofreciéndole una suma para que delatara a sus compinches. Saqué un millón de pesos de uno de los cajeros automáticos de la avenida Jiménez y crucé de nuevo el mercado de San Victorino.

Esperé un rato a que la gente desalojara las oficinas del edificio y, en las primeras horas de la noche, cuando el sector empezaba a transformarse en un cruce obligatorio para las hordas de indigentes que salían de los expendios de drogas o entraban a éstos, me acerqué y encontré al hombre al fondo del corredor, enfundado en una chaqueta para protegerse del frío nocturno. En un principio mi presencia lo atemorizó y empezó a parpadear nerviosamente.

—Vengo a ofrecerle un trato —dije con la voz calmada para tranquilizarlo—. Yo sé que sacaron el cuerpo de mi tío con su consentimiento. En el día es imposible hacerlo. Le propongo no entablar una demanda contra usted, dejar las cosas así y darle una suma de dinero a cambio de su información. Lo único que quiero saber es quiénes y para qué se robaron el cadáver de un N. N.

—Ay, jefecito, no me ponga en éstas —dijo el hombre suspirando y mirando hacia los lados.

—Aquí tengo la plata —afirmé sacando los billetes de uno de mis bolsillos—. Mire, hay un millón de pesos para usted si me colabora con esa información.

—¿Un millón de pesos? —preguntó el hombre sin poder quitarle los ojos de encima al fajo de billetes.

—Se lo entrego ya, usted me dice qué fue lo que pasó, y lisio, yo no regreso por acá y lo dejo en paz.

—Ni modos, jefe, hoy en día no se encuentra uno tanta plata así, a la vuelta de la esquina. Hace una semana vino un tipo con una gabardina negra, barbado, y me dio trescientos mil pesos por dejar sacar el cuerpo. Yo no hice nada, se lo juro, sólo abrí la puerta y él, con un amigo que trajo, se encargó de todo, metieron el muerto en un costal y se lo llevaron. No me dijeron para qué necesitaban al finado, ni por qué hacían una cosa así, nada, sólo se lo llevaron y ya.

—¿Le dijeron por qué querían ese cuerpo y no otro?

—No, jefecito, no tengo ni idea. Yo acepté porque usted sabe cómo está la situación. Tengo mujer y tres hijos, y con el sueldo no me alcanza para pagar arriendo, colegios y encima de eso hacer mercado. Entiéndame. Y ésta parecía gente de la zona, gente dura, y era la plata o una cuchillada por ahí, cuando esté esperando el bus.

Asentí y le entregué la plata completa.

—Gracias. Y tranquilo, no entablaré ninguna demanda contra nadie —le dije con

sinceridad.

El hombre agarró la plata en medio de una sonrisa de satisfacción y me miró de frente sin saber cómo agradecerme la suma que le acababa de entregar. En esa mirada fugaz, instantánea, reconocí a un hombre bueno que había aceptado abrir los refrigeradores sólo por necesidad y nada más. Di media vuelta y alcancé la puerta de salida. Antes de pisar el andén, me puse alerta para evitar un atraco y caminé hasta el parqueadero de afán, con paso firme, demostrando que conocía la zona y que no iba a ser presa fácil.

Un hombre barbado y con gabardina negra. La descripción coincidía con el vecino de Rafael, el hombre que lo había encontrado. Aunque en el barrio había cientos de hombres con esa misma figura, no sé por qué una certera intuición me decía que se trataba del esquivo individuo que ya me había tropezado dos veces en el viejo caserón de San Victorino. Lo que se salía por completo de cualquier explicación racional era el robo del cadáver. ¿Con qué fines habían hecho algo así? Y si inicialmente lo habían tenido ahí, entre sus manos, ¿para qué habían llamado a la policía y lo habían entregado? No tenía ni pies ni cabeza. De todos modos, como la única razón posible la conocía quien se había llevado el cuerpo, me dirigí a la pensión y golpeé en la puerta de la habitación del misterioso hombre que había pagado trescientos mil pesos para que le entregaran el cadáver descompuesto de mi tío. El tipo abrió la puerta con desgana, con los ojos enrojecidos y pequeños, escupiendo en el piso y sorbiendo mocos para despejar la nariz y poder respirar.

—Qué se le ofrece, maestro.

—¿Por qué se llevó el cadáver de mi tío? —le pregunté a bocajarro, sin preliminares de ninguna clase.

—No se de qué me está hablando —me contestó con un y esto de desprecio, como si estuviera concentrado en una actividad muy importante y yo lo estuviera interrumpiendo con frivolidades.

—No se haga el imbécil. Yo sé que fue usted. Lo único que quiero saber es por qué. Tengo derecho. Soy su único pariente.

El hombre se quedó mirándome con frialdad, con arrogancia, dejando entrever una superioridad que de pronto lo invadía y le despertaba cierta violencia que lograba contener a medias.

—¿Derechos? No me haga reír, hermanito. ¿Dónde estaba la familia cuando él no tenía con qué comer? ¿Dónde estaba usted, en qué restaurante, en qué cine, con qué hembra, cuando él estaba enfermo y pasaba las noches en vela? No me venga con discursitos aprendidos en su universidad. Los verdaderos derechos los tienen quienes han estado ahí con uno, en la jugada, metidos en el barro hombro a hombro. El resto son mariconadas de pequeñoburgueses como usted, que repiten lo que ven en las telenovelas.

—Usted no tenía el derecho de robarse el cadáver. Mi tío se merecía un entierro decente.

—Mire, hermanito, solucione sus problemas como le dé la gana. A mí déjeme en paz. Y si me sigue jodiendo, lo voy a poner en su sitio. No todos los días amanezco tan decente como hoy.

Y me tiró la puerta en las narices.

A partir de entonces, y durante varios días, me sentí desconectado de la realidad, suspendido en un espacio y un tiempo propios, que no se relacionaban con los demás. Solía visitar la habitación de Rafael, leer y releer sus libros preferidos, caminar por el sector pensando siempre en él, en esa rutina diaria que yo intentaba reconstruir sólo a punta de imaginación y buena voluntad. ¿Te acuerdas de que cuando éramos niños, en el jardín infantil, un día nos sacaron de clase y nos llevaron a un salón donde vimos la llegada del hombre a la Luna en un viejo televisor en blanco y negro? La maestra nos explicó que los astronautas parecían flotar porque en la Luna no existía una ley de la gravedad similar a la de nuestro planeta. Durante semanas y meses enteros tú te obsesionaste con eso y me hablabas a todas horas de una dimensión en la que era posible elevarse y perder ese peso que nos une de manera cargante con el mundo. Pues a o largo de esos días, Sebastián, yo me sentí igual que los astronautas del Apolo XI: liberado de una atadura, viajando en el cosmos sin sentir mi peso ni mi propia densidad, más allá de la masa corporal que me daba una consistencia real en el mundo. Sólo la lectura me unía, como si fuera un tubo a través del cual me llegaba el aire a la escafandra a una vida de la que cada día me sentía más ausente y lejano. No me volví a encontrar con el hombre de la gabardina hasta que una noche, a eso de las ocho, cuando ya me disponía a regresar a mi apartamento, me lo tropecé fumando en el corredor del segundo piso, junto a las escaleras. Me miro de reojo y me dirigió la palabra con desdén, con ese aire de persona superior que se digna hablar con seres de escasa relevancia:

—No puso la demanda en la policía. Yo pensé que iba a armar una alharaca.

—Yo sé que fue usted —le dije mirándolo a la cara, tranquilo, sin agresividad, sin alterarme como la vez anterior y sin dejar en mi voz ningún rastro de resentimiento—. Pero no tengo pruebas y no puedo hacer nada al respecto.

—Creo que va aprendiendo cómo son las cosas por acá.

En ese momento, con una velocidad de pensamiento que no suelo tener en situaciones así, se me ocurrió una idea a través de la cual podía establecer mi jerarquía frente a ese sujeto altanero y presuntuoso.

—Usted tiene un cuerpo sin vida y medio destruido. La verdad es que me importa muy poco. Mi tío no está ahí. En cambio yo tengo los libros, los recuerdos de familia, las fotos y la libreta en la que anotó su testamento ideológico. Como ustedes son animales carroñeros, cébense a su antojo con la podredumbre.

Me di cuenta de que mis palabras lo habían golpeado justo en el centro del abdomen y que el tipo estaba con conteo de protección. Dejó de fumar y me miró sorprendido y con el ceño fruncido.

—¿Cuál libreta?

—Donde están sus ideas principales, su pensamiento. Se titula *La Cosa*, pero dudo mucho de que una mente como la suya pueda entender lo que él escribió.

—¿Dónde la encontró? —me dijo acercándose un paso hacia mí.

—Detrás de la gaveta del baño, metida entre el vidrio y la pared. Pero creo que eso a usted no le importa. Y le agradecería que de aquí en adelante se dedicara sólo a sus asuntos, porque la próxima vez sí lo denuncio y le juro que no descansaré hasta verlo encerrado en la cárcel. Ahí nos vemos, hermanito.

Y bajé las escaleras sin darle tiempo a contestarme. Cuando salí a la calle, una sonrisa franca me iluminaba el rostro. Por fin había logrado poner a ese fanfarrón en su sitio. Ese placer me dejaba satisfecho, como si de repente hubiera nivelado en parte una balanza que hasta ese momento había estado inclinada en mi contra.

Dos horas más tarde, a eso de las diez de la noche, sonó el teléfono de mi apartamento y levanté el auricular.

—Con el señor Vicente Estévez, por favor —dijo una voz masculina desde un teléfono público.

—Sí, con él habla.

—Soy el vecino de Rafael. Le ruego que no me vaya a colgar. Necesito hablar con usted cuanto antes. Dígame dónde y nos encontramos. Si quiere, ahora mismo.

—¿Cómo consiguió mi número?

—Eso es lo de menos. Por favor, hermanito, es muy importante que usted y yo hablemos. Le daré todas las explicaciones que me pida.

—No pienso volver a salir ahora.

—Fresco, yo voy a su casa. Sólo necesito unos minutos, nada más. Por favor.

Recordé la figura del hombre, su aspecto de vago peligroso, y me dije que no era buena idea traerlo a mi casa. Pero enseguida, en un impulso repentino, me dije que él, seguramente, había sido el mejor amigo de mi tío, me gustara o no, y había estado más cerca de su vida, de sus problemas y de sus necesidades que cualquiera de la familia. Y una curiosidad que no me había dejado descansar desde el primer día, cuando había recibido el mensaje, me carcomía las entrañas. En esta historia había demasiados huecos, demasiados baches que yo deseaba conocer para completar la biografía de ese hermano de mi padre con el cual, muchas veces, yo me había identificado más allá de los vínculos de sangre. Así que, dejándome conducir por intuiciones confusas, le dije con el teléfono aún en la mano:

—¿Tiene cómo copiar la dirección?

—Fresco, hermanito, yo sé dónde vive usted. Estoy cerca. Ya voy para allá.

Y colgó sin darme ninguna explicación. Era evidente que alrededor de Rafael se estaba desarrollando un argumento que yo desconocía, toda una trama que se estaba llevando a cabo a mis espaldas y que ya era hora de aclarar: su muerte, la libreta que yo había encontrado, el robo de su cadáver, el hecho de que me tuvieran vigilado sin que me percatara de ello, en fin, mil detalles que estaban pendientes y que sólo ese misterioso hombre de la gabardina podía esclarecer. En efecto, a los quince minutos

sonó el citófono de mi apartamento y el hombre llegó agitado, nervioso, con unas pequeñas gotas de sudor en la frente.

—Siga —le dije abriéndole la puerta y dándole la bienvenida.

Lo primero que hizo fue mirar la biblioteca. Paseó los ojos rápidamente por los estantes, como si hiera un ave de rapiña en busca de algún indicio para capturar una posible presa que valiera la pena. Luego me estiró la mano con una cordialidad que jamás había tenido conmigo.

—Soy Pedro, y lamento que nos hubiéramos conocido así, de la peor manera. Pero es que gente que anda con la policía nos da mucha desconfianza.

Le estreché la mano. Unos dedos fuertes, anchos, de alguien que había trabajado en una fábrica o en el campo. Le calculé cuarenta y cinco o cincuenta años de edad.

—Siéntese —le dije ofreciéndole el sofá—. ¿Quiere tomar algo?

—¿Tiene una cerveza?

—Sí, voy a traer dos. Las tengo bien frías en la nevera.

Agarré las cervezas, las serví en dos jarros y regresé a la sala. Me senté en un sillón junto al hombre y le entregué uno de los jarros.

—Salud —dijo Pedro, y se tomó un buen trago.

—Salud —respondí yo, elevando un poco el jarro antes de beber. Me dije que estaba a punto de conocer la verdad escondida detrás de la vida de Rafael, y esa sensación me generaba una ansiedad que, por fortuna, la cerveza me ayudaba a apaciguar.

—Voy a ir directamente al grano, hermanito. No soy buen orador. Algunas cosas de las que le voy a hablar usted ya las conoce o las intuye. Sobre todo si leyó las anotaciones del maestro —dijo Pedro levantando el jarro y bebiendo un segundo trago de cerveza—. En la zona vivíamos cientos de indigentes y marginales antes de que la alcaldía construyera el parque Tercer Milenio y nos expulsara del sector. Rafael apareció un día cualquiera y nos sorprendió porque no era alcohólico ni metía vicio. Un man tranquilo, que se la pasaba siempre con un libro en la mano, callado, al que no le gustaban los problemas pero que tampoco los rehuía cuando los veía llegar. ¿Me entiende, hermanito? Un tipo en regla, derecho, que ponía a los tombos en su sitio cuando le pedían papeles o cuando lo jodían en la calle, que chupaba cana fresco, sin lloriquear, al que le importaba un culo todo el mundo. Por eso se ganó el respeto de una y nadie se metía con él. Luego, en una segunda fase, nos dimos cuenta de que el hombre era un sabio, un tipo que sabía de todo, y que más que un intelectual con un tomillo suelto o con problemas en el pasado, estábamos frente a un conductor espiritual, un guía elevado, un santo.

Cuando lo escuchamos hablar nos quedamos boquiabiertos, embebidos en sus palabras, sorprendidos de tanta habilidad para entender los problemas de cada uno de nosotros. Fue entonces cuando empezó a explicarnos su teoría de La Cosa, de esa enorme maquinaria que nos había machacado a todos, que nos había expulsado de la vida común y comente que llevaban los demás. Y ojo, hermanito, porque en la calle

no crea usted que hay sólo gente viciosa y bruta. No, en la calle hay médicos, arquitectos, pilotos, mancos que hablan dos y tres idiomas. Y a todos nos pareció que él tenía la razón, que nadie nos había explicado con tanta claridad por qué habíamos ido a parar a una calle miserable, entre hogueras y recicladores de basura y vendedores de bazuco. Allí empezó la tercera fase, y es que nos dijimos que si del otro lado, en los centros comerciales, las discotecas y los cines, una sociedad de bestias despiadadas estaba armada y dispuesta a escupirnos en nuestra propia cara, a destruirnos y a eliminarnos, entonces nosotros por qué no íbamos a ser capaces también de organizarnos, de oponer resistencia y de enfrentarnos a ese monstruoso aparataje que se creía invencible y todopoderoso. ¿Me entiende, hermanito? ¿Sí se pillan para dónde es que voy? De vagos solitarios que se pasaban el día entero filmando bareta o soplando bazuco, pasamos a ser soldados pilos, inteligentes, que no estaban dispuestos a que los siguieran maltratando, negando y asesinando.

El maestro nos despertó, nos dio conciencia y lucidez sobre nuestras vidas, y nos regresó la fuerza que habíamos perdido, la confianza en nosotros mismos que tanta falta nos hacía. Así nació La Organización, cuyo objetivo principal era defenderse de La Cosa, impedirle que nos siguiera haciendo daño y, si era necesario, atacarla, restarle fuerza, minarla, golpearla donde más le doliera. No le voy a dar detalles, hermanito, porque no quiero asustarlo. Vine aquí en son de paz, porque lo considero un aliado y no un enemigo. Pero si vamos a hablar con franqueza, debo confesarle que La Organización estaba dispuesta a todo con tal de presentarle una franca oposición a La Cosa, y eso suponía enfrentamientos, luchas, heridos, muertes. Los dos primeros discípulos fuimos Pedro y Pablo: yo, que sin modestia me considero el amigo más cercano que tuvo el maestro, y un africano refugiado que llegó a Colombia y que poco a poco se fue quedando sin un centavo, Dongo Mnyungu, y que ahora está de regreso en su país, en el Congo, predicando la palabra del maestro y ampliando el horizonte de La Organización.

Lo cierto es que por ese tiempo el maestro decidió escribir una especie de ideario político, un texto en el que estuvieran plasmadas sus enseñanzas y que nos sirviera de guía, de luz en medio de una sociedad regida por la oscuridad y las tinieblas. Nos dijo en varias oportunidades que ya estaba trabajando en ese libro, y que luego había que pasarlo a máquina y fotocopiarlo para que cada uno de nosotros tuviera una copia idéntica al original. Por esos días se sintió muy enfermo y nos pidió varios días, exactamente tres semanas, para terminar de redactar el documento. Dijo que se encerraría veinte días en ayuno, sólo tomando agua y meditando, hasta que el libro sagrado quedara terminado y pulido para iluminar a las generaciones venideras y salvarais de lo que hasta ahora sólo ha sido explotación, ruina y guerras fratricidas. Por eso respetamos su encierro y no lo molestamos. ¿Me entiende, hermanito? ¿Se da cuenta de la cagada que hicimos? El maestro lo que necesitaba era atención médica, un tratamiento, pero de sólo pensar que La Cosa podía dominarlo y controlarlo en sus últimos minutos, él prefirió encerrarse y dejarse morir en la soledad de su habitación.

Por eso se pudo sin que nosotros nos pilláramos la nota. Cuando yo descubrí las ratas saliendo de su habitación ya era tarde, porque una vecina del piso de abajo, una viejita que permanece con la puerta abierta todo el día, también las vio, intuyó de qué se trataba y decidió llamar a la policía. ¿Se imagina, hermanito, el error tan hijueputa que habíamos cometido? ¡La policía! Y no alcanzamos a sacar el cuerpo cuando llegaron los tombos, hicieron un levantamiento del cadáver y se lo llevaron a Medicina Legal. La Cosa había sido más eficiente que nosotros mismos.

Lo peor de todo es que al final el maestro terminaría metido en una iglesia, bajo las palabras de un sacerdote y enterrado en un cementerio como si fuera cualquier mortal. No podíamos permitir algo así. El maestro debía terminar como había vivido, lejos de los otros y protegido por nosotros, sus iguales, ya que para eso habíamos creado La Organización. Logramos entonces robar el cuerpo, nos despedimos de él como lo merecía y lo enterramos en un lugar secreto, un lugar que en el futuro será un destino obligatorio de peregrinaciones y en el que construiremos un santuario para ir a adorarlo. Ya le comunicamos a Pablo todo lo que ha sucedido y él está a la expectativa para que en cualquier momento, cuando demos con el paradero del documento, le enviemos las palabras sagradas del maestro.

¿Ahora sí entiende por qué estoy aquí, hermanito, y por qué esa libreta que usted encontró por azar nos pertenece en realidad a nosotros, los discípulos? Piense que lo que para usted no son más que unas anotaciones curiosas de un tío medio raro, para nosotros es la base, el pilar de una lucha que quizás algún día nos permita vencer a La Cosa y crear un mundo más justo y más digno para todos nosotros. Piénselo, hermanito, entienda la importancia de nuestra misión y entréguenos esa libreta. Será el mejor homenaje que usted le pueda hacer a ese gran hombre que fue su tío.

Y entonces, Sebastián, en los ojos brillantes de ese hombre acostumbrado a la noche y a la calle, a las comisarías de policía y a los grupos de exterminio, vislumbré la ira, la violencia, y supe que si no le entregaba la libreta por las buenas me la iba a arrebatar por las malas. Así que fui hasta mi habitación, traje la libreta y se la entregué sin decir nada. Su mirada cambió, sonrió con sus colmillos cariados y torcidos, y me dijo muy emocionado:

—Gracias, hermanito. El día en que nos necesite, avísenos. Cuenta con nosotros para lo que sea.

Nos estrechamos las manos y Pedro salió con la libreta de Rafael en un bolsillo de su gabardina negra. No lo he vuelto a ver desde entonces. A los pocos días la policía me permitió trastear los libros de mi tío a mi apartamento, y cuando fui por ellos con un camión y dos ayudantes, los vecinos me comunicaron que Pedro se había ido y que ya no vivía en la casa. No tengo ni idea dónde anda. Supongo que se mudó como una medida de seguridad, que ya transcribió el texto de Rafael y que anda difundándolo entre los suyos.

No quiero entrar a calificar ahora toda esta locura, Sebastián. Ya me he extendido demasiado, te he contado paso a paso lo que he vivido a lo largo de estas semanas, y

no quiero seguir tejiendo hipótesis y suposiciones sin fundamento alguno. En realidad, esta carta, ya tan larga, sólo tiene un propósito específico: quiero que averigües lo que puedas sobre Dongo Mnubungo, si todavía sigue en el Congo y si es cierto que en ese país donde estás ahora existe una ramificación de una organización de seguidores de mi tío. Sé que todo esto parece como si yo estuviera esquizofrénico y te estuviera escribiendo desde un manicomio, pero por favor, Sebastián, ayúdame, échame una mano y pregunta por allí a ver de qué te enteras. Cualquier información, por mínima que sea, me ayudará a completar este cuadro absurdo que nació de una mente delirante o brillante, todavía no lo sé. Y escíbeme cuanto antes, no te demores mucho.

Tu amigo de siempre,
Vicente

Vicente:

Perdona que me haya demorado tanto en responderle. Ya entenderás la razón. Qué alegría tremenda me has dado con tu carta. No porque lo que me hayas contado me alegre, sino porque jamás, en todos nuestros años de amistad, tú te habías abierto de esa manera tan franca y directa. Qué bien. ¿Recuerdas cómo te jodía yo por ser tan adusto y malgeniado, por tu falta de humor y de frescura? Qué berraquera leerte con el corazón y sentir por primera vez el peso de tus ideas y de tus sentimientos más contradictorios. Bacanísimo.

Hay personas que se hacen amigas porque comparten gustos, inclinaciones, posiciones politicéis, estéticas o filosóficas, o porque sus temperamentos son afines o porque sencillamente se saben similares y la empatía fluye desde un comienzo. Tú y yo somos el caso contrario, maestro. No podemos ser más distintos. Es cierto que a ambos nos gustaba leer y que éramos estudiantes sobresalientes, pero ni siquiera en eso podíamos ponernos de acuerdo: a ti te gustaban los autores densos, pesados, excesivamente intelectuales; a mí, en cambio, me llegaban más los escritores audaces, rápidos, festivos, pegados a la vida. Tú te la pasabas encerrado creyendo que un sociólogo serio tenía que llevar una vida monacal dedicada al estudio y la investigación; a mí esa pose siempre me pareció aburrida e ingenua. Me encantaban los deportes, la aventura, las mujeres, y desde adolescente tuve conciencia de que la vida es múltiple, diversa, y que lo mejor era subdividirse y cubrir varios líenles al mismo tiempo. De ahí que más adelante nuestra amistad se fuera enfriando hasta mandarnos cartas dos o tres veces al año. Además, como nunca pudiste acostumbrarte a internet y seguiste mandando tus mamotretos escritos a mano, con esa letra de abuelito pasado de moda, eso hizo mucho más difícil mantener un contacto permanente contigo. Sobre todo porque estuve en movimiento muchos años, de aquí para allá, buscando una ciudad donde me sintiera cómodo, a gusto, y debo confesarte que aún no la encuentro. Siempre estoy en tránsito, siempre sé que tarde o temprano me iré. De ahí mi ligereza, mi sensación de que no puedo cargar con mucho peso: una casa, una familia, unos hijos.

Mientras todos mis amigos se iban estabilizando y poco a poco sentaban cabeza e iban encontrando el sentido de su vida en su mujer o en sus hijos, yo me seguía desprendiendo de todo lazo afectivo con una facilidad que a veces me atemorizaba y me obligaba a preguntarme si no estaría mal de la cabeza, traumatizado o algo así. Incluso la relación que tú mantienes con la universidad me parece sospechosa: creaste un cordón umbilical con la alma máter y tus estudiantes son esos hijos que no has tenido en el plano biológico. En el fondo, es lo mismo que hacen los demás: buscan dónde apoyarse, necesitan vínculos sólidos para sentirse seguros, envejecen rodeados

de una madre (en tu caso, la universidad) y de unos niños a los que hay que educar (tus estudiantes). Eso los tranquiliza, les garantiza una conexión con las generaciones venideras, una permanencia en el mundo más allá de su muerte. A mí me sucede exactamente al revés, maestro: no soporto las responsabilidades, los pesos, las obligaciones, no quiero permanecer, no me interesa educar ni convertirme en modelo de vida para nadie. Cómo será mi repulsión a que otro ser vivo dependa de mí, que no puedo tener plantas ni mascotas: el solo hecho de saber que una mata o un gato están esperándome en casa y que si no los atiendo se van a morir, me crea rechazo, aseo, ganas de salir corriendo. Aborrezco ese tipo de lazos. Luego ya te podrás imaginar que soy el perpetuo adolescente, el inmaduro del paseo, el que nunca se hizo adulto, el que sigue por ahí con su morral al hombro recorriendo el mundo mientras cambia de trabajo y realiza los oficios más absurdos y descabellados. De ahí que nuestra amistad estuviera fundada sobre todo en nuestras diferencias y no en nuestras similitudes.

Antes de entrar a comentar tu carta, quiero contarte algo que nunca te conté. Me parece justo hacerlo. Puesto que abriste tu corazón de esa manera, maestro, es necesario que yo abra el mío. Creíste que me había ido de Colombia porque me había ganado una beca para estudiar en la Complutense, en Madrid. No, viejito, esa fue una mentira que inventé para ocultar el verdadero motivo de mi fuga y de mi exilio voluntario de un país en otro. Sí estudié un año en la Complutense, pero no me gané ninguna beca. Me matriculé cuando llegué y después, a los tres meses, logré un apoyo del Instituto de Cooperación Iberoamericana. Pero la verdadera causa de mi partida fue la siguiente:

Un día estaba en cine solo, tranquilo, lejos de la rutina del mundo de afuera, escondido en una sala oscura viendo una película de Antonioni, cuando a mi lado, de repente, una joven que estaba con su novio empezó a toser, se atragantó con unas papas fritas y un perro caliente, y de un momento a otro se escurrió del asiento y se fue al piso. El novio se paralizó del miedo y no supo qué hacer. Me acerqué a ayudarlos, a intentar que la muchacha pudiera respirar. La pusimos boca abajo y la golpeamos en la espalda para que expulsara la comida que tenía atorada. No sirvió de nada y la joven seguía ahogada, sin aire, y los labios se le empezaron a amoratar levemente. Le grité al novio que teníamos que llevarla de afán a una clínica y entre los dos la alzamos y la arrastramos hasta la salida del teatro (el Patria, en la zona de los militares, en la calle 106). Buscamos un taxi, la subimos como pudimos, a las malas, a empujones, y le pregunté al joven qué seguro médico tenía ella.

—Colsánitas —me respondió con la voz temblorosa.

—A la Clínica Reina Sofía —le ordené al taxista enseguida, mientras me hacía atrás e intentaba darle respiración boca a boca a la chica y le masajeaba el pecho para impedir un paro cardíaco.

Entonces me di cuenta de lo joven que era, apenas una adolescente de quince o dieciséis años. El taxista bajó por la calle 106 y tomó la carrera novena hacia el norte.

Iba muy asustado y dijo que si la muchacha se moría dentro del carro, él tendría serios problemas. Noté que ella, en efecto, empezaba a perder capacidad de respuesta, los ojos se le estaban apagando, la boca y la lengua se amorataban cada vez más y, lo peor de todo, el rictus de su cara inmaculada mostraba ya una apariencia mortuoria, como de una carne a la que la muerte la estaba invadiendo segundo a segundo. Cuando íbamos pasando frente a la Fundación Santa Fe, el joven dijo:

—Podemos parar aquí para que le presten los primeros auxilios.

—No —grité yo desde el asiento de atrás—, ella tiene Colsánitas. La atenderán mucho mejor en la Reina Sofía.

El taxista bajó por la calle 127 pitando y gritando por la ventana «¡Emergencia, emergencia!». Desde mi posición alcancé a ver cómo un hombre se bajaba de su carro y detenía el tráfico de la avenida 19 para darnos el paso a nosotros. Un héroe anónimo. El taxista cruzó veloz y llegamos por fin a la sección de urgencias de la clínica. Dos enfermeros y una doctora bajaron a la joven en una camilla, la entraron de afán a un consultorio donde le cortaron la ropa con unas tijeras, y prepararon unos aparatos para empezar a darle oxígeno e intentar revivirla. Le pagué al taxista y le di las gracias. El novio de la muchacha estaba pálido y me confesó que estaba mareado y a punto de desmayarse. Lo ayudé a sentarse en la sala de espera y le dije que le avisara a la familia de ella dónde estaba y qué había pasado. Marco desde su celular y, con las manos temblorosas y tragando saliva, explicó con torpeza el accidente de la comida en el riñe. Colgó con la frente bañada en sudor y respirando con dificultad.

—Ya vienen para acá —aseguró en voz baja, como si no tuviera fuerza ni siquiera para hablar.

Esperamos unos minutos que me parecieron eternos. Finalmente una doctora salió del consultorio y nos avisó con tristeza que la muchacha había entrado a la clínica sin signos vitales, que habían intentado revivirla con un respirador artificial, pero que ya era demasiado tarde. No habían intentado métodos más drásticos porque el cerebro había pasado varios minutos sin recibir oxígeno y revivirla en esas condiciones significaba dejarla de pronto en coma, tetapléjica o en estado vegetativo. Era mejor aceptar los hechos: había muerto.

El muchacho comenzó a llorar y temblaba como si estuviera al borde de un ataque de nervios. La doctora lo entró a otro consultorio y lo sedó para que pudiera resistir el golpe tan brutal que acababa de recibir. Yo no supe qué hacer en ese momento. Me llegó a la cabeza la frase del joven sugiriéndome que la ingresáramos a la Fundación Santa Fe y mi terca negación a detener el taxi en esa institución. Un error imperdonable que le había costado la vida a una persona, a una niña que hasta ahora empezaba a vivir. Se trataba de darle aire cuento antes y yo le había quitado la posibilidad de recibirlo a tiempo. ¿Te imaginas, maestro, lo que sentí ahí, en esa sala de espera, mientras llegaba la familia de ella a enterarse de que su hija, su hermana, su nieta, había muerto por la imbecilidad de un desconocido que la había conducido a la muerte con unas buenas intenciones que habían resultado fatales? Yo, el buen

samaritano que se acercaba a ayudar, era en realidad un asesino disfrazado, un criminal que había impedido que le dieran aire a una niña que se estaba muriendo entre mis brazos. Y aunque te parezca mentira, Vicente, aunque no lo creas, aunque te quede imposible entender una bajeza semejante, me salí de la clínica antes de que llegaran los familiares y me fugué mirando hacia atrás, como si me estuvieran persiguiendo para meterme en la cárcel por lo que acababa de hacer.

Atravesé la calle 127 y me desaparecí por entre los almacenes, los centros comerciales cercanos y los barrios elegantes de la zona. No fui capaz de dar la cara, de explicar, de asumir las consecuencias de mis actos. Mierda, viejo, no sabes lo que me duele recordar todo esto... Mientras te escribo estas palabras me retuerzo y aprieto las mandíbulas con ira, con la culpa intacta, con desesperación. ¿Por qué no detuve el taxi en el lugar correcto? ¿Cómo se me ocurrió semejante estupidez? Yo, el atleta, el estudiante brillante, el joven audaz, actuando como un imbécil, como un miserable, como un auténtico asesino que lo que busca en realidad es liquidar a su víctima. Y entonces, en los días y en las semanas siguientes, angustiado, visitado por pesadillas atroces en las que esa joven se moría una y otra vez pegada a mi pecho, sin poder comer, con los nervios destrozados, revisé los periódicos y vi todos los noticieros de televisión para saber si la policía me estaba buscando. Pero no, el hecho no se mencionó en los diarios, ni en la radio, ni en la televisión. Seguramente el joven no dio detalles ni precisó la manera como la habíamos llevado a la clínica. Con los años he llegado a pensar que tal vez ni siquiera recordó la sugerencia que me había hecho. Una sugerencia muy oportuna, brillante, que habría salvado la vida de su novia justo cuando ella estaba a punto de morir.

A partir de entonces no tengo que darte detalles de los horrores que padecí. Me conoces bien y sabes que un temperamento apasionado como el mío se toma a fondo todo, tanto lo bueno como lo malo. Me hundí en una maraña de culpas que me impidió cualquier posibilidad de perdón o redención. El silencio empeoró aún más la situación y poco a poco fui convirtiéndome en un joven huraño, solitario, irascible, cuando la verdad es que mi manera de ser es más reposada y menos neurótica. Perdí el apetito, bajé quince kilos de peso, un insomnio implacable acabó con las horas de descanso y sufrí una depresión que me condujo a encerrarme durante horas en una habitación con el control de la televisión en la mano. Mis padres creyeron que me había vuelto drogadicto o algo parecido, y me propusieron salir del país y terminar mis estudios en España o en Estados Unidos, donde una hermana de mi madre estaba dispuesta a darme hospedaje en su casa. Preferí España precisamente para estar alejado de la familia y no tener testigos de mi derrumbamiento espiritual. Después, poco a poco, he ido aprendiendo a vivir con esa culpa, a tenerla dentro de mí como un tumor o un virus permanente. Pero no me perdono aún, Vicente, no estoy en paz, y tal vez vivo huyendo de cada ciudad y de cada país porque en el fondo lo que estoy haciendo es huir de mí y de ese pasado vergonzoso y terrible que me persigue a todas partes.

Bueno, maestro, ya me desahugué y te conté la verdad. Ahora sí entremos en materia y comentemos tu carta con la minucia que amerita. Como yo no soy como tú, no me gusta escribir a mano y mi caligrafía parece un ejercicio de castigo mal hecho por un estudiante de jardín infantil, voy a ir guardando esta carta en un documento en mi computador, y al final te la anexo como un archivo y te la mando a tu correo electrónico. Me parece mucho más ágil y práctico.

La descripción que haces de ti es perfecta, pero nunca habría pensado que tuvieras tanta lucidez como para observarte con semejante objetividad. La verdad, maestro, es que eres un poco mojigato y moralista, y jamás en tu vida te fumaste un cigarrillo de marihuana, ni te emborrachaste un fin de semana, ni te acostaste con una prostituta. Parecía que mientras nosotros, tus amigos, le sacábamos el jugo a nuestra juventud y le exprimíamos a la vida toda la savia posible, tú nos mirabas con un desdén que en el fondo no dejaba de estar impregnado de cierta superioridad. Eras el viejito del grupo, el hombre mayor, el responsable, el políticamente correcto, el que no estaba dispuesto a perder la cabeza en aventuras que estaban bien para adolescentes superfluos, pero no para ti. Y supongo que esa pasión reprimida tarde o temprano tenía que explotar, salir a flote y desbaratarte la vida entera. Eso es lo que ha pasado: el muro que construiste durante años para protegerte de ese mundo caótico y hostil al que tanto miedo le tenías se ha desplomado, se agrietó y se fue al piso, y la vida real, con sus contradicciones, sus peligros y sus alocados bandazos, te está rozando la piel por primera vez y te está dando problemas. No lo tomes a mal, pero me parece fantástico que esto te haya sucedido. Ya era hora de que dejaras esa pose de intelectual que está más allá de toda banalidad, de sociólogo al que la inmediatez y su tiempo presente no le interesa en absoluto porque él está preocupado por cosas serias: personajes del pasado, cifras, estadísticas, movimientos políticos. No, maestro, la vida también es remordimiento, pasiones extremas, culpa, deseo, amor, venganzas. Así que bienvenido a la humanidad.

Lo que sí lamento es que te haya tocado entrar por una puerta tan dolorosa. Apenas empezaste a hablarme de Rafael, recordé enseguida esa cita en la que nos habló de *El cuarteto de Alejandría*, su voz profunda, grave, su apariencia de marginal inteligente y audaz, sus palabras pronunciadas con tanta seriedad, como si estuviera dictando una conferencia para un público erudito. Y, en efecto, como lo afirmas en tu carta, en esos cuatro libros nos hicimos hombres tú y yo, entendimos que todo artista trabaja con su fuerza sexual, con su fuerza amorosa (fuerza creadora, dadora de vida), y que, por tanto, lidiar con las relaciones afectivas le cuesta mucho más trabajo que a los demás. No para todo el mundo su energía erótica es material de trabajo. ¿Recuerdas, maestro, que desde esa época, y en parte gracias a esa lectura, comenzamos a entender que por lo general elegimos nuestros primeros amores como una repetición de esquemas que nos vienen desde atrás, desde nuestras propias familias, y que cuando menos pensamos estamos atrapados en relaciones tormentosas que nos evocan en forma malsana los horrores vividos durante nuestra infancia y

nuestra adolescencia? Sin embargo, como esos amores actúan desde el inconsciente, agazapados, escondidos en las profundidades inescrutables de nuestra psique, no logramos superarlos con facilidad. Qué época extraordinaria fue esa, maestro, hablando durante horas con una cerveza en la mano e intentando comprender por qué éramos de una cierta manera y no de otra. Rafael fue para mí un guía, una luz, un faro en la mitad de una clase media mediocre, arribista, cuyos objetivos económicos han sido desde siempre el eje, el centro, el motor que la impulsa y la dinamiza. Si en algo nos parecíamos tú y yo, era en el hecho de que aborrecíamos esas profesiones diseñadas sólo para llenarse los bolsillos de plata. Sospechamos desde muy jóvenes que la vida, por fortuna, era mucho más que dinero.

Ahora, lo que sí debo confesarte, Vicente, es que jamás se me habría ocurrido que ese tío retirado y excéntrico fuera el organizador de una especie de secta de fanáticos que buscan cambiar el mundo. Y sospecho que en este punto tú no estás enterado del esquema completo. Ni siquiera alcanzas a imaginar de qué estamos hablando. Si la historia de Bogotá, la pensión, el robo del cadáver y la libreta de notas acerca de La Cosa te ha parecido disparatada y salida de lo normal, lo que voy a contarte a continuación, producto de mis investigaciones aquí en Kinshasa, te va a dejar de una sola pieza. Tú únicamente has alcanzado a vislumbrar la punta del iceberg, es decir, la octava parte del problema. Las siete octavas partes restantes te las voy a aclarar ahora. Prepárate, maestro, porque lo que vas a leer a continuación te va a parecer ciencia ficción y, no obstante, es la más cruda realidad. Después de leer esto, nunca más podrás ver el mundo con la misma ingenuidad de antes.

Lo más seguro es que en primera instancia Rafael armara un proyecto propio, sólo para él. Desconfió de la estructura social, de cómo una minoría de privilegiados se las ingeniaba para aplastar a los demás, explotarlos, dominarlos, someterlos. Sabía que él no quería formar parte de ese engranaje en el que entraban mil piezas más (los medios masivos de comunicación, la cultura del entretenimiento, la moral religiosa), y que para llevar a cabo ese proyecto de fuga era preciso estar alerta y, sobre todo, no comentar nada para no terminar recluido en una clínica para enfermos mentales. Así que se hizo el extraño, el raro, se alejó, pero no dijo que detrás de sus incomprensibles actitudes había un sustrato pensado, todo un plan que él había revisado una y otra vez hasta la saciedad. De ese silencio dependía el éxito del operativo que estaba llevando a cabo desde muy joven. Y tenemos que reconocerle que lo hizo bien, que se mantuvo al margen, que no negoció sus principios ni se vendió a cambio de dinero o de posición social, que es lo que busca la mayoría de la gente. Hasta aquí me parece que no hay nada que reprocharle, esté uno de acuerdo con él o no. Al fin y al cabo, cada persona es libre de hacer con su vida lo que le plazca, siempre y cuando no atente contra los otros.

Lo grave empieza después, cuando llega a San Victorino y se pone en contacto con una tribu de desaharrapados y vagabundos similares a él, y entonces lo que era una forma de vida estrictamente individual se volvió un proyecto general. Con un

agravante: los integrantes que empezaron a vincularse a ese proyecto constituyeron un ejército y asumieron que en ese segundo paso ya no se trataba de escapar de la Cosa, sino de oponerse a ella, de combatirla, de derrotarla. Ese salto significó el ingreso en una lógica guerrera y sus participantes conformaron pelotones, grupos de choque, pequeñas guerrillas urbanas bien entrenadas para la guerra que estaba a punto de desatarse. Este es el principio del delirio. Ahora, también hay que reconocer que durante años los organismos de inteligencia del Estado habían sido cómplices de la mal llamada «limpieza social», y que esa población marginal había tenido que soportar persecuciones, torturas, fusilamientos secretos, ejecuciones extrajudiciales y toda una gama de atropellos que demostraba que el sistema no sólo oprime y explota, sino que también liquida y asesina a aquellos que no considera ciudadanos de su gusto. Defenderse militarmente de La Cosa no parece entonces tan descabellado, pero ya verás cómo las víctimas se convierten en victimarios sin el menor reparo moral.

Apenas recibí tu carta me puse en contacto con un detective privado aquí, en Kinshasa. Vi su anuncio en un periódico local y acordamos encontrarnos en la zona de Matonge, donde los turistas suelen divertirse en las horas de la noche. Yo vivo en una zona residencial rodeada de árboles y de pasajes peatonales que se llama La Gombe, pero no me quedaba difícil transportarme hasta Matonge y entrevistarme con el tipo, un hombre de sesenta o sesenta y cinco años que de joven había sido miembro de los grupos paraestatales de Mobuto, el sangriento dictador que asoló a este país durante años. Le expliqué brevemente que necesitaba encontrar a Dongo Mnubungo cuanto antes, que no tenía fotos de él, y que apenas diera con un teléfono o una dirección me avisara para ponerme en contacto con él. Evité darle explicaciones relacionadas con tu carta y con las posibles actividades que había llevado a cabo en Bogotá. El detective me dijo que empezaría al día siguiente y que no me preocupara, que si Mnubungo estaba en Kinshasa, antes de una semana me tendría sus datos y por lo menos un teléfono para contactarlo. Le pagué un anticipo de quinientos dólares y me despedí, sintiéndome tranquilo y relajado.

A los cinco días exactos el detective me puso otra cita en el mismo lugar y lo noté nervioso, miraba hacia los lados y me dijo que no tenía mucho tiempo, que me daría la información completa y que no quería volver a saber nada de este asunto. Tú me conoces bien, Vicente; a mí no me gusta presionar a nadie y en situaciones así ni siquiera hablo, más bien dejo que la otra persona actúe como le dé la gana. Eso hice y entonces el detective me explicó atropelladamente que a Dongo Mnubungo lo buscaba la Interpol por organizar grupos terroristas y que era imposible dar con él en una ciudad como Kinshasa, con siete y medio millones de habitantes. Que de haber sabido la peligrosidad del individuo, él no habría aceptado un encargo semejante. Sin embargo, continuó diciendo, se había arriesgado más allá de lo que solía hacerlo, y me había conseguido el domicilio y el teléfono de un amigo de Mnubungo en Brazzaville, al otro lado del río. Y enseguida sacó una hoja de cuaderno y me la entregó. Terminó afirmando que no le debía nada, que como no había dado con el

sujeto no podía cobrarme el excedente, se despidió tragando saliva y desapareció por la puerta del bar sin mirar hacia atrás. Me quedé con el papel en la mano y le eché un vistazo. En efecto, había un número telefónico, una dirección y un nombre: Patricio Bandunu. Ojalá no se tratara de una estafa y el tal detective no hubiera copiado el nombre y los datos del directorio telefónico de Brazzaville.

Al día siguiente llamé al número indicado y me contestó un hombre en francés. Su voz gruesa era de una cordialidad exquisita. Le expliqué que era un colombiano que deseaba ponerse en contacto con Mnubungu y que lo único que había conseguido era su teléfono y nada más. Se rió suavemente a través de la línea y me puso una cita a las tres de la tarde en su taller en Brazzaville. La dirección no coincidía con la de la hoja de cuaderno. Le di las gracias y le aseguré que estaría allí a las tres en punto.

Crucé el río Congo en el ferry de la una de la tarde, tomé un taxi en el muelle de Brazzaville y llegué a una casa de madera en las afueras de la ciudad. Yo pensé que se trataba de un taller de mecánica o de algo parecido. No, era un taller de pintura y de escultura. Patricio resultó ser un negro de uno ochenta de estatura, setenta años de edad, una barba blanca muy poblada, unos ojos color miel y una sonrisa cuya bondad lo desconcertaba a uno apenas comenzaba la conversación. Patricio no tuvo ningún reparo en hablar sobre Mnubungu. Me dijo que habían sido amigos, pero que después de una ruptura no había vuelto a saber nada de él. Estaba enterado de que las autoridades lo buscaban, pero desconocía por completo su paradero actual, sus actividades y sus propósitos. Le pregunté entonces cómo lo había conocido y por qué, y la conversación, que duró siete horas, me dejó estupefacto. Lo que insinuabas en tu carta no era sino una mínima parte de un complejo dispositivo internacional cuyo eje africano, desde hace muchos años, es Mnubungu. Intentaré explicártelo con mis propias palabras y supongo que olvidaré detalles que Patricio me fue dando mientras abríamos una botella de vino y charlábamos a nuestro antojo, en esa tarde cerrada y oscura que pronosticaba la próxima temporada de lluvias.

Cuando Mnubungu regresó al Congo, a principios de los años ochenta, empezó a reclutar a una serie de intelectuales y artistas en torno a un movimiento político que se llamaba África Nueva. Más que un hombre con ideas políticas revolucionarias, Mnubungu parecía un filósofo que intentaba esclarecer el porqué de la injusticia y la desigualdad social. Patricio me mostró fotos de esa época y el tipo, maestro, no parece un fanático peligroso ni nada por el estilo. Bajito, de lentes redondos y expresión candorosa, da la impresión más bien de mi profesor de matemáticas o de física que quisiera pasar inadvertido. Por aquel entonces Patricio daba clases en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Kinshasa, y muchos de sus estudiantes empezaron a asistir a las reuniones de África Nueva. Las ideas centrales eran, por supuesto, las ideas de Rafael: La Cosa como una entidad abstracta diseñada para nuestro embrutecimiento, nuestra explotación y nuestra posterior aniquilación. Lo que hizo Mnubungu fue condimentar ese discurso con un toque de perversidad occidental hacia las tribus africanas, hacia sus lenguas, sus tradiciones y sus

costumbres más arraigadas. Según él, muchos jefes occidentales se habían reunido en Roma en los años setenta y habían decidido destruir un continente completo porque en el futuro no existirían recursos para todos. Por racismo, por odio y rechazo hacia el hombre negro, el continente elegido fue África. A medida que pasaron los años, infortunadamente, la realidad africana parecía darle la razón a Mnubungo: pestes, hambrunas, genocidios, exterminio. Y al otro lado del vidrio, el hombre blanco observando el hundimiento de todo un continente sin pestañear, indolente, sin identificarse con esa humanidad enferma y agonizante. Como si esto fuera poco, en los años ochenta el primer caso documentado de sida apareció justamente en el Congo, y Mnubungo argumentó que no se trataba de una casualidad, sino que el virus había sido inoculado en un africano a propósito, con un objetivo preciso: exterminar al hombre negro. A partir de esos años el movimiento se radicalizó y tanto en Bogotá como en el Congo los dos apóstoles, Pedro y Pablo, organizaron los primeros grupos de choque, las primeras filas de hombres armados y se prepararon para enfrentarse a La Cosa desde una perspectiva militar.

Mnubungo había conocido a Rafael en Bogotá durante una misión religiosa. En sus inicios, había formado parte de una especie de iglesia adscrita a la Teología de la Liberación que le daba la vuelta al mundo visitando comunidades marginales y necesitadas. Las tesis de Rafael lo sedujeron de tal manera que decidió asumir posiciones más radicales y menos ingenuas. Cuando regresó a Kinshasa mantuvo contacto con la organización de Bogotá, pero decidió bautizar a mi grupo congolés con otro nombre: La Célula. Y le añadió un discurso de liberación del hombre negro, una lucha en la que era necesario mostrar que La Cosa, en sus raíces más profundas, estaba diseñada por blancos para hundir a la gente de color. Sus ídolos, por supuesto, eran todos de raza negra, desde Mohamed Alí hasta Nelson Mándela, pasando por Martin Luther King, Malcolm x y Las Panteras Negras.

Sus primeros acercamientos populares los hizo en las zonas más pobres y abandonadas de Kinshasa, en barrios como Matete, Ngiri-ngiri y Kisenso, lugares que poco a poco se iban transformando en basureros y cordones de miseria. Algunos intelectuales y artistas que trabajaban como docentes o investigadores en la Universidad de Kinshasa, como Patricio, se unieron a él y lo acompañaron a sus primeras reuniones en busca de seguidores fieles que estuvieran dispuestos a una lucha por la liberación definitiva de toda opresión. El problema era que en la medida en que Mnubungo iba tomando fuerza, su discurso se radicalizaba cada vez más. Iba perdiendo los matices y los puntos medios, y su visión demostraba, peligrosamente, un fanatismo impregnado de rabia y de resentimiento. Hasta que terminó confirmando las sospechas de muchos y estableció contactos con fracciones de rebeldes que venían de militar en ejércitos terroristas o grupos religiosos. Y, en la medida en que fueron apareciendo internet, teléfonos celulares y buscapersonas, armó una red de telecomunicaciones eficaz que lo mantenía unido a otros líderes interesados en poner bombas, volar autobuses, promover paros sindicales o protestas

universitarias. La sede de Bogotá cumplió más o menos el mismo proceso y ambas secciones mantuvieron un estrecho contacto.

Cuando llegamos a este punto recuerdo que a Patricio le cambió la expresión del rostro y se entristeció, bajó la cabeza y me habló con un cierto cansancio interior que quizás le venía de haber visto siempre la misma historia: unos hombres utilizando ciertos argumentos para justificar el odio y la barbarie. Me contó que en todos los puntos del planeta se estaban conformando partidos y asociaciones cuyo interés principal era la guerra, y que en consecuencia La Célula creció, se ramificó, creó lazos con miles de individuos en todos los países y multiplicó sus acciones de sangre y destrucción.

El primer ejemplo de Patricio me dejó de una sola pieza: me habló de un profesor de matemáticas cuyo talento rayaba en la genialidad y que, cansado de una sociedad consumista, agresiva e hiriente, se había exiliado en una choza y se había dedicado a construir refinadas bombas que enviaba por correo. Su nombre: Theodore Kaczynski. ¿Te acuerdas de este tipo, Vicente, y de cómo la noticia de su captura le dio la vuelta al mundo? Los organismos de seguridad norteamericanos lo llamaban el Unabomber. Kaczynski ingresó a la Universidad de Harvard a los dieciséis años, luego cursó un máster en matemáticas en la Universidad de Michigan, y más tarde trabajó como profesor en Berkeley dos años. Al final compró una casa de madera y un terreno pequeño en Montana, y se refugió allí a llevar una vida de ermitaño. Desde 1979 no cobró ningún tipo de sueldo y eso implica que, hasta su captura en 1996, vivió diecisiete años siendo autosuficiente. A lo largo de ese tiempo envió varias cartas bomba a universidades, aerolíneas y empresas de alta tecnología. Sembró de tal modo el terror por correspondencia, que paralizó el negocio de *marketing* directo, pues la gente, después de ver en diarios y noticieros de televisión a las víctimas de Kaczynski mutiladas o muertas, se negó a recibir correspondencia de procedencia desconocida. ¿No te acuerdas, Vicente, de la foto de este tipo con barba, con el cabello revuelto y la mirada alucinada? Pues Patricio me confesó que era considerado una especie de padre o de neopionero ecologista, e incluso me nombró toda una corriente de intelectuales que lo leen (tiene un manifiesto que puedes consultar por internet) y que lo estudian, que se cartean con él desde la cárcel y que acatan sus instrucciones cada vez que se enfrentan en marchas callejeras a las políticas del Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial de Comercio. Esta fracción es llamada por algunos teóricos anarcoprimitivismo, y muchas ideas de Rafael las podrás reconocer en ese manifiesto. Para decirte que Mnubungo se escribió varias veces con Kaczynski y que desde la prisión el Unabomber coordinó varios de los enfrentamientos entre La Célula y la policía de Kinshasa. Ahora, ¿desde cuándo existía ese triángulo entre Kaczynski, Mnubungo y Rafael? Eso sí no te lo puedo contestar, como tampoco sé si algunas ideas originales de Rafael pudieron quizás influenciar ciertos puntos del manifiesto de Kaczynski. Es decir, no sabemos quién influenció a quién, o si establecieron contacto y se pasaron información los unos a los otros al mismo tiempo.

Lo cierto es que hay rasgos comunes, trazos que reconocerás, y Patricio me aseguró que Mnubungo y Kaczynski se cartearon durante varios años y que tal vez lo continúen haciendo. También podemos suponer que a través de su discípulo congolés, Rafael tuvo que ver con el terrorista matemático de Montana. Nunca lo sabremos.

Algo que inquieta mucho cuando lees el manifiesto de Kaczynski es que no son anotaciones delirantes ni suposiciones descabelladas. No, Vicente, hay un sustrato verídico, fácil de confirmar, y sólo como abre bocas, para que veas la inmensa relación que tiene con la teoría de La Cosa de Rafael, te envío el primer punto del manifiesto:

La revolución industrial y sus consecuencias han sido un desastre para la raza humana. Ha aumentado de manera exagerada la expectativa de vida de aquellos de nosotros que vivimos en países «avanzados», pero ha desestabilizado la sociedad, ha hecho la vida imposible, ha sometido a los seres humanos a indignidades, ha conducido a extender el sufrimiento psicológico (en el Tercer Mundo también el sufrimiento físico) y ha infligido un daño severo en el mundo natural. El continuo desarrollo de la tecnología empeorará la situación. Someterá a los seres humanos a grandes horrores y humillaciones, e infligirá gran daño en el mundo natural. Probablemente conducirá a un gran colapso social y al sufrimiento psicológico, y puede que conduzca al incremento del sufrimiento físico incluso en países «avanzados».

¿Ves lo que te digo? Hay una tenebrosa lucidez en estas ideas. Y éste es sólo el primer párrafo de cien páginas. Vale la pena que lo leas completo. Bueno, te sigo contando mi entrevista de varias horas con Patricio en su taller. Después de citarme este primer ejemplo, me habló de algunos ideólogos que marcaron tanto a Mnubungo como a Kaczynski. El primero de ellos es Ned Ludd, llamado también Capitán Ludd, un hombre enigmático que envió panfletos a comienzos del siglo XIX en reivindicación de la clase obrera, y que también destruyó varias máquinas textiles a manera de protesta. El ludismo se considera toda una corriente contemporánea que les tiene horror y desprecio a las máquinas y a la tecnología, y hay muchos charlatanes y *hippies* trasnochados, pero también hay profesores tan serios como Kaczynski que, nos guste o no, es un ideólogo y un teórico que llevó a la práctica un ataque real en contra de la sociedad industrial. Muchos de los jóvenes que se enfrentan a la policía en los encuentros de comercio internacional o en los foros internacionales de políticos y empresarios que abogan por la globalización son militantes de partidos políticos neoluditas, es decir, que siguen ciertas directrices de lucha iniciadas por el Capitán Ludd.

El segundo hombre que vale la pena que consultes es John Zerzan, un historiador y filósofo norteamericano que publicó en 1994 un libro titulado *Futuro primitivo*. Actualmente vive en un barrio obrero de Eugene (Oregon), y desempeña trabajos

temporales de poca monta, entre ellos el de *babysitter* en una guardería. Es el líder del núcleo anarquista de Eugene conocido como Bloque Negro. La policía lo vigila constantemente, ha mantenido correspondencia también con Kaczynski desde que éste fue detenido, ha coordinado varias de las marchas antiglobalización y argumenta que esas protestas no son agresiones, sino formas legítimas de autodefensa. Hace poco escribió:

La gente no atacaría la propiedad privada si tuviera alguna perspectiva racional de que el sistema va a cambiar para mejor. Pero no es así y la gente está desesperada. ¿Por qué cuarenta millones de norteamericanos toman diariamente productos antidepresivos?

Una de las frases más famosas de Zerzan, y que es una consigna de guerra para muchos de sus militantes, es: «O luchas o callas. Ya no es tiempo de quejas». Bueno, pues Mnubungo estuvo durante la década de los noventa viviendo varios meses con el Bloque Negro de Oregon y allí pulió varias de sus ideas. Es casi seguro que debió escribirse con Rafael y mantenerlo informado de sus experiencias al lado de Zerzan. Por estos años el grupo de Bogotá, liderado por tu tío, adquirió mucho protagonismo y fama al argumentar que era permitido financiar La Organización con dineros del narcotráfico, como lo hacía La Cosa, para seguir la terminología de Rafael. Pero ya más tarde me referiré a ello. Lo que quiero que recuerdes es que a comienzos de los años noventa, cuando entra César Gaviria al gobierno en Colombia e instaura una economía abierta, Rafael y los suyos no se quedan quietos como espectadores, sino que buscan lazos con ciertos carteles y crean el famoso Proyecto Apocalipsis. Ya te hablaré de él más adelante. Por ahora quiero terminar de contarte quién es el tercer contacto de Mnubungo y de Rafael: Hakim Bey. A Bey se le conoce por sus TAZ (*Temporary Autonomous Zones*, Zonas Autónomas Temporales), que buscan recuperar el cuerpo real en contra del cuerpo virtual, los placeres, la lucidez cognitiva, y a partir de esas nuevas zonas de combate, enfrentarse a la fuerza descomunal de una nueva fe: la religión de la información, el flujo constante de unos datos controlados por unas estructuras de poder cuyo interés principal es la dominación y la esclavitud del hombre contemporáneo. Mira lo que dice Bey:

La información es un caos. El conocimiento es el orden espontáneo de ese caos. La libertad es navegar en la onda de esa espontaneidad. Esta es nuestra economía y nuestra guerra.

Por eso a Bey lo llaman el fundador del terrorismo poético. Su máxima «El arte es un crimen y el crimen es un arte» la siguen a pie juntillas muchos de sus discípulos. Según Patricio, el que estuvo más en contacto con esta corriente fue

Pedro, ese extraño vecino de Rafael, el que se presentó en tu apartamento y te exigió el manuscrito de La Cosa. Parece que él imprimió una especie de periódico y que lo repartió durante años en los barrios más miserables de Bogotá. También distribuyó varios mensajes por internet en los que llamaba a la gente a involucrarse en el Proyecto Apocalipsis, y fue el encargado de generar una red entre los carteles de la droga y la causa liderada por La Organización.

Y aquí está el meollo de la lucha política de la fracción colombiana. A finales de los años ochenta, Rafael y sus secuaces ya tenían una información sólida de los vínculos existentes entre políticos y narcotraficantes. Unos años después, durante el llamado Proceso 8.000, quedó claro que desde tiempo atrás, desde la década de los setenta, la clase política colombiana venía negociando el poder con las grandes mafias del narcotráfico. El problema, entonces, era cómo enfrentar a un sistema que cada vez se vuelve más poderoso y más rico a punta de traficar sustancias ilegales. La respuesta fue fácil: no es posible enfrentarlo si no hay una fuente de financiación igual de poderosa. Lo interesante de este capítulo es que el mismo Pedro se puso en contacto con varios de ellos que, seguramente en un primer momento, no comprendieron la profundidad de los planteamientos de La Organización, pero después de la expulsión de Pablo Escobar del Nuevo Liberalismo él mismo llamó a Pedro y le puso una cita.

Según Patricio, a partir de este encuentro Escobar deja atrás sus anhelos de político oficial, sus sueños de ser un hombre respetado por el sistema, y asume la posición de rebelde que decide atacar sin tregua a empresarios, ministros y banqueros. Habrá sido tan importante y decisiva la influencia de las ideas de La Organización sobre él, que a Escobar comienzan a verlo como una especie de Robin Hood o de Che Guevara que lucha por los derechos de los oprimidos. Ningún narcotraficante logró crear una imagen de este calibre. La pregunta es obvia: ¿por qué Escobar entró en una leyenda popular donde su imagen sigue siendo venerada como la de un revolucionario utópico que soñaba con liberar a los trabajadores más pobres y a los menesterosos del yugo de los capitalistas? Y la respuesta no es tan disparatada: porque las ideas de La Cosa calaron muy hondo dentro de él, porque hizo amistad con Pedro y con Rafael, porque empezó a financiar Proyecto Apocalipsis con armas, con entrenamiento militar, con un flujo incalculable de dólares y con kilos de cocaína que servían para preparar un ejército de radicales y fanáticos que estaban dispuestos a todo con tal de destruir un sistema que odiaban con la fuerza de sus entrañas.

Si analizas con detenimiento, por ejemplo, el asesinato de Luis Carlos Galán, en 1989, hubo una serie de misterios que nunca se resolvieron. Cambiaron la guardia personal de Galán justo antes del evento, los pistoleros jamás aparecieron, no lograron meterlo a tiempo en el carro, la ambulancia no fue diligente, capturaron a unos sospechosos y los procesaron para, años más tarde, aceptar que no tenían nada que ver con el crimen; en fin, una confusión bien planeada y armada con mano

maestra. Según Patricio, fue Pedro el encargado de todo y el que suministró los mejores hombres de La Organización para esa noche. Y si recuerdas bien, maestro, las otras muertes de candidatos de la izquierda, como Jaramillo, Pardo Leal o Pizarro, nos entristecieron, sí, nos mostraron que había una oligarquía dominante que no pensaba dejar entrar en nuestra democracia otras ideas ni otras concepciones políticas, pero de alguna manera entendimos que todos ellos eran hombres entrenados en la oposición, militantes que conocían los peligros de sus conceptos y sus declaraciones, e incluso un hombre como Pizarro había sido un soldado, un ideólogo que había disparado, había puesto bombas y había matado a otros.

Sin embargo, Galán era otra cosa, era un político que creía en la democracia, que había combatido siempre dentro del sistema, un hombre pacífico al que nos quedaba imposible imaginar con un revólver en la mano o lanzando una granada. Ese crimen no era como los demás, y aunque nos hicieron creer que se trataba sólo de un odio que le tenían a él tanto los políticos tradicionales (corruptos, sucios, tramposos) como los narcotraficantes, había un ingrediente adicional: era un atentado contra la sociedad en general, contra el sistema, contra esa farsa que los poderosos han llamado democracia para justificar todos sus atropellos y sus bajezas. Esa noche, cada uno de nosotros murió un poco. ¿Por qué ese crimen nos dolió tanto? Porque estaba planeado para minar las bases mismas de lo que hasta entonces había sido nuestra escasa y mínima estabilidad. Y si te das cuenta, detrás se siente la mano siniestra de una fuerza diferente de las que hasta entonces habían actuado. Patricio me aseguró que Mnubungu hablaba por esas semanas en Kinshasa de un crimen que estaba a punto de dejar a La Organización de Bogotá en las primeras filas del terrorismo internacional, y que el mismo Patricio, hombre de confianza y mano derecha de Mnubungu por aquellos años, habló directamente con Pedro en un inglés precario que ambos chapucearon en el teléfono.

A partir de entonces, La Organización fue clave para los movimientos de Pablo Escobar y Rafael se afianzó como un líder que empezó a ser considerado a nivel internacional una especie de gurú, de santón que se oponía a todo tipo de explotación, opresión y globalización de la miseria. En 1991, a Escobar lo recluyeron en una cárcel diseñada y administrada por él mismo. ¿Te acuerdas, maestro, del escándalo tan berraco que se armó cuando aparecieron los lujos del tipo en esa prisión (La Catedral), la discoteca, los jacuzzis y los guardaespaldas? Para César Gavina, presidente por aquel entonces, ese episodio fue toda una vergüenza internacional. Y ese mismo año, cuando intentaron trasladar a Escobar de esa cárcel a otra custodiada por cuerpos estatales, el tipo se fugó en las mismas narices de las autoridades. ¿A que no adivinas quién fue el encargado de recogerlo y de esconderlo? Sí, maestro, el mismo Pedro en persona viajó desde Bogotá en un vuelo relámpago y acudió al llamado de Escobar. Le llevó ropa de mujer, un poco de maquillaje, unos zapatos de tacón, y así, como si fuera una matrona paisa que recorre los caminos acompañada por sus hijos, Escobar, el capo más importante del planeta, se les escapó a los cuerpos

de inteligencia del Estado colombiano. Imagínate, maestro. Qué locura. Lo que hizo Pedro fue aplicar técnicas de camuflaje, de transmutación andrógina, como si el asesino número uno del país de pronto se hubiera transformado en su doble femenino, en su súcubo, y así, con peluca, con medias veladas, con los labios pintados y un canasto lleno de verduras en la mano, el hombre pasó frente a los agentes especiales que lo rastreaban por todas partes, y no lo reconocieron. Me imagino que esa misma noche, atacados de la risa y celebrando una ocurrencia tan brillante por parte de Pedro, los hombres de confianza de Escobar y algunos de La Organización debieron cantar y festejar hasta la madrugada, entre botellas de aguardiente y comidas de primera clase.

Durante el año 1993 las cosas se pusieron muy feas para Escobar. Se había armado un escuadrón de justicia privada llamado Los Pepes (Perseguidos por Pablo Escobar) y otro estatal, el Bloque de Búsqueda, y lo persiguieron y lo acorralaron sin darle tregua ni respiro. Muchas veces Escobar logró escapar gracias a sus disfraces y a sus estrategias teatrales. Sin embargo, cada vez le quedaba más difícil salir ileso y alcanzar a refugiarse en una guarida segura y a salvo de delatores que estuvieran detrás de cobrar las recompensas que se ofrecían por información que condujera a su captura. Y fue justamente en los últimos meses de 1993 cuando Escobar, según me afirmó y reafirmó Patricio, le pidió a Pedro que quería conocer personalmente a Rafael, que no le interesaba ya hablar con él por teléfono ni enviarse mensajes escritos. Deseaba conocer y charlar con el líder de una futura revolución mundial, porque a La Organización, como ya te lo expliqué, no le interesaba tomarse el poder de un gobierno, sino resquebrajar el sistema y hacerlo pedazos. A Escobar, tal vez como producto de las reclusiones obligatorias que tenía que cumplir en sótanos y en pequeños agujeros cavados en escondrijos secretos, se le ocurrió que antes de que lo asesinara cualquiera de los dos bandos que lo buscaban, tenía que entrevistarse con ese hombre solitario y barbudo que se la pasaba entre libros tanto de día como de noche, y que quizás no era una mala idea protegerlo para que su misión aniquiladora pudiera llevarse a cabo.

Rafael aceptó y viajó en un vuelo comercial a Medellín. Los hombres de Escobar, siguiendo mil esquemas de seguridad, lo condujeron de un barrio a otro, lo cambiaron de carro varias veces y le vendaron los ojos, hasta que por fin lo hicieron entrar en una casa situada en un barrio obrero, sin mayores lujos ni aspavientos. Cómo sería la situación de Escobar por esos meses que le tocaba pasar días y noches en edificaciones miserables y locales de mala muerte.

Nadie sabe de qué hablaron Escobar y Rafael en aquella entrevista. Según Patricio, los últimos guardaespaldas del Patrón contaron más tarde que los dos hombres se habían encerrado durante más de ocho horas a conversar ininterrumpidamente. ¿Planearon en aquel cuchitril el fin del mundo entre los dos? ¿Decidió Pablo jugarse una carta maestra en el último minuto y apoyar el Proyecto Apocalipsis para vengarse de esa clase política y empresaria que lo buscaba para

liquidarlo? ¿Le encargó a Rafael trabajos especiales, atentados, asesinatos con nombres propios para llevar a cabo después de su muerte? No se sabe nada con certeza. Los rumores indican que en esa cita Rafael consiguió por parte del capo un apoyo económico significativo y que varios millones de dólares que llegaron a Bogotá en los días siguientes sirvieron como base para secuestrar, poner carros bomba y financiar una guerra que hasta ahora estaba comenzando.

La versión de Patricio no deja de tener sentido. Me dijo que él pensaba que Escobar, en esa recta final, sintió miedo, se asustó de verdad, entendió la importancia de estar vivo. Pero ya no podía echar marcha atrás, ni entregarse ni rendirse. Y si llegaba a mostrar ese miedo, si su gente se lo percibía, estaba también perdido porque lo interpretarían como cobardía, y todo lo que había construido a lo largo de años se iría a pique. Lo que en realidad comprendió Escobar en esas semanas finales fue la magnificencia de estar vivo, el milagro de ver, tocar, oír, oler, escuchar, soñar, sentir, pensar. Seguramente, como les sucede a muchas personas que han tenido lujos, propiedades suntuosas, millones de dólares y carros muy costosos, se dio cuenta de que lo único que vale la pena, el único bien imprescindible es la vida misma, nuestros ojos, nuestras manos, la infinita complejidad de nuestro cerebro. Y no quería morir, no soportó la idea de ser separado de sus hijos y de su mujer, de una película alquilada los domingos con palomitas de maíz en una mano y una gaseosa en la otra, del cumpleaños de su chiquita entre bombas y torta de chocolate, de una caminata con su hijo en las horas de la noche, de los frijoles con chicharrón los domingos en la casa de su madre. Porque cuando hemos estado a punto de perder la vida, todos los detalles que antes nos parecían insignificantes, cotidianos, intrascendentes, de repente adquieren un brillo especial, una luz única, y entendemos su relevancia y su profundidad.

Por eso Escobar llamó a Rafael, porque sólo conversando con un fanático que está más allá de todo, un fanático que desde el comienzo ha rechazado los placeres y los afectos y la vida de familia, sólo al lado de alguien así es posible recuperar la antigua confianza en sí mismo y enfrentar la persecución y la muerte. Rafael le debió recordar quién era, cuál era su importancia, por qué el sistema que él había combatido desde sus años juveniles era en efecto una porquería, una máquina abominable, y por qué haber vivido por fuera de las reglas de esa sociedad apestosa y mediocre lo salvaba, le otorgaba una importancia que quizás las futuras generaciones reconocerían con afecto y admiración. No sé, maestro, si me estás captando la idea, si comprendes lo que aquella tarde intentó transmitirme Patricio. En circunstancias parecidas, otros habrían llamado al sacerdote de confianza, se habrían confesado y habrían encomendado su alma a Dios para poder morir en paz consigo mismos. Escobar no podía hacer algo así, pero sí necesitaba ayuda espiritual, apoyo moral, fuerza para enfrentar a sus enemigos y morir en su ley. Y fue Rafael el encargado de prepararlo, de tranquilizarlo, de mostrarle que su causa tendría millones de seguidores en todo el inundo y que todas las armas eran válidas para oponerse a un sistema que

desde sus mismas entrañasapestaba y hedía por sus altos niveles de descomposición. Y los consejos funcionaron, porque en esa recta final Escobar no se amedrentó, no se entregó, no pactó nada, y aceptó ese destino que desde siempre había trazado para sí mismo. Por eso ayudó a La Organización, por eso le entregó su apoyo y su protección, porque estaba infinitamente agradecido con Rafael por haberle regresado su identidad más querida, el rostro que más satisfecho lo dejaba: el de un rebelde que lleva la contraria y que es liquidado porque lo consideran una amenaza. Así quería que lo recordaran, y hasta el día de hoy, en varios barrios de Medellín contruidos gracias a sus donaciones y sus aportes, su imagen es venerada y se le considera un salvador de los pobres, un héroe que se opuso a los ricos y a los terratenientes en defensa de unas clases populares que él apreciaba y reivindicaba. En varias salas de esas casas su retrato es iluminado por velitas de colores que demuestran el eterno respeto y cariño que le tenía y le sigue teniendo su gente. Nos guste o no.

Pocas semanas después el Bloque de Búsqueda, gracias a la interceptación de una llamada que le hizo Escobar a su hija, dio con él y lo mató mientras intentaba fugarse por el tejado de una casa de clase media. Patricio me juró en su taller de Brazzaville que parte de ese dinero que Escobar le había entregado a la gente de Bogotá había alcanzado a llegar a Kinshasa para apoyar la causa liderada por Mnubungo en África. Lo cierto es que a partir de los años noventa la guerra de los narcos, los grupos paramilitares, la guerrilla y el Estado alcanza una quinta arista que se confunde con las otras cuatro, una arista que ataca a todos indiscriminadamente, que no se inscribe en ninguna corriente política conocida, que no desea la reivindicación de los derechos de ninguna minoría, que tampoco busca poder político ni económico, y cuya eficacia radica en su invisibilidad. Se trata de una secta de seres que sueñan con destruir su propia especie porque la consideran una plaga, un peligro, una amenaza para la estabilidad del resto del planeta. Y esa quinta arista no estuvo en la mente de los organismos de seguridad colombianos ni internacionales sino hasta mucho tiempo después, cuando empezaron a sospechar que algo no funcionaba bien en su esquema, que había un hueco, una zona en blanco que no podían rellenar con nada conocido hasta ahora por ellos. Y cuando se dieron cuenta de su error, ya era tarde, porque La Organización se había convertido en una fuerza poderosa que multiplicaba sus tentáculos por todo el globo a una velocidad asombrosa e inédita que jamás se había visto en el pasado. Una fuerza que se negaba a ser vencida por La Cosa y que, por primera vez en la historia, amenazaba con hacerle daño de verdad.

Te podrás imaginar entonces, maestro, que desde finales de los años ochenta en adelante no tenemos ni idea de cuándo ni dónde actuó La Organización. Lavaron dólares a diestra y siniestra para carteles grandes y pequeños, invirtieron en tráfico de drogas, prostitución, casinos y juegos de azar, sirvieron de soporte para grupos de delincuencia común que robaban edificios enteros o secuestraban empresarios para luego vendérselos a la guerrilla, pusieron bombas bajo las órdenes de paramilitares, narcotraficantes y guerrilleros, asesinaron periodistas, políticos y gente de la

farándula, en fin, hicieron y deshicieron a su antojo sin que los organismos de seguridad del Estado sospecharan de ellos ni de sus oscuros propósitos. Y lo más importante: crearon una red eficiente que contactaba a todos los grupos terroristas del planeta y les explicaba los beneficios de actuar en conjunto, ayudándose los unos a los otros y protegiéndose para evitar ser detenidos, intervenidos o desmantelados.

Con decirte que a estas alturas de la conversación con Patricio, él se levantó y me trajo un artículo de prensa de un español, Luis del Pino, y me dijo que le echara un vistazo. El autor cuestionaba la presencia de Al-Qaeda en los atentados del 11 de marzo en Madrid. Y razones no le faltaban: en este caso no hubo terroristas suicidas como los de Nueva York, Pakistán, Yemen o Londres, un procedimiento típico de esta organización terrorista; utilizaron a personas no musulmanas (lo que se bautizó como la trama asturiana), lo cual escapa por completo al comportamiento de integristas que sólo se fían de personas que comparten sus mismas creencias y convicciones; hubo participación de confidentes policiales (Antonio Toro, Carmen Toro, Suárez Trashorras, Rafa Zouhier y muchos otros) que deja a Al-Qaeda como una organización ligera y negligente, cuando lo que hemos visto es exactamente lo contrario, que sus planes, armados muchas veces a lo largo de años enteros, son de una impecabilidad y una eficiencia inigualables; para rematar, ese 11 de marzo actuaron también delincuentes de poca monta, vulgares traficantes que ponen en aprietos cualquier tipo de atentado y que además están dispuestos a soltar la lengua para negociar rebajas de pena o libertades condicionales. ¿Al-Qaeda contratando a matones de discotecas y camellos callejeros? La verdad, se pregunta el articulista Luis del Pino, resulta difícil creer que, a diferencia de otros atentados, los seguidores de Ben Laden hubieran bajado la guardia en Madrid y se hubieran dedicado a cometer una serie de fallas y errores de principiante.

Eso era lo que decía el artículo y, cuando levanté la mirada, Patricio me aseguró que en éste, como en muchos otros, él había visto la mano invisible de La Organización, de Proyecto Apocalipsis, de La Célula y de tantas otras filiales que los discípulos de Rafael deben tener regadas por los cinco continentes a estas alturas. ¿Sí entiendes, Vicente, que una hipótesis semejante cambia por completo la concepción que uno hasta ahora ha tenido de la realidad? Y en este punto no sé si comprendes bien lo que quiero decirte. Uno tiene la imagen de que a estas organizaciones llegan una cantidad de psicópatas, enfermos mentales, resentidos sociales y fracasados suicidas que no pudieron hacer una vida como la que llevamos los demás. Nada más falso, maestro. No es así. En todos los países hay miles de estudiantes, empleados e intelectuales que se presentan por su propia voluntad a organizaciones terroristas con el sueño de ser aceptados. En el caso de Al-Qaeda, para sólo citarte un ejemplo, apenas pasa el 12% de los que se presentan. ¿Te das cuenta? No hay una serie de ideólogos maquiavélicos que intenten capturar adeptos ingenuos. Nada de eso. Es más fácil entrar a una universidad en Estados Unidos que entrar a Al-Qaeda. Miles de personas son rechazadas en todo el mundo y tienen que regresar a sus casas a intentar

llevar una vida apacible y serena. El perfil de terrorista que tenemos no coincide con la realidad.

En un experimento de los años setenta (dirigido por el psicólogo social Stanley Milgrana), pusieron a varios voluntarios frente a un control de mando para enviar descargas eléctricas a un individuo que estaba detrás de un vidrio de seguridad. Querían medir los niveles de obediencia y hasta qué punto es capaz de llegar una persona cuando sabe que la responsabilidad no es suya, sino de su jefe directo. A cada voluntario le iban indicando que subiera los niveles de las descargas poco a poco. Lo que ellos no sabían era que detrás del vidrio estaba un actor profesional fingiendo los temblores y los dolores de la tortura. ¿Tú crees que los voluntarios se detenían rápido, se compadecían, se apiadaban o se indignaban por lo sucedido? No, maestro, seguían enviando electricidad hasta matar a su víctima. Incluso un porcentaje muy alto siguió enviando descargas cuando el sujeto ya estaba muerto (el actor, por supuesto, representando su papel). ¿Sí captas la dimensión del experimento? Amas de casa, abuelitos dulces, adolescentes colegiales asesinando sin ningún tipo de remordimiento. ¿Quién puede ser un terrorista? Respuesta: cualquiera. Cuando las agencias de inteligencia empezaron a investigar a los terroristas que pusieron las bombas en el metro de Londres, creyeron que se iban a tropezar con el perfil característico de un marginal con conflictos psicológicos a quien le cuesta mucho trabajo adaptarse a la vida gregaria y familiar. La sorpresa fue mayúscula. En su gran mayoría eran jóvenes simpáticos y amables a los que les iba muy bien en sus estudios, que teman novias a quienes amaban de verdad y que practicaban uno o dos deportes con regularidad. Incluso sus compañeros de colegio y de universidad los recordaban con afecto y admiración. Eso cambió por completo la percepción sobre este problema.

Así que cuando ya era de noche y salí del taller de Patricio, el mundo que yo conocía antes de entrar allí ya era otro. Habíamos conversado a lo largo de varias horas y ambos estábamos cansados y con ganas de dormir. Le di las gracias por su tiempo y le prometí una visita posterior. Crucé el río en el último ferry de la noche y llegué a mi apartamento de Kinshasa bien entrada la noche. Sentí escalofríos de sólo recordar varios de los episodios de la conversación. Kaczynski carteándose desde la cárcel con cuatrocientos seguidores suyos y armando desde su celda protestas, marchas y atentados, el *babysitter* de Oregon que era el jefe de los Bloques Negros que se habían enfrentado en Seattle a la policía con garrotes y piedras, el terrorismo poético de Bey, la amistad entre Escobar y Rafael en los últimos días del capo, las luchas de Mnubungu en África manteniendo siempre el contacto con sus amigos de Bogotá. ¿En qué mundo había vivido yo hasta ese momento? Casi no logro conciliar el sueño. La cabeza me daba vueltas. Al fin, cuando estaba a punto de amanecer, logré cerrar los ojos y quedarme dormido por unas pocas horas.

A partir de ese día comencé a darme cuenta de que mi teléfono sonaba extraño, como con un eco en el que las voces se diluían en la línea, o como si uno estuviera

hablando dentro de un túnel, y un carro me seguía con cautela a cualquier lugar adonde me dirigiera. Me estaban vigilando de cerca desde mi entrevista con Patricio. Incluso llegué a sospechar que él trabajaba ahora para los servicios de inteligencia y que les informaba sobre cualquier individuo que estuviera interesado en La Célula y en Mnubungo. Me dio miedo pensar que cualquier noche, en cualquier callejón oscuro de Kinshasa, estos matones me pegaran un tiro o me apuñalaran sin siquiera hacerme una sola pregunta.

Preparé una fuga rápida para viajar a París y de allí tomar un vuelo a Delhi, donde un amigo me venía proponiendo hacía rato que me vinculara con él a una ONG española que estaba cumpliendo una labor extraordinaria por los derechos de los niños en esa ciudad y en Bombay. Y la tarde exacta en que estaba esperando en mi apartamento de La Combe un taxi para ir al aeropuerto, alguien timbró y supuse que se trataba del conductor que venía a recogerme. Un negro de por lo menos dos metros de estatura me apuntó con una pistola.

—Acompáñeme, por favor —me dijo en un perfecto francés—. Le prometo que no le va a pasar nada.

No dije una sola palabra. Agarré mi morral de viaje y salí escoltado por el tipo hasta un carro que estaba estacionado frente a mi edificio. Un chofer arrancó de inmediato. Cuando estábamos doblando la esquina de la calle donde vivía, vi de reojo cómo pasaba el taxi que acababa de llamar para dirigirme al aeropuerto.

Me llevaron a las inmediaciones del mercado público, una zona que recuerda la miseria de cualquier ciudad tercermundista, atiborrada de basuras y escombros, y me vendaron la cabeza con una bolsa de tela. Pensé que me iban a matar en cualquier vertedero o en algún rancho miserable que habían preparado para ejecuciones secretas, y empecé a sudar a chorros por la frente, la nuca y los sobacos. Muy pronto tenía la camiseta empapada y tuve que abrir la boca para no asfixiarme.

—Tranquilo, ya vamos a llegar —me dijo el matón para calmarme los nervios.

Por fin el carro se detuvo y me entraron en una edificación que nunca supe cómo era por fuera. Me quitaron la bolsa de la cabeza y respiré bocanadas de un aire limpio que me refrescó los pulmones. Supe por la temperatura y el olor de la brisa que estábamos en las proximidades del río. A primera vista, el sitio daba la impresión de ser una fábrica abandonada o un antiguo edificio de apartamentos venido a menos.

—Sígueme —me ordenó el negro de manera amable y sin rastros de agresividad—, tenemos instrucciones de atenderlo hasta mañana, cuando llegue el jefe y se entreviste con usted.

—¿Puedo pedirle un poco de agua? —supliqué con los labios resecos y la garganta cerrada a causa de la sed.

—Por supuesto. En la habitación encontrará todo lo que necesite.

Por la amabilidad del gorila supuse que no me iban a matar, o que por lo menos no lo iban a hacer tan rápido. Me condujeron hasta el segundo piso y allí entré en un recinto cerrado que tenía una cama, un baño y una nevera de hotel. El conductor del

carro me dejó el morral sobre la cama.

—Si necesita algo, hay un timbre en la pared —me dijo el gigante señalando un botón rojo arriba de la cama.

Y cerraron la puerta con llave.

Lo primero que hice fue abrir la nevera y beber con ansiedad directamente de una jarra de agua. Luego saqué del morral los útiles de aseo y los puse en el baño, una escena absurda, como si fuera un turista que acabara de llegar a un hotel de lujo. Creo que intentaba cumplir rutinas sabidas de memoria para no descomponerme, para no desmoronarme y empezar a suplicar clemencia. De alguna manera, trataba de mantener el equilibrio, de no perder el precario control que aún tenía sobre mí mismo. Te maldije mil veces por haberme enviado esa carta, por tener de tío a ese bicho raro que me había conducido a un secuestro cuyas consecuencias todavía estaban por verse. ¿Por qué me había involucrado yo en esa historia absurda? ¿Qué diablos me importaba a mí que a tu tío se lo hubieran tragado las ratas en un caserón maloliente del centro de Bogotá? Mi vida estaba lejos de escenas semejantes, me dije, lejos de esa ciudad que para mí era un recuerdo punzante y doloroso. ¿Por qué entonces había caído en la trampa y te había puesto atención en lugar de seguir mi camino como si nada hubiera pasado? En fin, maestro, se me ocurrieron mil preguntas de ese estilo y otras que mejor no te digo para no ofenderte. Lo cierto es que en la medida en que iban pasando los minutos me fui tranquilizando y empecé a pensar con cabeza fría. Si me hubieran capturado las fuerzas estatales, la policía militar de Kinshasa o algo así, estaría en un calabozo o con un disparo en la nuca. No tenía sentido. En cambio, el procedimiento de la capucha, el edificio abandonado en las afueras de la ciudad, el cuarto con baño y con nevera implicaba que había sido la gente de Mnubungo la que me había secuestrado. Eso no era una maravilla de noticia, pero de algún modo me tranquilizaba. No obstante, me preguntaba: ¿para qué? ¿Con qué fin? ¿En qué podía servirle yo a La Célula? Y para responder algo así había que tener paciencia y esperar.

Ese día saqué un libro de Anthony Burgess que había comprado recientemente e intenté concentrarme en su lectura. Luego me dormí unos minutos y cerrando la tarde entró el hombre que había conducido el auto, quien me dejó un plato con carne asada, arroz y un potaje de un tubérculo que aquí en el Congo llaman bugu.

—¿Hasta cuándo debo permanecer en este lugar? —pregunté con el ceño fruncido, sin miedo, con el aplomo ya recuperado.

—Mañana llegará el jefe y quiere entrevistarse con usted muy temprano —me contestó él con amabilidad.

—¿Cuál jefe?

—No estoy autorizado para darle ninguna información. Tenga paciencia, es cuestión de pocas horas.

—No es muy agradable estar encerrado aquí —dije paseando la vista por la habitación.

—Nos tocó adelantar el operativo porque escuchamos que usted salía ya para el aeropuerto. Teníamos su teléfono intervenido.

—¿Desde mi visita a Patricio?

—Es mejor que hable mañana con el jefe. Que pase buena noche.

Y salió sin decir nada más. Comí con avidez, volví a tomar agua de la jarra, leí un rato más y me recosté a intentar dormir. No lo logré. Me llegó a la memoria la historia de la joven que había muerto en mis brazos, su mirada transparente, su piel rozagante, su juventud virginal. ¿Por qué, por qué no había parado yo en la Fundación Santa Fe para que le dieran aire y le prestaran los primeros auxilios? ¿Cómo era posible que hubiera jugado en esa forma tan irresponsable con la vida de una adolescente que necesitaba en ese momento de mi buen criterio y de mi audacia? ¿Me recordaría el novio como el asesino de su novia, el tipo que había intervenido de repente para asfixiarla y asesinarla? Si ahora, después de tantos años, se encontrara conmigo por la calle de manera desprevenida, sin planearlo, ¿reconocería mis ojos, mi boca, mis manos criminales? ¿Ese joven habría necesitado tratamiento psiquiátrico para recuperarse, para poder rehacer su vida? ¿La veía en las noches antes de dormir, como me sucedía a mí? ¿La escuchaba, sentía los estertores de su cuerpo agonizante?

Al fin pude quedarme dormido un par de horas a la madrugada, cuando de pronto se abrió la puerta y entró un hombre de raza negra, de estatura mediana, pasado de peso, con una ligera barriga abultándole una camisa barata, con un rostro de maestro de escuela bonachón y con unos lentes redondos que le daban un aire docto y académico. Se sonrió apenas me vio, se sentó en el borde de la cama y me dijo en un perfecto español, en un tono de voz pausado y afectuoso, como si yo fuera su hijo o su sobrino preferido:

—No sabe la alegría que me da conocerlo.

No pregunté lo que ya sabía o, mejor, lo que intuí con sólo ver a Dongo Mnubungo, alias Pablo, el discípulo de Rafael encargado de difundir la buena nueva, el nuevo mensaje que liberará a la humanidad de su esclavitud milenaria.

—Lamento mucho si esto parece un secuestro —dijo en el mismo tono de afecto familiar y con una sonrisa melancólica cruzándole su rostro bonachón—. Nos toca tener estrictas medidas de seguridad para evitar sorpresas. Pero no quería que se fuera sin antes conocerlo. No todos los días puedo conversar con un colombiano cercano a la causa.

Así dijo, «la causa», como si estuviera hablando de una revolución política ligada a los movimientos de la izquierda latinoamericana.

—Tengo entendido que es amigo de Vicente, el sobrino del Maestro a quien Él tanto quería.

La expresión de Mnubungo era así, dicha con un profundo fervor, como si estuviera hablando de Jesús y no de tu tío alucinado y medio loco. Las mayúsculas eran evidentes y la mezcla de discursos no era fácil de asimilar: un punto medio entre

la Revolución Cubana y el cristianismo de la Teología de la Liberación.

—Hemos sido amigos desde niños, sí —afirmé mientras terminaba de sentarme en el camastro—. Me enteré de la muerte de Rafael en una larga carta que él me escribió.

—Él era más que una persona común y corriente. Era un iluminado, un mensajero de los nuevos tiempos —Mnubungo hablaba con tristeza, mirando el piso, con un cierto cansancio que reflejaba los rigores de su lucha—. Sin Él no habríamos podido encontrar el camino solos.

—Me habla en términos religiosos, como si estuviera refiriéndose a un mesías.

—Lo es. Durante muchos años recorrí varios países del Tercer Mundo buscando ayudar, liberar del yugo a los oprimidos, construyendo hombro a hombro con ellos un nuevo futuro, un nuevo mundo. Mi misión de sacerdote así me lo indicaba. ¿Y sabe qué fue lo único que encontré? Desilusión, rabia e impotencia. Y no me estoy refiriendo a que fuera difícil luchar para desde mi fe liberar a aquellos que desde siempre están subyugados y aplastados. No, Sebastián, me refiero al odio que se genera en el otro cuando uno lo ayuda, cuando uno le tira una mano para rescatarlo. Ser solidario es la mejor manera de decirle al otro que uno es superior, que es más fuerte, que está mejor preparado para la vida. Por eso despierta no sólo suspicacias, sino rencores muy profundos, envidias, resentimientos. Supongo que ya lo habrá comprobado en repetidas ocasiones. Basta prestarle un dinero a alguien o apoyarlo moralmente para que el otro tarde o temprano lo deteste y hable mal de usted a la primera oportunidad que tenga. El refrán popular es en este caso de una sabiduría muy acertada: «Qué favor le habré hecho yo a Fulano para que me odie tanto». Sí, infortunadamente es cierto, somos animales desagradecidos, resentidos, ruines. Y esa era la razón por la cual yo nunca fui feliz: la imagen de sacerdote imbécil y aborrecido por sus feligreses me deprimía hasta las lágrimas. Hasta que llegó el Maestro y nos enseñó no la piedad ni la conmiseración, sino la astucia, la lucha, el enfrentamiento directo con la opresión. Desde entonces no siento compasión, sino que le exijo al otro que se una a nosotros, que dé la pelea por su liberación, que no permita que lo sigan aplastando y humillando más. No pretendo ser un hombre caritativo, sino un buen estratega militar. Y ahora no sólo me aprecian y me respetan, sino que saben que tengo razón, que no hay otra salida, que ya se acabó el tiempo de las oraciones y los lamentos. Llegó el tiempo de la acción.

A lo largo de su exposición, Mnubungo en ningún momento se exaltó ni subió el tono de su voz. Todo esto lo dijo con cierta nostalgia, con resignación, mirando el piso de esa habitación secreta donde estábamos él y yo sentados en un camastro metálico donde muy de vez en cuando levantábamos los ojos para contemplarnos cara a cara, como si nos diera miedo esa mirada directa, como si prefiriéramos comunicarnos de ese modo, eludiéndonos, haciéndonos quites, escondiéndonos el uno del otro.

—Desde mis años de estudiante, aquí en la Universidad de Kinshasa, andando de

una pensión en otra, jodido, sin cinco centavos en el bolsillo, desarrollé una especie de alergia a todo tipo de arribismo. Mientras amigos muy cercanos soñaban con viajar por el mundo y hospedarse en los mejores hoteles, con ser algún día adinerados, con tener propiedades en Europa, con comprar carros último modelo como los del hombre blanco, yo veía cómo mi país se hundía en la miseria, el hambre y la desigualdad. Mis compañeros de pensión muchas veces no tenían literalmente con qué comer. Y empecé entonces a desarrollar un desprecio visceral hacia el dinero. Mi impulso natural es a compartir la plata, a donarla, a entregársela a otros. No sé ahorrar, no tengo una buena concepción del dinero, no sé admirar el éxito económico, nunca envidio las comodidades ni las propiedades de otros. Lo mismo me sucedió desde muy joven con las mujeres. No me gustaban las universitarias, ni las muchachas blancas de clase alta, ni las que pertenecían a familias adineradas. En repetidas ocasiones (al comienzo sospeché que se trataba de prejuicios míos pero luego confirmé que se trataba de una posición muy extendida) me he tropezado con este tipo de mujer y siempre me desagrada en ellas su arribismo, su clasismo aberrante, su racismo cruel y despiadado hacia nosotros, los hombres negros, con quienes ellas se pueden ir a la cama una noche o dos, sí, pero con quienes jamás se casarían ni tendrían hijos. En cambio, y quizás como un rechazo a ese mundo que gira en torno al dinero y la posición social, ese mundo que usted mismo habrá respirado en Bogotá porque en todas partes es el mismo, me encantan las mujeres populares, las negras como yo, con sus caderas enormes y su nostalgia a flor de piel, las isleñas con sus sonrisas deslumbrantes, las maestras de escuelas públicas a las que les noto ese compromiso irrestricto con su pueblo, esa misma desesperación que me atraviesa y que no me deja dormir. Por eso he terminado muchas veces yéndome para el otro lado y metiéndome con mujeres indeseables, porque hay algo en ellas que me duele, algo humano, muy profundo, que siento que me pertenece, que también es mío. Quizás por eso mismo también me gustan tanto las historias de tipos que de un momento a otro lo abandonan todo y se quedan viviendo entre pescadores o campesinos humildes, con una camiseta rota y unos pantalones descosidos. De ahí la fuerte impresión que causó en mí el Maestro desde la primera vez que lo vi.

Mnubungo guardó unos segundos de silencio, como si estuviera evocando esa imagen de su primer encuentro con Rafael. Luego siguió hablando con ese ritmo pausado que lo caracterizaba:

—Entonces, si lo que yo deseo con el alma es no tener más, no escalar en la pirámide social, no relacionarme siempre en la misma línea o hacia arriba, como hacen los demás, ¿qué sentido puede tener para mí el dinero? Ninguno. A menos que yo pueda entregárselo a la causa, donarlo, cederlo para multiplicar nuestros objetivos de justicia y liberación. Si algo me ha enseñado el Maestro es que todo esto es un sueño, ilusión sobre ilusión, y que la única realidad, el único sustrato que vale la pena defender, es la potencia espiritual de la vida, esa fuerza avasalladora que trasciende toda materialidad.

Mnubungo levantó los ojos y suspiró mientras miraba el techo de esa habitación clandestina.

—Antes me la pasaba buscando dinero para mis obras de caridad —continuó hablando ese discípulo rebautizado como Pablo—. Tenía que asistir a comidas elegantes y entrevistarme con empresarios exitosos y terratenientes. No hay mayor asco que el que nos produce ese tipo de personas adineradas que sienten un extraño placer en pisotear a los otros, en despreciarlos, en humillarlos. Me criticaba todo el tiempo por sentir ese odio creciente dentro de mí, pero no lo podía evitar. Los bares elegantes, los restaurantes costosos, los almacenes selectos, todos esos lugares que los ricos suelen visitar para hacer alarde de su bienestar y de su pretendida superioridad me daban mareo, me repugnaban de una manera visceral, automática. Ahora ese desprecio que antes me angustiaba alimenta mi lucha, me fortalece, me es útil. Ya no tengo que arrodillarme para pedir limosna, para suplicar una ayuda o para explicar los problemas de salud de una comunidad entera. Ahora planeo golpearlos donde más les duela, los presiono, los destruyo. Y siento un alivio tremendo al hacerlo.

Mnubungo se quitó los lentes y empezó a limpiarlos con la punta de su camisa. Ese gesto parecía otorgarle un aire inofensivo. Yo seguí escuchándolo sin mirarlo de frente.

—Lo más detestable del sistema en el que vivimos es que corresponde a nuestros instintos más primitivos. Sobreponerse, dominar, aplastar, devorar son comportamientos que practica cualquier fiera salvaje. Enseñarle a un joven a que tenga éxito y se pare sobre los hombros de sus compañeros es fácil porque en la raíz más profunda de su psique animal está esa información. Lo difícil sería enseñarle lo contrario: solidaridad, afecto, igualdad, tolerancia. Nuestro sistema es bárbaro, les enseña a nuestros muchachos a competir, a clavarles los colmillos a sus compañeros, es el opuesto de una auténtica civilización. Por eso hemos destruido el planeta y somos una amenaza también para las olías especies, porque somos unas bestias salidas de control. El problema es que dialogar con bestias es imposible, hacerlas razonar, modificarles su información es una empresa que no tiene sentido. Hay que oponerles resistencia, enfrentarse a ellas, combatir las, eliminarlas para algún día poder comenzar de nuevo. Y estoy seguro de que no hay nada más revolucionario que ver a una oveja atacando a un león, o ser testigo de cómo una gacela enfrenta un leopardo y termina por acorralarlo y matarlo. Eso no suele pasar en la naturaleza y es lo que estamos intentando.

No crea que nosotros luchamos por el poder, como otros grupos. El poder no nos interesa en absoluto. Peleamos por una humanidad donde sean posibles la justicia y la igualdad, pero también combatimos por los animales, por los bosques, por los océanos. Hemos comprendido que somos una especie peligrosa, dañina, corrupta, y que con frasecitas y conferencias y publicaciones de libros no vamos a provocar en nuestros enemigos sino risas. Hay que enfrentarse a ellos y al menos morir con la

conciencia tranquila de que nos negamos a ser idiotas útiles. Si lo piensa con cuidado, se dará cuenta de que el verdadero cristianismo está muy cerca del anarquismo. Nos han vendido la idea de que el anarquista es un ser rebelde que está contra todo y contra todos. Nada más falso. El anarquista no quiere recibir ni dar órdenes, no quiere estar por encima ni por debajo de nadie. Quiere igualdad siempre. ¿Y qué era Cristo? ¿Un revolucionario, un profeta que deseaba liberar al pueblo judío en contra del imperio romano? No, era un pensador que anhelaba, de manera radical, que nadie estuviera por debajo de otro, que nadie se arrogara el derecho de sentirse superior a otros y que terminara oprimiéndolos, explotándolos, esclavizándolos. ¿Se rodeó Jesús de prestamistas, comerciantes y aristócratas? No, estuvo rodeado de pescadores humildes, carpinteros y prostitutas. ¿Y no dijo, acaso, que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja a que un rico entrara al reino de los cielos? ¿A que se refería con esa frase tan dura y excluyente? A que su mensaje liberador no lo podían entender quienes aplastaban y oprimían a los demás, sino los del bando contrario: los que no tenían con qué comer, los que pasaban necesidades y angustias, los que carecían de un techo seguro para dormir. Por eso, un auténtico cristiano está muy cerca del anarquismo y encuentra en él quizás el último humanismo posible.

Mnubungo terminó de limpiar sus lentes, se los puso con ademanes pausados y me miró a los ojos por primera vez, mientras cambiaba ligeramente el tono de su voz e intentaba entusiasmarse con sus propias palabras.

—Pero bueno, todo esto usted lo sabe de memoria. Conoció al Maestro en persona, supongo. No tengo por qué fatigarlo con discursos.

—Sí, significó mucho para mí cuando lo conocí. Leí con Vicente, su sobrino, libros que él nos recomendó cuando éramos muy jóvenes.

—Así era Él. Cambiaba la vida de los que tenían la fortuna de tropezárselo en el camino.

Hubo un silencio de pocos segundos. Mnubungo se puso de pie y dio unos pasos por la habitación. Continuó hablando con el ceño fruncido, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para concentrarse:

—Lo que quiero ahora es explicarle la razón por la cual tuvimos que interceptarlo y traerlo a este lugar. Después de su visita al taller de Patricio, uno de nuestros hombres, perteneciente al Frente Lubumba, se enteró de que los servicios de inteligencia del Congo lo ficharon a usted y decidieron detenerlo e interrogarlo. Y sabemos lo que eso significa. Así como lo pueden soltar con facilidad y creerle sus declaraciones, lo pueden también enterrar en un calabozo el resto de vida que le queda.

—¿Ellos eran los tipos que me vigilaron estos días?

—Sí. El hecho de que hubiera hablado con Patricio, un hombre que ahora no está con nosotros pero que tampoco nos ataca ni nos denuncia, más su pasaporte colombiano, los intrigó hasta el punto de sospechar si no sería usted uno de los enlaces entre Proyecto Apocalipsis y La Célula.

—¿Y por qué no detienen a Patricio y lo interrogan?

—Ya lo hicieron muchas veces. A él lo protege ahora una organización internacional de derechos humanos. No les queda fácil arrestarlo ni desaparecerlo. Prefieren mantenerlo bajo vigilancia estricta.

—Y ahí caí yo sin saber nada.

—Exactamente. Pensaban detenerlo en el aeropuerto, cuando se dispusiera a salir del país. Su pasaporte es ahora su condena. La única posibilidad que tiene es seguir nuestras instrucciones.

—¿Qué instrucciones?

—Cambiaremos su aspecto y su identidad. Sabemos que viaja usted a Bombay. Le hemos conseguido un tiquete en otra aerolínea con su nuevo nombre: Arnulfo Gómez Prieto, un nombre común y corriente en cualquier país de América Latina. Su pasaporte es ahora de Costa Rica. Debe cortarse el cabello a ras y ponerse un bigote postizo, eso es todo. Le tomaremos la foto y en pocas horas le tendremos su documentación lista y su tiquete aéreo en orden.

—¿Por qué hace esto?

—No quiero que alguien que estuvo cerca del Maestro, así sea tangencialmente, termine torturado y con un tiro en la nuca en una de las prisiones de mi país. Recuerde que aquí somos expertos en masacres y genocidios. El nombre de Mobutu ensuciará para siempre a mi pueblo. No deseo nada parecido para usted. Sé que lo único que le interesa por ahora es informarse, leer, pensar, tal vez escribirle a su amigo quiénes somos nosotros y cómo actuamos. Pero más adelante, quién sabe, lo tengamos de nuestro lado y entonces nos será muy útil un hombre de sus características.

—No sé nada por ahora —dije aceptando mi confusión—. Pero le agradezco lo que está haciendo por mí.

—No se hable más. Empecemos ya.

Para ahorrarte más descripciones, maestro, te diré que me corté el pelo a la manera militar, me puse un bigote falso, me vestí con unos jeans, una camiseta y una chaqueta de pana, y pasé las requisas y las revisiones de pasaporte con mi nueva identidad: Arnulfo Gómez, ciudadano costarricense dedicado al mercado de computadores, casado, con dos hijos y en viaje de negocios. No tuve ningún inconveniente y llegué a Madrid, hice conexión con un vuelo de Iberia a Delhi y de allí a Bombay en un vuelo local atiborrado de peregrinos que iban a cumplir una especie de promesa a los templos de sus creencias.

Y aquí estoy, Vicente, escribiéndote desde el hotel donde estoy hospedado ahora y mandándote esta carta, que en realidad comencé a escribir en Kinshasa, al correo electrónico que me indicaste. No sé qué será de mí, pero ya era hora de que te contara todo lo que me ha sucedido desde que recibí tu extraña misiva sobre la muerte de Rafael. Supongo que ambos tenemos la sensación de que nos hemos subido en un tiovivo cuya dirección no podemos controlar. Espero que todo lo que te acabo de

contar cambie en algo la percepción que tenías sobre este asunto y que te alejes de estos sujetos para evitarte problemas de seguridad que incluso pueden poner en riesgo tu vida.

Como no tendré dirección fija, escíbeme a este correo, al menos por ahora. Bueno, viejo, no dejes de leer estas páginas con calma y con la certeza de que son producto de ese afecto puro que nos ha unido desde nuestros más remotos años infantiles.

En tránsito, como siempre,
Sebastián

CAPÍTULO II



MARÍA MAGDALENA

Querido Sebastián:

Leer tu carta fue una experiencia devastadora. No porque la información que me das me haya impactado (ya te contaré cómo me enteré yo de toda esta locura), sino porque el solo hecho de haberte puesto en peligro me entristece y me genera mucha culpa. Has sido y sigues siendo mi único amigo realmente cercano, mi hermano de infancia y de adolescencia. No es justo que te haya metido en este lío tan tremendo. Creo que escribí la carta anterior en medio de una efervescencia irresponsable que casi te cuesta la vida. Por todo ello te ofrezco mil excusas.

Por otro lado, tu confesión también me conmovió y me hizo recordar que, en efecto, tú cambiaste de un momento a otro sin dar explicaciones de ninguna clase. En aquel entonces se lo atribuí a nuestra juventud, a ese difícil proceso mediante el cual uno entra al mundo de los adultos sin entender muy bien cómo ni por qué. Sencillamente respeté tu decisión de alejarte, de encerrarte en un mundo aparte y de luego viajar para terminar tus estudios en otro país. Asumí que tu vida era distinta de la mía y que no podía exigirte que no cambiaras ni que fueras siempre el mismo. Ahora, después de leerte, me doy cuenta del terrible sufrimiento que te partió la vida en dos y que por aquellos días supongo que te condujo a un infierno que los que estábamos a tu lado no podíamos comprender. Me duele no haberte servido de nada en un trance tan complejo.

Bueno, y ahora sí entremos en materia. Todo lo que me cuentas lo he venido descubriendo en una forma triste y al mismo tiempo delirante, obsesiva. Después de la desaparición de Pedro quise alejarme de la historia de Rafael y me concentré con ahínco en mis clases, mis estudiantes y mis publicaciones; sin embargo, no pude hacer caso omiso y fingir que nada había pasado. Estaba viendo televisión y, de repente, en un comercial de carros o de jabones de baño me daba cuenta del peligro y de la imbecilidad que genera la publicidad; iba por un supermercado o por un centro comercial y percibía que la gente compraba objetos que en realidad no necesitaba; escuchaba conversaciones de personas sobre la reencarnación o sobre apariciones de santos y de vírgenes, y me parecía increíble que no fueran capaces de razonar, de pensar con un mínimo de sentido común; empecé a notar que mis estudiantes querían casarse muy jóvenes, tener hijos y buscar un empleo bien remunerado, así no más, sin ningún tipo de ilusión o convencimiento profundo de que la vida podía ser algo más, de que quizás era posible darle a esta experiencia de estar vivo una profundidad intelectual y afectiva más allá del mero hecho de reproducirse y de tener dinero; y por todas partes, en los grupos de música que la gente consume, en lo que lee, en las revistas, en los discursos de los políticos, en las películas, en los alimentos que nos ofrecen en tiendas y supermercados, en los bares y las discotecas, en los deportes, en

todo, incluso en las posturas que asumen aquellos que se consideran rebeldes o críticos, vi de manera clara y precisa el poder del sistema, su fuerza avasalladora, la potencia de esa entidad abstracta que Rafael llamó La Cosa.

Sí, no había escapatoria, era verdad que estábamos machacados, aplastados, hundidos en una forma de vida elemental y mediocre de la que no podíamos escapar. Me fue imposible olvidarme de esas ideas, no pude hacerlas a un lado y continuar con mi vida normal de profesor universitario medianamente acomodado. Hasta en mis propios artículos y clases veía conceptos manidos que fortalecían el poder del sistema. Entonces tuve que reconocer que en términos precisos, hablando con claridad y justeza, nadie se rebela, nadie es capaz de fundar nuevas dinámicas de vida, nadie escapa de una sociedad de control que tiene a todo el mundo vigilado y dominado hasta en sus fantasías y sus más primitivos instintos. Somos esclavos del capitalismo y de la sociedad industrial. Las ideas de Rafael no eran falsas ni estaban tan lejos de lo que realmente está aniquilando nuestras esperanzas y nuestra capacidad de invención y de regeneración. Si muchas personas alrededor del planeta se sienten derrotadas, están deprimidas, tienen trastornos alimentarios y del metabolismo, consumen alcohol desafortunadamente, son adictos a drogas legales e ilegales, y necesitan ayuda médica para poder soportar sus vidas planas y sin sentido, por algo será. Una fuerza destructiva y dañina se expande a gran velocidad en las entrañas de la sociedad contemporánea. A nivel macro, no somos felices ni nos sentimos a gusto produciendo como piñones de una gigantesca maquinaria que, poco a poco, nos va desgastando hasta convertirnos en piezas inservibles que luego son remplazadas por otras piezas más jóvenes. No podemos negar nuestra amargura y nuestra infelicidad. Y no sólo porque la gran mayoría no tenga buenos salarios o no pueda disfrutar de los goces de la abundancia, sino porque esa fuerza negativa ataca a todos, sin distinción de sexo, raza o clase. Los privilegiados y adinerados también están sentados en los sillones de sus psiquiatras, también son alcohólicos y drogadictos, también son recluidos en clínicas de reposo, también experimentan los rigores del derrotismo y la depresión, también sufren y también se suicidan.

La consecuencia de esta obsesión surgió de manera natural: un buen día me presenté ante el decano de la Facultad de Sociología y renuncié a diez años de vida académica. Me preguntaron por qué, me sugirieron que lo pensara con calma, que si quería una licencia remunerada, que si prefería un año sabático, en fin, me presentaron varias opciones con tal de que repensara mi decisión. Me mantuve firme y me retiré de la universidad en forma definitiva. Establecí contacto con una organización no gubernamental que trabajaba por los derechos de los habitantes de la calle y empecé a trabajar con ellos de manera combativa, enfrentándome a ciertos funcionarios para los cuales estos temas son cantaletas pesadas, inventadas por izquierdistas trasnochados y subversivos en potencia. La verdad es que a mí la militancia política no me interesaba, sólo quería sentirme más cerca de la salida, acercarme un poco a la puerta por la que se habían fugado Rafael y sus secuaces.

Nada más.

Una tarde estaba buscando a un indigente llamado Jorge Morales, un hombre de unos cincuenta años, narizón, agudo, muy inteligente, adicto a la heroína, que vivía en las calles desde su primera juventud. Un reciclador de basura me indicó que Jorge estaba en Cinco Huecos, una especie de guarida donde muchos de los vagabundos de la antigua calle del Cartucho se establecieron como comunidad. Cuando llegué al lugar, vi a un grupo de unos treinta hombres reunidos en torno a una mujer morena de mirada felina y con el cabello revuelto, que les estaba explicando por qué debían organizarse y no permitir más los atropellos de la policía ni los de los ciudadanos comunes y corrientes que los insultaban, los maldecían o los escupían. Un discurso característico de derechos humanos fundamentales. Pero de pronto la mujer fue subiendo el tono de sus palabras, sus ojos echaban chispas de fuego y entonces se refirió a un sistema que estaba diseñado para segregarlos, maltratarlos y eliminarlos. Era una arenga, un llamado a combatir en contra de esa entidad maligna que denominó momentáneamente como La Cosa. Me quedé inmóvil, con las alarmas encendidas a tope y me hice entre el grupo para escuchar sus palabras de cerca. Le calculé entre veintiocho y treinta y dos años de edad. Lo inquietante de la escena, Sebastián, es que el cuerpo de la mujer, los senos turgentes, las caderas redondas y las piernas fuertes y bien torneadas me llamaron la atención de inmediato y me sentí atraído, o mejor, atrapado, pues la sensación era como si hasta ese instante yo hubiera podido volar con libertad, y sin pensarlo, en un giro impredecible, mis alas hubieran quedado atrapadas en la tela de una araña que no me iba a dejar escapar. Por tanto, era una sensación placentera, embriagadora, y al mismo tiempo terrorífica, oscura, como si desde ese primer vistazo yo hubiera intuido lo que se me iba a venir encima.

Bárbara (así dijo que se llamaba) citó a los indigentes para la noche siguiente, les entregó un volante con la dirección de una bodega donde se iba a llevar a cabo la reunión y les recordó que, a menos que se defendieran y combatieran, la sociedad iba a masacrarlos con la mayor desfachatez. Cuando llegó hasta mí, me miró de arriba abajo y me preguntó con dureza:

—¿Usted también quiere la información?

Sentí un escalofrío que me recorría la espina dorsal y la piel de los antebrazos se me erizó ante el timbre de su voz, melodioso y agresivo a la vez, como si por un lado me estuviera invitando a una noche de placeres exquisitos y por otro me estuviera dando una orden que no dejaba espacio para la desobediencia. Sin embargo, en segundos logré recuperar mi aplomo y le contesté mirándola de frente:

—¿Por qué? ¿A mí La Cosa no me va a hacer daño?

Me sostuvo la mirada no para retarme sino para recordar bien mi rasgos y mis ojos, y me entregó uno de los volantes. Luego siguió repartiendo la información al resto de la concurrencia. Finalmente se despidió con estas palabras:

—Los espero mañana. Y recuerden que ya no es tiempo de quejas. O luchan, o callan y se someten.

Esa noche soñé que Bárbara cabalgaba por una pradera comandando una tropa de vagabundos, desaharrapados y sucios legionarios cuyos gestos intimidaban y me producían terror. Después se bajaba de su caballo, me abrazaba, me besaba con pasión y lujuria, y en un grito de guerra les comunicaba a sus soldados a voz en cuello: «¡Este es mi hombre!». Me desperté sudoroso, con taquicardia, y tuve que acudir a un somnífero para recuperar el sueño en medio de las fantasías que esas imágenes me habían producido. En la mañana recordé que el sueño se debía a que el nombre de la mujer me había evocado, de modo inevitable (no puedo desprenderme de mi oficio), las invasiones de las tribus que en el siglo V habían arrasado con el imperio romano. Así que, en una típica manía de profesor y de académico, consulté el diccionario de sinónimos en la palabra *Bárbaro*. Esa lista debió prevenirme de lo que estaba a punto de suceder. Decía así: «Cruel, salvaje, inhumano, sanguinario, bestial, fiero, feroz, atroz, arrojado, esforzado, temerario, rústico, inculto, ignorante, grosero, tosco». Quedaba una pregunta pendiente: ¿era ese su nombre real o ella misma había decidido rebautizarse como una forma de apuntalar su esencia más apreciada? Por lo pronto, no podía responder a ese interrogante; lo único que podía hacer era acudir a la cita nocturna en los callejones donde quedaba la bodega en que esa extraña y fascinante mujer me estaba esperando para clarificar las hasta ahora incomprensibles líneas de mi destino.

Llegué unos minutos antes de lo pactado. Era una bodega dos calles abajo de la avenida Caracas, relativamente cerca de las dependencias de Medicina Legal y de la pensión donde había vivido Rafael en San Victorino. Varias hileras de sillas plásticas aglomeraban una multitud de cien o ciento veinte hombres barbados, mechudos y con las ropas sucias que aguardaban la intervención de Bárbara, quien desde una pequeña tarima improvisada saludaba a unos y a otros con sus nombres propios. Me hice en la última fila, en un rincón donde tal vez lograra pasar inadvertido. Me había vestido con mis peores ropas para no llamar la atención. Bárbara hizo un gesto para imponer silencio y enseguida la sala se calló, y los hombres miraron al frente para concentrarse en el discurso de esa extraña mujer que presidía una reunión clandestina en una bodega de un edificio derruido y medio abandonado.

—Bueno, está claro por qué estamos aquí —comenzó diciendo ella con su acostumbrada voz seductora y militar a la vez—: porque nos cansamos de ser los pordioseros, los mendigos, los esclavos, los siervos y la basura de una sociedad que nos mira siempre con desprecio, como si no fuéramos personas, sino una enfermedad, un cáncer que ellos quisieran eliminar. Y algo está claro: nosotros no les interesamos, nuestra vida es poca cosa para ellos. Por tanto, sólo hay dos caminos posibles: o nos dejamos aplastar y humillar, o nos rebelamos y decidimos enfrentarnos a esta sociedad que tanto asco nos tiene. Si alguien quiere continuar siendo un miserable, bien puede retirarse de esta reunión.

Nadie se movió.

—Perfecto, entonces ya empezamos a entendernos. Alguna vez yo también estuve

como muchos de ustedes, viviendo en la calle, consumiendo baretta, bazuco, pepas o perico, bebiendo todos los días, con la sensación de que no valía nada, de que mi vida era una mierda, deseando morirme cada mañana. Pero encontré al Maestro, encontré una voz que me enseñó a levantarme, a luchar, alguien que me devolvió la dignidad perdida. Y ojo, no les estoy hablando de religión, como muchos predicadores que llegan aquí para enseñarnos humildad y que nos sigan pisoteando como les dé la gana. No, les hablo de fuerza, de coraje, de hacernos sentir y de oponernos de igual a igual a aquellos que se creen superiores a nosotros, aquellos que nos llaman «desechables», como si nosotros fuéramos objetos plásticos que se pueden tirar a la caneca. Piensen, reflexionen, y no permitan más que les escupan la cara. Para eso el Maestro nos ha dejado su mensaje, para liberarnos, para redimirnos de esta situación indigna y humillante. Y recuerden que él fue uno de nosotros, que vivió también en la calle, que muchas veces no tuvo un pedazo de pan para llevarse a la boca y que sin embargo jamás permitió que los demás lo despreciaran o lo ofendieran.

Y así, Sebastián, en ese tono de prédica y al mismo tiempo de batalla, de general que necesita entusiasmar a sus soldados para que den todo de sí en la próxima batalla, Bárbara siguió arengando durante unos cuarenta o cincuenta minutos. Después reclutó a los que decidieron inscribirse, los citó para una reunión más específica y, cuando yo estaba a punto de irme para mi casa, me tropecé de frente con Pedro, el discípulo y vecino de Rafael.

No sabía que andaba siguiendo la Palabra —me dijo sorprendido de verme salir de la bodega entre cartoneros y recicladores de basura—. Me alegra que esté con nosotros.

—Renuncié a la universidad —fue lo único que se me ocurrió decir en medio del nerviosismo que me invadía el cuerpo debido a lo intempestivo del encuentro—. Ahora trabajo con habitantes de la calle.

—Siguiendo los pasos del Maestro.

—Tal vez, aún no lo sé...

Y entonces Pedro agarró del brazo a Bárbara, que pasaba a su lado, y le dijo en un tono formal y melodramático:

—Este es el sobrino del Maestro, el que gentilmente nos entregó su Palabra para que nosotros la difundiéramos por el mundo.

—Ayer nos vimos, sí —dijo ella volviéndome a taladrar con sus ojos de lechuza—. En Cinco Huecos.

Nos estrechamos la mano y sentí de nuevo que una corriente eléctrica me sacudía la espalda y los brazos. Luego Pedro se excusó y se despidió diciéndonos que tenía trabajo pendiente. Bárbara bajó un poco el tono de su voz y me dijo con esa dulzura reprimida que tanto me atraía:

—Espérame y subimos a la décima a comernos algo. No almorcé y ya me suena el estómago.

Asentí. La vi concretar a los hombres inscritos para la siguiente reunión, les

advirtió que no podían hablar con la policía nada del asunto, que tuvieran cuidado, que había mucho infiltrado listo para delatarlos, les entregó una dirección y regresó a mi lado, me agarró del brazo y, como si fuéramos amigos de toda la vida, me anunció con una sonrisa perfecta que le daba a su rostro un aire infantil:

—Listo, vamos a buscar algo de comer. Pagas tú.

Ya te podrás imaginar el resto, Sebastián. Esa noche quedé atrapado por completo en su belleza, en su pasión por las ideas de Rafael, en su temple, en esa especie de luz que irradiaba cuando se enfrascaba en teorías que confirmaban la hipótesis de La Cosa. Me habló de Kaczynski, de Zerzan, de Bey y de otros nombres que ahora no recuerdo. Yo estaba fascinado, transportado por el poder con el que se expresaba, emocionado por esa fe demoníaca que depositaba en sus ideas. Tú sabes bien, y te lo dije en mi carta anterior, que hasta ese día siempre había salido con mujeres académicas, universitarias, de clase media o media alta, que en el fondo sueñan con llevar una vida reposada, formar un hogar y alcanzar cierto reconocimiento en su profesión. Nada más. Pero una mujer como ésta, que recorre las calles del centro de la ciudad a pie en las horas de la noche, que anda entre indigentes y vagabundos, que lee dejando todo su ser en sus lecturas, que está dispuesta a pagar años de cárcel en el Buen Pastor con tal de medir la verdad de sus argumentos, eso era para mí demasiado. Jamás en mi vida me había sentido tan inútil, tan insignificante, tan poca cosa. Y quiero que entiendas bien mis sentimientos en ese momento. No es que el discurso no me pareciera un poco traído de los cabellos y que no reconociera en él un fanatismo peligroso e incluso criminal. Sí me daba cuenta de eso, por supuesto. Pero es que la pasión es siempre una actitud admirable, como el coraje, igual. Cuando alguien demuestra valor y un temperamento sólido frente a la adversidad, no podemos dejar de admirarlo, aunque esté equivocado; ese no es el punto.

Tal vez el ejemplo más reciente que se me viene a la cabeza, por lo que lo acabo de ver, es la ejecución de Hussein en Iraq. ¿Viste cómo lo insultaban mientras los verdugos, con capuchones negros puestos sobre la cabeza, lo preparaban para la ejecución? Se oían voces al fondo gritándole, retándolo, alegrándose por el sacrificio. Y Hussein, ya con la horca puesta en el cuello, contestó, los trató con desprecio, dijo que no le temía a la muerte. Todos sabemos que el tipo era un dictador despiadado, un genocida, un criminal de la peor calaña. Pero esa fuerza, en un momento semejante, no deja de ser admirable. No tembló, no suplicó, no lloró, no se descompuso. Bueno, te hablo de algo así. Lo que me impactaba de Bárbara no era la solidez de sus conceptos, sino la energía de su vida en general, la confianza desmedida que depositaba en lo que hacía, sus ganas de cambiar el mundo fuera como fuera, a cualquier precio, incluso si ese cambio implicaba dejar su pellejo en plena lucha. De alguna manera me recordó lo que sentí cuando entré a la habitación de Rafael y vi sus libros arrumados, sus anotaciones, esa forma delirante y extrema de entregarse a la lectura, al saber, al conocimiento. Ya no hay gente así, Sebastián, o al menos en el mundo en el que yo me he movido, entre profesores e intelectuales de

pacotilla. Yo estoy acostumbrado a las posiciones melifluas y pusilánimes, a las publicaciones para ascender en el escalafón, a las discusiones cuyo único objetivo es demostrar erudición y cultura. Qué porquería. Pero alguien como Bárbara, temblando mientras hablaba, con los ojos encendidos de furia, dispuesta a irse a trompadas o a agarrarse a palazos con la policía por imponer sus ideas, alguien así yo no había conocido nunca. Y no olvides que yo no he sido maestro en la universidad privada, sino en la Nacional, en una universidad pública. Pero las protestas de los estudiantes o sus marchas nunca tenían este tinte extremo, límite, de una persona que a cada segundo está bordeando la cárcel o la muerte. No sé si captas lo que intento transmitirte. En fin, sigamos.

Recuerdo que después de comernos una carne asada con papas fritas y un vaso de jugo, Bárbara sacó un libio de un morral negro que cargaba al hombro. Era un texto pequeño de un filósofo francés que yo había oído nombrar pero que no había leído: Alain Badiou. Con el libro en la mano, me dijo muy emocionada:

—Y si crees que exagero, que estoy perdiendo las proporciones del problema, entonces escucha esto —y bajó la mirada y empezó a leer—: «Las tres personas más ricas del mundo poseen una fortuna total superior al producto interno bruto conjunto de los 48 países más pobres del planeta». ¿Entiendes? Tres tipos son más ricos que 48 países del Tercer Mundo. Ahora pon atención a esto: «Supongamos que se quiera dar a toda la población del mundo un acceso cuantificable a los alimentos, a saber, 2.700 calorías diarias, así como al agua potable y a los recursos sanitarios básicos; la suma total necesaria equivaldría más o menos a lo que los habitantes de Europa y Estados Unidos gastan anualmente en perfumes». Qué tal estos datos, ¿ah? ¿No te dan escalofrío?

Y así, en este tono, Sebastián, se desarrolló toda nuestra primera entrevista. Estábamos en un restaurante popular donde entraban y salían trabajadores nocturnos y choferes de buses y de taxis que buscaban un café o un plato de sopa para calmar el frío. Cuando vi el reloj, era la una de la mañana. Bárbara estaba como si nada, como si fueran las diez de la mañana de un día regular de trabajo. Mientras más la miraba y la escuchaba hablar, más me gustaba, más la deseaba, más la quería tener entre mis brazos. Era evidente que estaba enamorado de ella como nunca lo había estado de otra mujer, y lo sabía muy bien. Lo único que me rondaba la cabeza en ese momento era una pregunta que ahora o después tendría que hacerle, y que la hice, en efecto, esa primera noche, antes de despedirnos. La miré a los ojos sin agresividad, con cierta ternura, y procuré que en el tono de mi voz no se notara la ansiedad que me embargaba:

—Bárbara, sabes bien que Rafael fue para mí, a lo largo de mi niñez y mi adolescencia, una persona muy importante. Fue el único pariente por quien en realidad sentí admiración. Ahora hace un rato, mientras te escuchaba hablar de él, me pregunté qué tipo de relación llevaste con él, si lo veías a menudo, si compartiste con él su vida cotidiana, si eres uno de sus discípulos cercanos, como lo es Pedro.

Tragué saliva y me di cuenta de que la pregunta le disgustaba. No sé si percibió que detrás de mi aparente curiosidad ingenua, en forma socarrona, lo que realmente quería saber era si había sido su amante, si se había acostado con él, si ella era esa mujer que seguramente lo había acompañado en su mundo de sombras y tinieblas delirantes. Su respuesta no pudo ser más contundente:

—Voy a ser directa contigo porque sé que tarde o temprano estarás de nuestro lado, pero no quiero volver a hablar al respecto —y aquí tomó aire pausadamente, como dándose tiempo para encontrar las palabras correctas—. De la misma manera que Jesús tuvo doce discípulos, y una mujer que era su discípulo número trece y el más cercano de todos, el Maestro me tuvo a mí. Me rescató de la calle, me liberó, y desde entonces estuve a su lado. Cuando sintió que estaba muy enfermo y que la muerte lo acechaba, me envió a Caracas a fortalecer los lazos con nuestro grupo de apoyo venezolano. Por eso murió solo y sin ayuda. De lo contrario, habría muerto entre mis brazos. Si no me gustara tanto mi nombre, me lo habría cambiado por el que en realidad me corresponde: María Magdalena.

Bárbara dio por terminada la conversación, se puso de pie, pagamos la cuenta en la caja registradora entre los dos (se negó a que yo la invitara), y ya en la calle le anoté el número de mi casa y el de mi celular en un papelito, y le dije que me encantaría volver a verla. Ella sonrió con cierta camaradería, me dio un beso repentino en la mejilla y cruzó la avenida para tomar un bus hacia el sur.

Como ya le habrás dado cuenta, a partir de ese día mi vida no tuvo ningún sentido si no era al lado de Bárbara. Nos acercamos muy rápido el uno al otro y empezamos a conversar todos los días, a compartir libros e información, a hacer trabajo de campo con los habitantes de la calle. Aunque yo no estaba inscrito oficialmente como parte de Proyecto Apocalipsis, era evidente que poco a poco iba simpatizando cada vez más con ellos y me iba radicalizando en la medida en que descendía a los niveles más bajos de la sociedad y veía tanta hambre, tanta miseria, tanta degradación. Era consciente de que la violencia no era la solución para los problemas económicos y sociales que vivía la mayor parte de la sociedad, pero tampoco era tan ingenuo como para no darme cuenta de que los métodos pacíficos, bondadosos y caritativos tampoco ayudaban a nadie ni llevarían a cabo ninguna revolución. Por decirlo de alguna manera, me mantenía en un línea intermedia, justo en el centro, aunque sabía que era una posición difícil de sostener y que con el paso de los días y las semanas se acercaba el momento de tomar una determinación; tendría que echarme para atrás o pegar el gran salto y convertirme en uno de los seguidores de mi propio tío.

Ahora que leo tu carta veo que tienes muy claro que durante muchos años yo me escondí de la vida, le tuve miedo, y los libros fueron en realidad un escudo, una muralla que yo interpusé entre el mundo y la fuerza de mis pasiones. Hasta que sucedió lo de Rafael y ese muro se derrumbó y yo tuve que enfrentar la verdad: que hasta entonces había sido un cobarde que le tenía miedo a sentir, a comprometerme, a luchar, y que vivir implica dolor, sufrimiento, pérdida, abandono, impotencia, derrota,

pero que precisamente por eso mismo la vida es maravillosa, por sus contrastes, por sus matices, por la gama tan variada de experiencias que cruza nuestro espíritu hasta brindarnos esa plácida sabiduría que tienen ciertos adultos y que los demás se la envidiamos porque sabemos que es un tesoro, un patrimonio conquistado a punta de pasiones extremas. Quien pasa por la vida incontaminado y puro no merece haber estado aquí. Y tal vez lo que yo más deseaba en mi inconsciente era que algo o alguien me sacara de ese encierro idílico y me arrastrara por el fango de la vida real. Así que cuando conocí a Bárbara ese muro ya no existía y yo estaba a la intemperie. Había renunciado a la universidad, había cortado los lazos con mi pasado de profesor estable y respetado, y ya andaba por las calles en busca de un destino incierto que todavía no se manifestaba ni enviaba pistas.

Bueno, y aquí entramos en lo que más trabajo me va a dar contarte, porque en el fondo de mí sigo siendo el tipo bonachón y candoroso que conociste. Pero en este episodio de una biografía que hasta entonces había sido tediosa y mediocre, no sé qué pasó dentro de mí y brotó de mi interior otro hombre, un individuo deseoso de correr riesgos, dispuesto a todo, un hombre temerario cuya mayor cualidad era el arrojo. ¿De dónde salió ese hombre, cómo nació, de qué modo se fue manifestando en la cotidianidad? No lo sé, Sebastián, no estoy seguro de ello. Lo único claro es que en el fondo de mi psicología, aunque hubiera vivido agazapada y bien escondida, había otra persona, y que cuando la descubrí me encantó dejar atrás al profesor timorato y ñoño que siempre se portaba bien con sus estudiantes y su círculo de conocidos. No, esa identidad ya me fastidiaba, la aborrecía y no pensaba permitirle que recobrara las riendas de esa existencia que hasta entonces había sido la mía. Todo lo contrario: dejaría que ese nuevo ser tomara el control y dirigiera mi vida hacia derroteros imposibles de predecir.

Bárbara vivía en un apartamento muy modesto en el barrio Santa Isabel, al sur de la ciudad. Al comienzo se entrenó con la misma pasión con la que emprendía cualquiera de sus actividades y fue una novia diligente, amorosa y llena de vitalidad. Luego (ya te lo contaré más adelante) la relación cambiaría y ella me inició en una sordidez afectiva, cuyos miles enfermizos me llevaron al desequilibrio emocional y la depresión profunda. Pero eso fue más adelante. En ese momento estábamos hasta ahora empezando a salir juntos, a dormir juntos, a trabajar, en algunos temas, juntos. Una noche llegué a su apartamento, entré imaginándome que íbamos a preparar la comida entre risas y abrazos, y me tropecé a Pedro sentado en un sofá pequeño junto a la ventana principal. En la atmósfera podía percibirse un hálito de intimidad, como si justo en los minutos anteriores a mi llegada ellos dos hubieran estado conversando y discutiendo temas relacionados con La Célula y con sus actividades secretas, temas donde yo no cabía y que me convertían en un intruso, en un amigo cuya llegada no era bien recibida. También era casi seguro que en esa conversación mi nombre hubiera estado de por medio. No obstante, después de que Bárbara me besó en la mejilla, Pedro me dio la mano con amabilidad y me dijo de entrada, sin preámbulos

ni saludos iniciales.

—Hermanito, qué pena que vaya al grano, pero no podemos esperar más. Usted ha sido un buen elemento y Bárbara asegura que está de nuestro lado, pero llegó el momento de demostrarlo, de tomar una decisión y confirmarnos si está dispuesto a combatir hombro a hombro con nosotros y seguir las palabras del Maestro, que era sangre de su sangre (esto lo dijo con una expresión pomposa y grandilocuente), o si más bien usted prefiera retomar su vida tranquila de profesional de clase media. Tenemos que estar seguros de qué lado está. No podemos esperar más.

Mire a Bárbara y vi que tenía los ojos clavados en mí de una manera brutal, exagerada, como si de mi respuesta dependiera nuestra relación, el estrecho vínculo que habíamos creado en el último tiempo. Y era así, yo lo sabía muy bien, y no estaba dispuesto a perderla ni a dejar de verla.

—¿Y qué tengo que hacer para que usted esté tranquilo, Pedro?

—No se trata de mí —contestó él con agresividad, levantándose y deambulando por el lugar con pequeños pasos que iban y venían como si se tratara de una marcha militar en un salón cerrado—. No es personal, hermanito. Se trata de la causa, de saber si podemos contar con usted o no, si es un hermano nuestro, si cree en la posibilidad de cambiar este infierno, de vencer a La Cosa. El problema es suyo, no mío. Bárbara dice que usted está de nuestro lado, los demás no vemos acciones claras, hechos que nos confirmen que en efecto es así. ¿Ahora sí comprende?

—Vuelvo y le pregunto, ¿qué tengo que hacer entonces?

—Hermanito, definamos bien las posiciones. Usted me habla con desdén, como si yo fuera un tramitador que le está exigiendo mariconadas. No, viejito, yo necesito saber si usted siente pasión por esto o no, si podemos confiar, si llegó el momento de entregarle información confidencial, si usted está listo y entusiasmado con la idea de participar en Proyecto Apocalipsis. A eso vine, por eso estoy aquí. Si no está muy convencido y lo aburre esta reunión, es mejor que lo diga de una vez, yo me largo, y aquí no ha pasado nada. ¿Estamos?

Había olvidado que Pedro era tan directo, que con él era imposible hacer quites o amagues inteligentes. Era un tipo de hechos, de acción, y eso se lo había enseñado la calle, los años salvando el pellejo gracias a comportamientos radicales que no dejaban espacio para ambigüedades o interpretaciones. Los ojos de Bárbara seguían fijos en los míos. Había que jugársela a fondo, estaba claro.

—Mire, Pedro, si yo quisiera seguir en mi vida de profesor de clase media, como la llama usted, me habría quedado tranquilo, sin armarme líos ni complicaciones. Si me salí, si cancelé tantos años de vida académica, fue por algo, porque sufrí una crisis intensa que me arrojó a una nueva vida. Y si ahora trabajo con habitantes de la calle y con niños que viven en las alcantarillas de la ciudad, en el subsuelo, como ratas, también es por algo, porque en alguna forma la libreta de Rafael me mostró una realidad que yo jamás había vislumbrado. Y si ahora me veo con Bárbara, eso también significa algo. Yo no me la paso en centros comerciales, en restaurantes

elegantes ni en fiestas de gente de clase media o alta. No, yo estoy pendiente ahora todo el tiempo de cómo amortiguar el peso de este sistema sobre la gente más desprotegida.

—Así quería oírlo hablar, hermanito. Sin embargo, su expresión es muy clara: hasta ahora usted sólo ha querido amortiguar un peso. Lo que le estamos preguntando es si está listo para combatir, para destruir el sistema. La diferencia es grande y no tengo que explicársela.

Por un segundo, Bárbara giró levemente el cuerpo y pude ver sus caderas, la curvatura perfecta de sus nalgas redondas y morenas. En la medida en que yo había empezado a hablar me fui envalentonando y decidí que no estaba dispuesto a alejarme de ella pasara lo que pasara, aunque me encomendaran volar la ciudad entera.

—Yo estoy harto de ver cómo el sistema continúa generando hambre, miseria y locura —dije con el ceño fruncido—. Y ya tengo claro que a punta de buenas intenciones, de acciones caritativas o de conferencias intelectuales, el sistema no sufre ni siquiera un pequeño rasguño. Sé que la única forma es la acción directa, la oposición, la militancia. Así que dejémonos de discursos y vamos, ahora sí, al grano. ¿Qué hay que hacer? ¿Cómo les demuestro que no tengo dudas de ninguna clase?

Pedro sonrió por primera vez, Bárbara se relajó y la tensión en el ambiente desapareció.

—Bien, hermanito, bien, esa es la actitud. Yo sabía que este día tenía que llegar y que con usted La Organización sería mucho más fuerte. No sabe cómo me alegra oír esas palabras pronunciadas así, sin dudas ni reparos. Al fin y al cabo, fue usted el que nos dio las palabras del Maestro y gracias a ello su mensaje perdurará a través de los siglos.

Pedro hablaba a veces con ese tono mesiánico que le daba un aire religioso, como de predicador que está a punto de recibir una revelación desde el más allá.

—Aflora sí entremos en materia...

—¿Preparo un café para los tres? —interrumpió Bárbara con una ligera sonrisa.

—Listo, sí —confirmó Pedro mientras yo asentía.

Bárbara sirvió agua caliente de una tetera que había puesto en el fuego previamente y preparó tres cafés instantáneos. Bebimos para contrarrestar el frío nocturno que venía desde la calle.

—La cuestión es ésta, Vicente —empezó a explicarme Pedro con su taza humeante entre las manos—. Tenemos una información que es preciso aprovechar ya. En una antigua fábrica de la zona industrial se reúne el primero de cada mes un grupo de apostadores duros. Ya sabe, hermanito, altos ejecutivos aburridos con tanto dinero y que andan buscando adrenalina, experiencias límite. Apuestan millones y el que gane, además, sale con más plata de la que tenía cuando entró, luego la experiencia es doble. Llegan en sus lujosos carros y camionetas con uno o dos hombres de confianza, se quedan unas tres horas y desaparecen por donde llegaron. Nadie sabe

sus nombres, ni su edad, ni sus trabajos, nada. Son millonarios anónimos en busca de una buena sacudida.

—¿A qué apuestan? —pregunté yo adelantándome a la narración de Pedro.

—A eso voy, hermanito. Los que prepararon el lugar garantizan seguridad y silencio absoluto. Sin embargo, no pudieron evitar que nuestros hombres tomaran datos de las placas de los carros, que siguieran después a los concursantes y a los organizadores, que se infiltraran, que tuvieran toda la información bajo control — Pedro se pasó la lengua por los labios para humedecerlos—. ¿A qué van estos canallas cada mes con sus maletines atiborrados de dinero? ¿De qué se trata el juego? Fácil, hermanito. Los organizadores buscan entre los jóvenes desesperados de los barrios marginales, entre los desempleados que están a punto de perder sus casas y sus apartamentos, entre los suicidas que llevan ya dos o tres intentos de matarse y que se mantienen en las salas de cuidados intensivos de las clínicas psiquiátricas en un esfuerzo por recuperar el equilibrio, entre los drogadictos callejeros que están al borde de la locura y la muerte, entre los enfermos de cáncer y de sida a los cuales les quedan pocos meses de vida. Esa es la gente que les sirve como concursantes. Nos enteramos porque a muchos de nosotros, en la calle, nos ofrecieron varios millones de pesos si participábamos. Por eso decidimos investigar. Bueno, le sigo contando... Luego los llevan, los aleccionan, los preparan, les dan sedantes para que aguanten la presión, y los ponen a jugar ruleta rusa por parejas, cada uno apuntándole al otro en la cabeza con un revólver cargado con una sola bala, como si fueran varias peleas de boxeo en una sola noche, sólo que en vez de guantes y trompadas el público disfruta de disparos al azar hasta que uno de los dos cae al piso con la cabeza abierta y los sesos desparramados por el ring.

—No me diga que me toca jugar ruleta rusa, eso es demasiado —dije con la voz temblorosa.

—No, hermanito, cómo se le ocurre que le voy a pedir una cosa así. Lo que sucede es que tenemos todo bajo control y queremos voltear la torta y dar un buen golpe. En tres semanas se volverán a reunir. Para ese día queremos que todos los concursantes estén de nuestro lado, que sepan que los muertos estarán esta vez entre los apostadores y no entre los concursantes, y mandar a todos esos cabrones engreídos y perfumados a chupar gladiolo. ¿Sí me entiende? Vamos a quebrar a todos esos hijueputas. A ellos les gusta este juego porque se trata de gente de éxito observando con alegría cómo se matan entre ellos los fracasados. Vamos a poner las cosas en su sitio y les vamos a llenar la cabeza de plomo.

Te podrás imaginar, Sebastián, cómo me sentí cuando Pedro terminó su explicación. Varias ideas cruzaban por mi cabeza a alta velocidad y no sabía muy bien cómo enfrentar el asunto. Al fin me decidí por una de ellas: listo, iba a trabajar para que las víctimas, esa noche, liquidaran a sus victimarios. Se trataba de justicia privada; algo horrible, sí, pero justicia al fin y al cabo. Si esos miserables algún día eran capturados y llevados a juicio, moverían todas sus influencias, y su dinero, tarde

o temprano, los sacaría a la calle libres de todo cargo. Si ya habían asesinado a tantos inocentes, era justo entonces que murieran en el mismo juego que propiciaban. Algo me prometí: yo no dispararía ni una sola bala.

—¿Y cuál es mi trabajo? —pregunté mientras en mi cabeza seguían rebotando ideas y sensaciones.

—Tenemos la lista de los próximos doce concursantes, sus teléfonos, sus direcciones, sus datos familiares, todo. Ellos no tienen ni idea de en qué se metieron. Sólo les dicen que tienen que jugarse el pellejo, que pueden morir, que antes de ir recibirán una buena suma por participar, y que si llegan a ganar regresarán a su casa multimillonarios. No saben más. Por eso cuando ya están en la fábrica, sentados en un asiento con un revólver apuntándoles a la cabeza y ellos a su vez apuntándole a un desconocido en la frente, se enferman, se orinan en los pantalones, se cagan, se vomitan, se desmayan, y por eso a algunos de ellos tienen que sedarlos para que aguanten. Si no son capaces de subir al ring donde están los dos asientos dispuestos, los guardaespaldas de los jefes les pegan un tiro en la nuca.

—¿Qué hacen con todos los cadáveres después de terminado el juego? —pregunté de manera ingenua.

—Los queman en unos hornos antiguos que están en la misma fábrica. Por eso no quedan rastros. Lo que queremos es eliminar tanto a los organizadores como a los apostadores. Que caigan todos. Calculamos en total unas treinta personas, entre ellas los matones de turno y los encargados del horno y de limpiar las huellas.

—Supongo que lo me toca entonces es contactar a los futuros concursantes y prepararlos para el ataque.

—Exactamente. Toca visitarlos, contarles en qué se metieron, advertirles que ya no se pueden escapar y que lo mejor, entonces, es que esa noche defiendan su vida. Para eso hemos preparado un plan que consiste en llenar los revólveres de todos ellos de balas, y cuando empiece el primer combate todos deben comenzar a disparar contra el juez, los preparadores, el público y los porteros. Son doce concursantes y cada uno tiene seis balas en su arma. Hay que matar a treinta tipos más o menos, lo que nos indica que hay municiones de sobra.

—¿Quién meterá las balas en los tambores?

—El que prepara los revólveres es uno de nuestros mejores hombres. Logramos infiltrarlo. Apenas cargue todo, saldrá por una puerta lateral con el pretexto de fumarse un cigarrillo y desaparecerá de la escena. Lo enviaremos fuera del país por si acaso.

—¿Qué va a pasar después con los doce tipos?

—Los reclutaremos. Los que quieran trabajar para nosotros podrán hacerlo. Los que no, que regresen a sus casas y hagan lo que les dé la gana.

—Después de contactarlos y de hablar con ellos, ¿debo llevarlos a algún lugar especial?

—Sí, hermanito, tenemos que reunirlos a todos y preparar bien las cosas. No

podemos dejar nada al azar. Si quiere, empezamos entonces mañana. Nos vemos aquí, en el apartamento de Bárbara, revisamos la lista y el perfil de cada uno de los tipos, y le entrego los datos para que comience a visitarlos y a explicarles el plan. No tienen salida, hermanito, así que no creo que nos presenten problemas. O colaboran con nosotros para salvarse, o les pegan un tiro.

—Listo, Pedro; mañana nos vemos aquí, a la misma hora, por la noche.

—Eso, yo también prefiero por la noche.

Pedro se puso de pie, me dio la mano, se despidió de Bárbara con un apretón de manos (le noté en ese gesto el respeto que sentía por la mujer que había sido de su maestro), y salió de prisa de allí, mirando hacia los lados primero, con esa paranoia que lo caracterizaba, como si lo estuvieran persiguiendo y en cualquier momento lo fueran a matar (bueno, quizás sí era así y yo no estaba enterado). Apenas dobló la esquina, Bárbara se me lanzó a los brazos y empezó a cubrirme la cara de besos. Me dijo que se sentía orgullosa de mí por participar en el proyecto, que estaba feliz de saber, además, que era el sobrino del Maestro (utilizó la palabra con esa admiración casi religiosa que le indicaba a uno que debía ir con mayúscula), y que de ahora en adelante nuestro amor estaba bendecido por la lucha en contra de La Cosa. Yo, si debo ser sincero contigo, ya ni siquiera estaba enamorado, Sebastián, sino ido, perdido, embrutecido de pasión. El cuerpo de Bárbara, su altivez felina en el acto sexual, sus caricias, la manera como me jalaba el cabello, sus posiciones insinuantes en la cama, los gritos y los gemidos que emitía durante sus sucesivos orgasmos, todo me tenía loco, transportado a una dimensión en la que nunca pensé que iba a estar, una dimensión donde la vida era una fuerza misteriosa que se expresaba en pulsiones avasallantes que dejaban atrás cualquier asomo de lucidez y de mesura, que hasta entonces, de manera tediosa, habían sido las marcas imborrables que llevaba mi pasado. No, con Bárbara me sentía pleno, a tope, lanzado a un torbellino de sentimientos que me inundaban por dentro de una energía hasta entonces desconocida. Y lo más extraño de todo es que después de acostarnos juntos ella se quedaba así, desnuda sobre la cama, y entonces empezaba a hablarme de planes de ataque, de ideas para derrotar a los que gobernaban el sistema para su propio beneficio, me hablaba de armas, de cifras de dinero para financiar entrenamiento militar y cosas así, y a mí me parecía mentira que de un momento a otro mi vida hubiera tomado un giro tan inesperado y que yo estuviera ahí, con una terrorista preciosa entregándome toda su ternura mientras planeaba, afuera, destruir ese mundo que nos contemplaba por la ventana. Era, ¿cómo decirte?, cinematográfico, estético, como si de pronto el profesor universitario abúlico y predecible se hubiera convertido en un aventurero intrépido dispuesto a correr cualquier tipo de riesgo. Y después de haber sido el Hombre Murciélago en brazos de una delincuente hermosa y fatal, no tenía la menor intención de regresar a ser Bruno Díaz. ¿Sí entiendes por lo que estaba pasando, lo que sentía, la forma como fui cayendo en un pozo del cual, después, iba a ser muy difícil escapar? Lo único que le pido mientras lees estas palabras es que me

trates con indulgencia, que no me juzgues con severidad, y que más bien te apiades de ese loco que no tenía ni idea de lo que hacía ni del peligro que iba a correr al aceptar semejante encargo tan descabellado.

A la noche siguiente, en efecto, Pedro me entregó en casa de Bárbara la lista y me dio algunas indicaciones sobre cada uno de los sujetos. Me sorprendió que en la lista aparecieran dos mujeres. Pedro me dijo que ocasionalmente había concursantes mujeres, pero que nunca sobrepasaban los veinticinco años de edad y que por lo general eran drogadictas o enfermas de sida en su fase terminal. Como me memoricé esa lista para no llevar evidencias conmigo, te transcribo los nombres y algunos datos de los doce concursantes, para que te hagas una idea del tipo de persona que debía contactar y preparar para una contraofensiva.

Jaime Sandoval, alias «El Gordo», un antiguo plomero que vivía en el barrio 12 de Octubre y que sufría de ataques de esquizofrenia en los cuales ciertas voces le anunciaban el fin del mundo. La familia lo había abandonado hacía varios años y el tipo dormía en un lote vacío, entre cajas y cartones, y cuando entraba en trance recorría el barrio pidiéndoles a los vecinos que se confesaran, que se arrepintieran de todos sus pecados porque el fin estaba cerca y porque muy pronto llegaría el castigo y todos morirían entre tormentos atroces y grandes sufrimientos.

Carmenza Suárez, de veinticuatro años, una joven con un cáncer de médula ósea en estado muy avanzado, que había perdido una tutela para que el Seguro Social le suministrara una dosis diaria de morfina para el dolor, y que en consecuencia se la pasaba en una cama quejándose todo el día y desesperada por los cólicos y las punzadas que le recorrían el cuerpo entero.

Alberto Rico, de veinte años, adicto al bazuco desde los once años de edad, habitante de la calle que había dejado avanzar una sífilis no tratada a tiempo y que en los últimos meses había sufrido ataques y desmayos como resultado de gomas sífilíticas, es decir, de grandes condensaciones de la enfermedad que se le habían instalado ya en el cerebro.

Cristian Monroy, un pintor de veintisiete años que vivía en La Perseverancia y que había presentado ya varias veces un típico cuadro suicida. Se había arrojado desde un puente, se había envenenado, se había cortado las venas, y en ninguno de los intentos había tenido éxito. Varias reclusiones en clínicas psiquiátricas dejaban en claro que los médicos no encontraban un tratamiento que surtiera efecto en él. Debo aclararte que cuando visité a este joven, en su estudio, me sorprendí de su talento y de la fuerza de sus cuadros. Era una pintura inusual, de ritmos y colores entremezclados a gran velocidad, como si él luchara en contra de unas potencias del caos que intentaran apropiarse de sus lelas sin su consentimiento. Al final, el cuadro era la constatación de ese choque entre la forma y la disolución, entre el orden y la entropía. Además, me encantó su austeridad, su encierro monacal: la vieja historia del artista solitario que lucha en medio de sus obsesiones para imponer una nueva belleza. Conmover. Acababa de tomarse una sobredosis de pastillas para dormir, pero una

vecina lo había salvado llamando una ambulancia y llevándolo al hospital para un lavado gastrointestinal.

José Ricaurte, alias «Pepe Plomo», un antiguo obrero de la construcción que en una borrachera había asesinado a su mujer por celos. Acababa de salir de la cárcel Modelo después de purgar diez años de prisión, y la culpa, intacta, no lo dejaba en paz y había terminado, otra vez, arrastrado de bar en bar y de tienda en tienda, siempre mendigando unas cuantas gotas de alcohol. Vivía en una pieza en el barrio Las Cruces.

Jesús «Chucho» Quintero, el único del grupo que sabía de qué se trataba el juego porque ya había participado una vez. Era un antiguo empleado de una fábrica de gaseosas a quien un grupo de atracadores y apartamenteros le había asesinado a su familia: su mamá, su mujer y sus dos hijas pequeñas. Desde entonces su vida no tenía sentido, había subido de depresiones agudas y deseaba por encima de todo morir, pero no tenía el valor suficiente para matarse. Era el típico jugador de ruleta rusa, el hombre que busca morir en manos de otro, y para el cual su contrincante no es un enemigo, sino un salvador. Su objetivo no es ganar, sino perder. Por eso era tan peligroso.

María Espinosa, una prostituta de veintitrés años del barrio Santa Fe, a quien la Secretaría de Salud tenía lidiada como una de las pacientes más peligrosas de la ciudad porque había contagiado de sida a más de mil hombres por todo el país. Le habían transmitido la enfermedad en un burdel y desde entonces ella, en venganza, se había dedicado a esparcir el virus de un cuerpo a otro. Había perdido una tutela para que el Sisbén le cubriera el coctel de nuevas drogas para la enfermedad, y entonces, vigilada y sin licencia para trabajar, estaba dispuesta a todo con tal de ganar una buena suma que protegiera a su hija de seis años antes de morir. Una nota a pie de página me advertía que debía mantenerme a raya porque María se le insinuaba a cualquier hombre que tuviera al frente.

Enrique Salamanca, el único intelectual de la lista, un antiguo viajero y marino anarquista que detestaba cualquier tipo de autoridad, soltero y sin hijos, y que había vivido de una fortuna heredada de su familia. Ahora, ya viejo y achacoso, estaba empezando a sufrir de un alzhéimer progresivo y le producía horror el verse al final de sus días como un anciano estúpido y bonachón. Lo cuidaba una enfermera y el viejo, desde el fondo de una casa en Teusaquillo, se la pasaba pidiendo a gritos un revólver para matarse.

Carlos Leguízamo, alias «El Monstruo», un mendigo de oficio de sesenta años que había contraído la lepra desde muy joven y que tenía la cara y las manos deformadas. Para empeorar las cosas, un bus lo había embestido mientras él pedía limosna en un semáforo. Su rostro había quedado irreconocible, como una masa amorfa, y había perdido un riñón y medio pulmón. Aseguraba que seguir vivo era una tortura, un suplicio, y ansiaba, por encima de cualquier otra cosa, morir y terminar con semejante pesadilla.

Alcides Arévalo, un muchacho de veinte años que era un caso clínico sin explicación alguna. Luego de un golpe que había sufrido en el cerebro a los doce años de edad, Alcides se despertó un día en la clínica y lo único que veía por todas partes eran zanahorias. La cama era una zanahoria, las cortinas eran zanahorias, el termómetro era una zanahoria, los médicos y las enfermeras eran zanahorias parlantes y él mismo era una zanahoria que estaba enferma. Durante años le hicieron varias cirugías y lo intoxicaron con drogas psiquiátricas de última generación, pero nada, el mundo a su alrededor no era más que una gigantesca plantación de zanahorias. El joven ya no podía más y lo único que deseaba era morir. Seguramente, si hubiera tenido que jugar ruleta rusa sentado en el ring de esa fábrica abandonada, en el momento final lo único que habría visto sería a una zanahoria apuntándole a la cabeza con otra zanahoria. Nada grave.

Peter Graham Gutiérrez, el único extranjero del grupo, un exsoldado norteamericano de origen panameño que había participado en la guerra de Iraq y que una noche, siguiendo instrucciones que le ordenaban entrar a un edificio y eliminar a todos los sujetos que allí habitaban, había ingresado por una ventana a la construcción y, creyendo que se trataba de terroristas peligrosos, había disparado a una fila de bultos que dormían en la oscuridad. Cuando llegaron sus compañeros y encendieron las luces, descubrieron que era una escuela humilde que hospedaba a cincuenta niños huérfanos y desamparados en medio de la guerra. Peter estuvo en tratamiento psiquiátrico pero nunca se recuperó, y había terminado deambulando por las calles bogotanas en busca de todo tipo de drogas y estimulantes que le hicieran olvidar quién era y qué había hecho. Ya no aguantaba más y lo único que quería era pagar sus errores con su propia vida. Un concursante de primera línea para los apostadores.

El último de la lista era Pastor Socarrás, alias «Chicholina» (con esa ortografía aparecía en su expediente policial), un transexual que se había mandado operar por un estafador profesional que solía suplantar a un médico experto en cirugía estética. Cuando salió del consultorio su cuerpo era un pegote que empezó a inflamarse hasta que sus compañeras de oficio lo llevaron al hospital, donde estuvo tres meses entre la vida y la muerte. Cuando salió era un espantapájaros enfermizo y miserable que no tenía un centavo, y que para vivir se vio obligado a atracar en las horas de la noche a transeúntes desprevenidos. Decían que no tenía que usar ni cuchillo ni revólver, pues con su sola presencia la víctima quedaba aterrorizada y entregaba en segundos hasta los zapatos. Chicholina quería recoger una fortuna para volver a operarse o morir de una buena vez.

Bueno, Sebastián, después de conocer la lista te podrás imaginar lo que fue visitar a estas personas, verlas a los ojos, hablar con ellas, sentir de cerca su sufrimiento y reclutarlas para que en lugar de treparse a un ring a asesinar o ser asesinado, decidieran más bien eliminar a los sujetos que les tenían preparada semejante emboscada. Y aunque te parezca mentira, no fue fácil convencerlos, pues a muchos

de ellos no les disgustaba del todo la idea de hacerse millonarios o de morirse jugando ruleta rusa. Todos ellos estaban al límite y habían cruzado hacía tiempo esa línea sutil del instinto de supervivencia.

En el caso de Chicholina, por ejemplo, nos encontramos en la pensión donde vivía, en la calle 17 con carrera 17, un antro de expendedores de bazuco, ladronzuelos menores y prostitutas enfermas. Me recibió en su cuarto y su solo aspecto me aterrorizó: tenía un pómulo casi el doble del otro, la nariz ancha y torcida, la quijada salida hasta el punto de deformar la pronunciación de las palabras, la frente abultada, como si un tumor creciente estuviera a punto de romper la elasticidad de la piel en esa zona, los ojos achinados y penetrantes, y el cuerpo en ese punto medio entre lo femenino y lo masculino, andrógino, pero con el inconveniente de que en el caso de Chicholina ninguna forma alcanzaba su plenitud, su realce, y entonces lo masculino estaba inconcluso y lo femenino maltrecho, lo que dejaba al final una impresión de monstruosidad. El impacto era tal que uno tenía que hacer mucho esfuerzo para tenerlo cerca y no salir corriendo o empezar a suplicar piedad, porque en el fondo de esos ojos rasgados no había bondad ni perdón, sino ira contenida, furor, y una especie de sexto sentido le indicaba a uno que en cualquier momento esa bestia herida se lanzaría sobre lo que encontrara en su camino para saciar su sed de venganza y sus ansias de lastimar a alguien, lastimarlo así como lo habían lastimado a él con un bisturí, e inyectándole ceras y materiales de pésima calidad.

Le expliqué a Chicholina de qué se trataba la contratación de que había sido víctima y se sonrió con desprecio.

—Me tienen sin cuidado sus consejos —dijo mostrando en una sonrisa macabra sus dientes afilados y en desorden—, el problema es que usted cree que yo no me quiero morir y que al salvarme me está haciendo un favor. Se equivoca. Ganarme varios millones de una sola sentada o morirme son las únicas opciones que me quedan. Míreme bien, sin pudor, sin vergüenza...

Obedecí y lo contemplé de arriba abajo.

—¿Cuánto tiempo cree que aguantaría usted en este cuerpo? —siguió diciendo en un tono neutro, como dejando a un lado cualquier pasión que pudiera contaminar su pretendida objetividad—. ¿Un año, dos? Yo llevo siete años y ya no doy más. Así que le agradezco su buena voluntad, pero mejor devuélvase por donde vino.

Tuve que explicarle todo el panorama, decirle que entraría a trabajar para Proyecto Apocalipsis y que en cada trabajo se ganaría una fortuna, que La Organización se encargaría de ella a través de alguno de sus médicos, que lo mejor que le podía pasar era formar parte de un grupo de personas como ella (sabía que si utilizaba el pronombre masculino me echaría a patadas) y no seguir así, sola, retirada de los demás y llenándose de odio cada día más. Por fin logré convencerlo y me dio su palabra de que asistiría a la reunión con Pedro y con los demás concursantes el día pactado y en el lugar establecido.

Lo mismo me sucedió con Peter Graham Gutiérrez, el soldado de origen

panameño que había estado en la guerra de Iraq. A los veinte minutos de conversación, el tipo se descompuso y empezó a temblar. Su voz era una súplica que venía de un agujero muy profundo.

—Creo que se equivocó de persona —dijo con su acento norteamericano—. Este mundo al que usted me quiere traer de regreso ya no me interesa. Dejé de interesarme esa noche, cuando entré en esa escuela y disparé mi arma contra niños indefensos que estaban allí refugiados y esperando ayuda internacional. Los maté a todos y maté también a sus dos maestras. ¿Y sabe qué es lo peor? Que no fue un caso aislado, que no era raro que nos dieran órdenes de ese tipo. Otros amigos míos mataron ancianos, profesores públicos o amas de casa que estaban reunidas para buscar soluciones a los problemas de sus barrios. Daba igual. Todos eran enemigos, todos eran despreciables, todos eran blancos de nuestras armas. Y ese horror continúa intacto y yo fui parte de él... Por eso le digo que se equivocó de persona. Váyase con sus discursos salvadores a otra parte.

Tuve que explicarle que matándose continuaba con su lista de bajas porque esa era la salida más fácil, que era cobarde no intentar ayudar a otros, no hacer nada por otros, que si había llegado hasta esta ciudad era por algo, porque tal vez aquí existía la posibilidad no de redimirse, porque lo que había hecho no tenía redención, sino de equilibrar un poco tanta perversidad y tanta vileza.

—¿No sueña con castigar a quienes dieron semejante orden? —le pregunté con la voz calmada, sin alterarme—. Pues los hombres de los que le estoy hablando son iguales a los militares que le ordenaron disparar sobre esos niños, están hechos de la misma madera corrupta y podrida. Y piense en algo, Peter: si no hace nada será cómplice otra vez de la misma ralea, de la misma porquería que ahora tanto aborrece y desprecia.

Así, Sebastián, tuve que recurrir a mil estrategias para poder reclutarlos a todos y convencerlos de que lo mejor era eliminar esa noche a los que tenían todo preparado para eliminarlos a ellos. El desgaste emocional que sufrí a lo largo de esas semanas fue descomunal, gigantesco, pero el hecho de tener a Bárbara junto a mí me reanimaba y me estimulaba a continuar buscando a esos doce sujetos para quienes la vida no era más que un lodazal maloliente del que era mejor salirse cuanto antes, aunque para ello fuera necesario recibir un balazo en la frente.

Ahora, te preguntarás si yo estaba convencido de lo que decía, si me parecía en efecto una buena solución, si en el fondo de mí creía que era lo correcto. Lo normal en un ciudadano habría sido informar a las autoridades y dejar que se hiciera un operativo para capturar a estos criminales, pero no planear a sangre fría una matanza privada. Pues déjame decirte que después de andar entre gente de la calle, entre habitantes que lo han perdido todo, después de visitar barrios marginales y comedores comunitarios, uno tiene la impresión de que la ley se ejerce sólo en una vía, como un mecanismo más de control, como una forma de mantener a los oprimidos en su sitio. Es difícil ver que la ley se ejerza hacia arriba, hacia los terratenientes que expulsan

campesinos, hacia los políticos que desde años llevan recibiendo dineros de los narcotraficantes, hacia los grandes empresarios que pactan y negocian con los paramilitares. No, Sebastián, la ley no está diseñada para tocar a los grandes, sino para mantener el orden. ¿Qué orden, se pregunta uno? El orden de un capitalismo que está montado para machacar a grandes multitudes en beneficio de unos pocos. Y no me estoy justificando, no, yo sabía perfectamente que lo que estaba haciendo era algo censurable y punible, por supuesto; no puedo mentirte a ti, mi mejor amigo, y decirte que creía que preparar asesinos era una acción loable y meritoria. No, viejo, yo sé que estaba mal, que me encontraba metido en un berenjenal del cual no iba a poder salir después fácilmente, pero tampoco te voy a confesar ahora que estoy arrepentido y que yo, el tipo bueno, el cándido profesor de sociología, el hombre justo y ecuánime, anda por el mundo arrepentido y cargando una culpa atroz. Qué va, Sebastián, al otro lado lo que hay es una masa de miserables explotadores y pervertidos que siguen disfrutando de sus riquezas corruptas y conseguidas a punta de bajos salarios, hambre y explotación permanente. Haberles propiciado un buen golpe no me genera ningún arrepentimiento. Para qué voy a venderte una imagen falsa de mí.

Lo que sí me interesa contarte es que mientras contacté a los doce concursantes, una noche en que entré en el apartamento de Bárbara gracias a unas copias de sus llaves que ella misma me había dado, encendí su computador personal para preparar un informe de lo sucedido hasta ese momento, y de pronto, sin que yo hubiera hurgado en sus archivos personales ni nada parecido, se abrió una ventana con el correo reciente de un hombre de cuarenta y tres años, Genaro, que le decía a Bárbara que la noche pasada había sido extraordinaria, que le había encantado descubrir que ella era tan buena en la cama, y que jamás se había comido un culo tan rico y excitante como el suyo. Frases así, ya me entiendes, vulgares, pornográficas, que hablaban de las mil poses que habían disfrutado entre los dos y que mostraban a una Bárbara indecente, lúbrica, inclinada a bajos instintos que practicaba como una puta que en realidad disfruta su trabajo. No supe qué hacer y me quedé inmóvil, leyendo y releiendo toda esa andanada de escenas sexuales que me dieron mareo. No quise revisar si había respuesta por parte de ella o no, pues la verdad es que con sólo ese mensaje ya me podía imaginar el resto. Bárbara, la mujer seria y aplomada que estaba luchando por unos ideales de justicia y equidad, era en verdad una cualquiera que jugaba con mis sentimientos con una facilidad que me dejaba sin aire y con dolor de cabeza. Pero lo peor de todo, viejo, lo que no supe cómo manejar porque era la primera vez que una mujer me sometía a una experiencia semejante, fue que me excité releiendo el mensaje, que tuve una erección plena y que el solo hecho de imaginármela en brazos de ese desconocido que la trataba como a una zorra me producía una turbación incitante y agradable, como si a través de las palabras del otro yo empezara a desearla de manera transitiva, es decir, deseándola por medio del deseo ajeno. Si hubiera estado en mi apartamento es seguro que me habría masturbado para calmarme, pero en casa de Bárbara me daba miedo que ella entrara y

me encontrara en esas. Apagué el computador y me concentré en preparar algo de comer. Cuando ella llegó no le dije nada y fingí cansancio debido a la dificultad de las entrevistas de ese día. Pero cuando la vi bajarse los pantalones para entrar al baño recordé las palabras de ese amante secreto llamado Genaro, esas palabras que hablaban de «un culo rico y excitante» y de cómo le gustaba a ella que la penetraran por detrás, y entonces, con la cabeza transportada a las escenas que evocaba ese mensaje, entré en el baño y empecé a besarla, a acariciarla, a decirle cómo estaba de buena, cómo me gustaba ese trasero abultado y moreno, y la recosté contra el mueble del baño, le unté un poco de crema y la penetré por el culo mientras miraba en el espejo mi cara deformada y sudorosa, los ojos bien abiertos y el gesto de rabia y desesperación que me transformaba en un simulacro de mí mismo. Cuando terminamos, ella se dobló y cayó de rodillas sobre el piso.

—¿Qué diablos es esto? —dijo ella con la voz ahogada en un gemido, pero sonriente, divertida—. ¿Nuevas técnicas? ¿Dónde estás aprendiendo a violar tan rico?

—No sé, lo siento —me excusé agarrándome de las paredes para no caerme—. Tenía tantas ganas de poseerte así, sin preámbulos.

—Te está sentando bien hablar con esa gente —afirmó ella mientras se ponía de pie—. Pero debes tener cuidado, porque cualquier día comienzas a conocer lo peor de ti.

No sabía hasta qué punto se iban a cumplir sus palabras. Lo cierto es que no le dije nada del mensaje que había descubierto y a partir de entonces me dediqué a vigilarla, a seguirle los pasos a ver con quién se metía, y si tenía sólo ese amante furtivo o éramos varios los que nos dejábamos arrastrar por su cuerpo voluptuoso y su personalidad avasalladora. No te voy a cansar con el relato de un novio celoso y angustiado, pero lo que descubrí fue demoledor. Bárbara no sólo me tenía a mí, y no sólo se movía en ese ambiente de gente callejera y marginal, sino que tenía varios hombres de distintas clases sociales con los cuales se acostaba y mantenía relaciones sentimentales. Uno de ellos era un taxista con el que varias veces la vi entrar a moteles en la avenida El Dorado, muy cerca del aeropuerto. Se besaban entre el carro, se acariciaban y ella tenía con él demostraciones de cariño que nunca le vi conmigo. También una noche amarga, en la que tuve que beber para aguantar el frío, la soledad y la desilusión, los seguí hasta el mirador de La Calera, y en un recoveco, protegidos por unos ramales y un bosque de pinos, vi cómo el taxista le subía la falda y le quitaba unas tangas color verde limón y la poseía contra el carro de pie, agarrándola del pelo y besándola con pasión, como si quisiera devorarla y al mismo tiempo ser devorado. Ella gemía, correspondía a los besos y se dejaba hacer entre frases lujuriosas que me taladraban los oídos en medio del escondite desde el cual los estaba vigilando. Le gritaba «métemelo, húndemelo todo», y en varias oportunidades yo no sabía si taparme los ojos o los oídos para dejar de sufrir. Pero también, y en esto reside la mayor contradicción de esas sensaciones que yo estaba empezando a experimentar por primera vez, debo confesarte que era un sufrimiento que escondía

una dosis de placer, pues no podía dejar de excitarme y de desearla cada día más. Menos mal que no había vendido mi viejo Volkswagen, y entonces, escondido en mi cacharro y con el motor y las luces apagadas, con la mano entre el pantalón, me masturbaba muchas veces con los ojos llenos de lágrimas y murmurando el nombre de Bárbara entre la oscuridad.

Otro amante era un ejecutivo español de unos cincuenta años, elegante, distinguido, que vivía en El Country en un *penthouse* que debía costar una millonada y que la sacaba a restaurantes de comida internacional bien vestida y maquillada. Logré comprar al portero del edificio y el tipo me dijo unas palabras que me aniquilaron:

—No sé muy bien, jefecito, qué es lo que hacen en ese apartamento —empezó a relatarme el celador mientras contaba los billetes que yo acababa de entregarle—. Pero varias veces los vecinos han llamado a quejarse porque la joven grita y dice que no más, que no puede más, como si la estuvieran maltratando.

Una noche salieron de un bar de *striptease* masculino y contrataron a uno de los modelos. Cuando el muchacho, que apenas tendría unos veinticinco años, se subió a un taxi hacia las cuatro de la mañana, lo seguí trepado en mi escarabajo amarillo. Vivía en el centro, en un edificio modesto cerca de la calle 26. Lo abordé antes de que entrara y primero intenté sobornarlo como había hecho con el portero. Él se negó y dijo que la relación con sus clientes era confidencial. Entonces recordé que en la guantería tenía un revólver viejo que nos había entregado uno de los recicladores de basura que ahora la fundación protegía en una finca solariega, lo saqué en cuestión de segundos y se lo puse en el estómago (estaba desocupado pero él no lo sabía). Le ordené que se subiera al carro y el muchacho casi se pone a llorar. Me suplicaba que no lo matara, que por favor, que él no tenía la culpa, que lo habían contratado. Lo hice subir a las malas y con el cañón del arma en la sien le dije que me contara con detalles lo que había pasado en ese apartamento.

Me contó que el español tenía una especie de columpio donde amarraba a Bárbara y la golpeaba con látigos de piel, con correas y con palmadas fuertes que la excitaban hasta el paroxismo. Que lo habían contratado para que penetrara a Bárbara por delante mientras el español la penetraba por detrás y entre ambos la golpeaban. Que todo había sido con el consentimiento de ella y que, apenas habían terminado, ella había afirmado entre besos y caricias de gratitud: «Nadie me había hecho venir tontas veces ni sentir tantas cosas juntos». Le dije al joven que se bajara del carro y puse en marcha el motor. No alcancé a andar tres cuadras cuando tuve que parar en una calle oscura y me masturbé pensando en cómo Bárbara había gozado entre los dos hombres, penetrada por ambos lados y viniéndose al tiempo con esos dos amantes que seguramente se movían a un ritmo frenético mientras eyaculaban dentro de ella. Estaba como loco, Sebastián, perdido por completo en el laberinto de unas pasiones extremas y enfermizas. Y lo peor es que no veía por ninguna parte cómo podía salir de ese agujero inmundo por el que me había precipitado poco a poco y sin darme

cuenta. Al contrario, cada día me hundía más y a mi alrededor sólo percibía la sordidez de unos instintos que nunca sospeché que habitaran dentro de mí. Había dejado de ser el profesor bienintencionado y rutinario que vivía pensando en sus estudiantes y en sus artículos universitarios, y me había convertido en un animal apestoso que recorría las noches bogotanas hundido hasta el cuello en perversiones de la peor calaña. Y ese camino de descenso tenía un nombre que sólo hasta ahora entendía en su verdadera dimensión: Bárbara.

No aguanté más y me enfermé. Una noche caí en cama con cuarenta de fiebre y unas pesadillas recurrentes me recordaban a Bárbara entre orgías gozando de su cuerpo y de los cuerpos de los hombres que la rodeaban. Me levantaba, intentaba golpear en la cara a esos fantasmas que, desnudos, la tocaban, la besaban y la penetraban, pero entonces me daba cuenta de que estaba alucinando, que en la habitación no había nadie y que todo era producto de mi imaginación enferma y atormentada. Bárbara llegó a mi apartamento para cuidarme y entonces las imágenes se recrudecieron, tomaron más vigor, y yo seguí luchando en contra de esos seres de aire que querían arrebatarme al gran amor de mi vida. Cuando la fiebre bajó, gracias a las pastillas que Bárbara me había traído de la droguería, ella estaba seria y, sentada en una butaca al lado de mi cama, me dijo escuetamente:

—Creo que tenemos que hablar.

—¿De qué? ¿Pasó algo? —pregunté intentando poner mi mejor cara de imbécil.

—Esperemos a que te recuperes y conversamos con calma —afirmó ella condescendiente, sin ánimos de pelear conmigo.

Al día siguiente recuperé la salud y pude tomar un baño y comer abundantemente para recuperar las fuerzas perdidas. Fue entonces cuando Bárbara me interpeló de frente y me puso contra la pared. Era de noche, lo recuerdo bien, y acabábamos de preparar una carne asada y una sopa de verduras. Con la mayor tranquilidad, sin perder el aplomo, se fue al ataque sin contemplaciones, así como era ella:

—Está claro que tú conoces cosas de mi vida privada y no sé cómo te enteraste. Espero que no me hayas estado vigilando. Sería una gran desilusión.

La miré a los ojos y pude descubrir que no estaba furiosa, sino desencantada, como si lo grave de la situación no fueran sus acciones, sino las mías. Era el colmo.

—No quiero ahora que le des la vuelta a esto y que yo termine como el culpable, cuando la verdad es que he sido el agredido a lo largo de este tiempo —dije sin amedrentarme, dispuesto a dar la batalla—. Si con la habilidad de siempre tú te presentas como la víctima y yo como el agresor, entonces no podré pedirte explicaciones y lo que tendré que hacer es presentar unas disculpas, lo cual me parece un poco torcido, la verdad. Por no decir cínico.

—Mira, Vicente, tú eres un buen tipo, pero no estás entendiendo nada. A mí no me interesa sentirme como la víctima de nada. Y no quiero torcer nada a mi favor. Quiero poner las cartas sobre la mesa y aclarar este juego, eso es todo.

—Ah, ¿esto es un juego? Hasta ahora me entero.

—Es una forma de hablar. Deja las susceptibilidades que tú no eres una señorita histérica.

—Listo, bajemos las cartas... Yo me enteré por accidente de que tienes otras relaciones, y después, por unos celos que te parecerán ridículos e inmaduros, averigüé si estaba en lo cierto, y sí, supe de tus otros amantes y me volví mierda, me desesperé y llegué hasta el punto de enfermarme, como te pudiste dar cuenta.

Bárbara respiró pausadamente y noté que sus ojos empezaban a adquirir tonalidades violáceas, como cuando les hablaba a los habitantes de la calle de La Cosa y sus peligros.

—Vicente, lo que está en juego aquí es tu manera de entender la lealtad y qué es lo que buscas cuando te acercas a una mujer. Si para ti conceptos como pureza, castidad y virginidad son importantes, son virtudes que te atraen en una mujer, significa que estás bajo el poder del mito mariano, esto es, que como a la mayoría de los varones occidentales te gustan las mujeres que te recuerden a la Virgen María. Y ahí el problema es tuyo, no mío, porque yo te dije desde el principio que era la otra María, la Magdalena, y nunca te prometí fidelidad, ni hice votos de castidad por tu amor, ni me presenté como una mujer abnegada que quería casarse contigo, tener hijos y cocinarte mientras llegabas del trabajo. Tus valores burgueses son tu problema. Yo te brindé mi amistad, mi cariño, mi cuerpo, mi casa, y no me parece poca cosa.

—Pero yo no he estado con otras mujeres mientras lanío —balbuceé, sintiendo que me acababan de matar el primer batallón de soldados que había enviado a combatir—. Me he dedicado sólo a ti. Cuando uno ama, no quiere estar con otras personas.

—Vamos por partes. Si tú no estás con otras mujeres es otra vez problema tuyo. Yo jamás te he exigido que no salgas ni toques a otras mujeres porque eso me tiene sin cuidado. Tu cuerpo es problema tuyo, no mío. Y cuando afirmas que «cuando uno ama, no quiere estar con otras personas», das por sentado que lo que te pasa a ti le tiene que pasar a todo el mundo. Pilas, Vicente, porque eso significa que todos tenemos que ser y sentir como tú, y entonces dónde quedan la diferencia y la tolerancia. No, no todo el mundo es igual a ti ni ama de la misma manera. Yo te he querido a lo largo de este tiempo y sin embargo me ha parecido magnífico acostarme también con otras personas. Tanto con hombres como con mujeres.

La última frase me dejó sin aire, como si me acabaran de dar un puñetazo en la boca del estómago. ¿Con mujeres? Mis seguimientos no habían llegado hasta allá. El segundo pelotón de soldados acababa de ser masacrado también.

—Yo creí que tú y yo éramos una pareja —dije ya sin mucha convicción.

—De nuevo el mismo problema. Somos una pareja, sin duda, pero eso no significa que ninguno de los dos no pueda volver a desear. Lo que entiendo es que para ti el amor implica renunciar al deseo y al placer. Para mí no, Vicente, y no voy a caer en la trampa de sentirme una puta, una cualquiera, una pecadora. El mito de la

Virgen María que construyó el cristianismo en medio de su misoginia aberrante no tiene ningún efecto en mí. Una sociedad de hombres para hombres, donde sólo ellos pueden bautizar y casar y confesar y dar la extremaunción, tenía que castigarnos a nosotras reprimiéndonos nuestra capacidad de desear, de dar y de recibir placer. Es tan absurdo que incluso se inventaron un Dios hombre, blanco, occidental, de barba blanca y de ojos claros. Y las mujeres acataron esa imagen, hasta el punto de que cuando se inclinan en la iglesia para rezar, creen que se están dirigiendo a esa figura. ¿Por qué Dios no puede ser mujer, como en tantas religiones primitivas? ¿Por qué no puede ser una mujer india, mestiza o negra? Recuerda la respuesta aguda de ciertos miembros de guetos negros norteamericanos cuando les preguntan si creen en Dios: «Sí, sí creo, y Ella es negra». Así que yo pertenezco a esa estirpe de mujeres que nos rebelamos hace rato del dominio masculino en todos los órdenes. No quiero cumplir con los requisitos de pureza y virginidad que decretaron unos misóginos célibes para reprimir nuestra fuerza y nuestra superioridad. Y tanto tú como yo sabemos perfectamente que cuando son ustedes los que tienen muchas mujeres, no hay ningún escándalo, lo ven como un desliz menor. Pero si somos nosotras, entonces nos cae todo el peso del puritanismo. De malas, Vicente; si te sientes incómodo conmigo es mejor que te consigas una noviecita decente, pulcra y mojigata que se entregue como si fuera una propiedad privada, como un objeto que acepta un dueño. Yo no soy así ni quiero serlo.

Vi agonizar a mis últimos soldados entre las bayonetas enemigas. No supe qué contestar ni por dónde argumentar en esa discusión en la que de repente vislumbré una escena clara: yo era la noviecita herida que le reclama al mujeriego y libertino por su conducta inmoral, y que además hace ese reclamo entre lloriqueos y fiebres que buscan llamar la atención de ese amado cruel, lúdico y licencioso. Un poco ridículo el papel que había asumido. Pero no hice alusión a mi nueva percepción, pues tampoco se trataba de entregar mis armas, bajar la cabeza y rendirme.

—Cuando estabas con Rafael, ¿te comportabas de la misma manera? —fue lo que dije en un murmullo, ya sin fuerza para enfrentarme a ella.

—Por supuesto. Es más, él me amó precisamente porque yo era así y no de otra manera. Le gustaban mi libertad, mi forma indómita de ser, mi descaro y mi sinvergüencería. ¿Cómo iba a combatir contra La Cosa al lado de una mujercita melcochuda cuyo objetivo era vivir con él, tener un perro, un carro y al final un hijo? Él me eligió precisamente porque sabía que yo no me sometería a ningún patrón de conducta establecido por la religión y la moral pequeñoburguesa. Él no necesitaba una señora repollo que se siente dichosa cuando sale de compras y que se comporta impecablemente con los invitados a cenar; no, lo que quería era alguien dispuesto a romper todos los moldes, alguien con mala reputación, una mujer bárbara, como yo. Pero por lo visto el sobrino no piensa igual y me considera una indecente, una zorra peligrosa.

Bajé la cabeza y no dije nada. Me di cuenta de la distancia enorme que existía

entre ese tío marginal y yo, el sobrino académico que no había sido capaz de liberarse de ciertas camisas de fuerza impuestas por su clase y por su educación. De pronto tomé conciencia del abismo que existía entre ese hombre y yo, de lo lejos que había ido en ese viaje exploratorio y liberador. Y ésta, su amante, su mujer, también se había desplazado a la misma velocidad y ocupaba un paraje remoto al que yo no tenía acceso. Mi error había consistido en no saber medir las distancias correctamente.

—Creo que lo mejor es que me vaya —dijo Bárbara con auténtica tristeza—. Siento todo por lo que has tenido que pasar. Cuando quieras, me llamas y conversamos, o nos vemos para tomarnos un café.

Asentí, y ella me dio un beso en la mejilla y salió. No tengo palabras para expresarte, Sebastián, lo que sentí en ese instante. Toda mi esperanza y mis ganas de vivir se iban con ella. Tuve que reconocer que estaba enamorado y que, en mis sueños pequñoburgueses, como los llamaba Bárbara, me había visto viviendo con ella, durmiendo con ella y armando un proyecto de vida junto a ella. Y todo ese armazón imaginario acababa de desplomarse estruendosamente con esa conversación.

Faltaban todavía por solucionar algunos detalles del ataque que llevarían a cabo los practicantes en la ruleta rusa. Los llevé a la cita programada en una casa del barrio 20 de Julio, recibieron todas las instrucciones del caso por parte del mismo Pedro, que se hizo presente esa noche y que les prometió protección y respaldo por parte de La Organización. Les aclaró que todo el dinero de los apostadores, que eran varios miles de millones de pesos, se repartiría por partes iguales entre ellos doce. Y la noche pactada, en efecto, los concursantes, en una orgía de sangre, masacraron a todo el mundo y desaparecieron del lugar con los maletines atiborrados de plata y sin dejar pistas. La prensa no supo cómo interpretar lo que había sucedido y se urdieron varias hipótesis, todas ellas fuera de lugar y muy lejos de la realidad. Se habló de un intento de secuestro común, de una extorsión por parte de la guerrilla, de un chantaje en grupo que había terminado finalmente en una balacera. Ningún periodista ni columnista dio en el blanco. Yo, a esas alturas, no tenía cómo enterarme de los detalles de la masacre.

Lo peor de esta historia, Sebastián, es que en las semanas siguientes empecé a reconocer en atentados suicidas, así como en crímenes de políticos y hombres de poder, los rostros de los doce concursantes. Eso significa que La Organización los reclutó en realidad porque los necesitaba para trabajos extremos, y porque su perfil se ajustaba para que condujeran carros bomba, o para que dispararan en contra de un ministro o de un jefe político, y para que después murieran baleados en el operativo por guardaespaldas y aparatos de seguridad. Uno a uno, en una ciudad o en otra, fui reconociéndolos en notas de prensa, en noticieros de televisión o en carátulas de revistas.

El caso más sobresaliente fue el de Enrique Salamanca, el viejo anarquista que vivía en Teusaquillo. Le encomendaron que pusiera una bomba en un centro comercial de Cúcuta y él no tuvo ningún reparo en cumplir la orden. Pero una cámara

de seguridad lo grabó en el momento en el que parqueó el carro con la bomba, justo unos minutos antes de la explosión. Los detectives del DAS dieron con él y lo aprehendieron. El alzhéimer lo tenía deshecho y con el paso de los meses, detenido en un calabozo, olvidó por completo quién lo había contratado, con qué propósito había realizado el atentado y cómo lo había hecho. Cuando lo llevaron a juicio era un anciano delgado y barbado que miraba las paredes o el techo del lugar sin entender por qué estaba en esa sala ni cuál era la gravedad de sus actos. El abogado logró comprobar que el viejo estaba muy enfermo y que carecía por completo de lucidez y de memoria. Lo recluyeron en una clínica psiquiátrica y los medios de comunicación se olvidaron de él por completo.

De la noche a la mañana, y sin avisarme, Bárbara desapareció. Habíamos hablado por teléfono un par de veces desde la noche de nuestra separación, pero de repente, después de la matanza a los organizadores y apostadores de ruleta rusa, ella no volvió a contestar el teléfono. Una noche decidí ir hasta su casa y dejarle una nota por debajo de la puerta. Me encontré con Pedro, que estaba sacando del lugar algunos electrodomésticos en una camioneta. Fue escueto pero directo, como siempre, sin rodeos ni mediaciones:

—Nos tocó sacarla del país. No volverá en mucho tiempo.

—No me dijo nada —balbuceé yo en ese tono quejumbroso que tanto me disgustaba asumir, pero que no podía evitar.

—No tenía por qué, hermanito. Las cuestiones de seguridad son secretas.

Una tristeza honda me deprimió súbitamente. No me importó proteger mi imagen ante Pedro, por lo que descubrí ante él toda mi desilusión y todo mi desamparo:

—Pensé que merecía un adiós. Seguíamos siendo amigos. No tenía por qué desaparecer de esa manera.

Pedro dejó de subir aparatos a la camioneta, se acercó a mí con su característica sonrisa de superioridad y, por primera y última vez, me puso una mano en el hombro:

—Mire, hermanito, no se coma más el coco. La explicación es sencilla: Bárbara era la persona que teníamos infiltrada en el juego de ruleta rusa. Salió con varios de esos tipos y fue su amante para poder conocer todo lo relacionado con su vida privada. Ella ponía las balas en los revólveres de los concursantes y fue la que organizó el reclutamiento de esta gente y la masacre de los otros hijueputas. Después de este trabajito teníamos que mandarla afuera y ella lo sabía. Al menos por un par de años no regresará al país. Siga su vida y fresco, relájese. Olvídese del asunto, hermanito. No sea melodramático. Mujeres hay por montones.

Y siguió haciendo el trasteo. Por entre la nebulosa de mi memoria, trastornada por tantos acontecimientos bruscos, recordé que en las fotos que había publicado el periódico *El Tiempo*, deformado por los balazos y en un rincón sanguinolento, había un cuerpo que se parecía en efecto al del español con el que salía Bárbara, el hombre del columpio sadomasoquista y la doble penetración. No pude saber con precisión qué era lo que había sentido y pensado Bárbara a lo largo de esos meses junto a mí,

pero de algo estaba seguro: yo era el lado limpio de su vida, lo que ella debía sentir como puro e incontaminado. Y las preguntas que tenía que hacerme eran aterradoras: en el caso del español, por ejemplo, ¿disfrutaba Bárbara de esas sesiones de sexo intenso porque sabía que más adelante lo iba a matar, o sí le gustaban esos juegos en los cuales era sometida, golpeada y dominada porque en el fondo necesitaba castigar su altivez y su ego sobredimensionado? ¿Se acostaba también con los concursantes y la excitaba la situación de gozar con los futuros asesinos y gozar con las futuras víctimas? Cuando me dijo que se acostaba con mujeres, ¿se estaba refiriendo a las dos concursantes femeninas, Carmenza Suárez y María Espinosa? ¿Le gustaba a Bárbara ese ir y venir entre la vida y la muerte, afirmar la vida con seres que estaban prontos a morir? Y yo, el mensajero que convocaba a los futuros asesinos, ¿qué papel cumplía para ella en el entramado de sus inclinaciones perversas? ¿Cuál era el placer secreto que sentía acostándose con el sobrino de su Maestro, el profesor pudoroso y decente que hasta entonces había considerado la violencia como una conducta indebida y censurable? No lo sé, Sebastián, pero lo único seguro es que el deseo de Bárbara y su concepción del placer eran para mí un misterio, una maraña confusa donde era imposible determinar sus móviles y sus objetivos.

Me despedí de Pedro y me fui para mi casa. Él, con esa intuición afilada que le habían dado los años de calle y de enfrentar con regularidad situaciones límite, seguramente supo que no me volvería a ver. Esa noche dormí dos o tres horas y las ganas de tener a Bárbara junto a mí me angustiaron, me hicieron entrar en una ansiedad vigilante que me impedía descansar y recuperar fuerzas. A la madrugada me di cuenta de que mi vida iba de mal en peor, que me estaba deslizando por un tobogán negro y sórdido, y que si no tomaba una decisión urgente y radical, iba a terminar como Pedro, hundido hasta el cuello en atentados, asesinatos y extorsiones criminales. Ya era cómplice de una masacre y mis manos estaban manchadas de sangre. Lo único que me tranquilizaba es que era una sangre vil y repugnante. Pero no podía continuar por el mismo camino. Eso, al menos, sí lo tenía claro.

Al día siguiente renuncié a mi trabajo en la fundación, llamé a un antiguo amigo de la universidad y le propuse que se quedara con mi apartamento a cambio de un arriendo irrisorio y el pago de la administración y los servicios, y revisé mis ahorros a ver con cuánto podía contar para tomarme unas largas vacaciones por fuera del país. También pasé por un concesionario y vendí mi escarabajo por unos cuantos pesos que me servían para el viaje. Cerrando la tarde me acerqué a la clínica psiquiátrica donde está internado Enrique Salamanca, el antiguo anarquista convertido en gatillero, bombardero y ahora enfermo de alzhéimer. Cuando lo tuve frente a mí, en un patio lleno de llores por donde deambulaban otros pacientes con sus familiares y algunas enfermeras que repartían con una lista en la mano dosis de calmantes y antidepresivos, le dije en voz baja al viejo, que desde una silla de ruedas me miraba atravesándome con sus ojos neutros y distantes:

—Enrique, ¿se acuerda de mí? Yo lo recluté, yo lo visité en su casa de

Teusaquillo y lo llevé a la cita donde se planeó el asesinato de esos tipos. Haga un esfuerzo, recuerde...

El anciano sonrió y dejó exhalar un suspiro.

—¿Sí se acuerda? Necesito una información. Quiero que me diga si la mujer que ponía las balas en los revólveres, la morena de pelo largo, participó en la matanza, si disparó también contra los apostadores esa noche. Por favor, haga memoria...

Enrique Salamanca cambió de semblante, dejó de sonreír y me agarró de la mano con una fuerza difícil de sospechar en un cuerpo ajado y encorvado. Me dijo en un susurro que era una súplica:

—Máteme, por favor, máteme.

Le sostuve la mano entre las mías.

—¿Sí la recuerda? ¿Ella disparó también?

El viejo movió la cabeza de arriba abajo y no supe si se trataba de una afirmación o si era un movimiento reflejo para relajar los músculos del cuello.

—¿Disparó? ¿Dirigió ella la matanza?

Enrique dejó caer la cabeza del todo, como si litera un muñeco de trapo al que acabaran de colgar en una pared, y una enfermera se acercó con un puñado de pastillas.

—Ya no resiste más. A esta hora siempre se queda dormido. No se da cuenta de nada.

Lo hizo tragarse los medicamentos y agarró la silla de ruedas con determinación.

—Discúlpeme, pero tengo que llevarlo a la habitación. Es mejor que lo visite otro día.

—Sí, claro, volveré después.

Y viendo cómo se lo llevaban por entre los corredores atiborrados de flores multicolores, me dije que en ese final que el viejo tanto temía estaba el castigo a quién sabe qué acciones temerarias y violentas que había cumplido a lo largo de su vida.

Y aquí estoy, mi viejo amigo, listo ya para emprender el viaje. Compré un tiquete inicialmente para Tánger. Después no sé qué pase. Según mis cálculos, tengo dinero para sobrevivir sin trabajar unos seis meses. Necesito rehacer mi vida y empezar de nuevo. No será fácil, pero creo que valdrá la pena dejar atrás la imagen de Bárbara y toda esta locura de La Organización y de Proyecto Apocalipsis. Si tienes un domicilio fijo, avísame para ir a visitarte. Tal vez si nos tomamos una cerveza juntos en un restaurante de Bombay o de Calcuta, logre resucitar de este infierno en el que espero no volver a caer nunca más.

Con el cariño intacto de siempre,

Vicente

Ah, Vicente, Vicente, ¿dónde estarás en este momento? ¿En qué lugar del mundo andarás con tu maleta al hombro, tú, el hombre sedentario y rutinario que despreciaba a los viajeros anodinos como yo?

Acabo de leer tu extensa carta, maestro, porque desde hace meses no había podido tener acceso a un computador y revisar mi correo. Ya notarás por qué. Antes de empezar a contarte la infinidad de avatares por los que he tenido que pasar, debo confesarte que mientras te leía tuve la curiosa impresión de saber quién es Bárbara, de haberla conocido antes, como si tus descripciones me condujeran no a una persona en particular, sino a una fuerza de la naturaleza, a una forma de ser que muchas veces atraviesa a varios seres de diferentes géneros y en distintas épocas. He conocido por lo menos a dos mujeres que coinciden con la descripción que haces, exactas, y ambas terminaron mal: una muerta y la otra en una clínica psiquiátrica. Creo que lo mejor que te pudo pasar fue que ella desapareciera de tu vida, que se fuera, porque esas mujeres ejercen una atracción tan irracional, maestro, tan potente, que es imposible alejarse de ellas sin ayuda. Y cuando te digo sin ayuda, me refiero a ayuda profesional, médica. Uno se convierte en adicto, en un yonqui que necesita su dosis para sobrevivir. En fin, lo mejor es que estés viajando, porque viajar es una manera de morir. Se nace cuando se llega al nuevo lugar y se muere cuando lo dejas, cuando partes. El viajero aprende a ser muchos de tanto nacer y renacer en los distintos sitios por los que atraviesa.

Bueno, ahora sí concentrémonos en mi historia, que, como la tuya, es cada vez más extraña y salida de lo común. En la última carta te conté mi salida de Kinshasa con un nombre falso y con un pasaporte de nacionalidad costarricense. Te dije que había llegado a Nueva Delhi sin problemas y que luego había hecho conexión hasta Bombay. Y ahí, desde un viejo computador que había en una salita escondida detrás de la recepción, te mandé el mensaje que venía escribiéndote desde hacía semanas. Pues imagínate que me acosté a dormir y no alcancé a descansar cuatro horas cuando la puerta de mi habitación en el hotel se abrió intempestivamente y tres policías ingresaron armados, me pusieron contra la pared, me esposaron y me bajaron a las malas hasta un carro celular que nos estaba esperando en la calle. El recepcionista alegaba y gritaba en un dialecto que yo no entendía. Supongo que estaba cobrando lo suyo y que se quejaba porque yo no había pagado el hospedaje ni la comida que había pedido a mi habitación. A esa hora, cerca de la medianoche, todavía había varias motocicletas reformadas para servir de taxis y cientos de *rickshaws* desplazándose por las calles aledañas a la playa de Chowpatty. El carro celular pasó al lado de una zona de casetas comerciales que daban la impresión de un mercado público y finalmente se internó por una callejuela vacía que nos dejó en la puerta principal de

una cárcel antigua, construida en piedra seguramente durante la dominación británica. Pregunté cuál era la razón por la que me habían detenido y ninguno de los policías me contestó una sola palabra. Me condujeron a un calabozo con un banco de cemento pegado a una de las paredes y un inodoro en un rincón, me tiraron una manta para protegerme del frío y cerraron la puerta sin decir nada ni darme ninguna explicación. No pude sino recostarme e intentar descansar, después de que la realidad que yo venía viviendo desde Kinshasa parecía un juego de bifurcaciones anormales, difíciles de predecir y de procesar.

Para no cansarte con rodeos que no vienen al caso, te diré que durante dos días pensé que, por supuesto, me habían detenido por mis contactos con Mnubungu y su organización demencial. Quizás la Interpol estaba vigilándome desde mi llegada a Madrid y lo que querían era saber si tenía algún enlace esperándome en Bombay. Si eso era así, estaba enterrado, maestro, porque una demanda por participación activa en grupos terroristas es prácticamente una cadena perpetua. Al segundo día me sacaron de la celda y me condujeron a una sala de interrogatorios. Me sorprendía la cordialidad con la que me trataban. No me empujaban ni me gritaban. El encargado de mi caso me preguntó en inglés si hablaba bien este idioma o si prefería un traductor al español. Le dije que entendía bien en inglés y que podía sostener una conversación sin problemas. Me explicó que estaba preso porque habían comprobado desde un comienzo en Delhi que mi pasaporte era falso, pero que me habían dejado pasar creyendo que quizás formaba parte de una banda de contrabandistas de patrimonio cultural que venían siguiendo en los meses anteriores, todos ellos con pasaportes centroamericanos. Pero que cuando se dieron cuenta de que nadie estaba esperándome en el aeropuerto y que me había hospedado en un hotel para viajeros, decidieron capturarme e interrogarme. El policía me advirtió que entrar a la India con documentos falsos era un delito grave y que lo mejor era decir la verdad y contratar un abogado para que llevara mi caso. Pero decir la verdad, como te podrás imaginar, maestro, empeoraría aún más las cosas.

Así, lo único que se me ocurrió en ese instante fue montar una farsa y presentarme no como un delincuente o como un ingenuo al que habían timado por entrometido, por meter la nariz donde no me importaba, sino como una víctima, un perseguido que se había visto abocado a falsificar papeles para salvar la vida. Sé que es una bajeza lo que te voy a contar, maestro, pero no lo hice para ganar dinero ni para buscar una nacionalidad distinta, como hacen tantos colombianos en el extranjero, sino para salvar la libertad y el propio pellejo. Dije que era un perseguido político en mi país, que había salido de Colombia por amenazas de muerte y que como tenía tanto miedo de que me asesinaran si llegaban a descubrir mi verdadera identidad, me había visto en la obligación de conseguir un pasaporte falso. Aseguré que los grupos paraestatales de mi país eran muy poderosos, que tenían contactos en el mundo entero, y que quizás debido a la paranoia de la fuga yo estaba empezando a ver enemigos en todas partes. Dije este sartal de mentiras mirando el piso, fingiendo

tristeza y preocupación, y para cerrar el *show* parodié una frase de los extraditables y de Pablo Escobar:

—Prefiero una cárcel en la India antes que una tumba en Colombia.

Qué horror. Me da pena contarte este episodio tan puerco y ruin. Sin embargo, el montaje surtió efecto y el tipo, un tanto conmovido, me dijo:

—Creo que su caso es especial. Lo consultaré con los encargados de derechos humanos y con su propia embajada.

Le di las gracias y me condujeron a otra sección de la cárcel, donde estaban recluidos algunos latinoamericanos. No te haré la lista de sujetos aventureros y sinvergüenzas en su mayoría que estaban purgando penas menores en esa crujía, pero lo que sí te puedo decir es que me encantó hablar en español, reírme, burlarme de los demás, y sobre todo darme cuenta de que ese grupo era uno de los más respetados por su violencia y su agresividad. Los cabrones estaban siempre listos para romperse la cara con el que fuera, para chuzarlo (varios de ellos tenían navajas y destornilladores escondidos) o para levantarlo a patadas en el patio central o en las duchas. Andaban siempre en grupo, custodiándose unos a otros, y desde el primer momento sostuve la mentira del perseguido político que había tenido que salir de su país para impedir que lo secuestraran o le pegaran un tiro por la espalda. Una bajeza, lo sé, pero qué quieres; donde se enteraran de que era un universitario que llevaba años viajando para huir de sí mismo, me habría convertido enseguida en carne para los leones.

Lo que más me sorprendió de esa reclusión en Bombay fue que la acepté de manera natural, sin descomponerme interiormente, sin alegar, sin considerarlo una injusticia. Lo tomé como una acción que venía a corregir un error anterior: por mi incompetencia, una muchacha joven había muerto y yo no había recibido ningún castigo por ello. Ahora, muchos años después, el tiempo había pasado su factura y yo tenía que responder. La cárcel era el lugar que me correspondía, mi auténtico destino. Así que me incorporé a la vida carcelaria con una naturalidad que no dejó de asombrar a mis demás compañeros latinoamericanos con los que compartía la crujía y la rutina en el dormitorio, los baños, el comedor y el patio central.

En Bombay, como supongo que pasará en el resto de la India, las cárceles están organizadas a partir de dos claves: la lengua que hablas y la religión que practicas. Por lo tanto, cuando sales al patio, ves a los distintos grupos formando corrillos en los que distingues el maratí, que se habla especialmente en el estado de Maharashtra; el gujaratí, una lengua procedente del estado de Gujarat; el urdu, que es la lengua preponderante entre los musulmanes; el hindi, que se habla principalmente en el norte de la India, y después, en pequeños círculos de prisioneros que vienen de los estados del sur, reconoces el tamil y el telugu, cuya sonoridad es muy distinta, gutural, como palabras que vinieran desde el estómago y atravesaran la garganta con cierta dificultad. Y, en un porcentaje mucho menor, a veces oyes hablar en inglés, que de todos modos es una lengua que se practica con regularidad en los círculos educados de la India. Y en un rincón, conformando una pandilla pequeña pero muy respetada

por su arrojo y peligrosidad, estamos nosotros, los que hablamos español con nuestros inconfundibles acentos americanos. Los únicos dos españoles que están con nosotros hablan entre ellos porque les cuesta trabajo socializar con estos nicaragüenses, dominicanos o venezolanos, que en su gran mayoría provienen de estratos bajos y que por eso mismo se lanzaron al tráfico de drogas internacional como única forma de ganar algo de fortuna.

Sólo hay otro colombiano conmigo: Richard Helbert Newall, un sanandresano de veintidós años y cien kilos de peso, de piel oscura, ojos verdes y pelo rojo (descendiente de piratas que se mezclaban con mulatas africanas), que intentó traficar cocaína en su isla caribeña, en Providencia, y que terminó capturado cuando vendía ese primer kilo que era para él toda una promesa. Es un joven magnífico, sonriente, siempre dispuesto a echarle una mano, a colaborar en lo que sea necesario, y que detrás de un espíritu infantil y transparente esconde una fiera dispuesta a lo que sea. Richard logró viajar después a Londres, y de allí un pequeño cartel de colombianos lo envió a Bombay para que sirviera de enlace entre los traficantes asiáticos y los consumidores ingleses. En un operativo realizado en uno de los suburbios de Bombay, Richard cayó con su contador y con una empleada que cocinaba y cumplía con las labores de aseo.

—Estoy salado, mi hermano, alguien en la isla me rezó y desde entonces no agarro una —solía quejarse él mientras deambulábamos por los corredores de la prisión.

La otra clave de la cárcel es la religión. El grupo mayoritario lo constituyen los practicantes del hinduismo, luego ves a los musulmanes (ahora te diré algo sobre ese grupo en particular), y luego ves a las pequeñas agrupaciones de budistas, cristianos (entre los que estamos nosotros, los latinoamericanos), jainitas, judíos, parsis y sijs, que son inconfundibles por sus turbantes impecables y sus barbas bien pobladas. Así que cada quien busca a su gente según la lengua que habla y la religión que practica, y de este modo el patio de la cárcel se convierte en un hervidero de palabras que van y vienen, formando una algarabía con distintas sonoridades, y una serie de rezos, reverencias y abluciones que nos indican que todos nosotros, los mortales, estamos atravesados por la sospecha de que por encima de nuestra vida pasajera hay algo más, un plano trascendente que no está regido por las leyes severas e implacables del tiempo.

Te decía que entre los musulmanes pasa algo especial, y es que, si recuerdas bien, en Bombay hubo unos atentados el 11 de julio de 2006. Pusieron siete bombas en el ferrocarril suburbano, en las horas de mayor congestión. Una octava bomba la desactivaron en la estación de Borivali. Murieron 182 personas y hubo más de 800 heridos. Como había muchas similitudes con los atentados de Madrid del 11 de marzo de 2004 y de Londres del 7 de julio de 2005, la policía investigó a la gran mayoría de militantes extremistas musulmanes y llegó a la conclusión de que se trataba del grupo pakistaní Lashkar-e-Toiba. Sin embargo, el que se atribuyó los atentados fue otro

grupo: Lashkar-e-Qahhar. La policía de Bombay se lanzó sobre ellos y logró capturar a seis sospechosos que estaban con nosotros en la cárcel y que integraban una tribu aparte, sólida, monolítica, que oraba junta, comía junta, iba al baño junta y dormía junta. No se separaban nunca y se rumoraba que tenían miedo de que esbirros al servicio de las autoridades indias los asesinaran. Los otros musulmanes oraban aparte y procuraban no mezclarse con éstos, cuyas miradas furiosas y aspecto severo daban la impresión de un rencor acumulado a lo largo de un proceso de fortalecimiento de razones extremas.

Mi único amigo real era Richard, el pequeño traficante sanandresano que había fallado en su proyecto de convertirse en un capo de gran envergadura. Pasábamos el tiempo juntos tomando sol en el patio o jugando cartas en la crujía, y también solíamos deambular por los corredores en busca de los otros grupos de extranjeros, con quienes hablábamos en inglés. Como nuestras relaciones con el resto de latinoamericanos eran excelentes, una mañana decidí quien lugar de perder los días y las semanas sin hacer nada, debíamos aprovechar el tiempo en beneficio propio, y entonces establecimos un horario para enseñarles inglés a los centro y suramericanos de nuestro grupo. Era para morirse de la risa ver a los venezolanos o a los mexicanos intentando pronunciar palabras en inglés que repetían y repetían sin dar nunca con la pronunciación correcta. Y cuando más o menos lo lograban, su acento se interponía; entonces hablaban inglés como si estuvieran comprando medias en Caracas o preguntando por unas enchiladas en Tepito, uno de los barrios más marginales de Ciudad de México. Por consiguiente, las clases se convertían en una juega donde todos terminábamos imitándonos los unos a los otros en medio de risas y bromas que nos divertían sobremanera. Mentiría si te dijera que esas semanas fueron de tristeza absoluta, de desesperación o de angustia. No, maestro; como te dije antes, me acoplé al ritmo de la cárcel como si lo conociera de antes, como si me fuera familiar, y esa actitud me dio entre mis demás compañeros latinoamericanos un cierto prestigio y una respetabilidad que en realidad no merecía.

Como nos permitían escribir y enviar correo, me dediqué a contarle a mi familia en Bogotá que estaba de maravilla, que la India era un país extraordinario, y cambiando y puliendo las mismas escenas que veía en la cárcel, me dediqué a dar un reporte de tradiciones y creencias como lo había hecho siempre a lo largo de mis otros viajes. Esa actitud hipócrita y socarrona me recordó que alguna vez, conversando con una colombiana que había estado presa en Estados Unidos por espionaje, me enteré de que en la cárcel donde la habían recluido se encontraban muchas mujeres de clase alta, educadas, que tenían convencidas a sus familias en Caracas, en Buenos Aires o en Bogotá de que estaban haciendo una maestría o un doctorado en una universidad norteamericana de prestigio, cuando la verdad es que se la pasaban fregando pisos, trabajando en los talleres y cumpliendo con las rutinas implacables de la cárcel.

También recordé que una de las novias que yo había tenido en la facultad,

Natalia, un día nos anunció a todos en clase que se iba para España, que una universidad la había aceptado y que sus padres habían decidido apoyarla. Obviamente terminó la relación conmigo y se concentró en los preparativos del viaje, que no eran pocos. Estaba dichosa, radiante, y cada día que pasaba era para ella un paso más hacia ese sueño tantos años acariciado de estudiar por fuera del país. Sus compañeros recogimos una pequeña cuota entre todos y le dijimos que la invirtiera en libros, discos y museos. Al fin Natalia se despidió en una fiesta en la que bailamos y conversamos hasta la madrugada, y sus padres la llevaron al aeropuerto en las horas de la tarde. Hasta aquí la parte clara de la historia. La verdad es que al llegar a Madrid las autoridades españolas desconfiaron de ella, la interrogaron durante veinticuatro horas seguidas y decidieron negarle la entrada y regresarla a su país deportada en el primer vuelo. El choque fue brutal para Natalia, que se había hecho la imagen de la niña de clase media que sale a conquistar el mundo, cuando la verdad es que ni siquiera había podido cruzar los cordones de seguridad del aeropuerto de Barajas. No pudo aceptar la realidad, la rechazó de plano, y cuando llegó de nuevo a Bogotá arrendó una habitación en una casa en el sur de la ciudad, en un barrio humilde donde no hubiera ninguna posibilidad de encontrarse con familiares o con nosotros, sus compañeros de universidad, y por internet se dedicó a estudiar las calles madrileñas, las exposiciones de temporada, los lanzamientos de libros de escritores reconocidos y los ciclos de conferencias sobre temas culturales. Y entonces nos escribía a todos sobre su maravillosa vida en Madrid, sobre la crudeza de las estaciones, sobre los problemas que tenía con sus compañeras de apartamento. Y así vivió agazapada y escondida en un barrio obrero de Bogotá un año entero, fingiendo que estaba en otra parte y que era muy feliz. Yo la descubrí por casualidad, una noche que estaba deambulando por ahí, con la cabeza atormentada por la historia de la joven que había muerto atragantada, y cuando la vi subir la ladera de una montaña me fui detrás de ella sin que lo notara. La espí durante semanas y nunca la delaté ante los otros compañeros. La verdad es que en lugar de criticarla y de enfurecerme por el engaño, empecé a admirarla, a sorprenderme ante su capacidad de invención y de astucia. Al término de un año dijo que estaba muy enferma, que el seguro médico que tenía como estudiante no cubría ciertos exámenes y que se veía en la obligación de regresar. Así lo hizo. En efecto, tenía una infección grave en los ovarios y estuvo hospitalizada durante varias semanas. Seguramente había enfermado de pura depresión y porque en forma inconsciente estaba buscando un pretexto sólido que le permitiera regresar y poder compartir con los suyos de nuevo.

Pues te cuento que yo hice lo mismo, Vicente. Mi familia estuvo convencida de que me vinculé a una empresa en el sur de la India y que me la pasé de maravilla conociendo aquí y allá los antiguos templos, las viejas construcciones religiosas y asistiendo a las innumerables peregrinaciones que cruzan la India de un lado a otro. Cuando la verdad es que, al menos durante esos primeros meses, no me moví de la cárcel de Bombay y lo único que vi fue la fila de camas en la crujía donde dormía, el

patio, las duchas y el comedor, donde esa comida sazónada con especias y hierbas desconocidas para nosotros, los occidentales, me hizo pedazos el estómago y me condujo a una diarrea permanente que me hizo bajar diez kilos de peso en el primer mes. Eso fui yo en aquel tiempo: un viajero inmóvil que tabuló desplazamientos inexistentes.

Así fueron pasando los días y las semanas, hasta que una tarde estalló un enfrentamiento entre la guardia de la cárcel y uno de los budistas de la crujía cuatro. No sé muy bien cómo comenzó la gresca, pero lo cierto es que a los pocos minutos el patio se llenó de soldados bien armados y nos metieron en nuestras respectivas crujías a punta de bolillazos, empujones y patadas. Los soldados se pasaron de la raya y uno de los budistas, que según me enteré después era un monje ordenado en el Tíbet, murió horas más tarde en el hospital como producto de unas hemorragias internas. A partir de ese día los treinta y dos budistas que había en la cárcel entraron en huelga de hambre y se sentaron en el patio en posición de meditación, con las piernas cruzadas hacia delante, y se quedaron así, inmóviles, aguantando la resolana pese a tener la cabeza rapada. Exigían que el director de la cárcel se hiciera presente, que se responsabilizara por lo sucedido, que demandara penalmente al soldado asesino y que les permitiera llevar a cabo sus rituales funerarios sin ningún tipo de restricción.

Las primeras cuarenta y ocho horas fueron tremendas. Los practicantes de la crujía cuatro sólo bebían agua tres veces al día y volvían a sentarse sin inmutarse. En las horas de la noche no se movieron y los guardias, seguramente recibiendo órdenes de la dirección, no se metieron con ellos y los dejaron en paz. Al segundo día, el primero de ellos se desmayó en el centro del patio. A la segunda noche perdieron el conocimiento otros dos y en el transcurso del segundo día, en las horas de la tarde, tres de ellos empezaron a temblar con las piernas acalambradas y la espalda atravesada por espasmos que no les permitían ponerse en pie con normalidad. Toda la prisión estaba en suspenso, conmovida por semejante demostración de coraje, y no me cabe la menor duda de que si la guardia hubiera alentado contra alguno de ellos, el resto de prisioneros nos habríamos hecho matar. Quizás por eso mismo, porque lo intuían, se quedaron quietos y urdieron un plan lento pero efectivo: dejar que el sol del día, el agotamiento físico, el hambre, el frío nocturno y la fatiga mental terminaran por debilitarlos y vencerlos. Pero los días iban pasando, muchos de ellos caían, en efecto, y los llevaban enseguida a la enfermería, pero había otros que continuaban aguantando y que, de manera inverosímil, seguían con las piernas cruzadas y la mirada perdida en el vacío. Varias organizaciones de derechos humanos comenzaron a denunciar lo que estaba pasando, marcharon con grandes pancartas frente a la prisión, e incluso se pusieron en contacto con directores de cine que empezaron a presionar para que los dejaran entrar con cámaras a preparar un documental.

No sé si sabes, Vicente, que en Bombay hay una de las industrias cinematográficas más importantes del mundo y que a cada rato te tropiezas en la calle

con camarógrafos y actores que están preparando una escena de grabación. Le dicen Bollywood, y varios videos musicales, cortos y largometrajes de gran calidad se hacen en esta ciudad, pionera en la industria cinematográfica de toda Asia. Pues imagínate entonces a varios de estos directores y documentalistas presionando y moviendo influencias para que los dejaran entrar a filmar la huelga de hambre de estos reos budistas que se habían declarado en desobediencia civil hasta que se hiciera justicia por la muerte de su compañero.

Al quinto día, la atmósfera de la cárcel era pesada y se olía en el ambiente la inminencia de una revuelta. En forma extraña y única, todas las religiones y todas las lenguas empezamos a sintonizarnos en la misma frecuencia: la rabia y la impotencia. Quedaban sólo siete hombres en posición de meditación en el patio. El resto estaba en la enfermería. Y entonces sucedió algo incomprensible: los musulmanes, los cristianos, los hindúes, los sijs, los judíos, todos comenzamos a sentarnos durante el día alrededor de ellos para acompañarlos en su protesta. Fue una manifestación de solidaridad que se dio de manera natural, sin que la planeáramos, y cuando menos pensamos ya estábamos todos allí sentados en silencio y mirando hacia el frente. Se sentía el silbido del viento recorriendo los corredores de la cárcel y el murmullo de la ciudad allá lejos, donde los hombres libres caminaban por la calle, conducían su carro, se enamoraban, comían o iban a cine. En cambio aquí, en la cárcel de Bombay, todos estábamos sentados en el patio en silencio, aunando nuestras fuerzas para conformar una energía común que venciera la arrogancia y la injusticia de los que detentan el poder.

Al décimo día, sólo un hombre quedó en el patio en las horas de la noche. Un monje delgado con la piel apergaminada que estaba ya en trance, ido, y que parecía hecho de yeso o de cemento. Los ojos siempre al frente, las piernas cruzadas, la espalda bien erguida y las manos rozando el vientre. Casi no respiraba, y el único signo de vida que había en él era un ligero y ocasional parpadeo. Te juro, Vicente, que jamás había visto semejante demostración de coraje, templanza y fuerza de voluntad. Admiré a ese tipo hasta el punto de empezar a planear una revuelta que se iniciara en nuestra crujía, se extendiera luego a la de los europeos y continuara después vinculando a las otras, donde se hallaba la mayoría de los asiáticos. Todos estábamos de acuerdo en que no podíamos permitir que ese último hombre fuera vencido. Y si de nosotros dependía ese triunfo, había llegado el momento entonces de actuar y de irnos en contra de los guardias. Pero justo cuando estábamos ultimando detalles para atacar ese mismo día (el día doce de la protesta) a la hora del almuerzo, vimos al director de la cárcel cruzar el patio, pararse frente al monje y decirle algo que ninguno de los latinoamericanos entendió. Le pedí a un inglés que hablaba hindi que por favor me tradujera lo que el funcionario estaba exponiendo. El tipo me dijo en inglés y en voz baja:

—Le asegura al monje que el culpable será llevado ajuicio, que se cumplirán los ritos funerarios establecidos y que, por favor, él y sus seguidores regresen a su crujía

en paz.

Y entonces ese hombre, que había estado doce días inmóvil y a la intemperie, se puso de pie con un gran esfuerzo, miró al director a los ojos y, temblando, hizo una reverencia en señal de gratitud. Vi que el funcionario, con el rostro demudado, se desarmaba por dentro y, con respeto, se dio la vuelta y salió del patio. Los demás prisioneros nos quedamos en silencio, emocionados por la lección de dignidad que ese hombre nos acababa de dar. Él, con paso torpe y la mirada aún extraviada en una zona desconocida para nosotros, se fue acercando a los distintos grupos de las crujías e hizo una reverencia en señal de agradecimiento por nuestra solidaridad. Cuando llegó frente a nosotros, los latinoamericanos, la reverencia de ese monje budista me hizo añicos y no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas. Cuando miré de reojo a mis compañeros y al resto de prisioneros de otras crujías, me di cuenta de que no era el único que estaba llorando. Luego el monje se retiró a su crujía, bebió algo de agua, medio tazón de sopa y se recostó a dormir. Como te acabo de decir, maestro, ha sido la demostración más impresionante de valentía y de dignidad que he visto y que creo que veré.

Por esa época me enfermé y una fiebre implacable me tiró a la cama con cuarenta grados de fiebre. Tenía las amígdalas inflamadas, la garganta reseca y maltratada, y para empeorar las cosas la alimentación me había descompuesto el estómago, por lo que había bajado varios kilos de peso. En las horas de la noche alucinaba, y recuerdo que una imagen iba y venía de manera reiterativa y constante: la joven que había muerto a causa de mi ineptitud se me aparecía y me decía con una mirada encendida y furibunda:

—Lo hiciste a propósito, yo lo sé. Querías saber qué se sentía asesinar. Y lo probaste conmigo. Ahora dime, ¿estás satisfecho? ¿Te gustó matar? ¿Tienes ganas de repetir? ¿Por eso querías armar una revuelta en la cárcel, para volver a sentir ese placer?

Me levantaba ahogado, sudando a chorros y diciendo que no, que no había sido a propósito, que yo no lo había planeado, que daría lo que fuera por devolverle la vida. Mis amigos se miraban entre ellos, procuraban calmarme y me frotaban la frente con alcohol para aplacar un poco los rigores de la fiebre.

Ese episodio me dio entre los demás prisioneros un cierto prestigio, pues todos comentaban que yo había asesinado a alguien y que el alma de esa víctima me visitaba en la cárcel y me perseguía exigiendo justicia.

Una noche, jugando cartas con Richard, le pregunté por sus antecedentes. Me dijo que sólo conocía a su madre, Melissa, una isleña que había estudiado recursos ambientales y que trabajaba para que los grandes consorcios hoteleros no destruyeran ese paraíso tropical que era el archipiélago de San Andrés y Providencia. Me contó también que no había conocido nunca a su padre y que una noche, después de varias botellas de ron y de unos cuantos porros, se había dirigido a la casa de su madre y le había dicho que si no lo sacaba de dudas y le decía quién era su padre, pensaba

matarse esa misma noche y dejar de atormentarse por ese pasado vergonzante. Melissa se dio cuenta de que su hijo le decía la verdad y que estaba dispuesto a todo. Hurgó entre un viejo baúl, extrajo una pequeña tarjeta y se la tendió a Richard.

—Esto es lo único que tengo de tu padre. No sé si está vivo o muerto.

La tarjeta decía Roger Fergusson Smith, Spiritual Health, y abajo había una dirección y las palabras Kingston, Jamaica. Melissa le contó a su hijo que sus padres la habían enviado a los dieciséis años a la casa de ese sanador espiritual porque ella sufría de insomnio y ningún remedio le había hecho efecto. El sanador se había aprovechado de su inocencia, y con trucos y baños especiales entre hierbas aromáticas, la había conducido poco a poco a la cama y la había dejado embarazada. Luego había regresado a Jamaica para eludir cualquier tipo de responsabilidad. Esa era su historia, me dijo Richard mientras continuábamos jugando cartas, y entonces añadió:

—Cuando me ofrecieron llevar un cargamento de cocaína en una pequeña lancha, dije que sí porque el destino de la droga era Kingston. Era la oportunidad para visitar la dirección de esa tarjeta y preguntar si mi padre aún vivía o dónde estaba su tumba. Pero me agarraron y no pude averiguar nada. Y ahora aquí me tienes, enterrado en este hueco, lejos de los míos. ¿Y sabes qué es lo que más me entristece? Que Bornbay es un puerto, que yo puedo oler la brisa marina incluso cuando estamos dentro de la crujía, y que sin embargo jamás vemos la playa, ni las olas, ni esa línea acuática que demarca el horizonte. Soy un isleño, *brother*, y no ver el mar es para mí el máximo castigo.

Al segundo mes de reclusión me llegó un sobre con estampillas colombianas. Yo había dado una dirección sin aclarar, obviamente, que se trataba de una cárcel, y le expliqué a mi familia que no podía llamar por teléfono ni escribirles por internet porque iba a estar en el campo, entre los pueblos, y que conseguir teléfonos con discado internacional y computadores conectados a la red en esas zonas apartadas era difícil. Así que me escribieran a esa dirección y que allí me guardarían la correspondencia. La posibilidad de que ellos averiguaran que esa calle y ese número correspondían a una cárcel en Bombay era muy remota, por no decir imposible. Y, en efecto, al segundo mes me llegó una carta con la letra inconfundible de mi madre. No sé por qué no me alegré al verla, como si intuyera que se trataba de una misiva negra, como si ya supiera que en esas dos hojas escritas a mano venían noticias terribles que habían sucedido allá, en las montañas de los Andes, donde estaba mi origen, mi más auténtica identidad. Por eso me fui para la crujía, me recosté en mi camastro metálico y empecé a leer mientras se me hacía un nudo en la garganta desde las primeras palabras.

Mi madre me contaba que después de mi partida mi padre se había puesto muy enfermo. Él y yo habíamos discutido en términos muy duros y violentos, y por tanto, después de mi viaje a España, le confesó a mi madre que él era el causante de ese

exilio, que yo me había ido lejos de la casa a aguantar necesidades por culpa de su intransigencia. A los pocos meses, seguía contándome mi madre, le habían diagnosticado un cáncer. Él no quiso alarmar a nadie y comenzó los tratamientos en silencio, sin comunicarle al resto de la familia sus verdaderas dolencias. Sólo mi madre sabía la verdad y él le había hecho prometer que no diría nada. Así estuvo varios años yendo y viniendo entre el hospital y la casa, entre radioterapias y quimioterapias que lo dejaban exhausto, sin cabello y sin ganas de comer. Hasta que en el último examen los médicos habían descubierto un nuevo brote cancerígeno en el pulmón derecho, y el viejo, ya sin ánimos para más tratamientos, se negó a recibir los medicamentos y las terapias indicadas. Ese cáncer se lo había devorado en seis meses y, entre discusiones y enfrentamientos con mi madre, le había exigido que mantuviera su promesa, que no nos dijera nada a ninguno de los hijos (todos estábamos ausentes, en otros países o en otras ciudades), y que su último deseo era que lo recordáramos como un hombre de buen ánimo y saludable. Mi madre, contra su voluntad, aceptó esa petición y guardó silencio. Pero ahora, me decía ella en su carta, mi padre acababa de morir y sólo quería decirme que el viejo siempre me había querido, que se sentía muy orgulloso de mí y que no me preocupara por ella, pues había vendido la casa y se había mudado a un apartamento en Medellín, muy cerca de donde vivía ahora mi hermana mayor.

Te podrás imaginar lo que sentí, maestro, cuando terminé de leer esa carta. Tú recuerdas a mi padre, supongo, un hombre bueno y comprensivo que siempre nos trató con esa deferencia y ese respeto que después nosotros imitábamos en nuestras relaciones con los demás. Un tipo magnífico. Y yo me había enfrentado a él porque no me encontraba en un buen momento, porque la estaba pasando fatal con el cuento de la adolescente muerta en la sección de urgencias y porque había llegado la hora de hacerme cargo de mi vida, con todas las culpas y los remordimientos que eso suponía. Y no hay nada que nos aleje más de los otros que la culpa. ¿Recuerdas *Crimen y castigo*? El primer efecto de la culpa en Raskolnikov, y el más demoledor, es que no se siente partícipe de una colectividad. La culpa señala una línea divisoria que nos deja del otro lado, que nos aísla en una forma brutal y despiadada. Mi padre creía que yo seguía siendo su hijo bienamado, cuando la verdad era que yo me había convertido en un transgresor de la peor calaña. Por eso tenía que irme bien lejos, y quería dejarle en claro que ya no éramos los buenos amigos que habíamos sido en el pasado. Pero claro, cuando recibí la carta de mi madre en la cárcel ya habían pasado los años, y con ojos mucho más adultos yo veía ahora ese alejamiento como una injusticia, como un acto cruel e injustificado que seguramente había herido a mi padre en sus afectos más íntimos.

Te cuento todo esto, Vicente, porque apenas leí que después de mi viaje a España mi padre se había enfermado, no pude evitar el sentirme culpable. La relación era evidente. En una carta posterior mi hermana me contó que su marido había ido a vender el apartamento de Santa Marta donde mis padres solían pasar las vacaciones

de fin de año, y que uno de los porteros le había contado a mi cuñado que mi padre, después de mi viaje fuera del país, se había encerrado a beber alcohol durante dos meses seguidos y que escasamente salía para comprar unos cuantos víveres y algún botellón de agua. Mi madre había tenido que ir hasta allá y rescatarlo de ese enclaustramiento tan destructivo. Decía mi hermana en esa carta que el portero había afirmado:

—Yo a veces subía con algún pretexto y le golpeaba en la puerta para estar seguro de que no se había muerto.

Eso vino a confirmar que mi padre, después de nuestro enfrentamiento y de mi posterior huida hacia España, se había sentido mal, impotente, alejado por primera vez de un hijo que siempre lo había querido y admirado, y que en esas largas noches de borracheras solitarias había activado sentimientos malsanos y destructivos que habían terminado por conducirlo a ese cáncer con el que tuvo que luchar durante varios años hasta perder la batalla. La ecuación no podía ser más fácil: pelea con Sebastián + lejanía, alcohol y remordimientos = cáncer. Como yo no había sido capaz de decir la verdad y de contar lo sucedido, mi viejo había armado su propia interpretación, y al final, como un buen padre que suele hacerse cargo de los errores de su hijo, creyó que él era el responsable de que yo no acabara la universidad y que terminara improvisando un viaje que no me llevaría a ninguna parte. En el fondo, palabras más, palabras menos, mi viejo se había enfermado y se había muerto por mi falta de carácter y de hombría. Esa certeza me terminó de hundir en la cárcel, y para ser sincero, maestro, me pareció bien seguir recluido y pagar por mis deudas, que no eran pocas ni menores.

Una mañana me tropecé en el corredor con el monje budista que había soportado casi dos semanas completas en huelga de hambre y en posición de meditación. Me saludó con una sonrisa y una reverencia, y me atreví con una gran cortesía a preguntarle si hablaba algo de inglés. Me dijo que sí, que entendía perfectamente esa lengua. Sin saber por qué, así, a bocajarro, le dije una frase que reflejaba mi amargura y todo el peso de mi remordimiento. Una frase del tipo:

—La vida no es más que un sufrimiento detrás de otro.

Para mi sorpresa, el monje se sonrió, me dio una palmada afectuosa en la espalda y me dijo en un inglés con acento del norte, tal vez de Nueva Delhi o de Benarés:

—Mi querido amigo, si usted sufre mucho es porque tiene un ego muy grande; si no, ¿dónde le cabe tanto sufrimiento?

Y siguió caminando muy erguido por el corredor, con el manto de su vestido rozando las baldosas del suelo. Me impactó mucho esa frase. Uno tiende a creer que el egocéntrico es alguien que vive jactándose de sí mismo, y pocas veces se le ocurre que al revés es lo mismo, que quien se considera una víctima y se queja y llora a toda hora es porque también padece de un exceso de ego, alguien que se otorga una importancia exagerada. La idea me iluminó: el problema no está en la adversidad de la vida, en las pruebas que continuamente tenemos que enfrentar y superar, sino en

que creemos que somos muy importantes, cuando la verdad es que el dolor forma parte del mero hecho de existir, está ahí, y a todos los representantes de todas las especies les toca una porción. Entonces, cuando me corresponde mi parte de sufrimiento, ¿por qué tengo que armar tanta alharaca?

La siguiente vez que me tropecé con él estábamos en las duchas y acabábamos de bañarnos con desinfectantes que la guardia nos suministró. Le dije con respeto, y midiendo muy bien cada palabra que pronunciaba:

—Pensé mucho en lo que me dijo el otro día. Tiene usted razón. El sufrimiento está ligado al ego. Es difícil darse cuenta.

El monje continuó poniéndose sus hábitos y me respondió con su sonrisa habitual, como si estuviera hablando con un niño y la situación le pareciera divertida:

—Si piensa mucho en usted, es porque continúa teniendo un ego muy grande.

En esta ocasión me dijo que tenía horario de meditación en la crujía y se despidió con su inclinación habitual. De nuevo la frase me golpeó y tuve que reconocer que era cierta. Pero esta vez intuí que detrás de esa forma de ser había una sabiduría especial, una manera desconcertante de concebir el mundo. Y me sentí profundamente atraído por ese hombre, por lo que decidí acercarme a su crujía y vigilarlo de vez en cuando. No encontré nada en particular, nada que me llamara la atención. Meditaba tres veces al día durante una hora exacta, comía con sus discípulos en el comedor, caminaba por el patio, conversaba. No había nada extraordinario en él. Sin embargo, apenas recordaba los días de la huelga de hambre, la quietud excesiva de su cuerpo, su mirada transportada a una dimensión invisible, la forma como mantenía su postura en medio de la lluvia o en medio de un calor que marcaba cuarenta grados a la sombra, tenía que reconocer que ese monje estaba por encima de todos nosotros, que él vivía en un registro diferente, propio, y que esa distancia que yo sentía era lo que me fascinaba de un modo irracional. En algún lado tenía que estar la clave de esa fortaleza salida de lo común.

A la salida de una de las sesiones de meditación me di cuenta de que había un inglés de unos cincuenta años que entraba a practicar a la crujía de los budistas. Me acerqué a él y entablamos una conversación que sació en parte mi curiosidad. Me contó que el monje se llamaba Rajiv y que lo había conocido años atrás en París.

Según él, a comienzos de los años ochenta Rajiv se matricula en la Escuela de Teatro de Nueva Delhi y su talento sorprende a la directora y a sus compañeros. De mediana estatura, cetrino, de ojos verdes, barbado y con el cabello largo, daba la impresión entonces de un hippie de los años setenta. Rajiv intenta por todos los medios morir y renacer en sus personajes convertido en otro individuo, en otro ser, pero no lo logra del todo. Con excelentes calificaciones en su carrera, renuncia sin embargo cuando le faltaba poco tiempo para graduarse. Sus padres no pueden comprender una decisión semejante. Él vive atrincherado en un cuarto junto al jardín interno de su casa, empapela las paredes de negro, tapa la escasa luz que entra por una ventana estrecha, se prepara para su primera muerte. Con un cuchillo de cacería

se corta las venas a la altura del codo y lo encuentran en el baño ya sin sentido. Ese día termina su primera vida.

Viaja a Bruselas y después a París. Se dedica a leer autores occidentales que le interesan por aquel entonces: Camus, Sartre, Hesse. Trabaja cargando cajas y bultos en una perfumería, limpia casas, consigue como puede el dinero que le garantice una supervivencia básica. Es un asiático más que rehuye a las autoridades para que no lo deporten. Un día ve pasar por la calle a un grupo de monjes zen: rapados, vestidos de negro, como si caminaran en una dimensión propia. Ya había leído textos acerca de esta disciplina pero su conocimiento era básico y nunca había practicado. Cuando vivía en la India no se había sentido atraído por esta religión, ni por ninguna otra. Busca entonces la Asociación Zen Internacional con sede en París, fundada por el conocido maestro Taisen Deshimaru; lee tanto los textos clásicos como los contemporáneos, empieza a asistir a las reuniones y a sentarse en posición de meditación (zazén). Es entonces cuando se conoce con el inglés, quien también es discípulo de Deshimaru. Rajiv se ordena monje y toda su vida gira en torno a su práctica. Sin embargo, continúa como ilegal y en más de una ocasión la policía francesa le hace pasar malos ratos. Decide aceptar un trabajo en la campiña, cuidando un castillo. Adapta una de las salas del lugar para meditar y el resto del tiempo lo pasa haciendo trabajos de carpintería, de albañilería, de jardinería. En el verano es el cocinero oficial del castillo. Es una época de la que guarda gratos recuerdos. Luego se va a vivir a una granja zen en Montelimar y colabora hombro a hombro con los otros monjes. Transforma un establo en centro de meditación y trabaja de sol a sol en busca de un sitio apto para practicar. No obstante, su situación de ilegal continúa siendo muy peligrosay por eso, a finales de los años ochenta, decide regresar a la India. Aquí concluye su segunda vida.

En Nueva Delhi funda un dojo de meditación zen y se dedica de tiempo completo a conformar un grupo regular de practicantes serios. Es la primera vez que asume el rol de conductor espiritual y se comporta entonces como un hombre disciplinado y muy riguroso con los otros practicantes. Lee vorazmente todo lo que se publica sobre zen, traduce, publica en diarios y revistas artículos en los que se nota una inusual erudición sobre el tema, da conferencias, practica todos los días. Sin embargo, sufre una profunda crisis espiritual y se queda en el vacío, sin trabajo, sin el zen, sin nada. Con el cabello largo otra vez, con la barba muy poblada, camina meses enteros por toda la India, perdido, extraviado en sus propias búsquedas interiores. Convertido en un nómada que se traga las ciudades y los pueblos indios sin saber dónde va a pasar la noche, Rajiv vuelve a morir una vez más.

Su pregunta fundamental es que no desea una práctica alejada de un compromiso político con su gente. Es un monje budista, sí, pero eso no significa que deba estar preocupado por realidades intangibles, meramente espirituales, sino que anhela que el mensaje de «aquí y ahora» de su práctica tenga repercusiones inmediatas en las condiciones de vida de su comunidad. Por este motivo decide recuperar el concepto

de «no violencia» y de «resistencia civil» de Gandhi, y se convierte en un problema permanente para las autoridades indias, que no saben cómo calmarlo, doblegarlo o acallararlo.

Un tiempo después, sin abandonar su condición de monje budista, entra a trabajar en una fábrica de ornamentaciones metálicas, un oficio que en apariencia no tiene nada que ver con su verdadera vocación. Lo cierto es que en ese trabajo, como un obrero regular más, Rajiv tiene que demoler su ego, resquebrajarlo, ir más allá de la importancia personal, y no sólo recibe una gran lección de humildad, sino que logra conectarse de manera profunda con los otros trabajadores. Mientras tanto, Rajiv lleva una vida paralela de auténtica dedicación a su práctica. Conduce de nuevo su grupo de meditación zen en Nueva Delhi, traduce textos budistas a otras lenguas y busca apoyo internacional para sus luchas sociales, estudia sin parar, dicta conferencias, sigue las instrucciones de los maestros, y en secreto prepara una gran revuelta que estalla un tiempo después, cuando miles de personas salen a las calles de Nueva Delhi, taponan el tráfico, crean disturbios y se enfrentan con la policía, por lo que lo conducen a la cárcel. Como es un personaje demasiado reconocido en el norte, las autoridades deciden trasladarlo al sur, y así es como llega a la prisión de Bombay con antecedentes de ser un sujeto muy peligroso para el establecimiento.

Después de escuchar el relato del inglés, entiendo la escena del director de la cárcel acercándose a excusarse con Rajiv. Donde él hubiera muerto en esa huelga de hambre, la noticia habría generado una manifestación de consecuencias impredecibles. Lo más seguro es que la clase política, asustada por el respaldo popular a ese monje obrero, hubiera dado la orden de echarse para atrás y acatar sus demandas.

Al día siguiente me presenté en la crujía budista y le dije a Rajiv que quería meditar con ellos. Se sonrió, como siempre, y me dijo que claro, que le daba mucha alegría tenerme en el grupo.

—Debe permanecer inmóvil frente al muro —me indicó con cierta camaradería—. Algunos occidentales creen que meditar es no pensar. En zazen eso es falso. No intente nada. Deje que su mente fluya al ritmo que sea, pero trate de no identificarse con esas imágenes y esas ideas que circularán por su cabeza durante toda la meditación. Ya le corrijo la postura.

Y te juro, Vicente, que lo que experimenté a continuación fue impresionante, un vértigo incontenible de sensaciones, imágenes e ideas mezcladas unas con las otras, que conformaban una tormenta interior de gran intensidad. Rajiv me enseñó cómo sentarme según las reglas de la tradición y a los pocos segundos ya estaba yo frente a ese muro inmóvil, en silencio, y soportando el torrente de frases, escenas y conceptos que me cruzaban el cerebro a gran velocidad. Por un momento creí que me iba a desmayar. No sabía que dentro de mí había tanto ruido, tantas voces mezcladas, tantos recuerdos que me impactaban y me emocionaban sin poder tener yo el control de la situación. Pero como me había dicho Rajiv, no impedí nada, no bloqueé ninguna

información, no censuré ese flujo de conciencia que me atravesó la cabeza hasta dejarme exhausto y mareado. Apenas sonó una campana, nos pusimos todos de pie y el mundo me daba vueltas. Jamás pensé que la quietud tuviera un ritmo tan veloz. Me costaba trabajo creer que las cosas, las personas y el mismo piso sobre el cual estaba parado fueran reales. Mi mente acababa de experimentar una aceleración a la que yo no estaba habituado. Rajiv se dio cuenta de mi estado alterado y me llamó aparte. Con una mano sobre mi hombro derecho, y sin abandonar sus gestos cordiales y simpáticos, me dijo:

—Ustedes, los occidentales, están muy acostumbrados a identificarse con su ego. Zazén te enseña que puedes cogerle distancia a tu yo, que puedes estar separado de él, observándolo desde afuera. Tampoco se trata de no tener yo, como creen algunos, sino sencillamente de no identificarse con ese cúmulo de pasiones y creencias que nos han inculcado por diversos medios. Eso es todo.

—No sabía que dentro de mí había tanto bullicio —dije como disculpándome—. Todo el tiempo sentí que el ruido era ensordecedor.

—Hay una vieja historia que ilustra lo que te acabo de decir —continuó diciendo Rajiv sin quitar su mano de mi hombro—. En muchos países asiáticos, los simios se cazan dejándoles dentro de una trampa un banano gigante y apetitoso. Ellos bajan de los árboles, meten la mano en la trampa, agarran la fruta y, debido al tamaño del puño, ya no pueden sacar la mano por el mismo orificio. Hay sólo una forma de sacarla: soltar el banano y juntar los dedos para extraer el miembro completo. De esta manera regresarían a los árboles y a la libertad. Pero no pueden. El objeto de deseo, el apego, la tenencia, los mantiene prisioneros. Los cazadores llegan, golpean al simio en la cabeza y él muere agarrado a su banano. En el zen se dice que el banano es el sexo, el dinero, el poder, las ambiciones, la belleza, el dolor. En suma, el banano es el ego. La mayoría muere sin poder abandonarse, sin poder soltar su yo, aferrados a él. Ahí está la raíz del sufrimiento.

Asentí con una reverencia y me despedí diciéndole que regresaría al día siguiente. Rajiv me dijo que me esperaba y que le alegraba mucho que me acercara a la práctica. Me entregó un par de libros en inglés y me dijo que estudiara un poco el origen del budismo, las cuatro nobles verdades y el óctuple camino. Y así lo hice a partir de ese mismo día. Leí esos dos primeros libros y después todos los que tenía Rajiv sobre una pequeña estantería de madera en la crujía cuatro. Poco a poco mi postura mejoraba durante la meditación y aprendí a desprenderme de mí, a observarme desde afuera, a dejar que los pensamientos y los afectos más persistentes fluyeran con toda normalidad, pero sin poner en ellos el sentido de mi identidad. Y algo en mí se transformó de un modo inevitable. Mis compañeros latinoamericanos solían decir que me estaba volviendo loco y me gastaban bromas que me divertían y que me confirmaban la simpatía que sentía por ellos. Lo cierto es que gracias a Rajiv y a esas horas de meditación en la crujía cuatro, aprendí que el yo era una ilusión, una construcción, y que salirse de allí ocasionalmente era una buena estrategia para

desbaratar todo ese armazón que la cultura introduce dentro de nosotros sin que nos demos cuenta de ello.

Un buen ejemplo de ese proceso en el cual mi mente empezaba a desarmarse de una manera positiva fue el día en que le dije a Rajiv:

—Me atormenta la culpa, el no haber sido capaz de actuar correctamente en ciertos episodios de mi pasado.

Él, mirándome con seriedad, me respondió:

—En esta época del año suele hacer calor en las horas de la noche.

Fruncí el entrecejo y pensé que no me había entendido bien, que quizás había pronunciado mal alguna de las palabras en inglés. Le repetí:

—Te hablo de la culpa, Rajiv, del remordimiento.

—Estamos en luna llena y las noches son más claras.

Esta vez me miró de frente, con cierta dureza, y entonces descubrí que se trataba de otra lección. Sonreí y le dije moviendo la cabeza de arriba abajo:

—Ya entiendo, no quieres contestarme.

—Sigues atrapado en tu lógica, en tu ego. Hay que ir más allá del pensamiento. Las palabras no son la realidad.

Luego se dio media vuelta y desapareció por el corredor, con su túnica meciéndose hacia los lados.

Al quinto mes me llamaron a una especie de juicio provisional y las autoridades decidieron no conducirme a un juicio definitivo, desestimar la demanda y más bien protegerme y otorgarme el estatus de refugiado político. La noticia me cogió por sorpresa y un abogado, defensor de oficio, me comunicó que en una semana estaría libre. La verdad es que yo me había preparado para estar en la cárcel un tiempo mucho más largo, y ahora salir a la libertad no me entusiasmaba tanto. ¿De dónde me venía esa terquedad en castigarme y en culparme por todo? Y ahí estaba la respuesta, como si Rajiv me la hubiera susurrado al oído: de un ego sólido y vigoroso. Si quería de verdad desprenderme de ese yo tiránico que todo lo quería dominar y controlar, era preciso acatar entonces los vaivenes de la vida, los embates de un destino que, por fortuna, no podemos controlar y cuya máxima virtud estaba precisamente en la improvisación y en la capacidad para sorprendernos.

La última tarde, después de zazen, me acerqué a Rajiv y le dije que saldría libre. Se alegró mucho y me abrazó. Recuerdo sus palabras porque me las dijo con una ternura que me hizo erizar la piel:

—No apegarte a nada no es una forma de negar el mundo. Es todo lo contrario, es una manera de no encasillarte para afirmar la vastedad y la grandeza de la vida. No lo olvides.

Le di las gracias por sus enseñanzas y regresé a mi crujía, donde los latinoamericanos, moviendo sus influencias y sus contactos con traficantes y lavadores de dinero, habían logrado introducir dos botellas de aguardiente de arroz con las cuales hicimos una pequeña despedida. No olvidaré la solidaridad de esos

hombres que allá afuera, en la libertad, eran considerados elementos negativos y peligrosos. Richard me dijo a la madrugada, cuando nos recostamos para dormir unas pocas horas:

—Eres un tipo fuera de lo común. No trates de ser como los demás, no te vayas a vulgarizar. Aunque eso te cueste otro tiempo detrás de los barrotes.

A la mañana siguiente la guardia me devolvió mi morral, mis cheques viajeros y mi documentación original en orden (con mi nombre y mis apellidos verdaderos), y me acompañaron hasta la puerta, donde una brisa templada me acarició la cara y me dejó en la nariz el olor inconfundible del mar. Ahí estaba de nuevo la vida, maestro, inmensa, múltiple, y yo tenía otra oportunidad para elegir un camino y recorrerlo a plenitud. Qué generosidad.

Lo primero que hice fue llamar por teléfono a Colombia, a Medellín, y hablar con mi madre y con mi hermana un buen rato. Les dije que había renunciado al nuevo trabajo y que me quedaría un tiempo por ahí, viajando por la India, mientras pensaba qué diablos iba a hacer. Las voces de ellas allá, al otro lado de la línea, me trajeron unos recuerdos nítidos, como si sus palabras estuvieran ligadas a ciertas imágenes precisas. Me contaron que la última voluntad de mi padre había sido que arrojaran sus cenizas en Playa Grande, en las cercanías de Santa Marta, y que mi cuñado había viajado hasta allá y las había esparcido en el mar, muy cerca de la playa. De pequeño yo había ido de paseo con él a ese lugar, con nuestros sándwiches y nuestras gaseosas en un morral, y recordaba sus aguas transparentes, su playa solitaria y los pescadores amables y cordiales que procuraban atender al turista sin presionarlo demasiado. Me alegró saber que ese era el último lugar donde el viejo quería reposar.

A partir de entonces, Vicente, y en una forma gradual, empecé a pensar con insistencia en la muerte. No sé por qué sospecho que todavía no se ha estudiado muy bien lo que significa para un hombre la muerte de su padre. Sobre todo para un hombre que no es padre, que no tiene la posibilidad de suplantarlo y de convertirse en su progenitor a través de sus propios hijos. Porque la muerte de tu padre, cuando eres un hombre soltero y sin hijos, es un hueco que te abren en la existencia, un disparo muy profundo que la vida te pega en el centro de tu identidad. De alguna manera, cuando tu padre vive, andas por el mundo con la certeza de que él está ahí, de pie, al frente de la tribu, y es como si esa seguridad fuera suficiente como para tranquilizarte y permitirte que te tomes la vida con una placidez no exenta de cierta jovialidad. Pero al morir tu padre, el eje de la vida, la columna vertebral de la existencia se quiebra, y entonces se te abre un boquete que no sabes cómo taponar. Si eres padre, supongo que entonces te dedicas a tus hijos y adquieres conciencia de una responsabilidad única. Pero si no los tienes, quedas a la deriva, en el aire, navegando en un barco que no tiene timón y cuyas cartas de navegación no entiendes. Y entonces la muerte se te vuelve una presencia poder osa, constante, de la que no te puedes desprender ni siquiera cuando duermes, porque en sueños te visita igual y te persigue.

Piensa en esto, maestro: si muere lo que tú consideras lo más fuerte, el pilar, las

bases sobre las cuales se apoya una familia, significa entonces que con mayor razón puedes morir tú, que no eres apoyo de nada ni sostienes sobre los hombros a nadie. Es como si la muerte del padre nos revelara nuestra más evidente fragilidad, nuestra vulnerabilidad, y a partir de ese momento la muerte deja de ser un elemento futuro y se convierte en un presente continuo, en un estado que ya no está afuera de nosotros, sino muy adentro, un estado que nos constituye y nos define. Por eso, a partir de mi salida de la cárcel y de esa conversación con mi familia, supe en lo más profundo de mí, y casi podría decir que lo sentí físicamente, que un día me iba a morir, que todo es transitorio, efímero, que nada tiene en realidad mucho peso ni sustancia, y que por lo tanto estamos atrapados en un sueño, en una dimensión de irrealidad: creemos que las cosas, las ideas, los afectos y que nosotros mismos somos perdurables, cuando la verdad es que estamos de paso y que nuestra importancia es muy poca, por no decir inexistente. Esa certeza de nimiedad me abrumó en un comienzo. Mi muerte estaba ahí, a la vuelta de la esquina, y un día, cuando yo desapareciera de este mundo, nadie me recordaría, nadie me extrañaría, nada de mí permanecería. Quizás la gente tiene hijos para evitar esa sensación tan aplastante. Y creo que sólo hasta ese momento comprendí a Rajiv: su fuerza radicaba en su falta de ego, en la conciencia absoluta que tenía de no ser nada, de carecer de importancia.

En alguno de los libros que había leído sobre zen, se contaba la historia de un maleante que había atacado a un monje en un camino y que, cuando iba a cortarle la cabeza con su espada, vio que el monje estaba sonriente. El asesino, perplejo, le preguntó al monje, que seguía apacible y feliz:

—¿A usted no le da miedo que yo lo pueda decapitar sin siquiera parpadear?

El monje, con tranquilidad, casi con afecto, respondió en posición de meditación:

—¿Y a usted no le da miedo que a mí no me dé miedo, y que me deje cortar la cabeza sin siquiera parpadear?

Decía la historia que el asesino, de repente, despertó, que se dio cuenta de la irrealidad de su propia vida, de la increíble fortaleza de ese individuo flaco y rapado que iba por los pueblos mendigando su comida, que dejó sus armas y que con el tiempo había llegado a ser un maestro zen muy reconocido. Claro, un exceso de ego te hace muy fuerte, muy seguro de ti mismo, sin duda. Pero una falta total de ego te hace invencible. El vacío es indestructible.

Me quedé unos pocos días en Bombay, que ahora ya no se llama así, sino Mumbai, y después sentí la necesidad de desplazarme, de viajar por tierra, y entonces, como un peregrino antiguo, preparé un morral con algo de comida y unos botellones de agua, y cogí un camino que atravesaba todo el desierto de Hyderabad. A lo largo de varios días y de semanas caminé y caminé de pueblo en pueblo: Kurduvadi, Bidar, Bijapur, Parlakimidi. En la medida en que avanzaba, algo de mí se iba quedando atrás, rezagado, y mi mente y mi yo iban quedando vacíos y silenciosos. De vez en cuando, a la vera del camino, me sentaba en posición de zazen, como me lo había enseñado Rajiv, y me quedaba una o dos horas inmóvil, con la

mirada suspendida en el aire. Luego me recostaba en cualquier pastizal, me tapaba con una manta e intentaba recoger algunas horas de sueño. El cabello y la barba me habían crecido durante los meses de reclusión, y en términos generales mi aspecto era el de un vagabundo solitario que recorre el mundo con su maleta al hombro. Había bajado varios kilos de peso y sentía mi cuerpo ligero, ágil, dispuesto para largas caminatas y para jornadas de sed bajo los rayos de ese sol inclemente que en la India persigue a los animales y a los hombres hasta obligarlos a buscar la sombra de una pared cualquiera o de una palmera. Los demás peregrinos, cuando hablaban algo de inglés, compartían parte del camino conmigo y luego nos separábamos, deseándonos buena suerte y un futuro encuentro. Así llegué hasta Bhubaneswar y luego subí por Jaipur hasta Calcuta.

En Calcuta tomé una pequeña habitación en un hotel para viajeros llamado Tagore, en homenaje al sabio escritor. Lo primero que me sorprendió de esta ciudad, a diferencia de Bombay, fueron sus altos niveles de hacinamiento, de miseria y de mendicidad. Las zonas de indigencia se multiplican desde el centro hasta la periferia, y por todos lados ves hombres, mujeres y niños mendigando, tosiendo, recostados en los rincones de los callejones o sencillamente durmiendo a la intemperie porque no tienen un techo bajo el cual guarecerse. En los semáforos, cuando la luz cambia a rojo, multitudes de niños se lanzan sobre los carros a mendigar y salivan de sólo pensar en la posibilidad de unas monedas o de un mendrugo de pan. Cuando los carros arrancan, las babas de los niños quedan pegadas a los vidrios de las ventanas.

A la madrugada, varios hombres recorren las calles con unas varas de bambú entre las manos. Una volqueta va a media marcha junto a ellos. Golpean con las varas los pies y las piernas de las personas que duermen en los andenes. Cuando alguien no responde ni se mueve, los tipos se acercan y comprueban que la persona esté muerta, la levantan y la arrojan al camión. Al comienzo yo no entendía muy bien qué estaba pasando. Luego comprendí: es el camión de la basura, sólo que la basura ahora ha cambiado: somos nosotros mismos. Ese es el futuro: un sistema que crea nuevos desechos: seres humanos.

Uno de los métodos de prevención que usé apenas entré en la habitación del hotel fue lavar las sábanas y comprar un desinfectante para el colchón, pues ya otros caminantes me habían advertido sobre la sarna y los hongos, muy extendidos en esta ciudad. Como si esto fuera poco, en ningún otro lugar del mundo había visto yo tantos leprosos, unos ya curados y otros no, con sus llagas supurantes y sus semblantes carcomidos por la enfermedad. Supongo que tanta decrepitud humana fue lo que condujo a sor Teresa a instalarse en esta ciudad y a ayudar a tantos enfermos a bien morir.

Empecé a caminar por Calcuta desde las horas de la mañana hasta el atardecer. Los barrios periféricos, infectados de mil epidemias que tienen a la población famélica y ojerosa, son en realidad la prueba más clara de que el infierno sucede aquí, en este mundo, y que es imposible imaginar un sufrimiento mayor. Es indudable que

los hacedores de miseria, los grandes consorcios y las multinacionales y los bancos y las armerías han destruido no sólo a la humanidad entera, sino también a las otras especies, al clima, al planeta mismo. Somos peligrosos por naturaleza, bajos, ruines. Por eso hemos construido tantas teorías y tantas religiones en donde estamos en el centro de la creación y en donde se alaba nuestra presencia: porque la verdad es otra y necesitamos mentirnos para poder sobrevivir. Lo cierto es que no progresamos, que no estamos construyendo un mundo mejor. El futuro significa grandes condensaciones de riqueza en una franja mínima de la población, y multiplicación de la pobreza para la gran mayoría. Por ley de probabilidad, los hijos de los hijos de nuestros hijos serán indigentes. Esa es la única certeza.

En cualquier caminata por ese Tercer Mundo que tanto me recordaba los barrios del sur de Bogotá, lo peor es la cantidad de niños abandonados y aguantando hambre. Y aquí y allá una joven con un bebé anémico en brazos o una niña embarazada arrojada en un rincón sin poderse mover. En cada calle yo pensaba: si algún día llego a tener un hijo, mis nietos o tataranietos vivirán así, en la calle, babeantes y con la espalda encorvada. No sólo sufrimos el peso de una existencia sórdida, sino que además nos encanta traer a otros a que repitan la historia de opresión y sufrimiento. ¿Por qué no es posible que los hombres y las mujeres dejen de reproducirse? Porque entonces les toca enfrentar la verdad: que somos efímeros, que no perduramos, que la muerte está ahí, siempre presente, y vivir con ese peso abrumador se vuelve una tortura. Los hijos son la ilusión de que seguimos existiendo en otros. En el código genético reproducido nos aferramos a una presencia que en realidad es una ilusión. Y la religión, sola, con sus falacias de cielos e infiernos, con sus teorías de espíritus posados en nubes o en llamas, no alcanza a contrarrestar esa verdad apabullante de nuestra inevitable transitoriedad. No, los hijos, seres palpables, ahí presentes frente a nuestros ojos, son los únicos que equilibran la balanza y que a veces, sólo a veces, logran vencer el pánico que nos produce desaparecer para siempre.

Esta es la razón por la cual, maestro, la teoría de La Cosa de Rafael se queda a medias. Se parte del hecho de que hay una mentira, una irrealdad creada para nuestra propia explotación, pero que con esfuerzo alcanzaremos una verdad que está detrás de todo este montaje que ha fabricado la cultura. Y lo que yo empecé a sentir en la cárcel, en la crujía cuatro junto a Rajiv y sus seguidores, es que no hay ninguna verdad por alcanzar. Tanto los apologetas del sistema como los que se oponen a él están atrapados en el mismo sueño, en la misma falacia. Despertar no es salirse del sistema, despertar es destruir en nuestro propio cerebro toda la maquinaria que la tradición nos inculcó desde el mismo instante en que nos engendraron. Despertar es romper lo que nos han transmitido en el código genético. Y eso no se logra a punta de discursos y disquisiciones. Cuando en el budismo se habla de *satori*, la palabra es difícil de traducir. No es sólo «despertar», en el sentido de pasar de un sueño a una realidad. Se refiere más bien al hecho de resquebrajar el pensamiento, la razón, el lenguaje, la conciencia, la memoria, todo, hasta que no quede nada, hasta que seamos

sólo vacío. Y ese vacío no niega el mundo, sino que lo afirma en toda su vastedad y su grandeza. No es rebelarse en contra de nadie ni de nada, sino de vaciarse por completo, de escapar de la subjetividad. Y si ya no tengo yo, si mi ego se ha esfumado, con él desaparecen también las ambiciones, las metas, los propósitos, las ilusiones, los apegos, los deseos, es decir, el origen de todo sufrimiento.

No sé si me sigues, Vicente, si entiendes el estado de ánimo que me embargaba por aquellos días, cuando recorría los barrios populares de Calcuta durante horas enteras, hasta que los pies me dolían, y entonces regresaba al hotel en busca de un plato de comida y de unas horas de descanso.

Una tarde entré en una tienda y compré un refresco indio en botella, hecho a base de té y aguas aromáticas. Estábamos a treinta y cinco grados a la sombra y el aire seco mezclado con diminutos puntos de polvo maltrataba la nariz y resecaba la garganta. Cuando estaba recostado en una de las paredes de la tienda, disfrutando la sensación del líquido refrescándome los labios y la boca, me di cuenta de que cruzando la calle, en una bodega oscura y como escondida en un callejón de apenas un metro y medio de ancho, había una larga fila de personas de distintas edades, con la espalda apoyada en el muro. Algunas de ellas, cansadas de tanto esperar, estaban sentadas en el piso. Me pareció rara la escena y le pregunté al tendero de qué se trataba aquello. En un inglés muy incipiente y mal pronunciado, el hombre señaló hacia el callejón y me explicó:

—Futuros mendigos... Médico buscador de talentos... Ciegos, cojos, amputados... Buen negocio...

No entendí una sola palabra y volví a preguntar. La respuesta fue en el mismo tono:

—Mucha hambre... Mendigar ayuda bastante... Quitar brazo, ojo o pierna... Buen dinero...

Esa misma noche le conté al conserje del hotel lo que había visto. Era un hombre joven y simpático, que disfrutaba de su trato con los extranjeros que estábamos de paso. Tenía en el mostrador una sentencia escrita a mano, en inglés: «Los huéspedes son como dioses». Se la pasaba viendo los avisos clasificados de los periódicos referentes a mujeres que buscaban contraer un buen matrimonio, porque él quería casarse ya y fundar una familia. A mí me divertía verlo con el periódico en las manos, como si estuviera buscando un carro o un apartamento, cuando en realidad estaba rastreando a la mujer de su vida. Cuando le pregunté por la fila de personas humildes y por las extrañas palabras del tendero, él dejó su periódico a un lado y me dijo en su perfecto inglés:

—En muchos barrios de Calcuta la gente ya no aguanta más el hambre y la sed. Entonces deciden convertirse en mendigos. El problema es que están sanos y, cuando piden por la calle, los demás transeúntes y los extranjeros no les dan ninguna moneda. No despiertan piedad. Por eso deciden visitar a un médico, lo que llamamos nosotros «fabricantes de mendigos», y él los estudia con cuidado, los pesa, los mide,

conversa con ellos, y al final les sugiere que se transformen en ciegos, en cojos, en paralíticos, en mancos, según el talento que les vea.

—¿Me estás diciendo que esa gente hacía fila para ser mutilada? —pregunté aterrado, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Sí, exactamente; el médico los opera, les suministra una muleta o un bastón, y ellos, por algún tiempo, tienen que darle a él una parte de las ganancias. Mientras pagan la cirugía. Después quedan libres y todo el dinero es para ellos.

—No puede ser —dije yo incrédulo y sospechando por un segundo que el conserje me estaba tomando el pelo.

—Es una manera de no morir de hambre, nada más. Despertar compasión no está mal.

Subí a mi habitación a descansar y esa noche soñé que hacía fila para entrar a esa bodega clandestina, donde un médico con un bisturí en la mano me pinchaba los brazos y las piernas mientras soltaba largas carcajadas. Desperté a las dos de la mañana bañado en sudor y con la respiración entrecortada.

A la mañana siguiente regresé a la misma tienda y desde ahí, agazapado entre los bultos de especias y de jengibre, vigilé la fila de futuros mendigos con mi refresco de té en la mano. Había de todo: mujeres, ancianos, jóvenes e incluso algunos niños que estaban solos o acompañados por un adulto. Me parecía increíble que estuvieran esperando su turno para que los mutilaran. Por un instante, quizás trastornado por tanto dolor ajeno, se me ocurrió lanzar una granada en ese callejón o poner una metralleta en la bocacalle y disparar sobre la multitud.

Lo último que hice en Calcuta fue comprar algunos enlatados y unas barras de chocolate, los empaqué en una caja de madera y se los envié por correo a Richard a la cárcel de Bombay, con una nota que decía:

Richard:

Hace poco murió mi padre y esa muerte destruyó para siempre una buena parte de mi ser. Desde el día en que me enteré de su enfermedad y su fallecimiento siento que soy medio hombre. En tiendo perfectamente lo que significa para ti conocer a ese sanador espiritual que quizás todavía viva en una calle de Kingston. Si mi padre aún viviera, en la ciudad que fuera, pobre o rico, valiente o cobarde, digno o humillado, decente o delincuente, yo no dudaría en atravesar el mundo para conocerlo.

Espero que la comida y los chocolates te alivien un poco de tanto picante y tanta especia reconcentrada.

*Tu compañero de celda,
Sebastián*

Apenas envié la caja, sentí que estaba harto de viajar, cansado de huir y de esconderme. Si era cierto lo que acababa de escribirle a Richard, había llegado el momento entonces de regresar y de enfrentar ese pasado al que tanto le temía. Quería

viajar hasta Santa Marta y visitar el sitio donde estaban las cenizas de mi padre. Era preciso cerrar el círculo.

Llamé de nuevo a mi hermana y a mi madre, y les avisé que en unos días llegaría al aeropuerto El Dorado. Luego tomaría el primer vuelo a Medellín. Les advertí que, si no había espacio suficiente para mí, que no se preocuparan y que por favor hicieran una reserva a mi nombre en algún hotel cómodo y barato. Celebraron por teléfono mi decisión y me aseguraron que nada les alegraría tanto como verme y poder conversar conmigo. Mi madre tuvo que quitarse del aparato porque estaba atacada en llanto.

Me detuve dos días en Nueva Delhi. Habían fumigado ciertas plantaciones de arroz cercanas a la ciudad y millones de insectos huían de los químicos en nubes densas que viajaban por el aire. Ocasionalmente, sobre todo en las horas de la noche, esos insectos se depositaban en todas partes, incluso en los hombros, las piernas y el cabello de los transeúntes. Visité el mercado de Chandni Chowk, el barrio musulmán, la mezquita y pasé horas enteras sentado en el restaurante Karim, frente a la puerta uno de la mezquita, viendo pasar los *rickshaws* entre la multitud de mendigos y desaharrapados. Una sensación me abrumaba: la fatiga extrema de ser yo mismo, el cansancio de tener una conciencia siempre atenta y vigilante.

Y de una manera curiosa, como si se tratara de una epifanía mucho tiempo esperada, llegué en la segunda tarde, en una de mis largas caminatas, frente a la puerta de una joyería en el número 2000 de Naughara Street, en Kinari Bazar. Arriba, sobre la puerta, un letrero anunciaba: «Satish Chand Nahar. Gold & Silver Jewellery». Era un callejón diminuto que olía a orines y excrementos humanos porque en una de sus esquinas había un baño público. Y ahí, esa tarde frente a esa joyería, sin preámbulos de ninguna clase y sin discursos grandilocuentes, sentí que por fin el lado más pesado de mí moría y desaparecía para siempre. Fue una muerte súbita que me dejó de repente liviano, tranquilo, con una sonrisa entre los labios.

Dos días después, vía Madrid, viajé a Bogotá en un vuelo de Iberia. Llevaba mi morral de siempre y un par de regalos para mi madre y mi hermana. Apenas el avión descendió sobre la sabana de Bogotá y pude ver de cerca las montañas, el verde inconfundible de los potreros y los sembrados de flores y los hatos lecheros, una emoción muy grande me inundó el alma y los ojos se me llenaron de lágrimas. Había olvidado, maestro, que yo pertenecía a este lugar, que aquí estaban las raíces más hondas de mi identidad y que a lo largo de tantos años había tenido que ocultar la nostalgia para no destruirme y hacerme daño. Pero ahora que veía mi ciudad a través de la ventanilla del avión, no había por qué aparentar nada y mis verdaderos sentimientos salieron a flote en forma natural.

Cuando llegué a Medellín, mi madre, mi hermana y mi cuñado no me reconocieron. Había crecido un poco durante mis años en España y ahora, muy delgado, con el cabello a la altura de los hombros y la barba larga, los rasgos de mi rostro estaban ocultos. Cuando estuve frente a ellos y extendí los brazos, mi madre abrió los ojos y la boca, pegó un grito («¡No puede ser!») y me abrazó con fuerza,

aferrada a mí como si de un momento a otro me fueran a retirar a las malas y nunca más pudiera volver a tenerme así, muy cerca, con sus manos en mi espalda y su cabeza muy pegada a la mía. Luego me abrazó mi hermana y no hacían sino repetir entre ambas: «Increíble, cómo estás de cambiado. Ahora eres todo un hombre». Hacían comentarios sobre mi pelo, sobre mi barba, sobre mi delgadez, y entre bromas y risas llegaron a la conclusión de que parecía un santón indio.

En las horas de la noche, y después de que me pidieran un relato de todas mis hazañas en los países donde había vivido, nos retiramos para acostarnos a dormir. Fui a la cocina a beber un poco de agua y me encontré con mi hermana. Con el vaso en la mano, le dije cariñosamente, sin recriminaciones ni tonos acusatorios:

—Me dio mucha culpa saber que después de mi partida mi papá se había encerrado a beber en el apartamento de Santa Marta.

—Mira, Sebastián —me dijo ella con esa dureza interior que la había caracterizado desde niña—, mi papá nunca fue un hombre claro en sus sentimientos. Era amoroso, sí, pero no sabía cómo expresar ese amor y entonces terminaba armando un mar de confusiones del que después no sabía cómo salir. Tú no tienes nada que ver con su enfermedad ni con las pésimas decisiones que él tomó al final de su vida.

—¿A qué decisiones te refieres?

Y con la misma fría lucidez de siempre, mi hermana me explicó:

—Tú hiciste tu vida como te dio la gana. Es un derecho que tienes, ni más faltaba. Él, tal vez abrumado por la edad y sintiéndose viejo y decadente, se levantó una amante de origen popular que lo chantajeó a su antojo.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Mi papá tenía una amante?

—Creímos que era una hasta que el día del funeral, de pronto, aparecieron otras más. Entre ellas una con una hija joven que no hacía sino llorar. No tengo ni idea si se trata de una medio hermana nuestra. Lo que sí es importante que sepas es que todo eso destrozó a mi mamá, que no sabía si separarse o no de él, y que las culpas más el alcoholismo lo fueron acorralando poco a poco.

—No puedo creer lo que me estás contando. Parece que me estuvieras hablando de otro hombre —afirmé perplejo y empezando a sentir los beneficios del retorno.

—Se desaparecía días enteros, se inventaba viajes a Santa Marta para poderse ver con esa mujer y vivía quejándose de que no tenía un centavo porque se la pasaba dándole dinero a ella para una cosa y para la otra —mi hermana se sirvió también un chorro de agua fría en un vaso de plástico y movió la cabeza hacia los lados, negando, como si estuviera indignada, cuando la verdad es que el tema la fatigaba porque seguramente lo había analizado con mi cuñado desde mil ángulos distintos—. ¿Recuerdas cuando tú le pediste unos pesos para la universidad en España y él te los negó? Mi mamá armó un lío tremendo. Imagínate que le estaba comprando un apartamento a la otra y por eso no te pudo ayudar. Para que veas.

No pude evitar sentir un cierto alivio y me sonreí. Mi hermana sentenció:

—No hay nada que fatigue más que llevar una vida paralela. Es un desgaste muy grande. Tarde o temprano él iba a terminar enfermándose. Y lo que ya es el colmo es que tú creas que eso tenía algo que ver contigo.

Le di un beso en la mejilla y decidimos acostarnos y seguir conversando al día siguiente. Las palabras de mi hermana me quitaron de encima un peso que me venía aplastando desde la cárcel en Bombay, y recuerdo que esa noche, rendido de cansancio por tantas horas de vuelo y disfrutando de un alivio que me aligeraba la conciencia, dormí cerca de doce horas seguidas.

Dos días después me despedí de mi familia y les comuniqué que me iba a visitar el sitio donde estaban las cenizas de mi padre. Tomé un bus en la terminal de Medellín y me fui por carretera hasta Santa Marta. A cada ralo, el ejército detenía el bus y revisaba una y otra vez las maletas, nos pedía los documentos a los pasajeros y hacía que sus perros entrenados olfatearan el equipaje de mano y los asientos. Cuando llegué a Santa Marta me hospedé en un hotel pequeño, muy cerca de la playa de El Rodadero, y a la mañana siguiente, muy de madrugada, salí a la avenida principal y me subí en un bus cuyo recorrido me dejaba en el centro de la ciudad, donde estaban la alcaldía y muchas de las dependencias oficiales. Al frente, cruzando la calle, se abría ese mar reposado y pacífico de Santa Marta que tanto atraía a los turistas cansados de grandes oleajes y de arrecifes peligrosos. Me subí en un microbús que anunciaba la ruta a Taganga. Cruzamos el mercado justo cuando estaba amaneciendo y los primeros comerciantes se acercaban a abrir sus negocios.

En todas las ciudades del Tercer Mundo, el mercado es el pulmón de la ciudad y los olores de las verduras, las especias, las plantas aromáticas, las frutas, las carnes y los pescados se expanden por el aire caliente que poco a poco nos va fatigando y asfixiando en el trópico. Son calles sucias de comida, con charcos de gasolina y petróleo, donde una población hambrienta y mal vestida suele husmear por los alrededores en busca de algún desperdicio en buen estado. Cruzamos los toldos, las tiendas de abarrotes y los talleres de mecánica, y el microbús dejó atrás la carrilera y los últimos caseríos de la ciudad y empezó a subir la montaña. El sol, con cierta timidez matutina, iluminó de repente un paisaje árido y unas rancherías que estaban a lado y lado de la carretera. Cuando alcanzamos la cima, como si lucra una visión que nos llegara desde otro mundo, apareció el mar en toda su magnificencia, azul plomizo, como un tapete metálico que se extendiera hasta la línea del horizonte. Los riscos arenosos y la carretera sinuosa, como una serpiente pavimentada, contrastaban con ese cielo azul y con la grandeza de ese océano por el que ya navegaban unos cuantos barquitos diminutos que seguramente regresaban de las primeras horas de pesca a la madrugada. Cuando llegamos a Taganga, me bajé en la última calle y, como lo habíamos hecho miles de veces con mi papá, me metí por entre las lanchas y las cuerdas que mantenían amarrados los botes a la playa, y cogí el camino que bordeaba la montaña y que iba paralelo al mar. Algunos pescadores descalzos y sin camisa recogían sus redes en grupos pequeños pero compactos. Subí y bajé, torcí a

izquierda y a derecha, disfrutando de la aridez de esas montañas donde sólo crecían unos cuantos matorrales que se aferraban a ese suelo desértico con una terquedad admirable, y los cactus, grandes, imponentes, superiores a cualquier otra planta por su resistencia y su capacidad de aguante en medio del calor y la sequedad. A los quince o veinte minutos descendí hasta Playa Grande y me quedé un buen rato contemplando esa playa diminuta donde mi cuñado había esparcido las cenizas de mi padre. Pensé en él con un afecto descomunal que de pronto me inundó el alma, me hice en la orilla, donde unas olas minúsculas me acariciaban los pies, y dije en voz alta:

—Un poco tarde, pero aquí estoy, viejo.

Dejé mi mochila en la playa, me quité la camiseta y las sandalias, y me metí en el mar disfrutando de ese frío que me refrescó el cuerpo entero. Nadé hasta donde solíamos ponernos las caretas y los tubos para respirar, me hice boca arriba, flotando y con los brazos en cruz, contemplando el cielo despejado y transparente; me quedé suspendido en el pasado, en las infinitas veces que estuvimos con mi padre en ese lugar, riéndonos, bronceándonos, leyendo cada uno el respectivo libro que había traído y procurando que los otros turistas que llegaban hasta nosotros no fueran a interrumpir esas horas de tranquilidad y de reposo que tanto disfrutábamos. Mi padre, mi padre, me repetía mentalmente, y nunca como en ese momento la orfandad se me hizo tan evidente y dolorosa.

Luego salí hasta la playa, recogí mis cosas y busqué uno de los bohíos donde los nativos ofrecían comidas a los visitantes. Desayuné abundantemente y me recosté a tomar sol y a dormir, mientras empezaban a llegar las primeras lanchas con turistas del interior entusiasmados y con sus cuerpos atiborrados de bloqueador solar y bronceadores baratos. A las diez de la mañana la playa era ya un hervidero de personas que iban de aquí para allá, gritaban, nadaban, alquilaban caretas y flotadores, compraban collares a los artesanos, comían cócteles de camarones y bebían cerveza.

Me preguntaba qué iba a hacer con mi vida, maestro, para dónde iba a coger, a qué me iba a dedicar. Sabía que no tenía ganas de volverme a ir del país. No le veía sentido a estar vagabundeando con una maleta al hombro. El país estaba pasando por una época clave, luchaba por alcanzar una madurez, se resistía, y tuve la impresión de que esa vitalidad no existía en ninguna otra parte. El problema era yo. ¿Dónde conseguir un trabajo que me dejara satisfecho y que me permitiera hacer mercado y pagar un arriendo? Siempre había trabajado en fundaciones sociales y ONG, pero aquí, que era mi país, no conocía a nadie ni sabía a quién dirigirme. Pero bueno, me dije, todo a su tiempo, por ahora lo que estaba claro era que me quedaba y que sentía un gusto muy grande de escuchar los giros de lenguaje colombianos, de comer frijoles antioqueños y pescado frito con arroz con coco, y de observar las curvas y la ternura inocultable de nuestras mujeres. Tal vez había llegado el momento de sentar cabeza.

A las once de la mañana me volví a meter al agua y nadé lo más lejos que pude,

para eludir a los niños que saltaban y salpicaban agua entre risas y chapoteos. Cuando me dirigía a una de las boyas que flotaban junto a una bandera roja, escuché un gemido, una voz atragantada que intentaba gritar de manera torpe, como si le hubieran puesto un cúmulo de copos de algodón en la boca. Busqué de dónde provenía la voz y vi unos brazos que salían del agua con desesperación, como intentando agarrarse del aire. Era evidente que alguien tenía problemas y que se estaba ahogando. No pensé, no medí consecuencias ni armé ningún plan estratégico. Nadé hacia esos brazos con fuerza, exigiéndole a mi cuerpo toda la potencia de sus músculos, de sus huesos y de sus tendones, como una maquinaria a la que de repente le llenan el tanque y le cambian la velocidad. Por dos o tres segundos, esos brazos agitándose en el aire lograron sacar el rostro de una niña de unos once años que, con los ojos desorbitados de espanto, pegó un grito prolongado de auxilio. La playa se paralizó y sentí a mis espaldas que la gente acababa de descubrir a la joven en aprietos. Varias voces anunciaron que había una emergencia. Yo seguí nadando sin detenerme a contemplar la reacción de los demás turistas. Alcancé a la niña, la agarré del cabello con fuerza y la saqué a flote para que pudiera respirar, y así, nadando con un brazo y con el otro aferrado a esa cabellera juvenil, llegué hasta la parte panda de la playa, donde unos familiares de la niña la recibieron entre sollozos y lamentos. Tomé aire, descansé unos pocos segundos, y, sin decir una sola palabra, de manera automática, me dirigí de nuevo hacia el cuerpo de la niña, se la quité a las personas que la sujetaban torpemente y la tendí sobre la arena de la playa, donde le di respiración boca a boca hasta que la chiquita tosió y escupió unas cuantas bocanadas de agua. Entonces sí me recosté en la playa y respiré agitado, como si el que hubiera estado a punto de ahogarme fuera yo y no ella.

Inconscientemente, sin programarla, la memoria me trajo esa otra escena del pasado donde, en lugar de salvar a una muchacha, yo había colaborado con su muerte. Y todo mi ser convulsionó con esos recuerdos y abracé a esta niña que ahora respiraba con normalidad y que me miraba aterrada, con la muerte aún dibujada en sus pupilas infantiles, y me eché a llorar sintiendo que todo un pasado de remordimientos y de culpas atroces se me salía por la boca y por los ojos. Los curiosos hacían un corrillo a nuestro alrededor y entonces, como en una película interrumpida a la que de repente le llega el audio, escuché las frases de agradecimiento de un padre y de una madre que intentaban abrazarme y besarme. A pocos metros de esa escena donde yo era un héroe aturdido y confuso, las cenizas de mi padre descansaban en los flujos y reflujos de una realidad submarina que había estado a punto de sepultar a esa niña inexperta e inocente. Entonces supe que después de morir aquella tarde frente a una joyería de Kinari Bazar, en Nueva Delhi, yo había regresado para encontrarme con lo mejor de mí.

Y aquí termina esta carta, Vicente, ya tan larga y desordenada. No sé en qué lugar del mundo andarás ni cómo estará tu vida. Me di cuenta de que me escribiste varios mensajes breves durante algunas semanas, y que después, como yo no te respondía,

dejaste de hacerlo y desapareciste. Espero que esta carta te saque de tus dudas, y que si la lees y todavía quieres estar en contacto conmigo, me escribas y me digas quién eres ahora, dónde estás y qué está pasando dentro de ti.

Aquí me despido, maestro, sin saber qué será de mí, pero convencido de que ahora he recuperado un tesoro que perdí durante muchos años: la amistad conmigo mismo.

Extrañándote, cada día más,

Sebastián

CAPÍTULO III



BUDA BLUES

Hola, Sebastián:

Hermano, me leí tu carta de una sola sentada. No tenía ni idea de que habías pasado por tantas experiencias abrumadoras. Como no me contestabas, pensé que te habías vuelto a refugiarte en uno de esos silencios prolongados en los que sueles pasar meses sin dar explicaciones. Tu carta demuestra esa búsqueda interna que te ha caracterizado desde niño. Recuerdo que ya en el colegio, a los once o doce años, tenías problemas con los profesores porque considerabas la información de sus clases incompleta. Nada te satisfacía y siempre estabas haciendo preguntas que ellos no podían responder o con las cuales, por lo menos, se veían en aprietos. Y claro, alguien como tú tenía que terminar en la filosofía y atraído por ciertas disciplinas orientales, como el budismo. No me extraña para nada.

Lo que sí me pareció curioso fue lo que te sucedió en Playa Grande, cerca de Taganga. Eso de ir a visitar el sitio donde reposan las cenizas de tu padre y que de pronto ahí mismo, de manera imprevista, se cierre el círculo de tu vida y equilibres la balanza que hasta entonces estaba en tu contra, me pareció salido de lo común y me hizo preguntarme si los antiguos no tendrían la razón cuando estaban seguros de que las leyes que nos regían eran las leyes del destino. Porque en tu caso parecería que nada estuviera al azar y que un *fatum* gobernara cada uno de tus actos. En fin...

Vuelvo sobre mí y te pongo al día. En la última carta te decía que había hecho reservas para viajar a Tánger con unos ahorros que tenía. Sin embargo, justo unos días antes de viajar, recibí una llamada a mi celular a las dos de la mañana. Contesté angustiado, convencido de que se trataba de una mala noticia, un accidente o la muerte de algún conocido. Una voz femenina tenue, apagada, como si estuviera hablando dentro de un túnel, me dijo:

—¿Estabas durmiendo o andas desvelado?

Quedé sentado en la cama, con los ojos abiertos, lúcido y atento: era la voz inconfundible de Bárbara. Triste, sin aliento, como si llamara desde un lugar muy remoto, pero era su misma voz grave, honda, que tantas reminiscencias me traía en apenas dos o tres segundos. Procuré calmarme y no asustarla con actitudes intempestivas. Dije con la mayor naturalidad que pude:

—Estaba profundo, casi no escucho el timbre...

—¿Y estás acompañado? ¿Estás ahí con alguien?

—No, estoy solo. Tengo todo empacado.

—¿Te vas?

—Sí, creo que llegó el momento de moverme un poco.

Se hizo un silencio largo. La sentí respirar por el teléfono, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —pregunté en el mismo tono para no ir a alarmarla y que saliera corriendo.

—No, no estoy bien. Me muero por verte, aunque sea una última vez.

—¿Desde dónde me estás llamando?

—Desde un apartamento en Suba. Tendría que haberme ido ya, pero no estoy bien de salud y tengo que esperar unos días.

—¿Estás sola?

—En el cuarto de al lado está mi hija.

—¿Tienes una hija? ¿Por qué nunca me dijiste?

—La mantengo al margen de todas mis cosas. La cuida mi mamá y yo las sostengo a las dos.

—¿Quieres que vaya ahora mismo?

—Sí, te necesito. No quiero que nos separemos así.

—Dame la dirección.

—No te vayas a venir en tu carro porque aquí no hay dónde parquear. Llama un taxi.

Copié en una tarjeta de lavandería la dirección que ella me dictó y le dije que ya iba para allá. Me lavé la cara y la boca, me eché un poco de desodorante, algo de loción en las mejillas y el cuello, y me vestí de afán mientras llamaba a una compañía de taxis para que me enviaran de afán el carro que estuviera más cerca de mi casa.

A las tres de la mañana llegué a un callejón en Suba Rincón, un callejoncito peatonal con casas de ladrillo a ambos lados, y encontré el número indicado. Por un segundo se me ocurrió que podía tratarse de una trampa, que me estaba metiendo en la boca del lobo, pero no, la voz de Bárbara era sincera. Ese tipo de caídas en abismos de su conciencia las había visto antes, en dos o tres ocasiones, y daba la impresión de una mujer arrastrada por fuerzas subterráneas que no podía controlar. No alcancé a tocar el timbre cuando la puerta se abrió y ella se quedó en el umbral con una sudadera de nylon y un saco roto encima. Su rostro reflejaba muchas horas de insomnio y una alimentación deficiente. Estaba demacrada y un par de ojeras la hacían ver más vieja. Di dos pasos, la abracé con fuerza, hundí mi nariz en su cuello y me embriagué con el olor de su cuerpo, que producía en mí efectos calmantes, como si me inyectaran sedantes y todo el sistema nervioso central se relajara en cuestión de pocos segundos. Sentí que sus lágrimas me corrían por el cuello.

—Ven, entra —dijo ella cogiéndome de la mano y jalándome hacia adentro.

Cerró la puerta y volvimos a abrazarnos entre besos y caricias. Esta vez sentí su cuerpo delgado y frágil, como si la hubieran clonado en una versión más pequeña y menos voluminosa. Nos sentamos en un sofá modesto, que estaba en el rincón de un salón pequeño que hacía de sala comedor. La mantuve abrazada y dejé que los segundos pasaran. No quería iniciar la conversación porque temía comportarme como un novio celoso y me desagradaba que de pronto me diera por asumir un tono de interrogatorio policial. Así que preferí no decir nada y esperar que ella hablara. Al fin

y al cabo, yo no había llamado.

—Tenía que verte —dijo Bárbara por fin, escapando a mi abrazo y trenzando sus manos con las mías.

—¿Estás enferma?

—En un par de días estaré bien. No es nada grave —y otro silencio se impuso entre nosotros. Me di cuenta de que estaba intentando cobrar algo de aplomo para hablarme con absoluta sinceridad. A través de una cortina barata nos llegaba la luz plomiza de una bombilla eléctrica—. Este mes no me llegó la regla, me hice un examen y descubrí que estaba embarazada. Un error fatal, lo sé. Aborté ayer.

Tomé aire. Se me había olvidado lo que era estar cerca de Bárbara. Si tuviera que usar una imagen para describírtelo, Sebastián, sólo se me ocurre una: estar caminando por un paisaje de indescriptible belleza y de repente sentir que te acabas de caer en un lodazal de arenas movedizas y que empiezas a hundirte sin tener de dónde agarrarte.

—Siempre usamos condón —aseguré con calma, para que no fuera a sonar al reclamo de un marido engañado.

—Quedé embarazada de otro hombre, Vicente. Un español. Creí que era suficiente con usar pastillas, y no, me equivoqué. El tipo disfrutaba mucho viniéndose dentro de mí.

Sí, las arenas movedizas me seguían succionando y sentí que me iba a morir ahogado. No dije nada para ahorrar fuerzas. Sabía que las iba a necesitar.

—Tengo que decirte la verdad —siguió diciendo ella sin soltarme las manos—: el español estaba involucrado entre los apostadores de ruleta rusa. Nos infiltramos para estar seguros del golpe que estábamos planeando. Lo mejor era estar cerca y que no fueran a sospechar nada. Por eso decidimos que convertirme en su amante era una estrategia infalible. Y no me vayas a preguntar si gozaba o no, porque sabes bien que sí, que al mismo tiempo yo disfrutaba de la situación. Pero lo hacía porque sabía que lo iba a matar.

Asentí. Si soltaba el aire que había guardado en los pulmones, tal vez lograra ganar algo de tiempo. Seguí buscando con los pies un apoyo para no hundirme del todo.

—Yo no vine a recriminarte nada. Entendí hace mucho que tú lleras tu vida a tu antojo y sin rendirle cuentas a nadie.

Bárbara me agarró las manos con fuerza y me miró a los ojos de frente, sin bajarme la mirada ni una sola vez mientras me decía:

—Me acosté con muchas personas, sí, pero sólo te quería a ti. Nadie me trató nunca como tú. No puedo evitar que detrás de la mujer intensa y arriesgada haya una joven pobre y pueblerina que disfruta con la decencia de un hombre como tú, de buenos modales, inteligente, educado y de una dulzura que me desarmó desde el principio.

Ya estaba cerca. Tal vez si aguardaba un poco más, lograría sacar la cabeza y salvarme.

—Al Maestro lo admiré, lo respeté, pero jamás lo quise. Era un sentimiento de gratitud por haberme elegido para estar a su lado, pero era un hombre silencioso, amargado, egoísta, que tarde o temprano me hacía a un lado para disfrutar de su soledad. Contigo experimenté por primera vez la sensación de que era necesaria para alguien no sólo por el sexo, sino porque mi compañía era indispensable y hacía feliz a ese alguien. Y quiero pedirte perdón, quiero que sepas que te amo, que daría lo que fuera por quedarme a tu lado y que fueras el padre de mi hija.

Bárbara se estremeció y me abrazó con fuerza. Su llanto callado me humedecía el cuello. Sentí que me apoyaba en piso firme y que por fin tomaba bocanadas de aire fresco que me salvaban la vida. Ahora fui yo el que la miró a los ojos con seguridad:

—Disparaste esa noche, ¿verdad?

—Cargué los revólveres de todos los participantes y deje un arma y un cartucho de municiones para mí. Lo primero era eliminar a los guardaespaldas y a la gente de seguridad, que por fortuna no eran muchos. Luego, entre la confusión y el miedo, teníamos que acorralar a los apostadores y dispararles en órganos vitales para estar seguros de no dejar sobrevivientes. Como lo supuse, la mayoría de los jugadores se amedrentó y no fue capaz de actuar según lo previsto. De los doce participantes, sólo cuatro se comportaron a la altura: Chicholina, Jaime Sandoval, el pintor Cristian Monroy y el viejo Enrique Salamanca. Los demás se quedaron con el revólver en la mano, muertos de pánico. Así que tuve que entrar a la escena y ayudarles a los cuatro que se estaban encargando de todo. Si quieres saber si yo maté al español, sí, lo hice; lo perseguí hasta un rincón, y cuando se puso a llorar y a pedir clemencia, le dije que me mirara, le puse el revólver en la frente y le volé la cabeza. Quedé manchada de sangre y de sesos hasta el día siguiente, cuando pude bañarme con agua, champú y jabón...

Bárbara se quedó callada cuando sintió un ruido en el segundo piso de esa casita modesta.

—Mi amor, ¿eres tú? —preguntó cambiando el tono de su voz—. ¿Te levantaste?

Una niña apareció en las escaleras con una pijama rosada de ositos y restregándose los ojos. A diferencia de Bárbara, que como ya te dije es morena y de rasgos un poco aindiados, la chiquita era blanca, de ojos color miel y con unos rizos rubios hasta la espalda.

—No puedo dormir —dijo la niña con su entonación infantil.

—Mira, Valentina, él es Vicente, un amigo. ¿Te acuerdas de que te había hablado de él?

La niña terminó de bajar las escaleras, se paró frente a mí y me preguntó todavía con los ojos cerrados a medias:

—¿Tú eres el que tiene un escarabajo amarillo? ¿Cuándo me vas a invitar a dar una vuelta?

—Cuando quieras. El escarabajo lo vendí, pero luego compro otro. Nos ponemos de acuerdo y listo.

Bárbara se levantó y la cogió de la mano.

—Bueno, vamos a acostarnos. Mañana tienes colegio y tienes que levantarte temprano. Despídete de Vicente.

Le di un beso en la mejilla y le dije con un afecto extraño, inmediato, que no sabía de dónde me brotaba:

—Que duermas bien, corazón. La próxima vez traigo mi cacharro y nos vamos a comer un helado.

La expresión «cacharro» la hizo sonreír y desapareció por las escaleras cogida de la mano de su mamá. Me quedé unos minutos solo en esa casa pequeña donde estaba el lado iluminado y diáfano de la vida de Bárbara. No sabía por qué me sentía tan atraído por esta mujer y su vida intensa y completamente salida de lo normal. Perdido entre mil disquisiciones que se me agolpaban en la cabeza, me dije que lo peor de una sociedad como la nuestra es que nos enseña a relacionarnos con la misma clase social o hacia arriba, pero nunca nos incita a depositar nuestras amistades y nuestros afectos en clases sociales que estén por debajo. El clasismo lo aprendemos en la casa, en el colegio, en la publicidad, en las telenovelas, en el cine. Y uno de los puntos que más me gustaban de mi relación con Bárbara era que ella me conectaba con ese otro país desolado y marginal que yo sólo conocía por tratados de sociología, encuestas y cifras institucionales. Mi educación y mi clase me habían enclaustrado y me habían enseñado a observar desde lejos esa realidad caótica en la que se hundía de mala manera la mayoría de mi gente, pero jamás me habían acercado a ella ni me habían incitado a compartir a su lado experiencias afectivas intensas y significativas.

Bárbara bajó las escaleras e interrumpió esa cadena de pensamientos desordenados que conformaban un monólogo que siempre tenía la misma conclusión: que estaba enamorado y que esa mujer me fascinaba más allá de toda explicación.

—Es preciosa —dije al recordar a la niña y sus expresiones angelicales.

—Es hija del Maestro —afirmó Bárbara sentándose de nuevo a mi lado.

—¿Qué? ¿De Rafael? —pregunté perplejo.

—Esto no lo sabe La Organización. Yo me desaparecí durante el embarazo y tuve a la niña en otra ciudad. Luego la dejé con mi mamá y nadie se enteró, ni siquiera el Maestro. Siempre me dio miedo de que me la quitaran o que la involucraran en un mundo del que prefiero que se mantenga apartada.

—¿Valentina es mi prima? —dije recordando de pronto que, en efecto, una rama de mi familia paterna era rubia, blanca y con los ojos claros.

—Lo que yo quisiera es que algún día fuera tu hija.

Bárbara me abrazó y me besó. No sé cómo explicarte, Sebastián, la cantidad de sentimientos encontrados que esa situación me generaba. Por un lado, estaba encantado con la declaración de amor de Bárbara, con su sinceridad brutal, con la niña y con el descubrimiento de que contaba con un pariente cercano al que me gustaría proteger y cuidar. Y por otra parte, tenía la certeza de haber sufrido tanto junto a esa mujer, de haberme arrastrado durante semanas y meses por laberintos

nauseabundos que me habían dejado herido y exhausto, que era consciente de que lo mejor para mí era escapar de ella y fundar una nueva vida lo más lejos posible. Menos mal no tuve que tomar ninguna decisión, porque ella me dijo a manera de despedida:

—Ahora no podemos definir nuestra situación, Vicente. Yo tengo que viajar en unos días y cumpliré una última misión. Después, si tú estás de acuerdo, pienso escaparme y desaparecer. Tú también tienes tu viaje preparado. Así que comuniquémonos por internet, mantengámonos en contacto permanente, y cuando yo esté lista te aviso y tú me cuentas si estás dispuesto a vivir conmigo y con Valentina. Quiero que ella tenga un hogar y que crezca cerca de alguien como tú. Mi madre me la enviará adonde yo le ordene. Mientras tanto, tú vas organizando tu vida y tus ideas. Sé que necesitas tiempo para pensar una propuesta tan directa.

Preferí guardar silencio, nos besamos una última vez, me puse de pie y le dije agarrándola por los hombros:

—Sabes bien mis dos correos electrónicos. Estaré pendiente de cualquier mensaje tuyo. Asegúrate de que a Valentina no le vaya a pasar nada.

—Te lo prometo —respondió ella con los ojos otra vez llenos de lágrimas.

—Te amo, Bárbara, no lo olvides —afirmé estrechándola entre mis brazos; luego abrí la puerta y salí al callejón con las fuerzas renovadas, como si esa cita clandestina me hubiera inyectado una extraña energía renovadora.

Lo primero que hice al día siguiente fue cambiar el destino de mi viaje. Ya no quería irme tan lejos ni perderme entre barcos y trenes donde se hablara un sinfín de lenguas extranjeras. Quería estar fuera, sí, y descansar y repensar lo que sería mi vida de allí en adelante. Pero esa visita a la casa familiar de Bárbara me hizo darme cuenta de que yo tenía un vínculo muy fuerte no sólo con ella, sino ahora también con su hija, mi primita de seis años que era el único ser sobre el planeta que llevaba mi sangre. No quería gastarme la plata de modo irresponsable y después, cuando me llegara el mensaje de Bárbara, estar en la calle y sin saber cómo protegerlas. Así que cambié el tiquete hacia Río de Janeiro (lo cual me costó una multa de cien dólares), hablé con mis amigos de la fundación y ellos me contactaron con un funcionario de la sede brasileña que se encargaría de conseguirme un apartamento modesto a buen precio. Me pareció magnífico tomarme unas vacaciones, leer, ir a la playa, pero al mismo tiempo estar alerta y listo para recibir a mis dos mujeres, proponerles quizás a los de la fundación en Río que me dejaran trabajar con ellos y empezar una nueva vida, esta vez con el firme propósito de alcanzar una paz espiritual que hasta entonces me había sido negada.

El día en que salí de Bogotá tuve la certeza de que no iba a volver, al menos durante un tiempo prolongado. No sé por qué esas intuiciones nos llegan de una manera tan contundente. Desde que crucé el muelle internacional supe que pasarían muchos años antes de que yo decidiera regresar, si es que algún día lo hacía. Para un hombre sedentario y rutinario como yo, esa sensación me atemorizó ligeramente y me

hizo dudar por un segundo de si estaba tomando el camino correcto o no. Pero ya era muy tarde para dudas, así que le entregué el pasabordo a uno de los empleados de la aerolínea, caminé por la rampa junto a los otros pasajeros y entré en ese avión que me llevaría al encuentro de un hombre que tenía mi cara y que se llamaba igual que yo, pero que era mejor persona.

Mis primeras semanas en Río fueron las típicas de un turista cualquiera. Me la pasaba en las playas de Ipanema y Copacabana, subía cada fin de semana hasta el cerro del Corcovado y me tomaba fotografías junto al Cristo Redentor, visitaba la laguna Rodrigo de Freitas, me preparaba un par de sándwiches y me iba de pícnic al parque público Aterro do Flamengo o al Jardín Botánico, y caminaba interminablemente por la avenida Atlántica disfrutando de la brisa y del sonido del mar llegando ola tras ola a la playa donde los turistas pasan horas enteras bajo el sol carioca. Los de la fundación, en un principio, me habían conseguido un apartamento en Leblon, al sur de la ciudad, frente a la playa del mismo nombre, un sitio exclusivo y muy bello donde no me sentí a gusto entre turistas extranjeros y vecinos adinerados que parecían no darse cuenta de los altos niveles de exclusión social que vive nuestro continente. Así que a los pocos días les pedí a mis nuevos compañeros brasileños que me arrendaran una habitación en una de las sedes de la fundación en la parte baja del barrio Rosinha, desde donde se levanta la favela que se llama igual y que es la más grande de toda América Latina. En mi nuevo hogar me sentí de maravilla, y aunque no trabajaba y me mantenía en mi ritmo de vagancia lúdica, de todos modos me enteraba de los problemas de la fundación y de vez en cuando colaboraba dando opiniones o proponiendo soluciones a los conflictos. Eso me mantenía alerta y con un pie en la realidad.

Todos los días revisaba mi correo en busca de un mensaje de Bárbara, y nada, no llegaban noticias suyas. Hasta que me cansé de esa ansiedad que me estaba angustiendo (me acercaba a los cafés internet dos o tres veces en un solo día), y decidí que no podía depender de ese comunicado y que lo mejor era empezar a trabajar cuanto antes. Muy cerca de la sede de la fundación donde yo me quedaba había una casa pequeña con un letrero al frente: «Surfing Favela». Era un programa dirigido a los jóvenes de la parte alta de la favela, para aprender surf gratis y con tablas conseguidas por medio de donaciones de turistas que, después de conocer el trabajo social que se hacía, dejaban su tabla gustosos. Estaban practicando por lo menos unos treinta chicos cuyo sueño principal para vencer la miseria era llegar a ser grandes deportistas y poder competir en torneos internacionales. Yo los veía por la mañana y al cerrar la tarde, subidos sobre la tabla, recibiendo instrucciones de un entrenador que no pasaba de los treinta años de edad. Dejaban sus cuadernos y sus lápices al llegar de la escuela, pasaban por la sede para recoger su tabla y se iban derecho para la playa a practicar. Era emocionante ver a esos muchachos, algunos de ellos incluso niños, elevados sobre las olas y surcando el mar a altas velocidades. Sus semblantes resplandecían y sus ojos cobraban un matiz agresivo, intenso, como si

supieran que su única salida era justamente esa, alcanzar un perfecto equilibrio en medio de la adversidad de los elementos, como cuando tenían que correr por los intrincados laberintos de Rosinha con la policía pisándoles los talones para interrogarlos en busca de información. Era emocionante verlos con sus cuerpos atléticos y bien adiestrados, saliendo o entrando de la favela con su tabla de surf bajo el brazo, riéndose y empujándose unos a otros entre bromas y canciones de hip-hop que tarareaban en grupo.

Les dije a los de la fundación que sería interesante vincularse a ese programa en otras favelas y brindarle apoyo al entrenador para que reclutara a otros chicos que, en lugar de convertirse en correos humanos para los pequeños capos de la ciudad, se volvieran más bien unos deportistas disciplinados, dispuestos a ganar premios en las próximas competencias que se abrieran en las playas aledañas. Los de la fundación me dijeron que ya lo habían pensado, pero que les faltaba gente preparada para encargarse de una sede nueva (y mientras me lo decían se sonreían, como incitándome con su actitud a participar de lleno en la idea). Les dije que me encantaría trabajar con ellos y de inmediato se armó una algarabía, me abrazaron, me dieron palmadas en la espalda y me confesaron que estaban contando los días para acercarse a mí y proponerme que me vinculara a la fundación. No lo habían hecho porque me veían distante, ensimismado, y sabían, por los amigos de Bogotá, que yo estaba pasando por una especie de crisis personal y laboral muy profunda. Les dije que me había cansado de estar en crisis, que no quería seguir pensando sólo en mí y que lo que necesitaba, y de manera urgente, era trabajar y comprometerme con un proyecto de gran envergadura.

Después de revisar varios barrios marginales de Río, decidimos, de común acuerdo, que abriríamos una casa de la fundación en la favela Vila Joaniza, cerca del aeropuerto de la Isla del Gobernador. Hablé con el entrenador de Surfing Favela y me dijo que tenía un par de jóvenes, de veinte y veintidós años, que habían practicado con él y que estarían dichosos de trabajar con nosotros por un sueldo mínimo; de esta manera, además, garantizábamos continuidad y apoyábamos a aquellos que ya estaban un poco mayores. Por otro lado, nos asegurábamos también de que los neófitos de Vila Joaniza respetaran a sus nuevos entrenadores, pues venían de la misma marginalidad y conocían de primera mano los peligros y las tentaciones de cualquier muchacho en los cordones de miseria. Me pareció una oferta perfecta, llamamos a los dos jóvenes y se pusieron felices de saber que tendrían un trabajo fijo y que, de paso, podrían ayudar a otros niños y adolescentes como ellos. Les ofrecí un sueldo un poco más alto que el mínimo, más las prestaciones legales de rigor y alguna bonificación en caso de que logaran clasificar a sus discípulos en las competencias del año siguiente. Celebramos con una fiesta en la nueva casa y bebimos ron y caipirinha hasta el amanecer, cuando bajamos a la playa y nos prometimos que no nos íbamos a amedrentar pasara lo que pasara.

Ahora, para explicarte bien cuál es mi trabajo con esta comunidad tengo que

aludir a un concepto básico que no sé si conoces: resiliencia. El término, originalmente, se refería a la física, a la cantidad de energía que un material es capaz de soportar antes de comenzar a deformarse. El ejemplo ideal eran los cables submarinos y otros de este tipo que aguantan altas temperaturas y presiones submarinas sin perder su forma y su consistencia. En 1970, Michael Rutter lo aplicó a la mente humana al estudiar la capacidad que tienen algunas personas de recobrase después de haber sido sometidas a altas presiones. Y finalmente el etólogo Boris Cyrulnik se dedicó a estudiar los sobrevivientes de los campos de concentración, los niños de orfanatos rumanos y los gaminos bolivianos, y llegó a la conclusión de que la resiliencia era un comportamiento clave en sociedades que tienen que pasar por experiencias negativas y traumáticas. De hecho, después de catástrofes que azotan grandes comunidades, los equipos de ayuda clasifican con rapidez a los sujetos en prorrresilientes y no resilientes, es decir, aquellos que aguantan la presión sin perder su equilibrio interior (muchos de ellos incluso salen fortalecidos), y aquellos que se deshacen y se desmoronan ante el estrés, el dolor y la pérdida. En nuestras sociedades latinoamericanas hay casos extraordinarios de niños resilientes en barrios marginales y comunidades segregadas, niños cuya capacidad de vida y de alegría parece indestructible. Recuerdo el caso de una favela aquí en Río que se inundó en invierno y se vinieron abajo algunas de sus casas. Los organismos de socorro tuvieron que llevar a los sobrevivientes a un estadio de fútbol cercano. La gente estaba desesperada, muchos de ellos en shock, y de repente un psicólogo de nuestra fundación vio a un niño de unos ocho años, que había quedado huérfano, con un balón de fútbol en un rincón del estadio. No tenía casa, sus padres y sus hermanos habían muerto, estaba sin desayunar y sin almorzar, y el pequeño se puso a hacer una veintiuna con el balón. Eso es resiliencia, una misteriosa fuerza que tienen algunos sujetos y que impone la jovialidad por encima de cualquier adversidad.

Otro de los casos más conocidos es el de Garlitos, un niño carioca que sorprendió a unos investigadores cuando descubrieron que vivía solo en un lote abandonado, que no tenía ningún familiar vivo, que mendigaba en la calle y que transportaba alimentos en la plaza de mercado, que nunca había tenido acceso a la escuela y que, sin embargo, era un niño feliz, sonriente, que en sus horas libres se la pasaba jugando fútbol y nadando en la playa. Cuando los psiquiatras y los trabajadores sociales ahondaron en la vida de Garlitos, se dieron cuenta de que parte de la audacia de ese niño había estado en crear lazos muy fuertes con la comunidad que lo rodeaba. Les llevaba el mercado a sus vecinos ancianos, tenía un grupo de amigos muy cercanos, los vendedores de la plaza lo querían y lo protegían, e incluso la relación con su perro, un animal callejero que andaba con él para arriba y para abajo, le brindaba una seguridad afectiva a toda prueba. Es decir, parte de la resiliencia de Cariños estaba en las amistades que había creado, lo cual indicaba que aquel que es capaz de multiplicarse en otros hasta construir un nosotros es mucho más fuerte que aquel que se queda atrapado en la insignificancia de un yo. Uno de los grandes problemas de la

vida contemporánea, con su individualidad excesiva, es que aísla a las personas hasta debilitarlas y muchas veces matarlas. La resiliencia es, entonces, la capacidad de resistir a ese aislamiento y de regresar a las viejas reglas de la tribu.

Bueno, mi trabajo, que se inició en Bogotá y que ahora estoy cumpliendo aquí, en Río, consiste en multiplicar y aumentar la resiliencia de los chicos que entran al programa. No sólo propiciamos la práctica deportiva, sino que hemos abierto talleres con profesores que vienen a dictar cursos para ellos, y la fundación, que se sostiene gracias a un fondo de las Naciones Unidas, también apoya la escolarización de estos chicos, pues se ha comprobado que a mayor cantidad de conexiones mentales y creativas que tenga un individuo, mayor es su resiliencia. La capacidad de elaborar el dolor está ligada a la cantidad de elementos que tengamos en el cerebro para llevar a cabo satisfactoriamente ese proceso.

Como te puedes dar cuenta, si tú buscas por el lado del budismo, del vacío y de la ausencia de ego, yo me regreso al neolítico, a los lobos y a los elefantes, e intento que estos chicos superen su marginalidad haciendo tribu, jauría o manada, y que resistan de esta manera la persecución, la pobreza y la opresión de un sistema que será cada día más fuerte en la medida en que logre aislarnos a todos en pequeñas islas incomunicadas.

Lo curioso es que, apenas empecé a trabajar en la nueva sede y me entregué de lleno a organizar la casa, a reclutar a los jóvenes y a preparar a los entrenadores, recibí el primer mensaje de Bárbara. Decía así:

Vicente:

No sé cómo agradecerte tu visita esa noche. No habría podido soportar el viaje, alejarme de mi hija y seguir metida en esta locura de muerte y aniquilación, si no te hubiera visto y no hubiera percibido en tus ojos el brillo del perdón. Gracias por tanta nobleza.

Tengo que cumplir un último trabajo, pero ya no soporto la idea de tener que volver a matar. No quiero. Estoy cansada de destruir. Necesito comenzar a construir.

Estoy en un país vecino y tengo todo arreglado para que Valentina viaje apenas yo pueda escapar. Tú me dirás si estás dispuesto a vivir con nosotras dos. Sabes bien que conseguiré un trabajo lo más pronto que pueda y que no será una carga para ti. Si durante este tiempo has hecho una nueva vida o has conocido a alguien más, por favor dintelo para yo planear mi vida y la de mi hija en otra dirección. No te vayas a sentir culpable por eso. Suficiente ha sido aguantarme todo este tiempo. Y si estás de acuerdo y quieres compartir tu vida con nosotras dos, entonces tienes que irte preparando. En un mes exacto te volveré a escribir.

Te sigo amando con la misma fuerza de siempre.

Tuya,

Bárbara

Le contesté de inmediato diciéndole que estaba decidido a renacer al lado de ella y de la niña. Le expliqué que estaba trabajando en una filial de la fundación en Río y le anoté la dirección y los teléfonos. Para terminar, escribí una frase redonda: «Ustedes dos son mi única familia».

Te podrás imaginar lo que fue ese mensaje. La frase «estoy en un país vecino» me torturó durante horas enteras, pues no podía dejar de imaginarme que quizás ese país fuera justamente éste, Brasil, y que mientras yo estaba concentrado en el programa de Surfing Favela, Bárbara se encontrara por estas mismas calles organizando atentados, secuestros o extorsiones. Pero no, imposible, eso habría sido demasiada coincidencia. Sin embargo, la sola posibilidad me obsesionó durante días y me hizo verla en muchas de estas mujeres cariocas, de caderas anchas, culo redondo y perfecto, y piel morena que parece mezclada con café, canela o chocolate.

No sé si sabrás (has estado mucho tiempo alejado de nuestro continente) que la realidad de una favela brasileña se parece mucho a la de una comuna en Medellín o a cualquiera de los barrios de Ciudad Bolívar. Los traficantes de drogas dominan el paisaje, con sus fuertes sumas de dinero que todo lo contaminan y lo corrompen. Con el agravante de que aquí no han detectado los problemas con la misma claridad con la que los detectaron las últimas alcaldías de Medellín o de Bogotá. Eso supone que los traficantes lograron crear ya redes muy seguras de correos humanos (entre los cuales hay un número significativo de menores de edad), armaron ejércitos privados que cuentan con granadas, metralletas, pistolas, chalecos y explosivos plásticos de última generación, y además abrieron locales de comidas rápidas, restaurantes, bares y discotecas donde lavan todo el dinero sucio de las drogas. Te podrás imaginar, entonces, que los niños y los adolescentes de estos barrios no admiran a sus músicos, a sus pintores, a sus científicos ni a sus intelectuales, sino que crecen admirando a los capos que consiguen fortunas en poco tiempo y que llegan de pronto a la favela con camioneta nueva, ropa de marca y celulares con diseños futuristas. Una sociedad en donde se ha tolerado el narcotráfico va creando unos ciertos valores que se arraigan con rapidez (no lo sabremos nosotros...): dinero, poder, ostentación, crueldad, picardía criminal y dureza de carácter. Se admira a los capos que han sido capaces de alcanzar un gran capital a punta de saberse imponer por medio de la fuerza, a los que se han enfrentado a la policía y han salido airoso, y que después regresan a sus barrios con cadenas de oro y relojes Rolex que exhiben con orgullo. Un niño de una favela jamás quiere ser astronauta, médico o artista, como en otros países. Quiere cambiar de barrio, hacer mucho dinero rápidamente y vivir como los narcos que ha visto y que conoce de cerca. Ese desprecio por la educación y la cultura quizás sea la peor herencia del negocio de las drogas, porque el verdadero capital de un país es su inteligencia. Mientras más dinero ilegal generamos, en realidad más pobres somos, porque somos más brutos. Con este panorama ya supondrás lo difícil que es cambiar esa escala de valores y encaminar a los muchachos hacia los libros, el deporte y la disciplina, valores que están muy lejos de la lógica narcotraficante. No obstante, a las

pocas semanas de trabajo ya teníamos más de cincuenta estudiantes en el programa, todos entusiasmados y decididos a salir adelante. La verdad es que no podía quejarme.

Entre esos jóvenes me sorprendió el caso de Joan Pereira, una muchacha de nueve años que había pasado los últimos cinco en tratamientos psiquiátricos que habían fallado estruendosamente. Joan estaba convencida de que era un ser extraterrestre que había venido a la Tierra en misión de exploración y a recoger pruebas y testimonios que más adelante serían claves en X356, un planeta perteneciente a la constelación de Alfa del Centauro al cual tendría que regresar tarde o temprano. Su madre, una lavandera miserable y sin ninguna educación que la había llevado a hospitales estatales en busca de una curación, solía decir que ya no podía más, que estaba cansada de hacerla entrar en razón y que la verdad era que su hija podía creer lo que le diera la gana porque a ella le daba lo mismo. Según sus propias palabras, estaba a punto de enloquecerse si seguía luchando contra Joan. El día en que la matriculó en el programa fue gracioso porque la llevó cogida de la mano y, cuando entró a mi oficina, me dijo empujando a su hija un paso hacia delante:

—Aquí le traigo este extraterrestre. No sé si en su planeta harán surf o no, pero estoy segura de que le vendrá bien entrar al programa.

La niña estaba callada y miraba el piso avergonzada. No sé por qué en sus ojos y en su actitud vi unos gestos que me recordaron a Valentina, mi pequeña prima que seguramente seguía en Suba esperando la orden de su madre para que su abuela la llevara al aeropuerto y así poder escaparse del país en secreto. Joan hacía pucheros y llevaba colgado atrás, en la espalda, un morral con la figura de Barney, el dinosaurio infantil.

—¿Qué dices tú? —le pregunté sonriéndome para que se diera cuenta de que no me molestaba su teoría.

Muy seria, casi altiva, Joan me respondió sin moverse de su sitio:

—En X356 no conocemos el mar así como aquí. Hay conductos de agua subterráneos. Pero aprenderé rápido.

Por un momento se me cruzó por la cabeza la figura de Don Quijote combatiendo contra gigantes y enfrentando ejércitos multitudinarios, y recordé que alguna vez un profesor mío había dicho en clase con su voz enérgica: «Don Quijote nunca está loco. Lo que hace es transformar la realidad mediante un ejercicio extremo de su voluntad. Así como hacen los niños. Si concluimos que él está loco, tendríamos entonces que encerrar a los niños cuando en los parques convierten un pasamanos o un columpio en fuertes atacados por indios o piratas». Sí, ese hombre tenía toda la razón. ¿Qué es la realidad? ¿Por qué es mejor ser brasileño que venir de X356? Decidí que no iba a ser yo la persona encargada de censurar y mutilar la imaginación de la pequeña Joan. Así que le dije con la misma seriedad con la que ella me hablaba:

—¿En X356 está prohibido estudiar y hacer deporte de lunes a viernes?

—No hay semanas como aquí. Medimos el tiempo de otra manera. Pero no, no

está prohibido. Son seres avanzados de gran inteligencia.

—Perfecto. Entonces estás aceptada y espero que en los reportes que envíes a tu planeta les digas que yo soy una buena persona.

Joan sonrió por primera vez y se acercó hasta mi escritorio, como si fuera un adulto, y me estrechó la mano.

A partir de ese día, Sebastián, pasé mañanas y tardes inolvidables junto a esa niña que había construido a su alrededor una realidad asombrosa que siempre conservaba un eje coherente. Para todo tenía una respuesta perfecta, que se ajustaba a su interpretación de que era un ser interplanetario que había venido a la Tierra en misión de reconocimiento. No se salía de su versión ni se desdecía. Aseguraba que cuando cumpliera cincuenta años terrícolas, una nave llegaría por ella y regresaría a X356 para rendir un informe completo de lo que había sido su experiencia como humana. Eso implicaba que tenía que estudiar, casarse, trabajar, tener hijos e intentar llevar una vida como cualquiera, pero sin olvidar que todo se trataba de un experimento y que lo importante era tomar nota para después explicar a los suyos cómo era la vida en nuestro planeta.

—¿Y llevas un diario o algo así? —le pregunté en un tono neutro, tomándome sus explicaciones muy en serio.

—Sí, ya tengo varios cuadernos llenos de notas de cómo es aquí la gente. Estoy escribiendo un capítulo sobre mi nueva experiencia en la fundación —me dijo ella con ese aire docto que solía emplear en sus conversaciones con adultos.

Una tarde, de regreso de la playa, nos vinimos conversando juntos. Ella traía su tabla bajo el brazo.

—¿Cómo es X356, Joan? ¿Hay atardeceres, la comida es tan rica como la de aquí y la gente es como nosotros? —le pregunté como si quisiera informarme.

—Somos distintos —contestó ella ladeando un poco la cabeza—. Más altos, delgados, con la cabeza grande. Hace muchos años una nave de nuestro planeta se quedó atascada en la Tierra y no pudo regresar. Ese es el origen del hombre. Por eso se habla de gigantes en la antigüedad. En realidad, somos nosotros. Pero ahora queremos saber qué pasó y por qué la humanidad no evolucionó como en nuestro planeta. Por qué hay tantas guerras, muertes y continentes enteros con hambre... A nosotros no nos sucedió esto.

—¿Y tú serás la encargada de ese reporte?

—No sólo yo. Somos siete. Hay uno en España, otro en África, otro en China, otro en Nueva York, otro en México, otro en Australia y yo aquí, en Brasil. Cuando cumplamos cincuenta años terrícolas llegará una nave por nosotros y todos regresaremos a informar de nuestras experiencias.

—Y por ejemplo, Joan, si llegado el caso te sucede un accidente o te matan antes de que cumplas los cincuenta años, ¿qué pasará contigo?

—Eso no puede suceder. Yo no moriré. Cuando llegue la nave por mí, me meterán en una máquina especial y recobraré mi figura original.

—¿Tienes un nombre especial en tu planeta?

—Te lo digo pero si me prometes que no te vas a reír.

—Lo prometo.

—Rij 117.

—Me gusta. Tiene una especie de poesía intergaláctica.

—Ojalá todo el mundo pensara como tú —dijo esperanzada Joan mientras llegábamos a la fundación y ella acomodaba su tabla en un lugar donde estaba escrito su nombre.

Así tuve varias conversaciones con ella y me fascinaba la forma como se deslizaba por entre las preguntas con gran soltura, sin chocar, sin alterarse, afirmando su verdad con naturalidad.

Una noche me encontré a la mamá de Joan empezando a subir la cuesta principal de la favela. La saludé con cierta deferencia y le pregunté si podía entrar a la fundación y tomarse un café conmigo. Me dijo que sí y nos sentamos en mi oficina, mientras afuera la gente regresaba a sus casas después de una dura jornada de trabajo.

—¿Desde cuándo Joan asegura que es una extraterrestre? —pregunté alargando la mano para entregarle una toza de café humeante.

—Cuando ella tenía cuatro años mi marido nos abandono —contestó la mujer recibiendo la taza y haciendo un gesto con la cabeza para darme las gracias por el café—. En un principio pensé que lo habían metido preso o que lo habían asesinado. Después descubrí que no, que tenía otra mujer más joven que yo y que se había ido con ella. Le conté la verdad a Joan y me desahugué con mi hija, que era y sigue siendo mi única compañía. A los pocos días empezó con el cuento de que un día regresaría a su planeta. No sé de dónde sacó eso. De algún programa de la televisión, supongo.

—¿Usted no ha vuelto a casarse?

—No me quedaron ganas.

—¿Y el papá de Joan nunca la visita ni le manda regalos para Navidad o para el cumpleaños?

—No, señor. Ya tiene otro hijo con esa mujer y hace poco la volvió a dejar embarazada. No he querido contarle eso a Joan para no afectarla más.

—Es muy inteligente y va muy bien en el programa.

—En la escuela es la número uno de su clase, pero no he podido hacerla entrar en razón. Me da tristeza que cuando le da por contar sus cuentos del planeta X356, los demás compañeros se ríen y se burlan de ella.

—No creo que sea un caso para un psiquiatra cualquiera. Tengo la impresión de que es para una psicóloga muy sensible y que maneje terapias alternativas. Pero por ahora dejémosla tranquila, se ha adaptado muy bien al programa y los demás compañeros la quieren mucho. Supongo que en la medida en que vaya creciendo, irá superando el trauma del abandono. Por ahora su historia le ayuda mucho a aguantar tanto dolor. Es una herramienta y a veces en la vida hay que agarrarse de lo que sea

para no caerse.

—Ella dice que usted es la persona más especial que ha conocido. Se ha encariñado mucho.

—A mí me pasa igual. Es una niña magnífica.

Terminamos el café y nos despedimos con apretones de manos y abrazos. Me quedé pensando en los cincuenta años de plazo que se había dado Joan para poder ir más allá del sufrimiento que su padre le había causado. Ese lapso implicaba la dimensión de su pena.

Otro día, durante los entrenamientos, le dije a Joan que la invitaba a almorzar el domingo.

—¿En la fundación?

—Sí, estaremos los entrenadores y yo. Voy a cocinar algo especial. No soy tan malo.

—Voy a pedirle permiso a mi mamá, porque ese día tengo que ir a la iglesia.

—Puedes ir después de la iglesia.

En efecto, después de sus obligaciones religiosas, la madre de Joan pasó por la fundación ese domingo y dejó a la niña, que estaba muy entusiasmada con la invitación. Me ayudó en la cocina, hicimos juntos una torta, nos reímos y al final de la tarde le entregué, bien empacado en papel regalo, un libro de Tintín en portugués que había comprado para ella especialmente.

—¿Para mí? —preguntó la niña sorprendida.

—Sí, vas muy bien en el programa y estoy muy orgulloso de ti.

Joan lo abrió y se quedó mirando la carátula con los ojos bien abiertos: «Tintín en el Tíbet».

—Esto debe ir en tu informe para X356 —le dije con una sonrisa—. Los de tu planeta tienen que conocerlo.

Joan asintió y de pronto hizo algo inusual en ella, que por lo general guardaba las distancias con sumo cuidado: se acercó a mí, me abrazó y me estampó un beso en la mejilla.

Así fueron pasando quince días y yo contaba cada segundo para recibir el mensaje de Bárbara. ¿En qué andaría metida? ¿Sería capaz de escaparse de una organización que la consideraba uno de sus elementos principales de lucha? ¿Sería cierto que por fin íbamos a vivir juntos? Cómo sería el temperamento de Valentina: ¿me recordaría a Rafael, a mi padre o a mí mismo? Y también, para que lo tengas claro, pensaba en ti, Sebastián, y te escribí varios mensajes que sólo hasta ahora sé por qué no contestaste.

El único amigo cercano que hice en este tiempo fue uno de los entrenadores, Rubem Pereyra, un joven mulato de veintidós años muy afectuoso con los niños, que vivía en una habitación alquilada en la parte media de la favela, a pocas cuadras de la fundación. La primera vez que lo vi me dijo que el origen de su acento neutro estaba en el hecho de que había vivido de niño en países extranjeros, y me subrayó varias veces que su padre era californiano y que trabajaba ahora como marinero en barcos

gringos que recorrían el Caribe. Sin embargo, su manejo del portugués no era el de una persona normal: conjugaba los verbos sin tener los tiempos muy claros, y alguna vez que intenté hablar con él en inglés me di cuenta de que su aparente fluidez tampoco delataba la frescura y la jovialidad de un niño que aprendió a hablar este idioma en casa como su lengua natal. Empecé a dudar. En la segunda entrevista me dijo que su padre era blanco, de pelo rubio, que se había casado con una mujer de raza negra y que él había salido del color de su madre. Le calculé a él un metro con ochenta y dos centímetros, noventa kilos de peso y unos zapatos número cuarenta y cinco.

Una noche llegó a la casa de la fundación y lo invité a comer. Nos reímos, intimamos un poco y esa camaradería lo llevó a confesarme que nada de lo que me había dicho era cierto y que detrás de esa vida aparente que él pregonaba se escondía un secreto que protegía con cierto celo. Su mirada nostálgica, su tranquilidad excesiva y su extraordinaria sonrisa, blanca, espontánea, reflejaban a un hombre bueno, incapaz de llevar una doble vida o de cargar a cuestas una bajeza que lo avergonzara. Me sonreí, recosté la espalda en el sillón y le dije que ya lo había intuido, que me contara la verdad.

En efecto, Rubem no era hijo de padre norteamericano ni había vivido nunca en el continente. Me contó que era africano, de Liberia, y que había huido a los once años de una guerra cruenta en la que sus compatriotas se mataban de manera escandalosa en las calles de Monrovia desde la madrugada hasta la noche. Entonces recordé al sargento Samuel K. Doe, que dio un golpe militar en 1980 y que gobernó en medio de corrupción y malos manejos hasta su asesinato, en 1990, cuando ya el país estaba hundido en una guerra civil y en una violencia generalizada. Rubem perdió a sus padres en esa guerra y su hermana menor estaba desaparecida. Él se embarcó como polizón y logró salir de Liberia en busca de una vida más amable y menos sangrienta. Anduvo de aquí para allá, siempre clandestino, nómada, viviendo en los sótanos de embarcaciones que comerciaban distintos materiales entre un continente y otro. No me es difícil imaginarlo al fondo de las bodegas, acurrucado en la oscuridad, con los labios partidos por la sed, aguantando la inestabilidad del oleaje, el hambre, el calor, los recuerdos tenebrosos. También estoy seguro de que su fortaleza física lo salvó de las infecciones y de las enfermedades que suelen menoscabar la salud de los polizones de oficio. En octubre de 1995 llegó a Brasil, recibió protección por parte de una ONG holandesa, aprendió portugués y lo acogieron en el programa de Surfing Favela, donde se destacó enseguida como un gran deportista.

No deja de sorprender que un sitio como éstos, imagen de caos, inseguridad y muerte, sea un hogar para otros que han estado en infiernos mucho peores. Río es para él una especie de umbral en el que fue posible hallar la redención, un pasadizo que lo condujo a mañanas soleadas después de tanteos en la oscuridad, y es grato saber que este inmigrante camina por las calles sintiendo afecto y respeto por un lugar que lo trató bien y que le abrió las puertas para rehacer su vida. Supongo que un

día mi amigo se casará y tendrá hijos que escucharán maravillados sus historias de aventurero transatlántico, hijos cariocas con cordones umbilicales que llegarán hasta África, hasta la costa ecuatorial, hasta Settra Kru, Buchanan o Kakata.

En las primeras semanas de trabajo tuve que aceptar varias reuniones con ejecutivos y altos mandos de la empresa privada que estaban dispuestos a colaborar con la fundación. Llevé a Rubem a esas reuniones insoportables para que me acompañara y así sentirme menos deprimido. Y de pronto descubrimos que a varias de esas reuniones lograba meterse uno de nuestros vecinos de la favela, un moreno pequeño y flaco a quien le decían el Poeta porque todos los días andaba pregonando sus virtudes literarias y anunciando que algún día iba a ser famoso. Lo veíamos casi siempre en esas reuniones sonriente, eufórico, cogiendo vasos de vodka o copas de vino de las bandejas de los meseros, comiendo pasabocas a manos llenas, acercándose a los periodistas y a los escritores a conversar con ellos como si fueran viejos amigos suyos, hermanos del alma, compañeros entrañables. Se desplazaba por entre los distintos corrillos intelectuales con propiedad, saludando aquí y allá, comentándoles a unos y a otros que acababa de escribir una reseña sobre ellos, que iba a publicar otro libro muy pronto, que un gran sello editorial estaba a punto de contratarlo. Sus ojos acuosos e inyectados en sangre delataban al hombre que está del otro lado de la línea, al marginal que hace esfuerzos por socializar, por ser como los otros, pero que no puede, que siempre termina diciendo alguna imprudencia, maldiciendo el lugar y a los invitados, y al final los encargados de seguridad del club o del hotel lo ponen de patitas en la calle entre amenazas y advertencias.

Una noche encontré al Poeta en una cafetería de la parte baja de la favela, adormilado sobre una de las mesas, entre vendedores de lotería, ladronzuelos, lustrabotas y una que otra prostituta que intentaba cazar algún cliente entre los trabajadores que salían tarde de las oficinas. Me acerqué a saludarlo y se emocionó mucho. Hablamos unos minutos sobre Turner, su artista preferido, y citó con propiedad la legendaria escena del pintor amarrado al mástil de una embarcación durante una poderosa tormenta. Lo noté triste, cansado, como si una bestia interior le fuera ganando la batalla. Antes de despedirnos, me pidió para un café con leche y un pan.

Otro día bajaba de la favela con unas tablas para los muchachos, cuando lo vi tirado en un rincón con las manos en el vientre. Estaba más pálido que de costumbre y las ojeras le deformaban el rostro de manera grotesca. Le pregunté qué le pasaba. Me dijo que llevaba un tiempo sin beber alcohol y que los dolores de estómago eran atroces. Me pidió para una comida completa. Lo ayudé a caminar hasta un restaurante popular y le dejé paga una comida casera. Le temblaban los labios mientras esperaba que la mesera le trajera la sopa. Pensé que hay muchos artistas que disfrutan posando de bohemios y de extravagantes, pero que no deja de ser eso, una apariencia insulsa y nada más. En cambio, sujetos como éste están verdaderamente atravesados por fuerzas que los superan, están poseídos, son arrastrados, sufren con el vértigo que se

apodera todos los días de su cerebro convulso. Y descendiendo hacia el mar con las tablas de surf bajo el brazo, alcancé a escuchar que decía: «Hoy vi ponerse el sol cuarenta y tres veces». Y entonces, mientras lo dejaba tomándose las primeras cucharadas de sopa, me llegó a la memoria el libro del que había sacado la frase: *El principito*. Se trata de un planeta diminuto, el asteroide B612, en el cual, durante mucho tiempo, la única distracción del principito es ver puestas de sol. E imaginé al pequeño príncipe callejero vagabundeando por las calles de Río con las manos en el estómago, observando en un mismo día, desde cuarenta y tres puntos distintos, un atardecer. En esa ciudad, cree él, no vive nadie más. Pero se equivoca, porque por estas mismas calles deambula también Rij 117, que a los cincuenta años deberá ser recogida por la gente de X356. Y en ese momento descubrí de dónde había sacado Joan su historia. Tal vez el Poeta, que vive a dos calles de la suya, le había hablado de ese planeta lejano donde un príncipe pequeño se la pasaba viendo la caída del sol, y cuando le dijo el nombre de ese planeta, B612, la niña lo había memorizado para después convertirlo en una metáfora de su enorme y doloroso abandono paterno. También era posible que incluso el Poeta le hubiera regalado el libro. De lo que sí estaba seguro era de que el origen de X356 no estaba en la televisión, como creía la madre de Joan, sino en las hermosas páginas de Saint-Exupéry que acababa de citar mi vecino callejero.

Justo el día en que se cumplió el plazo dado por Bárbara para escribir el siguiente mensaje (un mes), abrí mi correo y vi un titular que anunciaba «Viaje». Con la mano temblando de emoción, abrí la carpeta y leí en la pantalla:

Vicente:

Ya todo está concluido. Jamás empuñaré un arma otra vez. Aquí termina la vida de una mujer y empieza otra.

Estamos acosados por los organismos de seguridad venezolanos (estoy en Caracas), pero parece que lograremos salir pronto con pasaportes falsos. Mi madre ya compró el tiquete de Valentina para el próximo martes, en el vuelo de Amanea N.º 3628 que sale de Bogotá a las tres de la tarde y está llegando a Río a las ocho de la noche, hora local. Se supone que yo debo llegar de Caracas a las siete, en el vuelo de Viasa N.º 4563, así que cuando la niña llegue estaremos los dos en el aeropuerto esperándola.

El problema va a ser esta semana, pues se lanzaron sobre nosotros como sabuesos y nos están rastreando palmo a palmo. Por eso no creo que pueda volver a escribirte.

En el caso de que me pase algo, hay una orden de que le pueden entregar a ti la niña en el aeropuerto de Río. Como yo tenía tu número de identificación, hice un documento de autorización a tu nombre. Debes presentarte con tu pasaporte para que las azafatas de Avianca te entreguen a la niña. Sobra decirte que, aparte de tu prima, quiero que sea también tu hija y que la cuides y la eduques como tal. Lo único

que espero es que la vida me perdone y que me permita rehacerme al lado de mi hija y de ti. Seré una buena compañera y una buena madre, ya lo verás.

Te piensa, a todas horas,

Bárbara

Esa semana me la pasé angustiado, sin poder dormir, con los nervios a punto de crearme una crisis general. Tuve que sedarme para poder descansar en las horas de la noche. Pero también, Sebastián, debo aclararte que en el fondo estaba dichoso, como nunca lo había estado, pues el hecho de ser un hombre soltero, acostumbrado a comer y a dormir solo, ya me tenía agotado y deprimido. Compartir con Bárbara y con Valentina me parecía magnífico. La niña, además, con sus rutinas escolares y su energía infantil, le daría a nuestra cotidianidad una alegría irremplazable. Ya era hora de que yo saliera de la cueva y fuera capaz de iniciar una vida familiar. Además, Bárbara, con su experiencia en rehabilitación y en trabajo social, podía vincularse al proyecto de Surfing Favela y sernos de gran utilidad. La fundación me había autorizado para que ellas llegaran a la casa y se quedaran allí mientras encontrábamos un apartamento para nosotros tres. Yo no quería conseguir ningún inmueble solo, sin el consentimiento de Bárbara. Prefería que ella estuviera conmigo y que opinara, después de recorrer la ciudad, dónde quería vivir y qué colegio íbamos a elegir para Valentina. Yo no sabía si la niña estudiaba en colegio público o privado, y prefería que la misma Bárbara tomara esas decisiones.

El día en cuestión confirmé los vuelos mil veces por teléfono y cerrando la tarde le pedí el favor a Rubem de que me acompañara al aeropuerto. Las manos me sudaban y no podía quedarme quieto. Cuando los pasajeros provenientes de Caracas empezaron a salir por el muelle internacional, yo creí que el corazón iba a estallarme dentro de la cabeza, donde sentía sus pulsaciones aceleradas. Empinándome y detallando a cada uno de los viajeros que salían con sus maletas al hombro o arrastradas sobre rueditas, yo buscaba el cuerpo y el cabello de Bárbara. La gente del vuelo de Viasa terminó de salir y Bárbara no apareció. Creí que se trataba de problemas de inmigración y entonces me acerqué a averiguar y a ver si podía echarle una mano para que la dejaran entrar sin tantos problemas. Nada, en inmigración nadie estaba retenido. Los empleados de la aerolínea me confirmaron entonces que no quedaba nadie pendiente por desembarcar. No podía preguntar por el nombre de la pasajera porque no sabía si ella había viajado con pasaporte falso, así que le expliqué a Rubem que la única esperanza era que hubiera perdido el vuelo y que llegara al día siguiente.

Nos dirigimos a la puerta por la que debía salir Valentina a las ocho de la noche. Yo estaba deshecho y un mal presentimiento me aplastaba las entrañas. En un momento dado, mientras salían viajeros que hablaban español con el acento inconfundible de Bogotá, vi a las azafatas de Avianca con tres niños cogidos de la mano. Valentina estaba entre ellos, con sus bucles rubios recogidos en dos trenzas que

le colgaban sobre las orejas y un león de felpa abrazado al frente, como si fuera un amuleto que la protegiera de cualquier amenaza exterior. Sonreí y le hice señas con la mano. No sabía si la niña me recordaba, pero para mi sorpresa se puso muy contenta y saltó y les señaló a las azafatas mi presencia. Cuando la tuve cerca, la abracé y le di un beso en la mejilla. Le dije que me alegraba de verla, pero que Bárbara no había llegado en el vuelo de las siete. Preferí advertirla de lo que estaba pasando y no empezar una relación con ella basada en mentiras y suspicacias engañosas. Sin embargo, para no pecar tampoco de un espíritu alarmista, le expliqué que había perdido el vuelo y que lo más seguro era que llegara al día siguiente. Llené los papeles en la aerolínea con mi pasaporte y salimos para la fundación. Esa misma noche revisé el correo varias veces, pero nada, Bárbara no aparecía. Miré los periódicos venezolanos y colombianos por internet para ver si había alguna noticia relacionada con ella, pero no encontré ninguna que posiblemente la vinculara. Valentina estaba feliz porque Bárbara le había contado que yo era su primo y la niña no estaba acostumbrada a tener familia, excepto su abuela y su mamá. Un primo que vivía en un país extranjero y que la invitaba a pasar unas vacaciones largas (eso le había dicho Bárbara) era para ella una experiencia fuera de serie.

Al día siguiente, y al siguiente y al siguiente, y así durante una semana completa, estuve con Valentina en el aeropuerto esperando la salida de los pasajeros de Viasa provenientes de Caracas, a ver si por algún lado aparecía Bárbara. Nada. Decidimos quedarnos en la fundación, empezar a hacer nuestra vida y no perder la esperanza de que ella lograra llegar a Brasil y algún día estuviera de pronto frente a la fundación con su maleta al hombro. Para mi total sorpresa, Valentina se acopló con rapidez a la situación, no lloró ni una sola vez, dijo que su mamá vivía muy ocupada y que solía desaparecerse meses enteros, y se adaptó con gran entusiasmo a las dinámicas del programa Surfing Favela, donde empezó a practicar todos los días con los neófitos de su edad. No conocía el mar y su manera de aproximarse a él fue con respeto y admiración. Yo había pensado que era clave que la niña tomara alguna clase de portugués, pero a los pocos días me di cuenta de que aprendía sola, conversando con la gente y poniendo mucha atención a la pronunciación y los nuevos vocablos. Además, de una manera misteriosa, ella y Joan se volvieron inseparables. Hacían tareas juntas, tomaban la clase de surf juntas con Rubem, jugaban juntas y muy pronto las escuché hablar de que cuando envejecieran Joan intercedería ante sus amigos de X356 para que se llevaran a su amiga también. Me pareció un juego inofensivo e infantil, y no intervine en esa amistad que nacía espontáneamente entre las dos niñas.

Una noche que estaban ellas dos en la fundación haciendo las tareas de Joan para la escuela, Valentina se volteó con toda naturalidad y me dijo:

—Vicente, ¿no podría estudiar yo también en la misma escuela de Joan y quedarme aquí a vivir contigo?

No supe qué contestar y me quedé pensando que seguramente lo que Bárbara

había planeado era eso, que la niña se fuera adaptando poco a poco hasta el punto de pedir ella misma no regresar y quedarse a vivir en Río, al lado del mar y por primera vez en su vida con un hogar donde la cuidaban y la querían.

—Claro que sí —le dije con una sonrisa—. Yo sería la persona más feliz del mundo.

A partir de ese momento la niña se preparó para no regresar. Cada día afirmaba más su presencia en la fundación, aprendía portugués con soltura y practicaba surf hasta bien entrada la noche, cuando subía del mar con su tabla bajo el brazo y con un apetito voraz. De Bárbara no había noticias, y yo no sabía dónde pedir información sobre una persona cuyo pasado delictivo venía de tiempo atrás y cuyo nombre actual me era totalmente desconocido. Hasta que una noche, cerca de las doce y cuando Valentina ya estaba durmiendo, sonó el teléfono y una voz de mujer adulta me preguntó en español y con acento bogotano:

—¿Vicente?

—Sí, con él.

—Soy la madre de Bárbara. Lo llamo para decirle que a ella la mataron en Caracas en un operativo secreto. Un amigo suyo me avisó ayer.

Una tristeza enorme me nubló la vista por unos segundos. Sentí que el mundo me daba vueltas.

—Lamento darle tan malas noticias. Sé que ella deseaba que Valentina se quedara con usted. Quiero preguntarle cómo está la niña y si cree que será feliz a su lado. Por favor, contésteme con la verdad. Si para usted es una carga, yo no tengo ningún problema en criarla y educarla.

Tomé aire y le rendí un informe de las actividades de Valentina dentro del programa, de su amistad con Joan y de la frase que me había dicho el otro día. Le conté que yo no había querido matricularla todavía en el colegio, esperando que de pronto Bárbara apareciera y tomara ella misma esas decisiones. Le sugerí que me dejara un número para que la niña pudiera llamarla y hablar con ella directamente.

—Me alegra mucho todo lo que me cuenta. Bárbara me dio instrucciones de que me fuera de Bogotá apenas enviara la niña, por si me buscan sus enemigos para vengarse. He decidido rehacer mi vida yo también al lado de un hombre con el que tengo una relación hace dos años. Si puedo, más adelante yo lo vuelvo a llamar. No le diga nada a la niña. Ella es muy fuerte. Olvidará rápido.

Y antes de que yo pudiera replicar cualquier cosa, la comunicación se cortó y me quedé con el teléfono en la mano. Esa noche no pegué el ojo y la madrugada me cogió en la terraza de la casa mirando el mar y con una cerveza en la mano. Tenía la sospecha de que la vida me acababa de arrebatarse a la única persona que estaba diseñada para mí, la única compañera con la que me había sentido realmente a gusto. Un dolor muy grande me atravesaba el alma y recuerdo que lloré hasta que las primeras luces del sol iluminaron el firmamento con unos destellos rosados. Llevaba muchos años sin sentir una pena tan grande y no estaba seguro de qué le iba a decir a

Valentina. Me asaltaba la duda de si sería peor para ella la muerte o el abandono. Decidí que ya estaba acostumbrada al abandono, que sabía cómo procesarlo y que no le diría nada, ni de la muerte de su madre ni de la llamada de su abuela. Tenía que ser fuerte porque mi prima y ahora mi nueva hija me necesitaba, y por primera vez en la vida se me activaron por dentro los resortes de la paternidad. Mi obligación era levantarme, empezar a practicar en carne propia la residencia de la que tanto hablaba y brindarle a la niña una vida estable y, en la medida de lo posible, feliz.

Al día siguiente me presenté en el colegio público de Joan y hablé con el rector, con quien ya habíamos conversado en un par de ocasiones porque varios niños del colegio estaban en el programa de la fundación. Le pedí un cupo para Valentina, le expliqué que era mi primita y que pensaba contratar un profesor de portugués para que aprendiera el idioma aún más rápido. Fui sincero y le dije que la niña acababa de quedar huérfana, pero que yo no se lo había comunicado todavía por temor a crearle un trauma justo ahora, cuando más la necesitaba fuerte y positiva. Como no tenía certificados de estudio ni nada parecido, le pregunté si era posible que le hicieran unos exámenes en el colegio y que la clasificaran en el curso que ellos ordenaran. El rector fue muy amable conmigo, me dijo que no me preocupara, que ya estaban a punto de salir a vacaciones, que aprovechara esos dos meses libres para que ella aprendiera bien el idioma y que cuando el colegio volviera a abrir sus puertas le harían un examen general de conocimientos y enseguida la podría matricular en el curso que le asignaran. Le dije que estaba muy agradecido y que la pondría a estudiar todas las vacaciones.

Cuando les conté a Joan y a Valentina de mi visita al colegio, se pusieron a saltar como locas y a celebrar dando vueltas alrededor de mí. A los pocos minutos ya estaban sentadas en un rincón planeando cómo iban a hacer para quedar juntas en la misma clase. Debo confesarte, Sebastián, que sólo la vitalidad de la niña pudo contrarrestar el inmenso dolor que me embargaba después de la llamada de la madre de Bárbara. Sabía, por supuesto, que tenía un pasado violento y criminal, pero justamente para equilibrar tanta negatividad la vida le había otorgado una luz extraña, una especie de esperanza en que ella iba a ser capaz de llevar una vida limpia y transparente. No sé si te habrá pasado alguna vez que entre la gente aparentemente catalogada como bondadosa y decente te encuentras unas alimañas inmundas y venenosas, y que del otro lado, en el bando de los inmorales, los bandidos y los peligrosos hallas unas personas francas y cristalinas, cuya generosidad y lealtad te sorprenden. Yo estaba seguro de que al lado de Bárbara iba a estar protegido y que para ella el hecho de permanecer junto a su hija y verla crecer dichosa y estable generaría una serie de cambios que la transformarían por completo. Pero bueno, la vida le había pasado una factura muy difícil de pagar y Bárbara no había tenido más remedio que cancelarla con su propio pellejo. Así eran las reglas y ella lo tenía claro. Mi obligación ahora era crear un espacio propicio para Valentina y darle las mayores herramientas posibles para que ella pudiera enfrentar lo que se le venía encima sin

miedos ni cobardías. Y yo sabía muy bien que ayudando a la niña me estaba en realidad ayudando a mí, como si se tratara de una fuerza que al desplegarse sobre ella terminara dando la vuelta para fortalecernos y engrandecernos a ambos al mismo tiempo.

Más o menos por esos mismos días contraté en la fundación a Marcus, un gringo de treinta y cinco años, flaco, pelirrojo, narizón, con la barba y el cabello desordenados, con unas gafas de marco de carey y un caminado desgarrado que le daba a toda su figura un aire de plácida despreocupación. Marcus es músico, de los buenos, y primero hizo trabajo social con comunidades marginales en Nueva York (yonquis, prostitutas, expendedores de droga callejeros, adolescentes víctimas de violación y de violencia intrafamiliar, alcohólicos y demás), después viajó a Bogotá y finalmente había terminado en Río en busca de un destino como guitarrista junto a un cuarteto de blues que trabajaba los fines de semana en hoteles y casinos. En el día, para aumentar un poco sus ingresos y no olvidar su línea de trabajo social, Marcus aceptó dictarles a los muchachos del programa unas clases de música e intentar armar con ellos un grupo sólido que no fuera a desistir con facilidad. Entre sus alumnos, por supuesto, estaban Valentina y Joan, que de inmediato se proclamaron fanáticas del blues y se la pasaban todo el día escuchando discos y casetes que Marcus les prestaba. La única persona que sabía del pasado sombrío de Marcus era yo.

De madre húngara, nunca se había sentido a gusto en Estados Unidos, como si su manera de ser introspectiva y silenciosa riñera con el prototipo del éxito y del hombre emprendedor que pregonaba a los cuatro vientos su país. Había estudiado literatura y música en Hungría, había dictado clases en la Universidad de Columbia y trabajado como editor en Nueva York, y después, cansado de cierta banalidad alejada de un contacto con la auténtica condición humana, había decidido trabajar en Harlem y en el Bronx, entre poblaciones callejeras de alto impacto. Sin embargo, y aquí estaba la clave de su historia negra, Marcus no pudo soportar la presión y empezó a inyectarse heroína y a probar otras drogas que lo mantenían en sus horas libres alejado de la realidad y enchufado a dimensiones psíquicas desconocidas. No perdía el control y por eso su adicción pasó inadvertida para sus compañeros y sus superiores. Pero en secreto, poco a poco, él se fue arrastrando cada vez más bajo hasta hundirse en el mismo fango en el que estaban inmersas las personas a las que supuestamente debía ayudar. Se trató con metadona y tuvo un segundo aire. Pero recaía con facilidad y se dio cuenta de que el remedio le hacía ir y venir aún con mayor irresponsabilidad.

Recuerdo bien que la noche en que nos habíamos conocido en Bogotá, Marcus me había dicho con una directa sinceridad que no dejó de conmoverme: «Cuando descienes al infierno no puedes ser un turista, no puedes ir de paso. Tienes que experimentar en tu propio pellejo qué se siente estar acorralado y hundido en las más bajas condiciones humanas. De lo contrario estás mintiendo y eres un fraude». Y mientras Marcus seguía descendiendo en su doble vida como trabajador social diurno y como yonqui nocturno, descubrió que podía inventar una tercera vida al lado de su

guitarra y empezó a tocar en pequeños grupos de blues que se presentaban en los bares del Village. Mientras más dolor y soledad experimentaba, mejor tocaba y su guitarra alcanzaba acordes de una intensidad que sorprendía al público que lo escuchaba. Sabía, por supuesto, que el origen de esa música estaba en los cantos espirituales y en los lamentos de los esclavos de los estados sureños de su país. Incluso la palabra hacía referencia en sus orígenes a los *blue devils*, es decir, a los espíritus caídos, a los estados de ánimo tristes y depresivos que acongojan nuestra alma hasta asfixiarla y hundirla sin remedio. No obstante, esos mismos demonios, convertidos en música, iluminaban esa alma atormentada, le brindaban consuelo y le otorgaban unas migajas de esperanza, las suficientes como para continuar con vida. Eso era el blues: un canto de vida en medio del martirio, la aflicción y la muerte.

Marcus llegó al límite el día en que se dio cuenta de que les estaba robando la droga a sus propios pacientes. Supo entonces que tenía que irse de Nueva York y de Estados Unidos por un tiempo prolongado. No iba a ser fácil rehabilitarse de una adicción tan seria. Habló con su novia colombiana, viajaron juntos a Bogotá y él empezó a trabajar como profesor de inglés a domicilio. No se acercó a bares ni a tabernas durante meses. Se mantuvo firme en su decisión de no chutearse ni de consumir ningún tipo de sustancia. En esa época nos conocimos porque su novia trabajaba con nosotros en la fundación de Bogotá y ambos fueron testigos de mis extraños contactos en los bajos fondos y de mi pasión irrefrenable por Bárbara. Ahora yo estaba en Río, a cargo de otra sede de la fundación, y Marcus se acababa de separar de su mujer, se había puesto en contacto con una pequeña banda y estaba decidido a jugársela como músico, seguro de que no recaería en la droga; además esperaba tocar esta vez con una fuerza inédita que sentía en su interior como un llamado, casi como un destino que se imponía por sí mismo sin que su voluntad interviniera. Y aquí está el viejo Marcus, el gringo que atravesó los infiernos sólo con la compañía de su guitarra, dictándoles clases de música a los muchachos de la fundación y hablándoles de la fuerza descomunal del blues, de cómo lo bautizaron en una época como la «música del diablo», y enseñándoles los acordes y las notas y los ritmos que ellos tararean y cantan después durante los entrenamientos en la playa. Ayer mismo, con su tabla de surf al hombro, escuché a Valentina cantando pedazos sueltos de *Crazy Blues*, la mítica canción de Bessie Smith. Y a mí, como te podrás imaginar, me encanta escuchar estos sonidos que han atravesado la historia desde las plantaciones de los negros encadenados para llegar hasta estos jóvenes que ahora intentan coger impulso para vencer el peso de una nueva esclavitud.

Un sábado cualquiera, a las cuatro de la mañana, varios pelotones de soldados con uniformes especiales y armamento sofisticado se tomaron la favela. Allanaron muchas de las viviendas, revisaron la documentación de aquellos que consideraban sospechosos de narcotráfico o de pertenecer a las milicias (grupos de paramilitares urbanos), decomisaron armas y cargamentos enteros de droga, y al final detuvieron a cientos de personas implicadas en diferentes delitos. Fue un operativo que respondía

a la presión de la prensa, la cual había presentado en las últimas semanas varios informes sobre la manera como el Estado perdía poco a poco su autoridad en el bajo mundo de las principales ciudades brasileñas.

Hacia las diez de la mañana, angustiada y con los ojos llorosos, apareció Joan en la fundación. Nos contó que a su mamá la habían capturado en el operativo porque le encontraron en el patio de la casa unos paquetes grandes de cocaína. Como el allanamiento había sido en un horario imprevisto, la madre de Joan, que estaba profundamente dormida con su hija, no había alcanzado a deshacerse de la droga. Tomé mi morral grande de montañismo con el que suelo viajar, acompañé a Joan de regreso a su casa y le dije que empacara en él la mayoría de su ropa, sus libros y sus efectos personales. Hablé con los vecinos, les entregué una copia de las llaves, les pedí que por favor cuidaran la casa y que me dejaran en la fundación los recibos de los servicios para pagarlos por mi cuenta. Instalé a Joan en el mismo cuarto de Valentina mientras tanto y le dije que no se preocupara, que no la dejaría sola y que por ahora podía quedarse viviendo con nosotros, mientras esperábamos a ver qué pasaba con la situación jurídica de su madre.

A los pocos días visité a la madre de Joan en la cárcel de mujeres y me explicó que su situación era muy grave, que la droga incautada pertenecía al principal cartel que controlaba la favela y que a todos los retenidos los iban a condenar seguramente a varios años de prisión para sentar un precedente y acallar a la prensa. Me rogó que no dejara a la niña en ninguna institución estatal y que me quedara con ella. Las cuotas de la casa ya estaban canceladas en su totalidad y era posible arrendarla para sufragar los gastos mensuales de Joan. Le dije que no se preocupara por eso, que a la niña no le faltaría nada y que yo me encargaría de que siguiera llevando, en la medida de lo posible, una vida normal.

Esa misma noche le conté a Joan toda la verdad. Ella se echó a llorar y me dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—No me vayas a dejar por ahí, por favor...

Se me hizo un nudo en la garganta. Le contesté poniéndole una mano sobre la cabeza:

—Cómo se te ocurre... Ésta será tu casa de ahora en adelante...

Y entonces ella, entre sollozos y gemidos infantiles, con mucho valor y jugándose a fondo por primera vez en su vida, me dijo:

—Si aceptas ser mi papá y dejas que Valentina sea mi hermana, renuncio a regresar a mi planeta. Yo me comunico con ellos en X356 y les explico que no quiero volver.

La abracé con fuerza, le estampé un beso en la mejilla y le dije muy emocionado:

—Listo, acepto. Es un trato. Nos quedamos juntos.

Y aquí estamos, viejo, viviendo los tres en la fundación, continuando con el programa de Surfing Favela y sobrellevando como podemos las pruebas de muerte, abandono y separación. Los sábados y los domingos montamos en bicicleta, vamos a

museos y a conciertos, escuchamos la banda de Marcus cuando toca en festivales y verbenas populares, hacemos pícnic en las afueras de Río, y en las horas de la noche entramos a cine y nos comemos un perro caliente o una hamburguesa. Las dos niñas son extraordinarias, divertidas y hemos creado entre nosotros una camaradería y una complicidad donde no cabe nadie más. De alguna manera, extraña hasta para nosotros mismos, hemos conformado una familia y nos queremos como tal.

Así que cuando te sientas solo y quieras tomar unos días de sol y de playa, aquí estoy, junto a mis dos chiquitas, aprendiendo a ser feliz entre dibujos animados, tablas de surf, canciones de bins, muñecos de Barney y largas caminatas por esta ciudad donde creo que pasaré el resto de mi vida. Te envío aparte los teléfonos de la fundación y la dirección. Ojalá decidas hacernos una visita.

Esperándote, todos los días,

Vicente

Vicente:

Quién habría podido siquiera imaginar que al final los papeles se invertirían y que tú terminarías viviendo por fuera del país, mientras yo regresaría a meterme de cabeza en esta realidad impredecible y confusa. Definitivamente se cumple la máxima antigua: todo tiende hacia su contrario.

Lo que me cuentas en tu carta es extraordinario. Había oído hablar, en efecto, de resiliencia, pero una cosa son los conceptos en abstracto y otra muy distinta verlos retratados en estos jóvenes con los cuales estás trabajando. Tanto Joan como Valentina son fuerzas que superan cualquier adversidad para imponer al final un supremo canto de vitalidad. Deberíamos estar más atentos a estas lecciones...

Bueno, maestro, te cuento que después de la experiencia en Santa Marta, cuando fui a visitar las cenizas de mi padre y terminé salvando la vida de aquella pequeña bañista, regresé a Medellín, a la casa de mi hermana y de mi madre, y allí me quedé unos días leyendo y compartiendo con mi familia después de tantos años de haberla tenido lejos. Un domingo en las horas de la mañana, mi madre me pasó el periódico y leí un artículo que me estremeció.

La historia no podía ser más extraordinaria. Un reportero informaba a los lectores que en el municipio de Nueva Granada, en el corregimiento de La Gloria, departamento del Magdalena, un hombre solía recorrer las veredas y los caseríos vecinos con un burro cargado de libros. Los muchachos lo esperaban con ansiedad, expectantes, y cuando lo veían aparecer con su animal cargado de novelas, cuentos y crónicas, gritaban, celebraban y salían a recibirlo con entusiasmo.

El hombre es un maestro de escuela. Ha decidido que la mejor forma de ayudar a los jóvenes de la zona es enseñarles que los libros son una de las infinitas manifestaciones de esperanza en la vida. Llega con su cargamento, saluda, se bebe un vaso de agua o de guarapo, y se sienta a ofrecerles a sus oyentes un libro de Stevenson o de Umberto Eco. Les cuenta de qué trata la historia, les abre el apetito intelectual, conversa con su auditorio, comparte la dicha de la lectura. Ellos, a su vez, le devuelven los libros de la semana pasada, le cuentan qué sintieron, cómo les pareció, qué personajes les gustaron, y se despiden hasta el siguiente fin de semana. Así de caserío en caserío, llevando libros de un sitio para el otro, hablando de autores, fechas, amores, guerras y venganzas.

Lo más doloroso es que este héroe anónimo cerraba el reportaje explicando que cargaba su biblioteca por todas partes, pero que ya no tenía más libros que ofrecer, que no eran muchos y que necesitaba la ayuda de personas o entidades que quisieran donar unos cuantos ejemplares para seguir con su labor.

Me pareció increíble, era una historia de esas que de repente te revelan matices y

aristas ocultas de la realidad. Mientras que en el resto del país se reporta que los índices de lectura han llegado a niveles que bordean el analfabetismo funcional (gente que sabe leer y escribir en teoría, pero que nunca compra un libro y lo lee), en este sitio olvidado y sin apoyo de nadie la lectura crece moderadamente gracias a la fe de un profesor costeño que es feliz metido entre las páginas de los libros.

Imaginé entonces a este hombre atravesando retenes de la guerrilla y de los paramilitares con su bestia cargada de libros, y no pude dejar de sentir por él una admiración sin límites. Porque un país que bordea el analfabetismo funcional es un país que se prepara cada vez más para la guerra. El burro de este soñador empedernido es el símbolo de una lucha titánica y solitaria en contra de la ignorancia y el embrutecimiento generales, es un mensaje de paz que lleva un maestro a unos discípulos humildes que muchas veces no tienen un mendrugo de pan para llevarse a la boca.

Y mientras mi madre y mi hermana iban y venían preparando el desayuno dominical, yo me decía para mis adentros que hay personas que han recibido del país oportunidades, becas en el extranjero, buenos trabajos, y que a cambio no le dejan nada. A estas personas su país no las conmueve. En cambio, hay otras que no reciben mucho y que sin embargo lo dan todo. Estas últimas, me dije, son las imprescindibles en horas aciagas como la nuestra.

Leí y releí el artículo varias veces, contemplé la foto de ese hombre joven, moreno, vestido con mucha modestia y que sonreía a la cámara con su burroteca (así la llamaban en las veredas) cargada de libros sobre dos cajones de madera. Su mirada penetrante, el dibujo de sus cejas y la expresión iluminada de su rostro inocente denotaban la estampa característica de un místico, de un hombre que está en una realidad propia, conectado con fuerzas que lo sobrepasan y lo lanzan a acciones incomprensibles para los demás. Era la expresión de aquel que hace mucho tiempo se fue de aquí y logró construir una dimensión aparte. A seres así, me dije, no los afecta la pobreza, ni la enfermedad, ni el miedo a la muerte. Su obsesión los arrastra a una zona donde los temores y los apegos no ejercen su acostumbrado dominio sobre nosotros. La mirada de ese hombre recordaba la mirada de los niños, los toxicómanos, los santos o los locos.

No comenté el artículo con nadie, terminé el desayuno y les dije a mi madre y a mi hermana que me marcharía al día siguiente, que me había puesto en contacto con unos amigos que trabajaban en una ONG y que me habían invitado a participar en un proyecto cuyo objetivo era aumentar los índices de lectura en los departamentos del Caribe. No les di mayor información, pero les prometí que estaría en contacto y que apenas tuviera un sitio fijo de residencia las llamaría para pasarles los datos. Les dio mucha alegría saber que estaría cerca y que no pensaba, al menos por ahora, salir del país.

Por esos días, no sé por qué, sufrí un bajonazo de ánimo y me hospedé en un hotel de Santa Marta durante días enteros sin hacer nada. Gastaba mis ahorros

comiendo en restaurantes populares, iba y venía por la playa, y en las horas de la noche visitaba ciertos bares y me quedaba bebiendo ron hasta las horas de la madrugada. Fueron días en los que perdí el timón de la nave y en consecuencia estuve dando tumbos, con el riesgo de naufragar en cualquier momento. Recuerdo que pensé mucho en ti y en esta correspondencia nuestra que parece un curioso juego de espejos donde uno entiende su propia historia sólo cuando analiza el reflejo que está allá, dibujado en la penumbra del azogue. Cuando leo tus cartas tengo la sensación de que estoy penetrando en un misterio que también me compete, que también es mío, y que si no doy con las claves de los personajes y de los motivos que los impulsan a actuar de una manera o de otra, no entenderé tampoco los vaivenes de mi propia existencia. ¿No te has dado cuenta de las extrañas relaciones que hay entre lo que te pasa a ti y lo que me ha pasado a mí? Yo te escribo contándote que acabo de salvar la vida de una niña en la playa y en la siguiente carta tú salvas a Valentina y a Joan de la orfandad y de la miseria. Tú me escribes unas palabras sobre *El principito*, la novela de Saint-Exupéry, creyendo que en esas páginas está el motor de una invención que le dio nuevos aires al triste abandono que sufrió Joan, y ahora, más adelante, vas a ver la importancia que tuvo ese libro en este nuevo capítulo de mi historia. Parece que nos moviéramos por laberintos especulares que duplican nuestras acciones.

Lo cierto es que después de unos días de andar por ahí, sin estar seguro de qué iba a hacer con mi vida, si me iba a decidir a visitar al maestro burrotequero o no, por fin, una mañana, sentado en la playa mientras a mi lado unos niños jugaban con sus flotadores de colores, sentí que la fuerza y la confianza regresaban a mi mente, y recuperé las ganas de estar justo al lado de ese hombre y de convertirme yo también en un pregonero de relatos que lucharan en contra de esta realidad, a veces tan chata y tan gris. Tomé aire, contemplé el paso de un carguero que atravesaba allá lejos la línea del horizonte, escuché las risas de esos pequeños para los cuales el mar era suficiente motivo para estar dichosos, celebré el aroma de un pescado que alguien asaba en una caseta cercana, sentí los rayos del sol acariciando mi torso desnudo, mis brazos y mi rostro descubierto, y me dije: «Listo, aquí estoy de nuevo, no ha pasado nada, ya recobré el timón; estoy otra vez a cargo del barco y la próxima tormenta no me cogerá fuera de base». Caminé de regreso al hotel, empaqué mi ropa, pagué la cuenta y me dirigí a la terminal a tomar el primer bus que saliera hacia Nueva Granada. Disfruté de la sensación de volver a ser yo mismo, con todo el horror y el placer que eso significaba.

En un bus viejo, cuyas latas sonaban en cada recodo de la carretera como si estuviera a punto de desarmarse, llegué unas horas después a un pueblito de tres calles y unas cincuenta casas de cemento y techos de zinc. Pregunté por Saúl, el maestro de escuela que andaba con una biblioteca amarrada a un burro, y la gente del caserío me explicó que llegaría dos días después. No tuve más remedio que esperarlo sin afanarme y tomándome el asunto con calma, pues se trataba de insertarme en el

ritmo de los pueblos costeros, donde todo pasa lentamente y con una parsimonia que nos da la impresión de estar viviendo en cámara lenta. Ya sabes tú cómo es ese choque para nosotros los que vivimos en las grandes ciudades: intentamos imponer nuestro vértigo y nuestra aceleración neurótica, heredada de una cultura que nos ha enseñado que el tiempo es ante todo producción, y siempre salimos derrotados por esa lentitud pasmosa para la cual la muerte no existe; por tanto, somos eternos y no tiene ningún sentido afanarnos. Una señora del caserío me arrendó una habitación barata y pacté también con ella un desayuno y una comida todos los días por un precio razonable. Me preguntaron que para qué quería hablar con el burrotequero y les conté la verdad, que había leído el reportaje en el periódico y que me parecía importante colaborarle en una misión tan loable. La misma señora que me había alquilado la habitación me advirtió con una sonrisa sarcástica:

—Ayúdale todo lo que quieras, pero no le vayas a dar plata. Se la bebe toda.

Me pareció curioso que el maestro de escuela que recorría los caminos cargado de libros fuera un alcohólico sinvergüenza que se bebía el dinero de los demás. No podía ser. Tenía que haber algún error y así se lo dije a Teresa, mi arrendadora y hotelera.

—La gente no es buena ni mala, corazón —sentenció ella con esa sabiduría natural que tiene la gente caribeña—. Son defectos y virtudes al mismo tiempo. Los ángeles no existen.

En efecto, dos días más tarde, en la única tienda del caserío, conocí a Saúl, que estaba borracho sobre una mesa y que miraba a su alrededor con la vista extraviada en pensamientos remotos e imposibles de detectar. La gente le había comunicado ya que alguien lo estaba buscando para ayudarlo en su proyecto, y él, como si nada, lo primero que hizo fue comprar una botella de aguardiente y tomársela ahí mismo, mientras descansaba de la larga y agotadora jornada. El burro estaba en un rincón de la calle, comiendo pasto de un costal descosido que colgaba de unos listones de madera. Las dos cajas de libros estaban en el suelo, recostadas contra un muro. Me presenté y le expliqué a Saúl que había sabido de él por un artículo de periódico. Mientras pronunciaba estas primeras palabras me di cuenta de que él estaba en otra dimensión, sintonizado con unas fuerzas ocultas que convertían mis frases en meros balbuceos enunciados desde una realidad superficial. Me sentí como un imbécil. Saúl guardó silencio y después se quedó mirando el horizonte unos segundos.

—Es increíble pensar que un día usted morirá, que yo moriré, y que esta presentación suya será como si jamás hubiera existido —dijo él con una voz seca que permitía adivinar ya varios tragos de aguardiente.

¿Qué dice uno ante un individuo cuyo primer saludo es ese? Yo muerto, él muerto y todo desaparecido. Sobrio iba a ser muy difícil dialogar con él, así que pedí otra botella de aguardiente, me tomé dos tragos de una sola sentada y me senté frente a él. Sentí la garganta hirviendo y la sangre corrió más de prisa por mis venas.

—Si todo es caduco, transitorio, no tiene sentido angustiarnos por ello —empecé a decir en medio de una lucidez que de pronto me estaba irrigando el cerebro—. Lo

importante es que estamos aquí usted y yo, y por algo será que nos encontramos en este lugar sentados frente a frente.

Saúl aterrizó, su mirada se concentró en mí, como si sólo hasta ahora me hubiera materializado, y sonriendo me preguntó:

—¿Por qué me busca?

—Porque creo en lo que está haciendo —le respondí sin tomarme un tiempo para pensar una frase elaborada—. Creo en el poder de la inteligencia y de la imaginación. No hay mayor revolución que aprender a soñar.

A partir de ese momento se entabló entre nosotros una amistad inquebrantable. Saúl, que al principio parecía un tipo agresivo y solitario, de pronto se levantó y me dio un abrazo que no procedía de su borrachera, sino de una profunda empatía que de repente se había instaurado entre nosotros.

—Parecen mis propias palabras —me dijo con sus brazos aún alrededor de mi espalda—. Creo en los libros por encima de todo. Sólo a través de ellos liberaremos algún día a tanta gente de la opresión y de la ignorancia.

Y entonces, como si fuéramos dos muchachos a la salida del colegio o de la universidad, dos amigos que se reúnen a compartir sus pasiones más íntimas, nos pusimos a repasar autores y libros que nos habían sobrecogido y estremecido a ambos. Cuando uno de los dos no lo había leído, el otro le contaba la trama, los personajes, los momentos cumbres. Y cuando era una lectura compartida, íbamos y veníamos por el libro a dúo, produciendo un contrapunto que nos divertía y nos hacía reír. Desde los años de adolescencia contigo, cuando entrábamos a las librerías a comprar nuestros autores favoritos, yo no había sido tan feliz dialogando con alguien. Nos cogió la madrugada ahí sentados, solos (ya habían cenado la tienda), con nuestras botellas de aguardiente sobre la barda de cemento, repasando crímenes, traiciones, relaciones amorosas y actos heroicos de personajes de cuentos y de novelas que nos gustaban a los dos. Los primeros habitantes que despertaban comenzaron a salir a la calle para iniciar su jornada laboral. Recuerdo perfectamente que en un determinado instante, cuando los rayos de un amanecer apenas insinuado colorearon las nubes de rosado, Saúl se puso otra vez serio, como si acabara de entrar en trance, y con una voz grave, gutural, empezó a decirme:

—Hay un lado de la lectura que nunca he entendido. Antes yo era un muchacho cualquiera, común y corriente. Pero cuando comencé a leer, algo en mi cabeza se transformó, como si hubieran abierto un hueco en un muro para hacer una ventana. Era como si le hubieran otorgado la visión a un ciego.

No sabía muy bien a qué se refería Saúl. No dije nada y esperé a que él continuara con su explicación. Estaba un poco tenso y el tono de su voz, así como sus gestos tímidos y retraídos, indicaba que llevaba mucho tiempo queriendo hablar de este asunto, pero que no tenía con quién hacerlo o que los demás lo consideraban un hombre culto, sí, pero también un borracho fantasioso y un pesado.

—Empecé a soñar con fuertes vendavales —siguió hablando él con los ojos

puestos en el vacío—, con tormentas y grandes olas que llegaban a la playa y destrozaban barrios y edificios completos. Creí que eran sueños sobre mi pueblo o sobre alguna ciudad de la costa colombiana. Pero no, después comencé a detallar los rasgos de las personas que aparecían en esos sueños y tenían los ojos rasgados, eran flacas en su mayoría y gritaban a voz en cuello palabras en idiomas desconocidos para mí. No entendí qué era todo aquello y por qué yo me soñaba lo mismo de manera recurrente. Hasta que al poco tiempo los noticieros de televisión abrieron sus emisiones con tomas de maremotos y huracanes en países asiáticos. Las tomas eran idénticas a las imágenes de mis sueños. Hasta recuerdo haber visto en un programa de canales internacionales la historia de un hombre que se había salvado gracias a su perro. En mis sueños ese hombre aparecía una y otra vez agarrado al lomo de un pastor alemán que lo conducía hasta la ribera de un río, donde ambos alcanzaban la orilla y se salvaban.

—¿Me estás diciendo que leer te otorgó ciertos poderes psíquicos, como la videncia?

—Después empecé a soñarme con enfermos en hospitales que agonizaban entre estertores y fiebres tremendas. Los rasgos de las personas eran otra vez de origen asiático. Cientos de personas estaban en camillas y su aspecto denotaba que se hallaban entre la vida y la muerte. Siempre era la misma imagen: corredores llenos de enfermos y médicos y enfermeras que atendían a los pacientes con protectores en la boca. A los pocos días aparecieron las noticias sobre la gripa aviar y la cantidad de hombres y mujeres contagiados en ciertos países asiáticos. Las fotografías y las tomas televisivas confirmaban mis visiones.

Las primeras luces del amanecer rompieron un amasijo de nubes cercanas y llegaron hasta nosotros. Saúl seguía con la mirada extraviada y con la espalda encorvada hacia delante, como si en cualquier momento se fuera a estrellar contra el piso. Preferí no interrumpirlo.

—Lo peor de esos sueños era la culpa. Yo veía el sufrimiento de miles de personas y no podía hacer nada, era inútil, nadie me creería, y si llegaban a hacerlo, ¿qué se podía prevenir? ¿Cómo detener un *tsunami* o una peste? Ver tanto dolor no servía de nada. Y me sentía culpable por ser un espectador incapaz de intervenir para salvar al menos a una de las víctimas.

Algunos campesinos que salían a trabajar pasaban a nuestro lado y saludaban a Saúl con una sonrisa. Él despertó de su estado de trance y devolvió los saludos. También algunos niños que se dirigían a la escuela se acercaban para decirle que ya estaban terminando el libro que les había prestado o que después del colegio pasarían por un nuevo ejemplar. Me di cuenta de que los pobladores sabían que estaba borracho y que seguramente lo habían visto así muchas veces, pero que pese a todo sentían por él una simpatía sincera y un respeto afectuoso.

—Menos mal que esos sueños desaparecieron —siguió diciendo Saúl cuando volvimos a estar solos—, porque de lo contrario yo habría dejado de leer para

siempre. Fue la única vez en mi vida que odié los libros y que los repudié.

—¿Y nunca soñaste nada positivo?

—Una noche vi a una pareja de ancianos que me sonreían. Estábamos en la playa de Santa Marta, porque yo reconocí los edificios y los hoteles. El anciano, vestido de blanco y sonriente, se me acercó y me dijo que acababan de dejar huérfana a su única hija, María Pumarejo, y que a ella le quedaban solamente dos años de vida. Que era muy bella y que estaban seguros de que esos dos años podían ser muy felices si ella y yo nos casábamos. Enseguida vi la calle y la casa de María, el anciano me señaló una de las ventanas, y me desperté ahogado y sudando a chorros.

—¿La buscaste?

—Al día siguiente busqué la calle en el barrio de Mamatoco, donde yo creía que estaba, y sí, di con ella y con la casa. Timbré y conocí a María, una muchacha bellísima de veinticinco años que me trató como si fuera de la familia. Yo le dije que había conocido a su padre en vida y que no había alcanzado para llegar al entierro. No le dije nada del sueño porque sabía que no iba a creerme y que me tomaría por un loco o un mitómano.

—¿Y qué pasó?

—Nos casamos un mes después y fuimos felices durante dos años exactos. Luego ella se enfermó de los pulmones, no se recuperó y a las pocas semanas los médicos en Santa Marta le diagnosticaron un cáncer terminal. Murió en mis brazos, y sólo al puro final le conté la verdad y le dije que sus padres la estaban esperando en el más allá. No tuvimos hijos, me quedé a la deriva y fue entonces cuando decidí dedicarme a este trabajo. Renuncié a la escuela donde era maestro y llevo ya un buen tiempo dedicado a transportar libros de una vereda y de un pueblo a otro.

—Perdone que le pregunte, Saúl, pero ¿de qué vive?

—La gente me da comida y bebida, y me prestan algún catre desocupado para dormir. No necesito nada más.

Me caía de sueño, así que le dije a Saúl que nos viéramos al mediodía, después de dormir unas horas. Lo invité a almorzar y me contestó que él sabía dónde estaba alojado, que pasaría a recogerme a eso de la una.

No tengo que decirte, maestro, lo extraño de toda esta situación. ¿Te imaginas? Un maestro de escuela visitado por visiones de *tsunamis* y epidemias asiáticas que recibe la orden de casarse en sueños. Una locura, un disparate completo. Pero me dije que la costa caribe era así, fuera de lo normal, conectada con un inconsciente colectivo y mágico que les daba a los individuos y a sus acciones un carácter sobrenatural y fantástico. Y conviven con esas dimensiones increíbles como si fueran rutinarias y cotidianas. Lo que es real en el Caribe es extraordinario en otros lugares. No me iba yo entonces a hacer el sueco, a creerme europeo o gringo, así que decidí que acababa de entablar amistad con un mensajero, con un vidente, y que en el fondo de sí, en secreto, tal vez con lo que Saúl soñaba era con multiplicar las potencias de sus discípulos hasta hacer de ellos unos superhombres capaces de rebelarse y de

fundar una nueva realidad. Para lograr esa meta, los libros eran el único camino seguro y eficaz. Pensada así, la cuestión tenía sentido y no era tan descabellada. Es más, se convertía en una misión poética cuyo profundo sentido político podía ser incluso verdaderamente revolucionario.

La primera visita que hicimos fue a una mujer que había quedado paralítica y que vivía en una casa de campo acompañada por una empleada que la atendía. Nos recibieron con una comida abundante y la señora, de unos sesenta años y arrastrando una silla de ruedas por toda la casa, se quejó por la demora en la entrega de los libros.

—Vienes aquí cada quince días, Saúl —le dijo en un tono maternal y cariñoso—, cuando yo termino un libro en dos o tres días. ¿Qué hago el resto del tiempo? Me aburro, mijo. Vas a tener que visitarme más a menudo.

—De eso mismo quería hablarle, doña Gloria —le explicó Saúl con expresión de niño regañado—. Ahora somos dos. Mi amigo se llama Sebastián y la próxima semana me va a colaborar con agilizar el préstamo de los libros.

—Dios te oiga, mijo, porque me voy a morir de físico aburrimiento.

Yo había visto entre la burroteca de Saúl un ejemplar viejo y descuadernado de la novela de Manuel Puig, *Cae la noche tropical*, y entonces fui hasta el burro, lo saqué y se lo entregué a doña Gloria.

—Le propongo algo, doña Gloria —le dije sentándome en una butaca para quedar al mismo nivel que la señora—: lea esta novela y en tres días estoy aquí para que conversemos sobre ella. ¿Qué le parece?

—¿De qué trata? —preguntó con desconfianza.

—Son dos mujeres de su edad dialogando. Están en la recta final de la vida y, sin embargo, no bajan la guardia y siguen luchando con vehemencia y fervor. Esta es quizás la mejor novela de Puig.

—Me gusta —comentó doña Gloria entusiasmada—. Lo único que te pido es que no me vayas a hacer visita de médico. Te quedas aquí con calma, comes, duermes tranquilo, desayunas y te vas al otro día.

—Listo, doña Gloria, es un trato —le dije estrechándole la mano como si acabáramos de cerrar un negocio.

Enseguida, para mi sorpresa, doña Gloria empezó la tertulia diciendo que *El coronel no tiene quien le escriba* le había parecido una historia absurda, porque un hombre como el coronel, amoroso y de buenos sentimientos, no iba a dejar morir de hambre a su mujer sólo por defender un gallo. Saúl y yo intentamos explicarle que el animal era un símbolo de resistencia, una especie de dignidad que el coronel defendía a toda costa, incluso al precio de su propia vida. Ella volvió al ataque y dijo que ninguna dignidad era más importante que la vida humana, que no era justo ni loable dejar morir a una mujer enferma y vieja sólo por andar empecinado en que el gallo significaba unos ideales revolucionarios. Insistió en que un gallo es primero, y por encima de todo, alimento, comida, la posibilidad de salvarse. Dijo de manera enfática:

—La primera obligación de uno es defender su vida. Eso hace cualquier animal: intenta por encima de todas las cosas sobrevivir. Dejarse morir es la falta más grave. Yo no andaría por ahí enseñándoles eso a las nuevas generaciones.

No pudimos convencerla de lo contrario. En un instante de crítica jovial, doña Gloria propuso otro final para el libro:

—Bueno, vamos a ver. No podemos vender el gallo, pero tampoco nos podemos morir de hambre. ¿Por qué entonces el coronel no mete el gallo en la olla y se lo come con su mujer? ¿Por qué el autor no contempló ese final?

Yo no dejé de maravillarme ni un solo segundo. Estábamos hablando del coronel como si fuera un vecino, un personaje de carne y hueso, y doña Gloria manoteaba y se enfurecía cuando recordaba la escena final, con las piedras metidas entre el agua hirviendo de la olla. Le parecía indignante y peligroso andar enseñándoles a los niños y a los jóvenes ese tipo de comportamiento.

La siguiente visita fue a un maestro pensionado que vivía en un rancho miserable en la ladera de una montaña. Don Jesús, o don Chucho, como le decían en los alrededores, se había quedado viudo hacía un par de años y la pena moral por la muerte de su esposa le había ocasionado un derrame cerebral que al final lo había dejado con medio cuerpo atrofiado. El viejo rogaba por la muerte, pero no era capaz de suicidarse porque sus convicciones religiosas se lo impedían. Quería morir y reunirse con su esposa en el cielo, donde estaba seguro de que vivirían los dos por toda la eternidad, pues habían sido buenos cristianos y jamás le habían hecho mal a nadie. Como la muerte no llegaba, la única distracción de don Chucho eran los libros que le prestaba Saúl, sobre los cuales pasaban tardes conversando. Vivía con un nieto de once años que le ayudaba a caminar apoyado en una muleta y que una vez por semana iba hasta el pueblo más cercano a comprar víveres y medicinas para su abuelo. Saúl le había prestado *Papillon* y el viejo estaba fascinado con la novela. Aseguró que era una biografía porque uno no podía dar tantos detalles sólo a punta de imaginación, y que la historia demostraba además que todo sistema penitenciario era corrupto por naturaleza, despiadado, asesino, y que nuestro atraso y nuestra ignorancia se demostraban en la manera como castigábamos a aquellos que cometían alguna falta. Las prisiones no eran más que una prueba fehaciente de la crueldad de nuestra sociedad, que, en lugar de aplicar virtudes cristianas como el amor y el perdón, lo que hacían era todo lo contrario: fomentar el odio y la venganza. Además, aseguró, él estaba convencido de que todo era verdad, y que el error de Papillon había sido regresar a la civilización después de su experiencia con los indios de La Guajira. De haberse quedado allá, dijo, en ese paraíso al lado del mar y con sus dos indias que lo amaban y lo atendían, habría sido feliz lejos de los hombres que lo habían herido y torturado. Al final, afirmó que sería muy difícil que otro libro superara a ese, y que no quería leer mariconadas (así dijo) escritas por intelectuales de pacotilla que no conocían el mundo ni habían salido de su casa.

Lo que me sorprendía de todo esto, Vicente, era la vehemencia con la que doña

Gloria y el viejo pensionado hablaban de los libros, la seriedad con la que opinaban, la pasión que depositaban en sus comentarios. Era muy difícil discutir con ellos porque en cada frase se jugaban sus propias convicciones con respecto a sí mismos y a los demás. Yo no había imaginado que los lectores de Saúl eran así y que su trabajo, más que fomentar la lectura, era ahondar en la vida gracias a los personajes de sus libros.

Le dejé a don Chucho *Plenilunio*, de Antonio Muñoz Molina, en una edición de bolsillo.

—Estoy seguro de que éste le va a gustar —le dije dándole un golpecito en la espalda—. Es la historia de un inspector que está buscando a un asesino de niñas. Un sacerdote amigo le dice que ese hombre ha visto cosas que ningún otro hombre ha visto, y que en consecuencia el criminal debe mirar de una manera extraña, salida de lo normal. Le asegura que dará con el asesino si da con esos ojos. No le cuento más para no dañarle la lectura. Vendré el fin de semana para que conversemos y discutamos la historia.

Don Chucho aceptó y dijo que si era tan bueno como yo decía, lo leería de una sola sentada. Quedamos entonces de vernos el sábado siguiente en la mañana.

A la madrugada intentamos cruzar un par de montañas y en una ensenada, cuando estábamos dando la vuelta para bordear el camino, nos tropezamos con varios hombres uniformados y con fusiles al hombro. Eran combatientes paramilitares que patrullaban la zona. Me dije que estábamos fritos y que de esa no saldríamos tan fácilmente. Por el contrario, los soldados saludaron a Saúl con confianza y se detuvieron para conversar unos segundos con él. Uno de ellos le preguntó con cierta animosidad:

—¿Y ahora anda con ayudante?

—Es un amigo que de hoy en adelante me ayudará con los préstamos de los libros. Ya no doy abasto.

El hombre me miró de frente, sin agresividad, y me dijo en el mismo tono de cordialidad ocasional:

—¿El señor trae papeles?

—Sí, por supuesto —contesté sacando la billetera y mostrándole la cédula de ciudadanía y la libreta militar.

El soldado sacó una libreta y un lápiz escolar y anotó mis datos en una hoja amarillenta.

—¿Y a qué se dedica el señor, si se puede saber? —me preguntó regresándome los documentos.

—He trabajado en organizaciones sociales durante años, pero no aquí, sino por fuera del país.

—No tiene antecedentes, ¿verdad?

—No, me fui del país muy joven, antes de terminar la universidad.

Otro de los soldados le quitó la tapa a su cantimplora y comentó mientras bebía

de ella:

—Ayudantes universitarios y traídos del extranjero... Se está cotizando la burroteca...

Todos se rieron y nosotros también celebramos el chiste. El ambiente era relajado.

—¿No han visto movimientos raros o frentes de las FARC o del ELN? —volvió a preguntar el primer soldado, que era el que parecía comandar el pelotón.

—No, venimos de la casa de don Chucho —afirmó Saúl limpiándose el sudor del cuello—. No hemos visto a nadie.

—A ver cuándo nos trae revistas con viejas empelotas, hermanito —pidió otro de los hombres, un joven imberbe de apenas dieciséis o diecisiete años—. Eso sí que nos ayudaría a pasar tanta soledad.

—Yo no embrutezco a la gente —dijo Saúl muy serio—. Lo mío es la cultura, no la pornografía. Les aseguro que si leyeran algo de lo que traigo aquí, dejarían esos fusiles por ahí tirados.

—La próxima, Saúl, la próxima —dijo el que comandaba la patrulla y dio la orden para que el resto empezara de nuevo a caminar.

—Lo que necesitamos no son soldados, sino profesionales bien capacitados —les dijo Saúl como si fuera el cura del pueblo en un discurso dominical.

—Dícales eso a los bandidos de la guerrilla, hermanito —dijo el que tenía cara de niño—. Ellos fueron los que comenzaron todo esto.

Y seguimos caminando con nuestro burro cargado de libros, mientras los paramilitares desaparecían en el siguiente recodo del camino. ¿Te imaginas la escena? Un tipo con sus libros amarrados en cajones que descansan sobre el lomo de un burro, recordándoles a unos criminales que cometen genocidios y masacres la importancia de leer y de educarse, y los fulanos pidiéndole revistas pornográficas y tomándole el pelo como si nada. Era difícil de creer.

En la siguiente parada visitamos un caserío donde Saúl tenía tres discípulos a los cuales trataba con especial cariño. Eran tres niños: Camilo, que tenía doce años; su hermanita Liliana, de nueve, y Laura (él le decía Lauris), de ocho, prima de los dos primeros y que vivía a dos casas de ellos. Les había prestado *El principito* y les había dejado una tarea: que hicieran una caja con un agujero, y que dibujaran lo que veían a través del agujero. Los niños lo estaban esperando expectantes, y apenas lo vieron llegar se pusieron a gritar y a saltar. Descargamos en la esquina y enseguida la mamá de Camilo y de Liliana nos dio dos vasos plásticos llenos de guarapo de panela con hielo. Estaba delicioso, y el líquido frío bajando por la garganta nos refrescó a ambos y nos alivió el cansancio.

Los dos hermanitos y la prima habían construido la caja, en efecto, y habían dejado un agujero por el cual se podía mirar. Luego, en unas hojas blancas que Saúl les había llevado, pintaron dinosaurios, serpientes, caballos, pájaros, barcos y monstruos. Era una secuencia muy bella de dibujos infantiles hechos con esmero y dedicación. Saúl, con su tono profesoral, preguntó después de ver las pinturas:

—¿Todo eso se ve dentro de la caja?

—La caja es infinita —respondió Lauris muy concentrada en la conversación—. Siempre vemos cosas diferentes.

—Hemos llegado a la conclusión de que es una caja mágica —dijo Camilo asintiendo.

—Pero es sólo para niños —comentó Liliana—. Tal vez porque la construimos nosotros.

—¿Por qué sólo para niños? —preguntó Saúl.

—Porque hemos puesto a nuestros papás a mirar y no ven nada —aseguró Lauris sin perder su seriedad.

—Sólo ven el cartón —continuó diciendo Camilo.

—Hasta han llegado a reírse de nosotros —contó Liliana haciendo pucheros.

—Eso es muy fácil de explicar —explicó Saúl—. La mayoría de los adultos eran como ustedes, seres capaces de hacer objetos mágicos, verdaderos ilusionistas que transformaban la realidad cuando querían. Pero con el tiempo los fueron alejando de los libros y les quitaron esa magia. Por eso ahora no ven nada, están ciegos.

—¿Tú no has perdido ese poder? —preguntó Lauris abriendo los ojos de par en par.

—No, yo no.

Y sin esperar a que se lo pidieran, Saúl agarró la caja, se arrodilló, cerró uno de los ojos y puso el otro en el agujero. Enseguida suspiró, se agitó, repitió varias veces «increíble, increíble», y después de unos dos minutos se retiró y se arrojó al piso con los brazos abiertos y la mirada puesta en el cielo.

—¿Qué viste, qué viste? —le preguntaron los tres niños al tiempo.

—Increíble —volvió a decir Saúl—. Vi una ballena enorme, gigantesca, y salía del mar, arrojaba agua hacia arriba, como si tuviera una manguera en el lomo, y después se hundía otra vez entre las olas y desaparecía. Definitivamente, la caja quedó muy bien hecha. Es una caja mágica de verdad.

—¿Sí? ¿Sí? —repetían los niños dichosos.

—Y tu amigo, ¿está ciego como los demás adultos, o sí puede ver? —preguntó Camilo mirándose.

Saúl me miró con esa cara de solemnidad que solía poner cuando aparecía un tema que para él era trascendental.

—Todavía no lo sé —dijo sentándose de pronto en el césped.

Me di cuenta de que se trataba de una prueba y que de ella dependía mi permanencia o no como ayudante de la burroteca. Ese era el examen que Saúl estaba esperando y había llegado el momento de mostrar mis credenciales. Tomé la caja, respiré profundamente, como si estuviera a punto de sumergirme en un océano de corrientes impredecibles, y acerqué el ojo derecho a la ranura. Entonces, de una manera súbita, el solo hecho de cerrar un ojo para acercarme a observar con el otro bien atento me trajo a la memoria nuestras noches de niños en el barrio, cuando tu

papá te regaló un telescopio y nos pasábamos horas enteras mirando los cráteres de la Luna y buscando estrellas que brillaran un poco más que las demás. ¿Te acuerdas? Andábamos por todo el barrio con el telescopio, y buscábamos los lugares menos iluminados para enfocar nuestro aparato hacia el cielo. Eramos un par de niños y habíamos visto por la televisión, en el jardín infantil y con nuestras profesoras explicándonos la transmisión, cómo el Apolo XI había llegado a la Luna. Nosotros nos habíamos jurado que seríamos los siguientes astronautas en llegar, y por eso fundamos una sociedad que se llamaba Los Aventureros del Espacio, que en realidad éramos sólo tú y yo, y nuestro telescopio, que a las pocas semanas andaba lleno de tierra y de arena, rayado y con las patas estropeadas, pues lo cargábamos a todas partes como una especie de amuleto que algún día nos lanzaría al espacio interestelar. Eso fue lo que vi. Y no pude dejar de emocionarme, hasta el punto de que gruesas lágrimas me escurrieron por las mejillas. ¿Dónde estaban ahora esos dos niños cuyo ídolo eran Neil Armstrong? ¿Qué había hecho la vida con nosotros?

Cuando me retiré de la caja, los tres niños me estaban mirando consternados. Saúl me observaba con atención, muy pendiente de lo que yo iba a decir.

—Vi a un amigo de infancia —comencé explicando—. Lo vi de niño, corriendo por el barrio, buscando los patios de las casas y los rincones donde hubiera poca luz. Tenía un telescopio y se la pasaba mirando las estrellas.

—Como el principito —dijo Lauris.

—Sí, como el principito —repetí yo—. Quería ser astronauta y aseguraba que algún día llegaría a la Luna. Era distinto de los demás niños. Le gustaban los libros y yo empecé a leer lo que él me iba prestando. Luego crecimos y de jóvenes seguimos leyendo siempre juntos. Fue mi mejor amigo y no he vuelto a conocer a nadie como él. Nos hemos escrito y sé que ha vivido situaciones muy duras, difíciles de superar. Pero no nos hemos vuelto a encontrar. La caja me permitió verlo por primera vez en muchos años.

—Eso significa que la caja es también una máquina del tiempo —concluyó Camilo—. O si no, ¿cómo se explica que hayas viajado hacia el pasado?

—Claro, por eso tú viste dinosaurios —dijo Liliana con propiedad—. ¿No sabes que desaparecieron hace rato del planeta?

Y así seguimos conversando los niños y nosotros por más de dos horas, hasta que las madres aparecieron y los llamaron para comer. Lo que más me impresionó fue que, en el fondo de esa clase con ellos, estaba la clave de la vida de Saúl, el cansado profesor de literatura que, después de la muerte de su esposa, había decidido salir a campo traviesa a convertirse en un quijote latinoamericano dispuesto a enseñarles a los demás que los molinos eran gigantes y que los rebaños de ovejas eran ejércitos bien entrenados. Un quijote atravesando montañas y caseríos miserables, solo, con su burro cargado de libros y con la convicción inquebrantable de que la realidad es mucho más amplia y sorprendente de lo que suelen creer los demás. Un quijote en medio de un país en guerra, intentando convencer a los soldados de que sus libros

eran más poderosos que las armas de ellos. Un quijote que, como su predecesor español, estaba convencido de que la literatura no era para leerla, sino para vivirla en carne propia. Y que había terminado por convertirse también en un vidente, en alguien que tenía una percepción más allá de las coordenadas espacio-temporales que nos regían a los demás, que por lo general estábamos ciegos.

En El Morichal, un pueblo de diez calles y una iglesia que podía albergar a unos cien feligreses, Saúl y yo dormimos en la última calle, donde estaba el burdel. Cinco muchachas que trabajaban allí eran lectoras asiduas de la burroteca. No te imaginas la noche que pasé en ese lugar. Ellas acababan de leer *El viejo y el mar* y conversaron hasta la madrugada sobre sus impresiones, asegurando que al protagonista, Santiago El Campeón, lo habían salado los demás pescadores por envidia. Estaban seguras de que la novela hablaba acerca de cómo un hombre bueno es víctima de brujería y encantamientos de sus colegas, que lo odian y lo quieren destruir. Todas afirmaban que cuando a uno lo han rezado, no hay nada que hacer, y que el pobre Santiago era un ejemplo exacto del modo como nuestros enemigos nos destruyen a punta de sortilegios y hechicerías extrañas. El hecho de que hubiera pescado un gran animal, y que después los tiburones se lo hubieran devorado antes de llegar a la playa, era para ellas la prueba fehaciente de que el tipo no podía hacer nada que estuviera a su alcance para mejorar su fortuna, excepto contratar a un brujo para que deshiciera el hechizo. Al final, a la madrugada, nos fuimos a dormir con ellas y creo que fue la única vez en mi vida que amanecí en un prostíbulo hablando de literatura.

Así, Vicente, te podría dar varios ejemplos de la relación afectuosa y fantástica que tenía Saúl con sus lectores, que estaban desperdigados por las montañas, los valles y las veredas de la zona. Pero entonces prolongaría demasiado esta carta y tampoco quiero cansarte. Es suficiente con decirte que durante todo un mes estuve desplazándome con él de un lado para otro, recibiendo libros, discutiendo sobre ellos y prestando otros que luego volvíamos a recoger. Hasta que al término del mes, una noche, Saúl me dijo:

—Bueno, hermano, ya conoció a todo el mundo y espero que haya memorizado los caminos y los nombres de los pueblos y los caseríos.

—¿Nos vamos a dividir?

—Hace rato que estoy pensando en visitar el departamento del Chocó. Es la zona más olvidada del país, hermano, y el Estado no invierte un solo centavo en construir colegios ni universidades. Hace falla alguien que patrocine la lectura y que promueva los libros. Es el colmo.

—¿Y yo qué hago?

—Te propongo que me compres la burroteca, yo armo otra, viajo a Quibdó y empiezo de cero. Nos mantendremos en contacto. Ojalá con el tiempo se sumen más voluntarios y llenemos el país de libros. Así ganamos la guerra seguro.

Me quedé reflexionando un buen rato. Saúl tenía razón. Era mejor trabajar por separado y diversificar nuestra presencia. No estaba de más pensar en una

organización de bibliotecas móviles (en buses, trenes, bicicletas o burros) que se moviera por todo el país y llegara hasta los lugares más apartados. Quizás con el tiempo el Ministerio de Cultura se interesara en el proyecto y nos brindara apoyo y patrocinio. Acepté la propuesta de Saúl y nos pusimos de acuerdo en el precio del burro y de los libros. Viajé a Santa Marta y saqué la plata de mi cuenta bancaria (que seguía menguando peligrosamente, ya que no me estaba entrando ningún dinero). Saúl se despidió de mí con lágrimas en los ojos y un día cualquiera se subió en un bus y no lo volví a ver. Durante algunas semanas mantuvimos contacto por teléfono y sé que, en efecto, rearmó la burroteca y que comenzó a recorrer algunos de los pueblos que quedan al sur de Quibdó. El conflicto armado en ese departamento se recrudeció a lo largo de ese tiempo, y de buenas a primeras Saúl desapareció sin dejar rastro. Avisé a las autoridades, denuncié el hecho ante organizaciones no gubernamentales, pero nada, era como si de un día para otro mi amigo se hubiera esfumado sin dejar ninguna pista.

Yo seguí trabajando con los lectores que había heredado de Saúl, pero su desaparición me había dejado un sabor amargo y el insomnio empezó a jugarme malas pasadas, hasta dejarme muchas veces en cama y enfermo. Una pregunta me rondaba la cabeza: ¿había Saúl entrevisto, en alguna de sus visiones, que un día llegaría un desconocido a remplazado y que a partir de ese instante él tendría que viajar hacia el sur en busca de su muerte? ¿Desde el primer momento, cuando me había dicho que esa presentación no tenía ningún sentido porque un día ambos moriríamos, ya sabía él que debía marcharse en busca de un destino siniestro? Quién era yo en realidad: ¿un mensajero, un enviado, un heraldo negro? Obviamente, era difícil sospechar la verdad. Saúl, en medio de su transparencia infantil, era un tipo extraño, misterioso, y su alcoholismo tenía un ingrediente de reproche interno, como si el hecho de poseer una imaginación y una inteligencia privilegiadas fuera en realidad un castigo, una derrota, una falla que lo condenaba a marginarse y a perder cierta inocencia que nos otorga el hecho de no saber y no haber visto nada.

La situación a mi alrededor empezó a tornarse negra. No sabía por qué, desde la desaparición de Saúl, la realidad se empeñaba en mostrarme ciertos desperfectos, ciertos errores secretos en su perverso funcionamiento: los lectores eran también irascibles y descorteses, los aguaceros alcanzaban a traspasar el plástico con el cual protegía las estanterías y en consecuencia los libros quedaban ensopados y mohosos, el burro se enfermaba y nos tocaba quedarnos días enteros atascados en caminos poco transitados, mi ropa era un desastre y a los pocos días me di cuenta en un espejo de que parecía un indigente, barbado y sin bañar; además mi salud se resentía debido a las pocas horas de sueño y a la mala alimentación, y lo peor de todo, los pelotones de paramilitares y de guerrilleros que patrullaban el departamento comenzaron a sospechar de mí, a verme como un individuo peligroso en el cual no se podía confiar. Me interrogaban más de lo debido, me amenazaban, me exigían detalles de cada una de mis visitas a las veredas, me ofrecían dinero a cambio de trabajar para ellos como

espía camuflado; en fin, cada día era más difícil sostener mi posición de librero ilustrado que no deseaba comprometerse con ejércitos de hombres armados. Las cosas no iban bien e intuí que se avecinaban tiempos difíciles y amargos.

Por aquel entonces recibí una carta que me estremeció y que me dio la voz de alerta para que buscara una salida antes de terminar con un disparo en la espalda. Me llegó en un sobre raído y con un sello de la oficina de correos de Quibdó. Con letra torpe e infantil, alguien había garabateado mi nombre y me había enviado una carta a la casa de doña Gloria, la primera lectora que Saúl me había presentado. Revisé el remitente para estar seguro de que era una misiva para mí, quizás con el secreto anhelo de ver el nombre de Saúl escrito en una esquina del sobre, pero no, no había nada.

—Deja ya tanta revisadera y ábrelo —me ordenó doña Gloria con impaciencia—. Es la única forma que tienes de saber quién te escribió.

Rasgué el papel por uno de los costados y saqué una hoja escrita a mano por la misma persona que había trazado mi nombre y la dirección de doña Gloria en el sobre. Estaba fechada en Quibdó una semana atrás, y decía más o menos así:

Señor Sebastián:

Por instrucciones de Saúl, le envío esta carta a casa de la señora Gloria. Él fue detenido por el ejército en uno de los barrios periféricos de Quibdó y los libros y el burro fueron decomisados mientras se le sometía a interrogatorio. Alguien cercano a los soldados de la brigada, un informante camuflado entre la población civil, lo denunció como colaborador de la guerrilla de las FARC. Saúl no pudo comprobar su inocencia y las autoridades decidieron procesarlo por rebelión armada. A él no lo afectó la detención ni las calumnias de las que había sido víctima. Lo que lo destruyó fue que una mañana los soldados mataron al burro y quemaron todos los libros argumentando que se trataba de propaganda subversiva. Saúl entró en una huelga de hambre y dijo que la brigada tenía la obligación de regresarle todos los libros intactos para él fundar una biblioteca en la cárcel e intentar educar a los presos. El comandante de la brigada se negó a semejante petición. Saúl mantuvo su huelga de hambre. Murió hace dos días, y como no tenía familiares ni amigos que reclamaran el cadáver, fue enterrado en una fosa común del cementerio de Quibdó.

Quién soy yo es lo de menos. Sólo quería decirle que en los pocos días que tuve trato con él aprendí a respetarlo y a estimarlo, y que al empezar la huelga de hambre me apuntó su nombre y esta dirección, y me dijo que si llegaba a morir le escribiera una nota contándole lo sucedido. Eso es lo que he hecho y así cumplo mi promesa. No sabe cuánto lamento ser portador de tan malas noticias.

Lo saluda,

Un amigo secreto.

Sobra decirte, Vicente, que apenas terminé de leer esta nota supe que con ella se

acababan también mis deseos de luchar en contra de un mundo sórdido, inmundo y corrupto, que cada día aborrezco con más fuerza y mayor convicción. Esas palabras eran para mí la constatación de una frustración, un parte de batalla en el cual me informaban que mis hombres estaban todos liquidados y que el enemigo se había apropiado de cada centímetro de terreno. Ya no había espacio para la esperanza.

No sé por qué evoqué en esos momentos el taller de escritores en el que alguna vez nos matriculamos tú y yo de jóvenes (¿te acuerdas?), y las posiciones tan desesperanzadas que tenían ya desde entonces la mayoría de nuestros compañeros. Todos afirmaban que la literatura no cambiaba el mundo, que era inútil, que no modificaba en nada el transcurso de una cultura cuya impronta inconfundible era la bestialidad y la injusticia, pero que de algo estaban seguros: que todo sería aún peor sin ella. Me di cuenta de que era una encrucijada, una emboscada de la que era imposible salir bien librado. Algunos de ellos, como Marcelo Tafur y Simón Tebcheranny, han publicado libros de cuernos y novelas (supongo que tú los leíste con regocijo al recordar que habían sido nuestros compañeros de taller), y a lo largo de estos años yo he consultado por internet sus declaraciones y sus conferencias, y siempre me tropiezo con ese tono de alguien que está luchando en contra de una corriente muy fuerte, una corriente poderosa que no hay cómo detener, y que sin embargo sigue haciéndolo sólo porque sabe que de no intentarlo morirá. No sé si entiendes lo que te quiero decir. Hay cosas que hay que hacer sólo por el hecho de que ellas nos salvan de la muerte, nada más. Si las evitamos o si intentamos abandonarlas, con ellas se nos va también la vida. Son parte constitutiva de nuestro ser. Pero no nos mentimos y sabemos que son actividades inocuas e inservibles. Esa sinceridad es importante adquirirla a punta de desilusiones y derrotas.

Entre esos viejos amigos del taller con los cuales leímos los textos que nos recomendaba tu tío Rafael estaba un fotógrafo, Marcos Salamanca, un muchacho de unos dieciocho años que vivía al sur de la ciudad, en el Quiroga, y al que le mataron a un hermano retardado mental que le ayudaba con un supermercado que funcionaba en el garaje de su casa. ¿Recuerdas su rostro, su manera pausada de caminar, sus fotos de objetos callejeros que tanto nos impresionaban? Alguna tarde, caminando los dos solos por el centro de la ciudad, le pregunté por qué no se dedicaba a una profesión rentable, algo así como economía o administración de empresas. Si tenía un supermercado y si tanto su hermano como él dependían de ese negocio, ¿por qué no ampliarlo y hacer un buen dinero? Y Marcos, que era lacónico y que mascullaba las palabras siempre en voz baja, me respondió: «A veces hay que elegir entre el dinero y la felicidad. Aunque la felicidad no sirva para nada». Cuánta razón tenía. Lo increíble es que yo me demoré muchos años y tuve que dar mil vueltas para llegar a comprender ese par de frases.

Como si la realidad entera estuviera confabulada contra mí, al día siguiente uno de mis lectores adolescentes me dijo que había escuchado una conversación en la cual se afirmaba que muy pronto me matarían. Los paramilitares no habían visto con

buenos ojos el hecho de que yo no quisiera colaborar con ellos, y habían decidido que lo más probable era que entonces ya hubiera aceptado una jugosa oferta por parte de la guerrilla. El día y la hora no estaban establecidos todavía, pero mi sentencia de muerte era segura y no pasaría de una semana. Le agradecí a mi estudiante, dejé la burroteca en el establo de su casa y le dije que la aprovechara para convertirse en un lector voraz, que es quizás el mejor destino que se pueda tener en el mundo. Y ese mismo día, sin despedirme de nadie, tomé un bus para Santa Marta y me hospedé en un hotel para mochileros y caminantes en Taganga. Me fugué en cuestión de minutos, sin pensarlo, porque estaba seguro de que el rol de héroe o el de mártir no eran para mí. Soy demasiado previsivo para ellos.

Estuve dos días bañándome en el mar, caminando por ahí solo, leyendo y pensando en el final tan triste que había tenido Saúl. De alguna manera, él había sido una de las tantas víctimas de la derechización del país, de ese ferviente deseo de militarización y paramilitarización que las clases dirigentes habían planeado desde años atrás para impedir cualquier asomo de protesta y de reivindicaciones sociales. Por todas partes los noticieros de televisión hablaban de senadores y representantes a la Cámara que habían tenido contacto y negocios con los jefes paramilitares. Se trataba de un matrimonio que venía de tiempo atrás entre los mañosos y las clases dirigentes. No hemos sido capaces de elegir a políticos decentes y rectos, que no hayan tenido tratos con narcotraficantes y asesinos. A Saúl lo había liquidado ese país que desde siempre ha cerrado filas en torno a las clases altas, un país segregacionista, racista y excluyente, que sólo piensa en el dinero y en el poder, y que por eso mismo utilizó a los narcotraficantes y a los estamentos militares para su beneficio personal, para agrandar su riqueza y su capacidad de influencia, y que impidió con miles de artimañas la entrada en una auténtica democracia participativa. Un asco profundo me atravesó el alma y me dije que ya era hora de irme otra vez, que una visita había sido suficiente para recordar cómo funcionaba esta maquinaria de horror.

Pasé por Medellín y me despedí de mi familia. Luego decidí detenerme una semana en Bogotá y recordar viejos tiempos. No sabes la melancolía tan grande que sentí cuando recorrí el parque Santander y las librerías que quedan ahí, a pocas cuadras, entre los cafetines y las tiendas y las misceláneas. Caminé por entre los vendedores ambulantes que ofrecen discos y libros piratas con el mayor desparpajo, y entonces, por entre la penumbra de una memoria que viajaba a alta velocidad, vi a Vicente y a Sebastián muy jóvenes, con las mochilas llenas de libros y buscando ediciones de Durrell o de Borges para gastarse sus escasos ahorros. Suspiré y me dije que todo este tiempo no había sido más que una larga búsqueda para llegar a ninguna parte, un largo viaje en el cual, al final, no tenía ninguna respuesta ni me había hecho más sabio. La verdad es que estaba igual de confundido que al comienzo.

Reconocí que la ciudad estaba más ordenada, más bella, que había crecido y había madurado, pero que detrás de sus ornamentos y su nueva imagen se escondía la misma amargura, la misma marginalidad y la misma injusticia. Visité la casa de mi

infancia, tu casa, los parques, las bibliotecas, y me despedí de Bogotá para siempre, pues estaba seguro de que no iba a volver. La quería, sí, me había formado en ella y en parte la llevaba incrustada en el alma, pero también la rechazaba, me molestaba, me atormentaba. Quizás me sucedía con ella lo mismo que con ciertos parientes o ciertos amigos, que uno los estima precisamente porque los tiene lejos, pero que basta pasar una semana a su lado para aborrecerlos y salir corriendo.

Por esos días consulté mi correo y me tropecé con tu carta. Me emocioné mucho de saber que estabas en Brasil y que ahora te dedicabas a rescatarte de los recuerdos dolorosos. La alusión a tus dos chiquitas me demostró que ya te encontrabas al otro lado y que estabas listo para compartir con los demás. Sólo quien ha aprendido a ir más allá de sí mismo es capaz de entregarse a otros. Por eso compré un tiquete para ir a Río la próxima semana. Estaré contigo y con las niñas unos días, me empaparé del programa de Surfing Favela, y después empezaré a buscar trabajo y a ver hacia dónde dirijo mi vida.

Una cosa sí tengo clara: la resiliencia de la que me hablas es para mí el centro de una nueva aventura vital e intelectual. Sospecho que sólo a través de sus claves lograré otorgarle un sentido inédito a mi vida. ¿Por qué? Porque hasta el momento no he sabido cómo contrarrestar dos experiencias que me han parecido demoledoras: el dolor de los otros y la certeza de mi propia muerte. Y cuando te hablo del dolor no me refiero al dolor personal, íntimo, sino al general, al de las multitudes, al de grandes poblaciones arrasadas y destruidas por el egoísmo y la arrogancia de unos pocos. No puedo dejar de pensar en el dolor de África, de todo un continente hecho pedazos por las políticas de los banqueros y los comerciantes occidentales. Millones de personas ahogadas en su propia miseria, en el hambre y en la enfermedad. Y no puedo hacer el ejercicio de sacarlos de mí, de hacerme el que no está pasando nada, de dedicarme a buscar mi propia comodidad y ya está, encontrar un buen trabajo, comprarme un carro, ir de vacaciones a algún hotel de lujo, tener una novia hermosa e inteligente que me acompañe en ese largo camino de la autosatisfacción y el confort. ¿Y los gemidos, y los niños hambrientos, y las migraciones de pueblos enteros a través de las montañas o de los desiertos? ¿Dónde los dejo? ¿Cómo hago para no escuchar esas voces? Pienso en América Latina, en mi gente, y no sé cómo hacer para buscar una felicidad personal dejando de lado todo el sufrimiento de mi pueblo. A altas horas de la noche escucho las voces quejumbrosas, los llantos y las súplicas de esa masa de niños, mujeres y hombres latinoamericanos que están en el centro del infierno. Desde México hasta la Patagonia, millones de seres que hablan mi lengua y tienen mis rasgos se arrastran por el fango de la miseria más inhumana. A ellos hay que sumarles la cantidad de chicanos trabajando en las fábricas norteamericanas, los colombianos que madrugan a cargar cajas o a limpiar bodegas en Nueva York o Madrid, los ecuatorianos vendiendo sus artesanías en las calles europeas, los argentinos, chilenos y uruguayos cargando a cuestas sus tremendos y dolorosos exilios. Cuando un latinoamericano tiene que vivir y trabajar por fuera de

su país, lleva en el corazón a toda su gente. ¿Cómo hago para divertirme sin oír esas voces? ¿Cómo me desprendo de la tribu y me largo por el centro del bosque en busca de mi paraíso personal? ¿Cómo camina uno por los barrios periféricos de Lima, Ciudad de México, Caracas, Delhi o Calcuta, y hace como si estuviera viendo hormigas o gusanos? ¿Cómo se aprende a quedarse inmóvil en el pronombre personal de primera persona del singular (yo), sin usar nunca los otros pronombres: tú, él, ella, nosotros? Han pasado años, Vicente, y he recorrido muchos países y nada que logro reducirme a mí mismo.

Lo otro es que desde muy joven sentí la muerte cerca de mí, la palpé, la tuve a mi lado y la cargué después dentro de mi conciencia, y no he podido vivir sin pensar en ella todos los días. ¿Cómo es la vida sin la muerte? Recuerdo que antes del accidente de aquella estudiante yo me encontraba contigo, caminábamos por ahí, íbamos a cine, nos comíamos un pan con gaseosa en cualquier panadería y la vida era puro presente, nada nos atormentaba ni nos carcomía las entrañas. Pero después de ese día nefasto nunca más la vida fue igual. A partir de entonces la muerte se me metió en el cuerpo, en el cerebro, y supe que nuestro tránsito por el mundo es algo insignificante, infinitesimal, y que al final nos está esperando una escena macabra: una enfermedad atroz, un accidente, un disparo por la espalda. ¿Cómo hace uno para vivir dichoso y en paz si sabe lo que le está esperando más adelante? Es como estar con un amigo o un hermano en un restaurante y saber que cuando se termine la comida esa persona que amamos saldrá a la calle y la atropellará un carro fantasma. ¿Podemos disfrutar las bebidas, gozar de los sabores de la comida, pedir el postre con una sonrisa? Yo ya sé que la muerte me acecha, que me pisa los talones, que la tengo respirándome en la nuca, ¿entonces cómo hago para no ver, para engañarme, para no enfrentar la verdad cara a cara? Sé que pertenecemos a una religión cuyo eje macabro es la muerte. Entramos en una iglesia y adoramos a ese hombre crucificado que sangra en silencio. Y yo aborrezco esa falta de vitalismo, esa falta de jovialidad que nos impide celebrar la fuerza del instante presente. Pero no logro zafarme de las garras de la muerte para poder empezar a reírme estruendosamente, a carcajadas, que en el fondo es lo que más deseo.

Por eso me voy para Río, Vicente, y espero que en el mar, en los dulces, en la samba, en la piel de las mulatas, en las sopas y en las hierbas vuelva a resucitar, a encontrar las claves de una religiosidad preñada de gratitud, afirmativa, atea, amorosa, sin culpa ni pecado, corporal, física, olorosa, gustativa, sin cruces ni sangre, no bélica, femenina, popular. No admiraremos ninguna crucifixión. Fundaremos una religión donde abandonaremos el yo para unirnos a los otros en un largo abrazo musical, como en el bines, en el rock, en el rap o en la salsa, y cantar a coro la alegría de un nosotros poderoso y resistente. Buda Blues. Que no se diga que no lo intentamos y que después de muchos vericuetos y caminos sinuosos no fuimos capaces de hallar el pasaje que nos emparentaba con los otros en un lazo fraternal e indestructible. De la mano de Siddharta y de Billie Holiday, del maestro Dogen y de

B. B. Ring, de Taisen Deshimaru y de Bessie Smith, de Matsu Basho y de T-Bone Walker, del maestro Dokusho Villalba y de Aretha Franklin, del maestro Shohaku Okumura y de Mississippi John Hurt, de Densho Quintero y de Minnie Memphis, del maestro Suzuki y de Mamie Smith, del maestro Yangshan Huiji y de Gertrude Ma Rainey, salir a la pista y bailar con la muerte una danza erótica e insinuante. La agarraremos por la cintura, la manosearemos, le cogeremos el culo, le murmuraremos al oído frases insinuantes y groseras, y al final nos la llevaremos a la cama y le enseñaremos a gozar antes de que nos sepulte en el cementerio.

Aquí estamos tú y yo, Vicente, aún hay tiempo, y si de algo nos han servido las páginas leídas es para entonar un himno en el que se evidencien toda nuestra fuerza y toda nuestra energía frente al hecho de estar vivos. Invoco en este justo momento sagrado cada renglón y cada párrafo que nos han sostenido en pie a lo largo de los años. Invoco a los maestros para que vengan a rescatarnos justo ahora cuando más los necesitamos. La muerte está en nosotros, sí, pero que eso no nos impida desplazarnos por la pista al ritmo de los tambores, salir a la tarima y cantar al lado de Janis Joplin y de James Brown. Aprenderemos a hacer de nuestro sufrimiento un motivo de fiesta. Gritar a voz en cuello que no estamos asustados, que morir nos importa muy poco, que nos tiene sin cuidado si va a ser en la cama de un hospital, en una carretera a alta velocidad, en un avión estrellándose contra el suelo o en medio de una balacera. No le tememos a nadie ni a nada, por el simple hecho de que ya no somos una entidad separada del lodo. A eso voy a Río, Vicente: a aprender del pequeño Cariños, de Joan y de Valentina la manera como debo olvidarme de mí para ser más fucile y menos culpable. Cogeré mi tabla y haré surf por entre las olas más siniestras de mi propia desesperación. Necesito encontrar un balón y empezar cuanto antes a hacer mi veintiuna. Garlito's Way. Y una voz muy antigua me dice que voy por el camino correcto.

Hasta muy pronto, maestro,
Sebastián



MARIO MENDOZA (Bogotá, Colombia 1964). Es un escritor, catedrático profesor y periodista. Estudió en el *Colegio Refous* y en la *Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá* donde obtuvo la maestría en *Literatura Latinoamericana*. Posteriormente, es profesor del *Departamento de Literatura* de la misma universidad.

Tras licenciarse en literatura y trabajar como pedagogo, decidió iniciar su carrera literaria, combinando la escritura con la docencia y la colaboración con diversos medios culturales como diarios y revistas, entre otros, la *Revista Bacánika* y *El Tiempo*. Ha impartido clases de literatura durante más de diez años.

Gracias a su novela *Satanás*, obtuvo el Premio Biblioteca Breve.